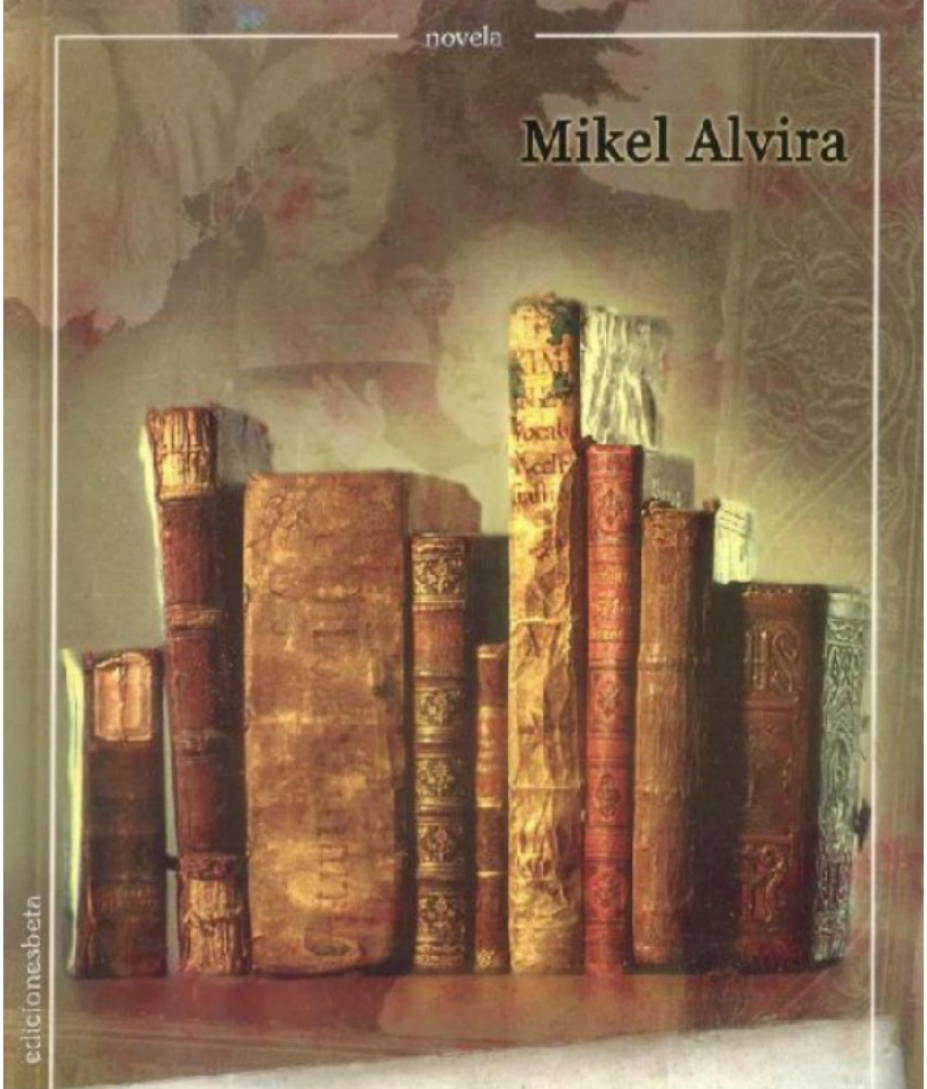
novela

Mikel Alvira



EL NOVENO LIBRO

Habito una estupenda casa cerca de Estella, a un paso del río y a otro del bosque, rodeada de mis cosas y de algunos de los [illegible] y recuerdos que han dejado quienes la ocuparon antes [illegible] en la fachada ni un

edicionesbeta

Ambientada en la España de inicios del siglo XIX, trata de una conspiración que intentará hacerse con un libro, el noveno libro impreso por el maestro Párix en el que se recoge la necesidad de equiparar los derechos de la mujer a los del hombre, idea realmente trasgresora en aquella época.

Aurora, una heroína cuya peripecia personal es narrada por su nieta, y Sebastián, un religioso de profundas convicciones, lucharán por dicho libro esquivando las pérfidas maquinaciones del malvado Villaescusa, fanático ultra católico, en un viaje que llevará al lector desde la revolución bolivariana en América hasta Navarra, pasando por Cádiz, Cuacos de Yuste, Hervás y Briviesca entre otros lugares.

Sin duda, una obra inteligente y bien hilada, en la que las altas dosis de intriga y la sucesión de personajes (una vieja dama arruinada de Estella, un chino, una gitana, un antiguo espía, un traidor burgués navarro, una rabina extremeña, un anticuario homosexual, una bruja euskaldún…) conducirán a la novela a un final inesperado y de máxima tensión.

Mikel Alvira

EL
NOVENO LIBRO

Primera edición: 2006
Segunda edición: 2007
Mikel Alvira Palacios
Ediciones Beta III Milenio, S.L.
ISBN: 9788489212428

A Amparo

Agradecimientos

A Josemi Vidales, fotógrafo y amigo, por las imágenes para este proyecto y para mi página web.

A la biblioteca del Instituto Labayru, por ceder libros para componer esta portada.

A Iñaki, Jesús y Víctor, del restaurante “La Herencia de Don José” de Sestao, por vuestro menú, vuestra amistad y vuestra acogida.

A Ramón Alvira, por navarro y por su extensa bibliografía, imprescindible en la documentación de esta novela.

Al personal del Museo Simón Bolívar del pueblo de Bolibar, por preservar la memoria del libertador, por su atención con los visitantes y su entregada vocación.

A Iñaki Napal, por hacernos crecer.

Gracias también a Josu Reta, por decirme que escriba con el corazón.

Gracias a Mitxel Olabuenaga, por enseñarme a escribir cuando estrenaba mis 12 años.

Introducción

Después de mi último libro publicado, el poemario “Eterna Mujer Eterna”, vuelvo al redil de la prosa de la mano de esta novela. Estoy satisfecho. Creo que avanzo así en mi propósito hacia la tetralogía sobre el siglo XIX, siglo convulso y definitivo que marcaría, en gran medida, la realidad de la España posterior, proyecto que inicié con “Fraile a la Carta” y que espero rematar en los próximos años.

“El noveno libro” es una obra autónoma, independiente, con inicio y final en sí misma y que se apoya en cuatro pilares esenciales.

Por una parte, la cuestión de la mujer, tan recurrente en mi obra por ser mi homenaje a este sexo bendito. En esta ocasión, y a raíz de la exhibición de los ochos libros que el obispo humanista Juan Arias Dávila escribiera y el maestro Párix imprimiera, se me ocurrió el arranque de la historia: ¿qué habría sucedido si hubiese habido un noveno libro en el que se defendiera, precisamente, a la mujer? Con ese supuesto arranca esta novela.

Por otra parte, retomo el análisis político del periodo que siguió a la dinastía Bonaparte en el trono español. Conspiraciones, ruido de sables y una balanza que se inclinaba sin remisión entre el liberalismo y la restauración. ¿Cómo lo vivirían mis personajes?

¿Serían conscientes de los tumbos que daba España? ¿Qué pensaría un reaccionario navarro de la aventura independentista americana?

En tercer lugar, una vuelta de tuerca a la temática religiosa. No en vano me he educado entre curas y trabajo con ellos. Así, opongo dos personajes, Sebastián y Villaescusa, que representan las dos concepciones de la Iglesia: la pendiente del alma y la pendiente del poder. Junto a ellos, un chino, una bruja euskaldún y una comunidad sefardí que me sirven de pretexto para reflexionar, junto al lector, sobre el mundo del ritual.

Por último, lo social. España atravesaba en aquellos años un difícil momento, y así, de la mano de diferentes personajes, como la enigmática gitana Sara, la humilde Inés de Fuentidueña, el constitucionalista señor Gaminde, la estellesa doña Francisca, Augusto el espía, el difunto General o don Genaro, ofrezco una

visión de lo que pudo ser vivir en 1817.

Algunos me preguntan cuándo y cómo escribo. Yo les respondo que, en el acto de escribir, lo de menos es el momento mecánico de teclear las letras. Escribir es observar, escuchar, aprender. Ahí se tejen las historias. Un día, a la sombra de los árboles centenarios del monasterio de Yuste, mientras atendía una entrevista telefónica en relación a otro libro mío, se me ocurrió que aquel paisaje bien podía ser un capítulo por tejer.

Otro día leí una reseña sobre Párix y el atrevido obispo Dávila y se me encendieron las ganas de trabajar. Viajé a Estella y visité sus anticuarios; recorrí Las Herraduras camino de Santa Casilda, en Briviesca; pasé por Cádiz; urdí el Cerro de los Desamparados; paseé por La Barbazana a la sombra de la catedral de Pamplona; me escapé a conocer las antiguas poblaciones judías en Extremadura… Iba teniendo los mimbres. Leí sobre Simón Bolívar de la mano de su museo en la encantadora aldea de Bolibar, en Bizkaia; rescaté mis vivencias en La Granja de San Ildefonso; escuché música sefardí…

El contexto lo tenía; el periodo, también. Surgió la intriga y comencé a escribir. El resto fue tan sencillo como dejar que los personajes surgieran entre párrafos, bosques, vivencias y recuerdos.

Y he de decir que sí, que los personajes surgieron y de qué manera. Pronto se destacó Aurora, una heroína a la que había puesto rostro y nombre antes incluso que se empezara a cimentar la novela. Puede que apareciera a la vez que redactaba mi anterior “Fraile a la Carta”, y que estuviera agazapada entre las musas a la espera de ser rescatada. Fuera como fuera, irrumpió con decisión en mi quehacer y me convenció, en apenas dos miradas, de que “El noveno libro” había de ser una historia de mujer, de mujeres, de madres e hijas, de luchadoras por la emancipación y la igualdad.

Va por ellas.

Habito una estupenda casa cerca de Estella, a un paso del río y a otro del bosque, rodeada de mis cosas y de algunos de los objetos y recuerdos que han dejado quienes la ocuparon antes que yo. No tiene balcones de forja, blasón en la fachada ni un portal de medio punto para admiración de anticuarios y caprichosos, pero es mi hogar.

Hubo otra, la que mandó construir mi bisabuelo, o quizás la compró y después la reformó, aunque nunca me han importado demasiado ni las circunstancias en las que lo hizo ni los motivos que le llevaron a establecerse aquí. Se levantaba cerca de la Plaza de San Martín, entre la Casa del Concejo y el Palacio de los Reyes de Navarra, convertido éste en cárcel y rodeado de altos árboles frondosos. La perdí para mi apellido precisamente por su culpa, por culpa del bisabuelo, y pese a que jamás me he planteado reconstruirla y levantar de nuevo sus muros, sé que en ella también habría sido feliz. No en vano, debería haber pertenecido a mi abuela, y luego a mi madre, para ahora dársela yo a mi propia hija.

Sin embargo, vivo en Los Meandros, a un paso de la Puerta de Castilla y a otro del Portal del Sepulcro, una tenencia que, lejos de ser lo que fue, se muestra humilde y coqueta a la orilla del curso del Ega. Imagino que mi bisabuelo rabiaría, si no lo hace desde su tumba, de haber sabido que aquí nos acomodaríamos, habida cuenta de que fue la herencia de alguien ajeno a la familia. Y es que de él, de mi bisabuelo, conozco poco, no más que los cuatro datos sueltos que redactara en sus papeles y los tópicos socorridos que he hallado en archivos y manuscritos sobre sus andanzas políticas. Preside como un desconocido de mirada adusta la pared occidental del salón, en un cuadro que le pintaran en su periodo de mayor popularidad como diputado por el viejo reino y que, por haberse salvado de las llamas, se rescató, muchos años después, para ser trasladado a Los Meandros. De él deduzco que fue un hombre apuesto y presumido, uno de tantos señores navarros que pendularon siempre entre lo correcto y lo conveniente cuando arrancaba la era liberal.

No es de extrañar, pues, que se jugara los cuartos en la guerra contra Napoleón y que, con la misma diligencia, terminara convencido de que Cádiz era un nido de constitucionalistas sin escrúpulos, de que el movimiento independentista americano quisiera resquebrajar el imperio

español, y de que lo mataran dando vivas al restaurado Fernando VII. Los hombres son así. El tres de junio del año ocho se hizo acopio en el pueblo de cuantas armas pudieran recogerse para guerrear contra los franceses, y allí estuvo él comandando la requisa. Se formaron las "navarrerías", esas huestes mal organizadas pero vivamente azuzadas por mi bisabuelo, que pusieron en jaque las comunicaciones galas a la altura del pueblo de Lorca. Fue también él quien pagó de sus fondos una peseta diaria a los trescientos mozos que participaron en las campañas de Palafox para echar a los invasores. Y, con la misma fe y el mismo alarde de caudales, fue él quien presidió el trece de julio del año trece la jura de Estella de la Constitución de Cádiz y quien, asimismo, utilizaba su casa como nido de reaccionarios que suspiraban por el retorno del absolutismo a España.

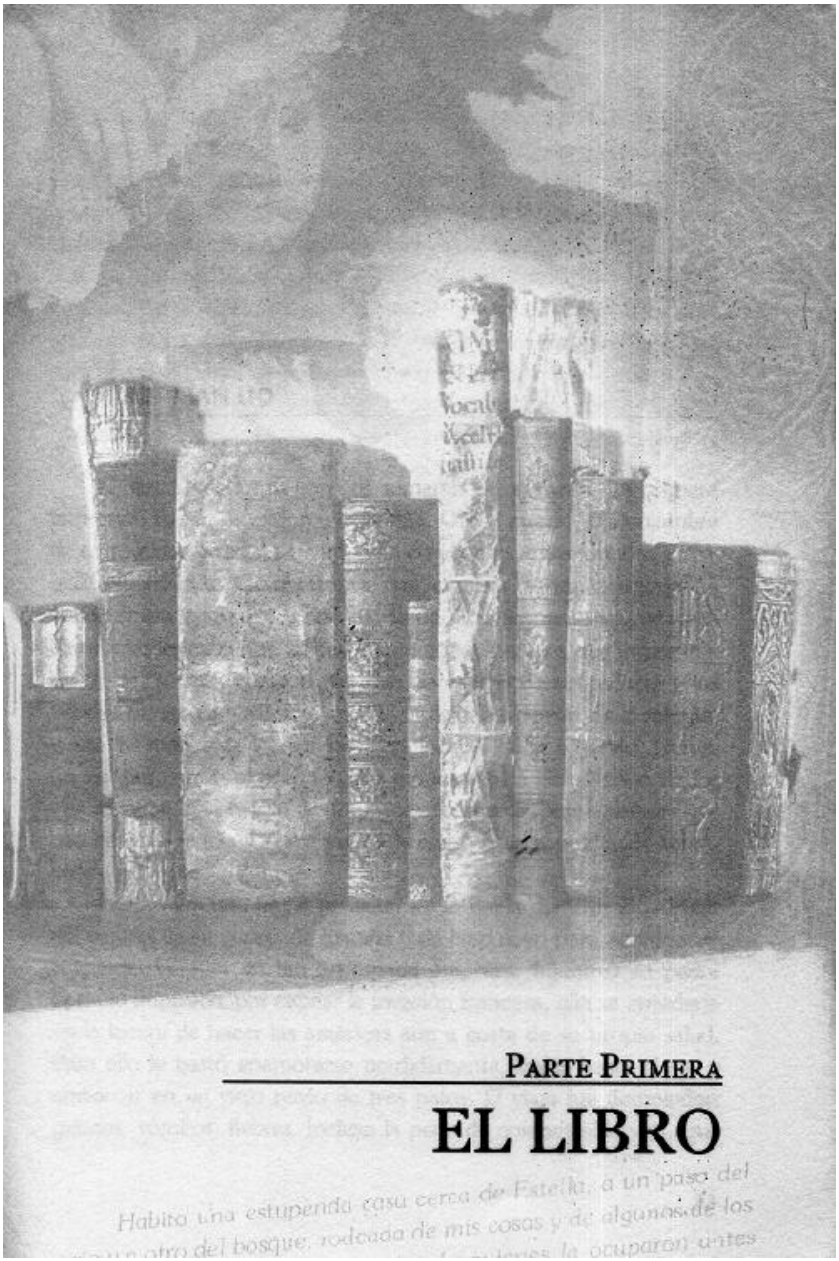
No es de extrañar, tampoco, que de él heredara mi abuela Aurora tanto arrojo y tanto valor y tanta capacidad para sortear los peligros. Me la imagino creciendo descarada y ágil en los alrededores de su casa, en el Puente del Medio, colándose en los establos para hacer jugarretas a los caballos, bebiendo agua del pozo ante la mirada de la yaya Gabriela y escabullándose de los tutores para ir a correr por el campo. Sería conocida en aquella Estella de apenas cuatro mil habitantes, y escucharían sus gritos infantiles cuando bajaba a las eras y cuando se escondía en el Portal de Castilla, donde termina el barrio de San Pedro de la Rúa, el de los antiguos francos. Seguro que cuchicheaba con los arrieros en la feria de ganado y que miraba los enfermos al otro lado de los barrotes del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Ésos eran, al menos, algunos de los recuerdos de niñez que me contaba sentada en la mecedora de la galería de solana.

Es comprensible que su padre, el diputado, la quisiera enviar a una clausura aragonesa para campar a sus anchas como señor en esta porción bendita de Navarra, una vez que se reconstituyó la Corona y él enviudó. Pero los planes de mi bisabuelo se torcieron, su hija escapó y conoció en Zaragoza a quien sería mi abuelo, Ignacio Ventura, con quien acabaría enredada en un capítulo digno de los mejores anales de España. Una peripecia que empezó en América, en la revolución bolivariana, en medio de un enjambre de intereses comerciales, instintos nacionalistas, pasiones guerreras y fiebre de independencia, y que, entre otras cosas, les llevaría a engendrar a mi madre. Siempre me han cautivado las mujeres de mi familia, empezando por Aurora, mi abuela, fundadora de un linaje que ahora toma relevo en mi propia biznieta.

Hoy escribiré sobre ella, sobre Aurora. Su historia es la historia de una mujer que luchó, ante todo, por mantener su libertad y su coherencia, que amó más allá de la muerte, que parió entre

desconocidos, que vivió con la cabeza alta y que murió convencida de que nosotras, las mujeres de su familia, somos su mejor legado.

Puede que algún día siga con su biografía donde dejo hoy ésta. Y es que hablar de las mujeres de mi familia es hablar de valor, de riesgo, de convicciones y revueltas, de arte, brujería, amor, pasión y fe. Y, si no, al tiempo…



PARTE PRIMERA

EL LIBRO

Habito una estupenda casa cerca de Estella, a un paso del
otro del bosque, rodeada de mis cosas y de algunas de los

I. XIN XIAN HO

El barco tocó tierra con dos semanas de adelanto. La primera impresión fue de desorden y algarabía. Olía a puerto. Un enjambre de carromatos y redes se confundía con baúles amontonados y chiquillos corriendo. Hombretones con camisas sucias descargaban bultos desde los navíos y una suerte de grúa de madera ayudaba a desarbolar las cubiertas. El pavimento adoquinado estaba impregnado de pez y cera, como la ropa en las casitas de pescadores y las tiendas de los cambistas, como las callejuelas negras de poniente, como las manos de los estibadores. También olía a nervio. Nervio de los que cruzan el océano para empezar otra vez. Nervio de los que escapan. Ese nervio ácido y violento que despunta navajas por menos de nada y que acaba por darle a uno la oportunidad de sobrevivir o de morir.

Aurora era una mujer resuelta: así lo había demostrado al huir del control de su padre, de España y de Napoleón para acompañar a Ignacio Ventura en tan arriesgada empresa. Mientras su padre hacía lo imposible por capear la invasión francesa, ella se enredaría en la locura de hacer las américas aún a costa de su propia salud. Para ello le bastó enamorarse perdidamente, viajar hasta el sur y embarcar en un viejo navío de tres palos. El viaje fue demoledor: mareos, vómitos, fiebres. Incluso la pena de quienes sólo ven agua a su alrededor y se preguntan si, por mucho que amen, el amor lo justifica todo.

Bajaron tan pronto como pudieron y al momento fueron asaltados por una turba de mozalbetes despeinados que les solicitaban atención ofreciéndose como mozos de carga. Eran alegres criollos de ojillos vivos, mestizos, mulatos, negros, albinos, pardos, rojos y hasta chinos. Nunca antes Aurora había visto semejante mosaico de pieles y aunque había leído mucho sobre las razas en el mundo, jamás pensó que sería un chino quien le llevara el ligero equipaje hasta la fonda donde encontraron alojamiento.

Pero lo increíble no fue que un niño chino arrastrara el baulillo y los cofres hasta “La Moderna. Camas y Comidas”. Ni siquiera que a cambio no aceptara monedas y prefiriera la sombrilla de Aurora. Lo increíble fue que antes de que el día tocara a su fin, más de un centenar de chinitos igualmente descamisados e igualmente

sonrientes hacía guardia bajo el balcón de “La Moderna. Camas y Comidas”.

Aurora e Ignacio se habían conocido a los dos días de que ella escapara de las monjas que la acompañaban desde la casa paterna hasta la clausura. No pasaba por sus planes seguir los preceptos de su padre; tanto menos cuanto éstos tuvieran forma de celda y hábito. No le costó desembarazarse de las religiosas, robar un caballo y galopar como alma que lleva el diablo hasta Zaragoza, en una ruta no exenta de peligros y encrucijadas. Vendió la montura a mal precio, deambuló por la capital maña haciéndose pasar por dama, se enfrentó a borrachos y taberneros de baja estofa, hurtó varias veces en mercados y cepillos de iglesia y acabó por darse de bruces con Ignacio Ventura.

Ignacio tenía las cosas claras. Había trabajado como correo de los constitucionalistas, como guía de los afrancesados, cartógrafo de los liberales y estratega de la resistencia. Finalmente, optó por abandonar la podredumbre del suelo patrio y embarcarse a América, donde una auténtica “revolución del hombre” aún era posible.

Se chocaron sus miradas en una calle de Zaragoza, justo cuando a Aurora iban a aprehenderla por haber sido sorprendida desviando una sandía de un puesto de fruta en la orilla sur del Ebro. Dos alguacilillos la perseguían; ella corría sandía en mano; Ignacio salió de un portalón; se estrellaron; los alguacilillos hicieron ademán de apresar a la muchacha y, entonces, por algún extraño motivo, él se alzó, sacó dos grandes navajas de su fajín y amenazó a los agentes con abrirlos en canal si no dejaban a la joven.

Desde ese instante, la huida hasta Cádiz fue apasionante. Apenas se detenían para fornicar o para comer algo. Dejaron atrás la tierra de Daroca, los páramos yermos de Teruel, la populosa Valencia y la estepa de Almansa. Alcanzaron Andalucía con el amor ya consolidado y, llegado el momento de tomar el barco a América, se juraron fidelidad eterna.

Escapar a América se convertiría, por ello, en la única posibilidad de empezar una vida juntos. Ignacio abandonaría definitivamente sus peripecias como mercenario y ella dejaría atrás la férrea disciplina de su padre. América era la esperanza de los novios, la promesa de los locos, la cura de los pasados. América era la oportunidad de mil inimaginables proezas, de hazañas épicas, de un sinfín de países por conocer y liberar. América mantenía el espíritu colombino, la imagen de una tierra ignota donde a nadie se le preguntaba sobre lo que hizo ayer. América representaba la

libertad, el amor, el vergel, la riqueza para los que sabían trabajar de sol a sol…

Por eso, que la primera persona con la que establecieran contacto en la Tierra Prometida fuera un chino, turbó a Aurora y alborozó a Ignacio.

Cuando terminaron de hacer el amor y se vistieron y él abrió la celosía de madera descascarillada que daba al puerto, los cien chinos aplaudieron y saludaron con sus manitas sucias al nuevo inquilino de "La Moderna. Camas y Comidas". Cuando fue Aurora quien se asomó, los aplausos se acrecentaron y hasta se oyeron silbidos en la calle.

La primera noche americana de Aurora fue, además de breve, una noche llena de chinos. Los chinos trepaban por la pérgola y escudriñaban entre las rendijas de la cancela para descubrir dos cuerpos rendidos espantados sobre la cama. Los chinos lanzaban piedritas contra la ventana. Los chinos apostaban quién se asomaría primero, si el atractivo hombre blanco de la larga barba pelirroja o si la muchacha de los pechos firmes. Los chinos cantaban canciones chinas bajo la luna de América. Los chinos, finalmente, antes de que rayara el alba, se unieron a más chinos y organizaron una comitiva que entró en "La Moderna. Camas y Comidas", ascendió las escaleras de madera y aporreó la puerta de la habitación.

El primer amanecer de Aurora en América también fue chino. Ella lo había imaginado romántico, quizás sentada junto a Ignacio en una cálida playa donde se oyeran aves exóticas de las que su padre le mostraba en los libros ilustrados de la biblioteca. Puede que acompañada de música indígena interpretada por graciosos hombrecillos precoloniales tocando absurdos instrumentos de viento hechos con cañas. Quizás, incluso pintado su rostro europeo con pinturas y tatuajes. Sin embargo, la comitiva de chinos les hizo dar un brinco y dirigirse a la puerta antes de que ésta se viniera abajo. Eran seis, iguales, vestidos en blanco y con sombreros para el sol aunque el sol fuera aún un mero presagio. Sonreían de oreja a oreja.

—Y éstos… ¿qué quieren? —preguntó Aurora a su novio.

—Quizás dinero. Quizás vengan a robarnos —contestó él, rociado de un sudor agrio y acelerado.

—No parece que tengan intenciones de robarnos. Más bien parecen bobos.

—¡Aurora! —le recriminó Ignacio temeroso de que aquellas palabras despertaran las iras de sus intempestivos visitantes.

Entretanto, los seis chinos miraban a la pareja con el rostro

ladeado y la sonrisa de oreja a oreja pegada al rictus.

—¿Qué desean, señores? —intentó Ignacio.

No hubo respuesta alguna. Si aquello era América, mejor habría sido no embarcar jamás en el pestilente barco que les llevó desde Cádiz hasta la mitad del Atlántico, a una isla portuguesa llena de truhanes y mendigos desde la que un nuevo pestilente barco les acabaría de moler el resto del viaje aunque éste fuera más breve de lo acordado gracias a las corrientes y los vientos. Si seis estúpidos chinos sonrientes era cuanto América les podía ofrecer en su primera mañana americana, mejor sería volverse a España y, por lo menos, partirse la crisma contra los franceses.

—Son inofensivos. No se alteren —pronunció alguien.

La voz sonaba tras los seis chinos. Se trataba de una voz femenina, con un musical y cálido acento, que provenía de una mujer arrugada y tranquila vestida a la europea y con un enorme moño sobre su cabeza. Era la mujer que les había alquilado la habitación en "La Moderna. Camas y Comidas". Se presentó abriéndose paso entre la comitiva. Los chinos, al reconocerla, saludaron efusivamente con abundantes reverencias y fueron desapareciendo escaleras abajo.

—Siempre hacen igual. En cuanto ven un español con cara de dinero en el puerto, lo siguen y le acosan toda la noche. Con ustedes han hecho lo mismo. No se lo tengan en cuenta. A decir verdad, deberían sentirse halagados; si tuvieran aspecto de pordioseros o de buscadores de fortuna, no habrían llamado su atención. Es lo que tienen estos chinos: olfatean las oportunidades. Pero son inofensivos. En treinta y siete años que llevo regentando esta casa de huéspedes, he visto de todo. He visto prófugos de la justicia española y portuguesa, espías de todos los países del Viejo Continente, empresarios a punto de arruinarse, mecenas sin artista, curas renegados y banqueros con ínfulas de emperador. Sin embargo, lo que jamás he visto es que uno de mis chinos se la juegue a un blanco. Simplemente se ofrecen como asistentes. Como criados, si lo prefieren. A veces tienen suerte y encuentran alguien que se los lleva de aquí. Terminan como criados en las estupendas casas coloniales que los europeos se construyen en el interior. También hay negros más al norte. ¿Preferirían un negro?

La dueña continuó su perorata mientras Ignacio se calzaba los pantalones y las botas y Aurora se enfundaba de nuevo el vestido de la noche anterior. No tenían ganas de deshacer el equipaje ni de quedarse en aquel puerto por más tiempo. Su intención era la de dirigirse al emplazamiento de Nueva Nación, donde, al parecer, una

facción de bolivarianos lograba burlar la larga mano de España. En el barco, habían oído excitantes relatos sobre la revolución e inmediatamente se habían convencido de que aquella lucha sería la suya.

Por ello, se vistieron presurosamente y pagaron a la señora con algunos billetes que Ignacio portaba en el bolsillo secreto de su cinturón. Para ello, dio la espalda a la mujer, comprobando que las ventanas y la puerta del balcón estaban llenas de cabezas de chinos con sonrisas de oreja a oreja. "En fin —pensó—, supongo que a partir de hoy mi bolsillo secreto ya no es tan secreto. Por lo menos para la cultura china".

Abandonaron la habitación mientras la voz femenina con musical y cálido acento continuaba predicando las maravillas de América, las virtudes de los chinos y la honestidad de su casa de huéspedes. Las escaleras estaban atestadas de hombrecillos amarillos, al igual que el vestíbulo. Un chino salió de un macetero en el que una rala palmera custodiaba el mostrador. Otro, de detrás de un porta baúles y hasta nueve de un poyo lleno de tiestos. Un chino se anunciaba colgado boca abajo de la lámpara del techo y otro llamaba su atención tumbado en un diván de la zona de espera. Había chinos altos y bajos pero todos con la sonrisa de oreja a oreja.

—Son todos iguales, Ignacio.

—No, ése de ahí parece tener todos los dientes —contestó apuntando el trapecista del lucernario.

Entonces, sorprendido en su actitud, el chino saludó a los occidentales, perdiendo apoyo y cayendo de bruces al pavimento de la recepción.

—Son todos iguales, mi amor.

—Ahora sí, Aurora. Ahora, sí.

Salieron a la calle y se vieron rodeados de chinos. La dueña de "La Moderna. Camas y Comidas" les despidió con el pañuelo y ellos se perdieron por el muelle rodeados de la turba amarilla.

Fue al doblar la esquina cuando comprendieron que hasta que no eligieran a uno de ellos como asistente, no los dejarían en paz. Así que Ignacio se detuvo en seco, se giró, apuntó con el dedo y eligió a Xin Xian Ho. A partir de ese instante, Xin Xian Ho les acompañaría en todas y cada una de las aventuras que habrían de vivir en América.

Xin Xian Ho no tenía edad. Por sus arrugas y su escasa estatura parecía un viejecito sin resuello pero por su agilidad y rapidez bien podría ser un muchacho de quince años. Tenía la templanza y serenidad de un hombre maduro, la vitalidad de un joven, la mirada

inteligente de un abuelo y la delicadeza de una dama. No hablaba español. No hablaba nada, salvo un extraño dialecto que pronunciaba en alegres canciones cuando viajaban en galera. Sin embargo, entendía perfectamente a sus amos porque le bastaba un gesto o un ademán en los ojos para entender cuál era su voluntad.

Tampoco tenía ropa. Siempre vestía la misma casaca amarilla, espléndidamente bordada con flores de loto en verde musgo, y el mismo pantalón blanco. A Aurora le intrigaba cómo podía mantenerla limpia si nunca le sorprendía lavándola. Con todo, puede que aquel fuera sólo uno de los muchos misterios de Xin Xian Ho. Como por qué nunca se quejaba del frío o del calor, cómo soportaba estoicamente la lluvia, cómo se mantenía tan vigoroso con lo poco que comía, por qué parecía dormir con un ojo abierto atento a lo que pudiera suceder a sus señores, cómo era capaz de caminar descalzo por piedras y manglares, cuántos días continuaría con ellos o cuándo se trenzaba el cabello hasta caerle por la espalda en aquella perfecta urdimbre de pelo negro.

La relación entre Aurora e Ignacio aquellos meses fue viento en popa, tanto como la revolución y el progreso de él en el ejército libertador, y, al casarse, no hicieron sino formalizar algo que llevaban tiempo cultivando. La boda fue sencilla, discreta, acompañada por algunos hombres indígenas vestidos de militar que aprovecharon las nupcias para elevar en el cargo al joven Ignacio Ventura y para ondear las banderas de la revolución y la independencia. América estaba convulsa y el ejército de Simón Bolívar se preparaba para el golpe final. Las campanas anunciaron el enlace, el cura ofició presuroso y, antes de que las sencillas gentes de la aldea de Macarana se enteraran del acto religioso, los novios partían hacia el norte del territorio acompañados de su chino.

De ahí que, cuando Aurora recibió el mensaje de acudir urgentemente a Cádiz con tan suculenta oferta, después de llorar y hacer el amor con su marido, se despidió de él jurándole que volvería. Era lo mejor para los dos. La revolución dependía de que ella triunfara en España.

—Llévate a Xin.

—¿Un chino en España? ¡Ignacio, por favor! Xin te vendrá mejor aquí a ti que a mí entre liberales gaditanos.

—¿Y qué me dices del viaje? Es largo y peligroso. Podrías necesitar ayuda…

—Señor mío —continuó ella con tono burlón cuadrándose frente a Ignacio—: el hecho de que vista usted uniforme bolivariano,

sombrero con plumas y espada al cinto no le da permiso para ordenarme nada. Le recuerdo a usted, señor, que sé perfectamente valerme por mí misma.

—Cariño, eres incorregible.

—Ahora en serio. Xin Xian te cuidará los meses que esté en España. Después, cuando regrese, tendremos un hijo y acabaremos la revolución. Entretanto, deja que me las entienda. Nunca he querido a nadie como a ti. Además, te recuerdo que tú elegiste a Xin.

—Fue al azar. Había cientos de chinos sonrientes.

—Pues tuviste buen ojo. Nunca nos ha fallado.

—Tú tampoco me has fallado nunca, Aurora.

—Ni lo haré. Confía en mí.

—Permite, al menos, que Xin Xian Ho te acompañe hasta que embarques. Las ciudades con puerto son traicioneras y peligrosas. Yo no puedo: la campaña es dura y me necesitan organizando todo esto, pero él puede ir contigo y protegerte. Después, regresará. Estoy seguro.

Aurora accedió y Xin hizo con ella el largo camino desde el campamento en las montañas hasta el *Balandro*, un viejo bergantín que anunciaba rumbo a Cádiz. La noche anterior a su partida, se alojó en un hotel pequeño y coqueto del barrio burgués, ajena a que dos siniestros hombres la seguían sin demasiado disimulo. Se encerró en su habitación y esperó a que amaneciera tumbada en la cama, sin desvestirse y sin cerrar los ojos. Xin se acomodó en la calle aprovechando la cálida brisa que llegaba desde la playa, con la espalda recta como un tablón, en cuclillas, la mirada concentrada en algún punto del infinito y las manos colocadas graciosamente sobre el regazo.

Al alba, un golpe brusco estalló la puerta y los dos siniestros hombres esgrimieron sendos pistolones ante el rostro de la muchacha quien, traspuesta, no daba crédito a sus ojos.

—¿Es usted la esposa de Ignacio Ventura, el español revolucionario? —gritó uno de ellos.

—Queda usted detenida en nombre de la Corona de España y acusada de alta traición. Será juzgada y condenada a morir en el garrote vil. No hay nada que pueda decir en su favor —recitó el otro, un personaje algo más bajo pero que a todas luces poseía el mayor rango.

—A no ser que colabore —completó el primero.

Se habían acercado hasta colocarle las armas sobre la piel, una en la frente y otra en el costado.

—Es así de sencillo: usted nos dice dónde se ubica el campamento de su esposo, ese nido de sanguijuelas independentistas que siguen al miserable Bolívar, y entonces muere tranquilamente de un disparo en la cabeza, sin sufrimiento ni escarnio. O se resiste y entonces la esposamos, la conducimos a un presidio apestoso donde muchas lindas criollas estarán encantadas de "atender" a una señora española, aguarda un juicio público y muere descoyuntada.

—Una mera cuestión de decisiones rápidas —volvió a tomar la palabra el primero—. Morir ahora rápida e indoloramente o hacerlo en mitad de una muchedumbre, lentamente y humillada.

—Usted sabrá si en tanto ha de proteger a los asquerosos bolivarianos.

La acción de Xin Xian Ho no se ajustaba a nada preestablecido. Lo normal, si se trataba de rescatarla, habría sido una irrupción huracanada en la habitación, con doble voltereta incluida, sacudiendo con un pie a uno de los pistoleros y con un puño al otro. Sin embargo, el chino tocó en la puerta con los nudillos y, antes de que nadie le contestara, comenzó a caminar hacia los dos agentes.

Ellos le gritaron, le insultaron, le conminaron a desaparecer. No sabían si apuntar a la mujer o a aquel patético hombrecillo con sonrisa de oreja a oreja. Llevaba las manos unidas por las palmas a la altura del pecho. Le preguntaron si estaba rezando. Le obligaron a detenerse. Las pistolas bailaban de la cabeza de Aurora a la trayectoria de Xin. Los cuatro sudaban. Aurora se revolvía, sujeta firmemente por el de más corpulencia. La sonrisa seguía, casi como una mueca, avanzando hacia ellos. El de mayor rango comenzó a proferir blasfemias. Aurora mordía a su captor. Xin se detuvo. Le chillaron que por qué se paraba. Algún inquilino de otra habitación se asomó al umbral y huyó despavorido al ver la escena.

Y entonces sucedió.

Fue un disparo a bocajarro. Todo ocurrió muy rápido. Fugazmente. En un segundo que, no obstante, a los cuatro protagonistas se les antojó un siglo.

La pistola del de mayor rango espolvoreó humo azul y olor a pólvora. Según cualquier sano juicio, la bala debería haber atravesado el pecho de Xin Xian Ho, pero Xin Xian Ho, nadie supo cómo, abrió y cerró sus palmas y apresó el proyectil como quien caza una lenta mariposa. Fue instantáneo. Tomó la bala con su mano derecha y la arrojó con determinación contra la frente de su agresor, quien, herido de muerte, cayó desplomado a los pies de Aurora.

Puede que fuera algo mágico.

Entonces, miró fijamente al corpulento, clavó los rasgados ojos en sus ojos atónitos y lo asustó.

—¡Buh!

No hizo falta más. Con un grito de "¡Santa María!", el agente saltó por la ventana y se estrelló en el pequeño murete de mampostería.

Xin Xian Ho agarró el equipaje de Aurora y le señaló la puerta. En unos minutos estaban frente al *Balandro* y se despedían.

—¿Cuidarás de Ignacio?

Xin asintió con su sonrisa de oreja a oreja.

—Volveré y tendré un hijo y tú cuidarás a mi hijo:

Volvió a asentir.

—¿Cómo lo hiciste?

—Magia —pronunció.

—¿Hablas español, Xin?

Ella estaba a punto de ascender por la pasarela del barco. Alguien había subido ya su equipaje y el bullicio junto al navío auguraba su partida.

—Bastante bien, señora. Como el italiano. Hablo mejor el francés. El inglés me cuesta más.

—¡Maldito chino embustero! —sonrió ella—. Nos has tenido engañados todo este tiempo. ¡Serás canalla!

Un silbido agudo anunció que debía elevarse la pasarela.

—En comunidad no muestres tu habilidad.

—Vete al carajo, Xin Xian Ho.

Entonces, ella se encorvó hacia él y lo abrazó sincera y cariñosamente. Puede que fuera el abrazo que habría querido dar a su marido. O el abrazo a América. O la forma de disimular el temor que la incertidumbre le producía.

—Pero, dime. ¿Cómo hiciste lo de la bala?

—Magia.

—¿Magia?

—Amor.

II. EL LIBRO

En algún lugar al sur de Navarra, un carro cubierto detenía su marcha junto al río. Se trataba de una amable orilla arbolada donde, de no ser por la capucha que le cubría la cabeza, Sebastián habría podido disfrutar de un precioso paisaje de brillos, verdes y flores de colores.

—¡Maldigo todas vuestras muelas, imbéciles perros hijos de la gran p…!

No pudo terminar la frase. Un fuerte golpe en el lomo le hizo trastabillar desde el carro hasta el suelo, cayendo de bruces.

—¡Mala leche os dé el futuro, infestos sapos sarnosos!

Nadie le contestó. Atado de manos y tobillos, con la caperuza de saco en la cabeza evitándole la visión y con un fuerte dolor en cada hueso, el hombre escuchó que los caballos iniciaban la marcha y desaparecían. Asustado y temeroso de que alguno de aquellos sapos sarnosos se hubiera quedado para ajusticiarlo, se alzó presuroso e intento caminar. Las ligaduras de los pies lo arrojaron a tierra. Lo intentó de nuevo. Se estrelló contra un chopo.

—¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? ¡*Malhallados* seáis todos, hongos podridos amamantados por una mofeta enferma!

Volvió a caer. Se arrastró boca abajo hasta darse con una piedra. Se estiró, se alzó y estrelló la testuz contra la gruesa rama de un árbol.

—¡Esto no es un chopo! ¡Esto es un maldito sindiós! ¡Y ni Dios me va a vencer!

Dicho y hecho, arremetió como un toro bravo, con el cuerpo doblado hacia adelante y la cabeza derrotando, con toda la velocidad que sus piernas amarradas le permitían en pequeños saltitos. El resultado de la embestida fue un nuevo tropezón del cráneo contra un tronco, para ir a perder el equilibrio y caer a plomo en el caudal del río. En apenas cuatro segundos su cuerpo se hundió bajo las aguas.

—Sacadlo —pronunció con firmeza una voz grave y segura.

Sebastián no lo oyó, atento como estaba a su propia asfixia, así que cuando dos pares de manos le asieron por las axilas y lo depositaron sobre la hierba, no sabía si agradecerlo o temerse lo peor. Alguien que lo hubiera observado y no hubiese sido capaz de

evitarle tanto golpe no era de fiar. Al contrario, temió que sus salvadores fueran, en realidad, sus ejecutores.

—Señor Sebastián Rodeno. ¿O debería decir, digamos, hermano Sebastián?

Aquella voz le era familiar.

—Ha pasado tiempo. Mucho tiempo. Ha sido una alegría volver a dar con usted.

Empapado, asustado y con la cabeza aún dentro del capuchón, repasaba por su mente cuantas voces conocía.

—Veo que sigue siendo un palomo peculiar —continuó el de la voz grave y segura—. Fuerte, temperamental… Sin embargo, he de decirle que me ha decepcionado por partida doble. En primer lugar… ¡mire que dejarse atrapar por mis hombres! Esperaba… digamos que algo más de resistencia. Fue coser y cantar. Y en segundo lugar… ¡qué vocabulario! Ha de enmendar esa lengua, hermano.

—Ya no profeso. Abandoné los hábitos con la llegada de Bonaparte. Si tanto me conoce, debería estar mejor informado. Soy un simple campesino que vivo a tiro de piedra de Pamplona. ¡Suéltame ya, *soplagallos*!

—¡Querido amigo mío! No, no, no… Ésas no son formas de tratar a una persona de mi autoridad.

Sebastián Rodeno seguía reconociendo la voz pero no atinaba con el autor.

—Quitadle la bolsa de la cabeza.

Una vez que se acostumbró a la luz, el cautivo reconoció a su captor. Le recorrió un escalofrío que a punto estuvo de vencerlo. Era él. Vestido de seglar, con siete años más pero con el mismo porte altivo y la misma mirada desafiante.

—¿Sorprendido?

—Le daba en la cárcel.

—¡Huy, la cárcel! Fue una desagradable etapa en mi vida. He de confesarle que sus amigos los constitucionalistas no se portaron nada bien conmigo. Es lo que tienen esos liberales: en cuanto se les da un poquito de poder, se dedican a meter entre rejas a curas, monjas y gentes de bien. Estuve preso en Pamplona. También en Sangüesa. Y en Loarre. Y en Calahorra. Y hasta en Zaragoza. Más que un cautivo, he sido un, digamos, buhonero.

—Me alegro. Es lo mínimo que se merece un gusano como usted, Villaescusa. ¿O debo decir padre Villaescusa?

—Permítame que sonría, Sebastián. No creo que esté usted en, digamos, condiciones de ofenderme. También yo abandoné la

catedral a raíz de mi apresamiento, acusado de traiciones, conspiraciones, desacatos, secuestros y qué sé yo qué sarta de tonterías. Ahora soy un respetable hombre de negocios que aspira, como tantos otros en España, a que se consolide el reinado de Fernando con los santos y tradicionales principios de Carlos, su padre; entonces, recuperaré mi cargo en la catedral. Ya hemos tenido suficiente… digamos, borrachera liberal con los afrancesados y los gaditanos. ¡Viva la Restauración!

—Me meo.

Villaescusa, atónito, interrumpió su discurso. Era inconcebible que aquel grotesco ser atado de pies y manos le interrumpiera de aquella guisa.

—Me meo desde que me secuestraron. Me he meado todo este tiempo. Me meaba en el carro y me meo desde hace un buen rato. Si no me sueltan las manos, me mearé encima.

—¡Por Dios, Sebastián! No ha cambiado usted nada desde que nos conocimos. Usted era un pobre fraile ocupado en mantener el tipo en su monasterio y yo todo un clérigo de la catedral desvivido por frenar a los franceses. En cierta medida, ambos luchamos por lo mismo. Otra cosa es que usted, digamos, nunca entendiera mi teología, mis procedimientos y mis contactos. ¡Pero esto de decir que se orina! Le hemos raptado, le hemos golpeado, le hemos dejado ahogarse en el Ebro… ¡y sólo se le ocurre decir que se orina!

—No me orino, *hijodepolla*. Me meo. Orinar, orinan los de picha burguesa. Yo soy campesino y los campesinos nos meamos.

Los dos guardias, que escoltaban al prisionero y que presenciaban la conversación expectantes, comenzaron a no poder detener la risa. Hasta Villaescusa tuvo que dibujar una mueca para no delatar su carcajada.

—¡Pues orínese encima! —profirió el captor.

—¡No me da la gana!

—¡Pero sí ya está usted empapado!

—¡Pero de agua del río, no de pis!

—¡De orín!

—¡Pis, *caraculo*! Los campesinos hacemos pis.

—¡Bruto!

—¡Hereje!

—Soltadle las manos.

—¡Y los pies! Tengo que abrir las piernas.

—¿Cómo?

—Que para mear, tengo que abrir las piernas.

Villaescusa se rindió. Hizo un gesto a sus esbirros y dio la

espalda a la escena.

—Cortad sus amarres. No creo que vaya lejos.

Dicho y hecho. En cuanto se vio libre, Sebastián no lo dudó. Agarró al primero de los escoltas y, de un golpe certero en el pecho, lo tumbó sin compasión. Antes de que el segundo le detuviera, se giró y le asestó otro mandoble, en esta ocasión en la nuez.

—Por ser tan alto —le dijo—. Yo apuntaba a la boca.

Entonces, corrió hacia Villaescusa y lo derribó sin dificultad, para sentarse a horcajadas sobre su pecho mientras con ambas manos le sujetaba las muñecas.

—¿Qué haces, desgraciado? ¿Qué es este calor?

—Ya le he dicho que me meaba.

—¡Será cerdo el fraile éste! ¡Te me estás orinando encima!

—Mire, Villaescusa. Si no lo mato aquí mismo es porque creo que no merece la pena condenar mi alma por un ser tan infame como usted. Pero, por favor, váyase de mi vida y olvídese de mí. Hace siete años fuimos enemigos. Usted representaba al clero burgués, a la curia catedralicia, más ocupados en salir airosos de la conquista gala que de salvaguardar la fe cristiana; yo, inocente de mí, confiaba en la Providencia y en el fin de los males que asolaban Navarra. Coincidimos pocas veces, pero, en esas pocas veces, nuestros enfrentamientos fueron sonoros. A nadie se le escapaba que usted me odiaba, quizás por mi coherencia, y que yo le detestaba a usted, puede que por su arrogancia. Napoleón nos jodió a todos, desbarató España y ambos hemos colgado el hábito. Punto y final. Ahora malvivo de mis cultivos. ¡Váyase a la mierda ya! Siga su camino, que yo seguiré el mío. Sólo pretendo una existencia en paz. ¡Búsquese otro pelele al que joder!

Y aprovechó el fin de la parrafada para desahogar por completo su vejiga lo cual, más que un alivio fisiológico, le produjo un profundo alivio psicológico pues uno no se mea todos los días sobre el pecho de su principal adversario ideológico.

Las reuniones secretas en época de la invasión fueron frecuentes y en tres o cuatro ocasiones ambos clérigos habían coincidido. Se solían celebrar en apartadas casonas del Baztán, ajenas a las rutas convencionales, o en pequeñas ermitas del sur del viejo reino, cerca de Arguedas. Allí acudían los prelados y abades de las órdenes, así como borbónicos, nostálgicos, liberales no progalos, terratenientes, alcaldes, bandoleros consentidos y hombres de negocios. La consigna era terminar con la presencia de los franceses sin que eso supusiera el fin de una época de bonanza económica y, de paso, consolidar una Constitución para España bajo el auspicio del rey

Fernando.

Villaescusa detentaba el poder del clero de Pamplona, mientras que Sebastián representaba a las órdenes monacales. Dos concepciones del mundo dispares, antagónicas las más de las veces, que tuvieron su punto álgido en una reunión en la que se acusaron mutuamente de no hacer todo lo posible por proteger la integridad de la fe verdadera. Como resultas de las discrepancias, ambos clérigos se profesaron un mutuo distanciamiento y un enconado desprecio. No dejaba de ser curioso que siete años después, volvieran a encontrarse en semejante ridícula escena.

—Está equivocado, Sebastián. No pretendo joderle. Pretendo que me haga un favor.

—¡Váyase al infierno! —Y se levantó para acudir adonde uno de los dos esbirros que, al levantarse, sintió un nuevo golpe en el pecho conminándole a seguir tumbado.

Sebastián era de gran corpulencia, brazos gruesos como panes y manos de campesino. Tenía la mirada directa, la barba cerrada y las facciones duramente marcadas. Sus andares no eran ni elegantes ni sutiles, sino contundentes. Por el contrario, Villaescusa simbolizaba el hombre burgués, sutil y sibilino de aquella época, de porte fino, piel acerada y rostro macilento.

—Se trata de Augusto Pedernales. ¿Se acuerda de él?

Hubo un silencio. ¡Claro que se acordaba de él! Augusto Pedernales era el nombre de un escritor, metido a político y a líder de la resistencia navarra contra Napoleón que había ayudado a Sebastián a salvar, en más de una ocasión, a clérigos apresados por los franceses.

—Me acuerdo.

—Si no estoy mal informado, salvó la vida a muchos de sus correligionarios en la época más dura de Bonaparte.

—Compruebo, *chupaorejas*, que aunque ya no es usted de la curia, sigue siendo un hombre informado. Continúe.

—Ahora puede salvarle usted a él.

—Arranque. Explíquese.

—Augusto Pedernales fue descubierto en su proselitismo. Los franceses son muy hábiles y probablemente por algún traidor o por algún contraespía, lo cierto es que le tendieron una trampa en Francia y lo apresaron. Nosotros necesitamos a Augusto en la calle.

—¿Nosotros? —inquirió Sebastián mientras se iba quitando las ropas mojadas.

—Nosotros. Los monárquicos. Los absolutistas. Los que creemos en la restauración de los principios tradicionales de la Corona. Los

que apostamos por un Fernando VII en majestad.

Sebastián se deshizo de las abarcas y los gruesos calcetines.

—Augusto Pedernales tiene mucha información, pero, sobre todo, tiene un libro necesario para fundamentar la nueva y gloriosa monarquía.

Sebastián se quitó la camisola y el pañuelo.

—Es un libro escrito en el siglo quince por un obispo, el obispo Juan Arias Dávila, y mandado imprimir al maestro Juan Párix. Un pernicioso volumen que habla de la necesidad de la mujer en el Estado.

Sebastián se desprendió del pantalón y las polainas de lana.

—Juan Arias Dávila, el autor, fue indultado por el Papa, de ahí que sus ideas podrían ser aceptadas como buenas para el reino y para la Iglesia. ¡Imagínese qué escándalo!

Sebastián se despegó de la ropa interior.

—El libro pasó de mano en mano hasta llegar a una familia segoviana. Concretamente, a la familia Pedernales. Sólo Augusto Pedernales sabe dónde se halla. Hay que liberar a Augusto y conseguir ese libro.

Sebastián, totalmente desnudo, se rascaba el velludo cuerpo con auténtico deleite. Al oír el nombre de su viejo amigo, se le estremeció la piel.

—Y usted puede hacerlo.

—¿Yo? Primero me vestiré con ropas secas.

Se dirigió hacia el hombre del golpe en la nuez y, tras comprobar que no estaba muerto y que solamente permanecía inconsciente, le fue arrebatando las vestiduras para ir calzándoselas él.

—Supimos del libro gracias a una ridícula manía femenina. Ya ve qué paradoja. Por lo visto, el tal Juan Arias Dávila, ese obispo del siglo quince, tuvo un secretario que, enterado del contenido del libro, se lo contó a su madre por carta. Esa carta ha pasado de madres a hijas hasta nuestros días. Gracias a ella sabemos que el libro de la familia Pedernales posee un contenido tan subversivo. Si cayera en manos de los constitucionalistas, nos asolarían con una nueva Constitución en la que, para más recochineo, darían derechos a la mujer, un punto de plano desechable. La mujer es un ser inferior por naturaleza, creada a partir de la costilla de Adán y condenada a parir con dolor. ¡Si ya ser liberal es pecado, apoyar a la mujer es pecado mortal!

Una vez revestido, Sebastián comprobó que al ser más alto el sujeto al que le robara las prendas, éstas le quedaba largas,

llegándole los pantalones a tapar los zapatos y las mangas a ocultar los dedos. Además, incluso abotonada la levita, no le encajaba en los hombros.

—¿Y yo qué saco de todo esto?

—Usted acude a liberar a Augusto Pedernales. Lo libera. Agradecido y conmovido, él le dice dónde está el libro. Hace que se lo entregue o lo roba (ese detalle nos da igual). Usted corresponde así a quien salvó a tanto monje de ser fusilado cuando la invasión y, a la vez, recibe mi palabra de no perseguirle ni acosarle nunca más. Para mí, usted habrá desaparecido.

—¿Y si me niego?

—Augusto Pedernales ha demostrado ser un personaje inteligente y hábil. Por ello, seguramente comprenderá que será mejor para ambos que le diga dónde está el libro. Él estuvo siempre en la cuerda floja: es lo que tiene ser espía —Villaescusa sonrió de medio lado—. Cuando le diga dónde se encuentra el libro, en qué maldito lugar de España se oculta ese maldito libro, no habrá sino que, digamos, cogerlo.

—¿Y si se niega a decírmelo?

—Usted hará por conseguir que no se niegue.

—¿Y si soy yo quien se niega? ¿Por qué he de rendirme a sus amenazas? ¡Vayan ustedes a hablar con Pedernales y que sea él mismo quien les diga dónde está el libro de marras!

—Bien, amigo mío. Creo que la forma en la que le hemos secuestrado y el trato que ha recibido de mis hombres son suficientes muestras del poder que detento. Le recuerdo que a estas alturas podría estar su cuerpo de usted en el fondo del Ebro para mayor gloria de nuestro río. ¿Me explico? Además, Augusto Pedernales no se halla, precisamente, en un, digamos, palacio del rey Salomón. Lo que ha sufrido hasta ahora no es nada comparado con lo que puede seguir sufriendo. ¿Me explico? Llevamos bastante tiempo intentado que, digamos, colabore. Pero nada. Su terquedad roza lo inhumano. Ni siquiera los desgraciados que han pasado por las manos de la Santa Inquisición han demostrado tanto aguante. Creo que no ha habido aparato de tortura que no hayamos probado con su amigo. Ha sufrido tanto dolor que hemos llegado al convencimiento de que pronto se quebrará definitivamente. Digamos que está a punto de morir. Usted es nuestra última posibilidad. Eso sí, siempre queda la opción de administrarle a usted los mismos tormentos con que hemos, digamos, obsequiado al espía. ¡Ah! Y la opción de que la muerte de Pedernales no sea, digamos, natural, sino que acabe como un pobre palomo

desplumado en mitad de alguna plaza pública. ¿Me explico?

—Se explica.

—¿Acepta?

—¿Qué otro remedio me queda?

—También puede usted morir dignamente. No sería el primero que se niega a nuestras sugerencias. El rey Fernando VII estará gustoso de firmar una pena de muerte contra un espía.

—¡Yo no soy espía, *pintacucas*!

—Lo sé, amigo, lo sé. Pero el rey Fernando, no.

Entonces, Villaescusa fue quitándose su propia ropa, a la vez que hacía gestos ante el desagradable olor que los orines de Sebastián le habían dejado.

—¿Dónde está Augusto?

Villaescusa se había liberado de las botas y los pantalones de fieltro negro.

—En una pequeña cárcel extremeña.

—¿Aquí en España?

—¡Oh, sí! Tantos años de reinado francés han dejado su huella. Es un presidio clandestino que los nostálgicos de José Bonaparte mantienen en Extremadura.

Villaescusa se había quitado levita, chaleco y camisa.

—Se le proporcionarán planos, armas y cuanto desee. Todo esfuerzo es poco para recuperar a Augusto Pedernales y, con él, hacernos con el peligroso libro.

Ya sin ropa interior, Villaescusa mostró su desnudez a Sebastián.

—Vístase, joder, vístase. No sea usted *pollalaire*.

El antiguo clérigo catedralicio tomó las prendas del segundo esbirro desmayado, un tipo más bajito que él, por lo que le quedaban cortas, llegándole los pantalones hasta más arriba del tobillo y las mangas por encima de las muñecas.

Así que, de semejante guisa, Sebastián tomó uno de los caballos y Villaescusa otro. En la despedida, éste le indicó que debía acudir a un cruce de caminos en Fuentesaúco, a la taberna La Tenada.

—Allí le proveerán sin preguntar nada; son gente de confianza. Alguien le dará jumento de refresco, armas y planos, así como las instrucciones necesarias para encontrar a Augusto Pedernales. Hemos de hacernos con ese maldito libro que habla de las mujeres. ¡Viva la Restauración! ¡Viva el rey Fernando! ¡Viva la España de los hombres!

Sebastián, sin atender a la mirada de Villaescusa, aturdido por los golpes y el sofoco, enfiló camino hacia el sur sin sospechar siquiera que su vida iría a dar un giro definitivo con aquella nueva

aventura.

III. LAS ALMAZARAS

El *Balandro* arribó al dique sin problemas, a pesar de que la bahía presentaba claros signos de abandono y restos de algún naufragio. Aurora fue de las primeras en descender por la escalerilla. Miró a su alrededor e hizo un gesto a uno de los mozos descamisados que se aproximaba a ella.

—Mi equipaje es ligero. Apenas dos baúles. ¿Sabes leer?, llevan mi nombre escrito en el lomo. Aurora. ¿Has entendido? A-u-ro-ra. Los encontrarás en la cubierta de estribor, junto a la puerta de pilotos. Recógelos y llévalos a esta dirección.

—Sí, señora. Sé leer y así lo haré.

—Ten.

Y estiró un puñado de monedas hasta la mano del muchacho junto a un papel en el que se leía “Cortijo Las Almazaras”.

—Es dinero americano, señora.

—¿Y? ¿Acaso no vale aquí?

—Poco, señora. O nada. Preferiría…

—Toma pues.

Esta vez entregó un brazalete dorado que, a decir verdad, no tenía mucho valor pero que al jovencillo despertó una sonrisa de avaricia y satisfacción. Después, Aurora observó el bullir de pasajeros y empleados que se atolondraba en todas las direcciones. Al poco, con gesto decidido y un altivo porte de evidente conspirador liberal, un hombre de edad madura y ropa oscura le asió por el brazo.

—¿Aurora?

—¿Señor Gaminde?

—El mismo. ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución!

Se saludaron sin demasiado entusiasmo y caminaron presurosos hasta una elegante calesa descubierta que esperaba próxima al embarcadero. A su espalda, el *Balandro* se mecía con las velas plegadas y una turba de recién llegados desde América que descubrían pavorosos lo mucho que había cambiado Cádiz.

—No reconocía Cádiz —pronunció ella lacónicamente.

—Tampoco creo que disponga de mucho tiempo para reconocerla, señora. Lo tenemos todo dispuesto para su viaje. Realmente no sé qué demonios habrá de suceder, pero, desde luego,

este asunto no puede escapársenos de las manos. Usted en el Nuevo Mundo, jugando a revoluciones, y aquí el reino debatiéndose entre la Constitución y la libertad.

—Ahórrese sus pesares, señor Gaminde.

—Sigo pensando que todo esto es una locura y que difícilmente vamos a triunfar en este empeño. Pero si medio Cádiz ha requerido mis servicios, mis servicios estarán a su disposición.

Aurora retiró por un momento la sombrilla y se inclinó hacia el elegante señor Gaminde. La calesa había abandonado la zona del puerto conducida hacia las afueras de la ciudad.

—¿Hace todo esto sin saber la razón?

—Sí, señora, sí. Casi. ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! Soy el hombre más honesto del mundo.

—El hombre más honesto es mi marido. Se lo aseguro.

—¡Eso es cuestión de opiniones!

—La travesía ha sido horrible, he estado siglos deambulando por esos mares de Dios a bordo del *Balandro*, en compañía de presuntuosos indianos que vuelven a sus pueblos con ínfulas y aires de grandeza, así como de pobres almas que lo han perdido todo en su aventura americana y retornan con la dignidad por los suelos. Para ser sincera, no sé a quién prefiero, si a los unos o a los otros. Creo que jamás había vomitado tanto como en las dos últimas semanas.

Una franca sonrisa desdibujó el semblante del señor Gaminde quien, relajado tras el encuentro inicial, parecía empezar a disfrutar con la compañía de su invitada.

El cortijo Las Almazaras tenía una puerta con arco de herradura, coqueta y luminosa, engalanada con una explosión de geranios a ambos lados. Aurora pudo apreciar la hierba segada que enmarcaba el carretil hasta el edificio principal, los olivos que escoltaban el patio izquierdo e, incluso, una pequeña plaza de tientas aparentemente en desuso. Había tinajas de barro dispuestas en hilera, una balanza sobre los guijarros, varios sacos en pilas y algunos carros orillados cerca del tentadero. En la fachada, un escudo le recordó la casa blasonada de su padre en Estella.

Olía a especias y agua de azahar, y un agradable frescor se levantaba del terrazo naranja de los suelos. Una estupenda gitana de pelo profundo y mirada directa recibió la orden de acomodar a la huésped en una de las alcobas del primer piso, a la que se accedía por una escalera imperial abierta al atrio interior. En cuanto Aurora se quedó sola en la habitación y se tumbó en la enorme cama alta con dosel, cayó en un largo sueño del que le despertaron varias

horas después.

—El *señó* Gaminde desea que baje *usté* a comer algo. *Tié* mucho de que hablar, *señá* —le requirió la gitana.

—¡Oh! ¡Sí! Desde luego, desde luego. Perdón. Me ha atrapado el sueño…

—Por horas, señora. Por horas. Ha *estao usté* durmiendo por horas.

—¡Vaya por Dios! ¡Con la de cosas que hay que concretar!

—Viene *usté* de América, ¿*verdá, señá*?

—Sí. Eso es. De América. Allí he pasado mis mejores años. Siete años. Siete estupendos años. Me marché en el año ocho con Ignacio. Ignacio es mi esposo. Nos casamos en la iglesia de los Remedios. Ignacio es el hombre más valiente que conozco. Nos conocimos en Zaragoza, yo escapada de la clausura de unas monjas y él metido a defensor de la resistencia. Inmediatamente nos enamoramos y corrimos hacia el sur. ¡Menuda aventura! Ahora luchamos hombro a hombro con los libertadores bolivarianos. Quizás lo consigamos.

—*Señá*, prefiero que no me diga *ná* más. El señor Gaminde me *tié prohibío escuchá ná de ná.*

—De acuerdo. Lo entiendo. Pero, dime una cosa: ¿Cómo te llamas?

—*Gitá.*

La joven no pudo menos que sorprenderse. Se atusaba el pelo y se recomponía el vestido, arrugado de arriba abajo.

—*Gitá, señá*. De gitana. Me llamo Sara la Gitana y me he *quedao* con lo de Gitá.

—Para mí serás Sara.

—Como quiera la *señá*.

Aurora habría querido continuar. Le apetecía hablar con Sara, contarle sus peripecias para salir de América en un barco hacia Cádiz sin levantar sospechas de las autoridades. El ambiente en Ultramar estaba enrarecido, soplaban aires de revolución y su marido y ella habían estado varias veces al borde de ser apresados, considerados traidores a la patria. Vigilados y en varias listas de "personajes sospechosos", cada vez les resultaba más complicado actuar ajenos a los alguaciles, como lo demostraba el incidente de la última noche antes de embarcar. Le apetecía contar a otra mujer su fe en Ignacio, su tesón en la batalla por la independencia y su renuncia a la maternidad a cambio de la militancia junto a los libertadores. Le apetecía, en definitiva, buscar quien le escuchara y quien le comprendiera, e incluso quien le atendiera como mujer y no exclusivamente como miembro clandestino de las juntas

revolucionarias. Ella, que había arengado en los cafés a intelectuales y empresarios incrédulos al oír a una fémina elevar la voz a favor del independentismo; que había empuñado una bandera el día de la revuelta en Quito; que había apoyado a su marido en cuantas gacetillas había participado; ella, que había escandalizado a las damas españolistas con sus ademanes y costumbres salvajes, no tenía con quién hablar un rato. La *Gitá* se había marchado y a Aurora no le quedó más remedio que mudarse y bajar a comer tal y como había indicado el señor Gaminde.

—¿Ha descansado? —preguntó solícito el anfitrión—. Han llegado sus cosas. Las trajo hace un buen rato uno de los chavales del puerto. Convendría que revisara el contenido: a veces esos rufianes roban a sus clientes. Supongo que es norma, todo hay que decirlo. La guerra contra Francia dejó tan tocada a España que hasta en la hermosa Cádiz tenemos hambres y necesidades. ¡Y eso que hemos sido la cuna de la Constitución! ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! Pero ya sabe, mi estimada Aurora, que las constituciones no dan de comer a sus ciudadanos.

La muchacha no sabía si aquello de "estimada Aurora" era un halago o empezaba a convertirse en una molestia. Sin embargo, lo dejó pasar por alto. El señor Gaminde parecía persona de fiar y si, como le conminaban en la carta llegada a Perú hacía unos meses, el triunfo de la revolución en España dependía de ella, no había tiempo que perder.

Disfrutaron de una mesa con aves en salsa de piñones, brillantes hortalizas rociadas de aceite, panecillos horneados en la cocina del cortijo y torrijas de anís. Bebieron un vino fino y dulzón que a Aurora sorprendió gratamente, acostumbrada a los licores recios y agresivos del Perú, como la chicha y otros aguardientes. La mesa se vestía con un mantel de hilo que, como explicara el anfitrión, era una de las muchas compensaciones de la invasión pues, entre fusilamiento y fusilamiento, los franceses también propiciaban estraperlo y contrabando.

A los postres, el señor Gaminde invitó a Aurora a pasar a la biblioteca para catar su excelente reserva de coñac, algo que a la muchacha no entusiasmó pero que hubo de aceptar. Abierta la puerta de par en par, un grupo de caballeros los esperaba en el interior de la sobria estancia forrada de libros como si hasta las aves y la salsa de piñones fueran parte del plan.

—Le presento a lo mejor de Cádiz. Me permitirá que no pronuncie sus nombres. Estos amigos han aportado cuanto le será necesario para la aventura que mañana mismo va a iniciar —

explicó el anfitrión mientras se servía licor en una desmesurada copa.

—Estoy impresionada —contestó Aurora.

—¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! —saludaron al unísono.

—La situación es la siguiente: como saben, caballeros, el rey Fernando, además de recuperar el trono que tan mezquinamente entregó al hermano de Napoleón, pretende ahora recuperar sus antiguos privilegios. La amenaza de un nuevo periodo oscuro se cierne sobre España. Las gentes de la vieja península andan divididas entre quienes han combatido a los franceses, quienes se han alistado junto a la Constitución del año catorce, quienes anhelan un Fernando nuevamente absolutista y quienes abogan por la igualdad de todos los súbditos de la Corona.

—Un jaleo, como usted comprenderá —interrumpió al señor Gaminde un apuesto anciano de larga melena cana y erizado bigote —. Un jaleo se mire por donde se mire. Con este panorama, Inglaterra no tardará en codiciar nuestro trono. O incluso la pequeña Portugal. Quién sabe si incluso Francia no intente de nuevo usurpar el gobierno.

—¡Un gobierno que corresponde exclusivamente a los españoles! —intervino ahora el más alejado del grupo, un hombre maduro que permanecía en pie con el codo apoyado en la librería.

—Y a las españolas… —retomó la palabra el señor Gaminde.

—Creo que intuyo por dónde van —se atrevió a pronunciar Aurora.

—La Constitución de Cádiz del año doce ha sido un buen intento. ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! —continuó el del erizado bigote tras sorber su coñac—. Pero queda mucho por hacer. Hasta que las mujeres no participen activamente en la nueva España, hasta que no se les reconozcan sus derechos y no sean consideradas igual que los hombres, hasta que no se tome conciencia de que la igualdad y la fraternidad lo es para todos, prescindiendo de su género, no habrá auténtica libertad. La revolución ha de contar con las madres, con las esposas, con las novias, con las hijas…

Hubo un taimado aplauso al que el anciano correspondió con una leve reverencia incorporándose de su sillón de piel verde. El señor Gaminde volvió a llenar copas y tazas y, al cabo de un rato, encendió los quinqués para iluminar mejor la estancia.

—Conocemos su valía en Ultramar. Pocas mujeres se han atrevido a plantar cara a gobernadores y militares españoles como

usted ha hecho allá —aduló el que seguía en pie—. Por eso la hemos buscado y le hemos hecho venir. Sabíamos que no nos fallaría. Al parecer, su esposo Ignacio Ventura ha participado en varias trifulcas… y usted siempre ha permanecido atenta a la causa…

—¿Podría ahorrarse mi biografía? De sobra me la conozco. Y les aseguro, señores, que ni se imaginan los pesares que he atravesado y los encendidos capítulos que me ha tocado vivir. América es una tierra inhóspita, a medio camino entre el salvajismo del siglo quince y la modernidad de nuestra época. Ser mujer ya es una pega; serlo en América, más.

—No nos cabe duda, estimada Aurora —siguió el señor Gaminde —. De ahí que confiemos en usted.

—¿Y podrían concretarme algo?

—¿Le suena el nombre de Juan Párix?

—No. En absoluto.

—¿Y el del obispo Juan Arias Dávila?

—Tampoco. ¿Liberales como ustedes? ¿O acaso reformistas del rey Fernando?

—Atienda —impuso el hombre cano—, Johannes Párix llegó a Castilla en el año mil cuatrocientos setenta y dos tras recorrer media Europa con un artilugio que iría a modificar el curso de la historia. Se trataba de un impresor y el artilugio, su imprenta. Se instaló en Segovia invitado por un obispo, el clérigo Juan Arias Dávila, con el fin de recoger y componer un libro con las conclusiones del sínodo de obispos que tuvo lugar en Aldeafuente durante los diez primeros días de mayo.

—A ese libro —completó el señor Gaminde— se le llamó “El Sinodal”.

—Fue un éxito —siguió el anciano— y el obispo Arias Dávila continuó usando de los servicios del impresor Párix. En total, editó ocho libros de carácter humanista y librepensador. ¡Librepensadores en el siglo quince! ¡Qué maravilla! Le recuerdo que Juan Arias Dávila, formado en la prestigiosa universidad de Salamanca, escribió tanto tratados referentes a la monarquía, su “Crónica de Enrique IV”, como asuntos de gramática, filosofía o leyes. Quizás fuera el más grande humanista que tuvo España, con una biblioteca que haría palidecer a la de nuestro buen amigo el señor Gaminde.

Hubo una sonrisa de asentimiento y todos los asistentes alzaron sus copas en actitud de brindis hacia el anfitrión. Éste respondió con un gesto de la cabeza y, tras entonar un “¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución!”, solicitó a su venerable invitado que

prosiguiera con la explicación.

—Acusado por la Inquisición, espiado y perseguido debido a sus ideas revolucionarias, nuestro obispo Arias Dávila tuvo que recurrir al pontífice Inocencio VIII para que le otorgara la absolución. Así se las gasta la Iglesia en nuestro país.

—¿Qué fue del impresor Juan Párix? —inquirió Aurora.

—Párix abandonó el reino en mil cuatrocientos setenta y cinco, refugiándose en Toulouse tras los acontecimientos que a nosotros nos incumben.

—Estoy en vilo.

—Quizás el humanista Pedro de Osma o quizás el propio obispo Arias Dávila dieron a Juan Párix un libro que habría sido el noveno en imprimir. Ya le he dicho antes que se tienen noticias fehacientes de ocho. Este noveno volumen ha estado siempre en el marco de la conjetura…

—Hasta el año pasado —interrumpió el hombre en pie—, momento en que supimos de él. Efectivamente, Párix llegó a imprimirlo y aunque todos apuntan a que fue de Pedro de Osma, estamos seguros de que se trata de una obra de Juan Arias Dávila, el obispo.

—Señores, son muchos datos de golpe y temo empezar a perderme —intentó resituarse Aurora—. ¿Qué relación puede tener un libro escrito por un obispo en mil cuatrocientos setenta y dos con la Constitución de Cádiz? Y, lo que me resulta más complejo: ¿Me han hecho venir desde América, abandonar a mi esposo y a la liberación bolivariana sólo para darme una lección de biblioteconomía? En la epístola que se me remitió, me conminaba a retornar a España cuanto antes prometiéndome que no me arrepentiría y que la independencia de toda América dependía de mi encuentro con el señor Gaminde y los constitucionalistas gaditanos. ¿Podrían aclararme ese punto?

—¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! —entonaron.

—Iré al grano, señora —dijo el anciano acercándose a ella y mirándola a los ojos—: ese libro se halla en Briviesca, en la remota y amable tierra de Burgos. Ha de acudir a ese lugar, robar el libro y hacérnoslo llegar. Nosotros nos encargaremos de divulgarlo. Sólo una mujer intrépida y con mentalidad liberal como usted, forjada en revoluciones, capaz de enfrentarse a la maquinaria española en América, valiente y arrojada y, a la vez, culta puede rematar esta misión.

—Entiendo. Pero… ¿qué contiene el libro? Además, no me han contestado a la pregunta.

—No estamos seguros del contenido.

—¿Cómo? —respingó Aurora—. ¿Pretenden que arriesgue mi vida lejos de Bolívar y de mi esposo por robar un libro de hace cuatrocientos años del que no conocen el contenido?

Por un momento los caballeros se sintieron violentados, molestos. Efectivamente, aquél era el temperamento inconformista y beligerante esperado en la salvaje Aurora *La Libertadora*, pero, sin embargo, la amenaza de que se echara atrás les impulsó a contarle más, incluso, de lo que habían planeado hacer.

—No sabemos lo que cuenta el libro pero creemos saberlo. Al parecer el obispo Juan Arias Dávila tuvo un mozo de compañía, una especie de asistente, al que le confiaba sus ideas. Ese mozo mandó una carta a su madre contándole que su señor acudía a ver al Papa Inocencio a solicitar la absolución, acusado como estaba por la Inquisición de haber mandado imprimir a Juan Párix un libro de ideas peligrosas. El Papa jamás conoció lo referido en el libro, pero sí el mozo de compañía del obispo, que narró en la carta a su madre que, según tenía entendido, hablaba de la urgente necesidad de equiparar a la mujer con el hombre. Lo sabemos porque su madre, una mujer de casta, guardaba las cartas… cartas que entregó a su hija y ésta a la suya y así de generación en generación hasta nuestros días.

—La mujer de casta es Gabriela, sirvienta de tu padre hasta el año pasado en que falleció —pronunció el señor Gaminde.

Aurora intentaba asimilar la información concentrándose en los ojos del anciano de pelo cano. Tuvo que sentarse y se abanicó con la mano. Inmediatamente los hombres se levantaron y la rodearon. Alguien abrió la ventana, debidamente clausurada para que nada se oyera desde fuera, y una brisa certera y agradable invadió la biblioteca.

—¿Se encuentra bien?

—Apenada. Gabriela fue mi yaya.

—Lo sabemos. De ahí que sea usted, Aurora, la persona idónea para llevar a buen puerto esta misión. A las razones expuestas habría que añadir que esta es la mejor forma de rendir culto a la mujer que le atendió en su niñez, su yaya, su niñera, diríamos.

—La carta —siguió un tanto impasible el hombre que, de pie, continuaba apoyado en la librería— ha llegado desde mil cuatrocientos setenta y cinco hasta nuestros días precisamente como un legado de mujer a mujer. Si aquel mozo de compañía del obispo tenía razón, el noveno libro impreso por Juan Párix habla de eso, de la equiparación entre hombres y mujeres, del papel que la mujer ha

de jugar en la Iglesia, en el Estado, en la política y en la guerra. De la necesidad de entender a los ciudadanos como un todo, sin segregarse entre ambos sexos. Una idea realmente peligrosa en la época de Párix y Arias Dávila… incluso una idea peligrosa hoy en día… pero necesaria. La revolución liberal no será completa si no cuenta con la mujer. ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución!

—¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! —respondieron—. ¡Y viva la mujer!

—¿Y qué mejor garantía para incorporar a la mujer a la revolución que ese libro del obispo indultado por un Papa? —retomó el anciano—. No sabemos si el pobre Inocencio VIII llegó a leer este noveno libro impreso por Párix, pero sí sabemos que absolvió al obispo Arias Dávila. Con ese libro en nuestro poder no habrá rey ni Papa que niegue los derechos de la mujer. Ni siquiera Fernando VII se atreverá a negarlo. Necesitamos el libro. La necesitamos a usted y a todas las mujeres de España para culminar nuestra revolución por la libertad. ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución!

—¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! —retumbó la biblioteca.

—Comprendo —musitó Aurora—. ¿Y qué saco yo de todo esto?

—¡Su propia libertad! ¡El honor de contribuir a la honra de las mujeres españolas! ¡El orgullo de convertirse en la pionera de la lucha femenina en estas tierras azotadas por gobernadores masculinos! —le recalcó el canoso mientras gesticulaba con ambas manos aún a riesgo de derramar su coñac—. Y convertirse en la heroína que necesita la nueva revolución liberal española. Sólo una mujer puede dar coherencia a las pretensiones de equiparación. ¡Será nuestra candidata! ¡Nuestra musa! Sería ridículo que el libro lo robara un hombre. ¡Ha de ser una mujer! Creemos que eso da más coherencia a la empresa.

—¡Viva la revolución liberal española! —sonó el coro.

—Y una cantidad de dinero —completó el señor Gaminde— con la que su revolución americana llegará a buen puerto. Estos señores, además de liberales y padres de la Constitución, son hombres de contrastada fortuna. Banqueros, políticos, comerciantes, terratenientes… Cuando usted nos entregue el libro, se le dará como *compensación* una fuerte cantidad de pesetas que podrá invertir en su aventura bolivariana… o en lo que desee.

El resto de la reunión transcurrió entre comentarios sobre América, copas de brandy, mapas de la Península Ibérica, vivas a la Constitución, hojaldres de aceite y azúcar, consignas a la muchacha

y paseos de Sara yendo y viniendo desde la cocina. Le explicaron la ruta a seguir, que alcanzaría Burgos, donde habría de reunirse con un miembro de la revolución, un anticuario pusilánime y grotesco pero eficaz.

Fuera, en los olivos, las hojas se dejaban mecer por el fresco aire de la atardecida y cuando los relinchos anunciaron la hora en que los caballeros habían de partir, nuevos gritos a favor de la Constitución y de la igualdad inundaron Las Almazaras. Se calzaron sus sombreros o bonetes, se echaron mantas y capas encima y fueron despidiéndose, uno a uno, de la mujer que tomaba las riendas de la misión.

Aurora comprobó la eficacia de la revolución cuando, a la mañana siguiente, sus baúles se hallaban dispuestos sobre la misma calesa que había utilizado el día anterior el señor Gaminde para recogerla en el puerto. Varias cajas con alimentos y un cofre con dos pistolas completaban el equipaje. Cuatro camperos de tez morena y pobladas patillas, a quienes el anfitrión tildó como hombres de plena confianza que entregarían su vida por la causa, esperaban con jumentos pertrechados listos para acompañarla. Tenían aspecto de fieros, de rudos, quizás hasta de bandoleros de serranía. La saludaron y, sin mediar palabra, escoltaron el carruaje en el que Sara guiaría los caballos.

A la de Estella le agradó la idea de ser acompañada por la gitana, más que todo porque aquella mujer de enorme pelambre oscuro y manos nervudas le inspiraba simpatía pese a haber coincidido con ella apenas un par de ratos en la alcoba.

El rocío todavía humedecía la hierba segada junto al carretil y por poniente aún se divisaba la negrura de los campos.

—¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! —fue toda la despedida que el señor Gaminde, con una clara resaca, le dedicó.

IV. CUACOS DE YUSTE

El pueblo parecía tranquilo. Quizás por la espesura de los bosques que lo custodiaban, quizás por la chicharra cayendo a plomo sobre las piedras, lo cierto es que un inquieto silencio invadía las callejas y la bajada al río. El caballo de Sebastián Rodeno entraba al paso, inútilmente sigiloso, con un estrépito de cascos que delataba su presencia. La marcha había sido larga y dura, con pernoctas en posadas de mala muerte y malcomiendo en tascas por el camino, siempre sospechando de cuantos le ofrecían conversación y atento a quien tuviese rostro de enemigo. En el cruce de Fuensaúco unos tipos con gesto distante le habían proporcionado dos estupendos animales que había utilizado en relevos hasta la extenuación para que su camino fuera más veloz. También, un arma y una carga de pólvora que Sebastián había cambiado a unos arrieros a cambio de ropa de su talla.

Cuacos parecía desierto, pero no lo estaba. En una chimenea humeaba un hilo azul que evidenciaba actividad y aunque le pareció extraño que con aquel calor se encendiera una chimenea, pensó que podría tratarse de la tahona o de cualquier otra factura semejante. Además, olía a ganado, a vino y a fruta.

Descabalgó en la plaza, ensombrada como una vieja en luto. Ya sólo le quedaba uno de los dos corceles, vendido el otro en Guijuelo una vez que comprendió por los mapas que no lo necesitaría para alcanzar La Vera. Se sentó y aflojó la cantimplora de la silla.

—¿Sed? —sonó una voz tras de sí.

Giró la cabeza y encontró una mujer encorvada que lo miraba fijamente. Era pequeña y bajita, casi enana; vestía una saya negra y un sombrero de campesina que le nublaba la frente.

—Ha sido un largo viaje —contestó él al tiempo que se incorporaba. ¿Existe posada en este hermoso pueblo, señora?

—Como tal no la hay, pero podemos acogerle en casa. No sería la primera vez…

La anciana portaba un largo cayado que le superaba en dos cabezas y un extraño calzado terminado en punta que le superaba el pie en varios dedos.

—Bueno… imagino que me vendrá bien una cama limpia y algo de comida caliente.

—No tiene aspecto de poder pagarlo.

—Cuento con algo de dinero, aunque poco, es cierto.

—Sígame. Nos arreglaremos.

La voz de la mujer no admitía réplica. Sin saber porqué, Sebastián caminó a su par hasta una antigua casa de la parte baja del pueblo, un edificio con ventanas herradas, rejas en los vanos y un gran portalón con postigo por el que accedieron a un patio florido. Para ello, la vieja golpeó siete veces en la aldaba y alguien a quien no pudo descubrir descorrió un pestillo interior.

—Tome asiento y escuche.

En cierta medida se sentía relajado en un lugar tan hermoso. Aquel coqueto patio ofrecía un agradable aroma a naranja proveniente de una de sus esquinas, fresca sombra y el sonido del agua en una alberca, en cuyo borde descansaban varios baldes de cobre, así como piezas de alfarero en descarados colores. Estaba sentado en una bancada de azulejos brillantes y pudo comprobar que la vivienda, tan cerrada hacia el exterior, era un júbilo de ventanales abiertos hacia adentro por donde se adivinaban alcobas y recibidores.

Pero, asimismo, comenzó a sentirse incomodado. Por muy apacible que fuera allí la estancia, comprendió que no existía escapatoria alguna y que perfectamente la vieja podía haberlo conducido hasta un callejón sin salida del que le resultaría complicado huir. Se sintió estúpido por haberse fiado de la mujer y comenzó a temerse una trampa.

Si le querían apresar, mejor sería estar atento, así que se irguió y, en previsión de que le dispararan desde alguno de los ventanales, se calzó una de las tinas de cobre en la cabeza y se dispuso a arrancar una rama del naranjo para contar con algo contundente si debía batirse a estacazos.

En ese intento se hallaba, meneando el árbol con furia, cuando las frutas comenzaron a caerle encima, sonando en su testuz cobreada con sonido de timbales, sin poder desgajar el brazo a su cítrico adversario.

—¡Malnacido naranjo cabrón!

Entonces, en plena lucha con la rama, ya con las naranjas en el suelo del patio, volvió a sonar la voz de la anciana.

—¿Algún problema con nuestro naranjo?

—¡Maldita vieja! ¡Qué susto me ha dado! ¿El naranjo? ¡Oh, no, nada! Lo observaba.

—Curiosa manera de observar —replicó con desinterés mientras apoyaba una bandeja con una jarra de agua fresca y unos bollos de

azúcar sobre la bancada de azulejos.

—Cada uno observa como quiere.

—Como puede —completó la mujer encorvada recolectando las naranjas desperdigadas.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió él.

—Yo, recoger lo que ha desastrado, ofrecerle qué beber y qué comer y abrirle mi casa. Usted, por lo visto, probarse la tinaja a modo de yelmo.

Sebastián se liberó la cabeza. Aquel patio le violentaba, casi tanto como el perol en la testuz. No sabía si por la sombra de cada una de sus muchas esquinas, o por la floresta, desbordada en jardineras y tiestos, o por la alberca en forma geométrica en la que no cesaba de repicar el agua, o por la extraña confianza con la que la anciana le había acogido y él se había dejado llevar. Lo cierto es que, por alguna misteriosa causa, la casa comenzó a ahogarlo y se notó desasosegado.

—Suba a aquella habitación. No tiene más que seguir la escalera. Allí encontrará una cama y una jofaina para asearse. Esta noche podrá asistir a nuestra reunión y podrá comer algo. Hasta entontes, descanse.

Antes siquiera de que Sebastián pudiera modular palabra alguna, la vieja había desaparecido y él se encontraba atajando los peldaños hacia su estancia, un pequeño y fresco cuarto sin decoración alguna salvo un candelabro sobre la cómoda y un ramo de nardos en la mesita de noche.

Se tendió encima de la colcha y comenzó a juguetear con los dedos en los bordados de la misma, sin prestar atención a que, en realidad, representaban estrellas de David entrelazadas unas con otras. Así ocupó un buen rato, entrecerrando los párpados y acariciando la tela. Cuando, de repente, comprendió, dio un brinco y se desplazó unos pasos hacia atrás para contemplar la cama en toda su extensión: efectivamente, el rico paño con que se cubría estaba plagado del símbolo judío.

—¡Judía! —se dijo—. ¡La vieja es judía!

Y, ávido de respuestas, se asomó por la ventana y comprobó lo que se temía. El patio con sus múltiples esquinas era, en realidad un polígono perfectamente diseñado en el centro de la casa. Un polígono con seis esquinas, en cada una de las cuales había flores, y en el centro, una alberca también de seis esquinas.

—¡El patio es una estrella de David! ¡Y la alberca!

El candelabro de la cómoda reforzaba su idea.

—Es una casa judía —se preocupó.

Desechó la idea de bajar por las escaleras, donde, a buen seguro, le sorprenderían huyendo. Calculó las probabilidades de sobrevivir a un salto desde el vano hasta el patio. Se imaginó estrellado contra los azulejos del piso —azulejos en los que se representaban más estrellas—, eso sí, tras haberse dejado el costillar contra los perfiles del estanque. Lo que no calculó fue que, una vez en el patio, con o sin costillar, le sería igualmente complicado abandonar la casa.

Y saltó. Y se dejó el costillar contra los perfiles de la alberca y las bruces contra el pavimento alicatado. Y maldijo su suerte. Y se cagó en todos los arquitectos judíos y en todos los Villaescusa y en todos los malditos conspiradores de España. Y se levantó y comprobó que se le había rasgado la costura de la camisa de axila a axila. Y se enfadó consigo mismo y arremetió contra el naranjo. Y apareció la anciana, que le miró tiernamente para decirle.

—¡Qué cabezón se muestra usted! ¿Por qué no sube a descansar y espera a la reunión de la noche?

Sebastián podía consentir que una alberca en forma de estrella le reventara la espalda, que un suelo de cerámica le aplastara las narices y que un naranjo centenario se burlara de él, pero que una vieja que no le llegaba al ombligo le fuera condescendiente y comprensiva y le tuviera preso en un vergel infestado de flores, no.

—¡Señora! No quiero tener problemas con una abuelita tan encantadora como usted. Haga el favor de sacarme de aquí. Tengo un deber que cumplir y no estoy por la labor de perder más tiempo. ¡O me indica por dónde volver a la calle o me lío a leches y no quedan de usted ni las alpargatas!

—Nos alegra tener un huésped. Esta noche le obsequiaremos con una suculenta cena después de la reunión.

—¡Pero bueno! ¿Es que no me ha oído? ¿Es que no hablo claro? ¡Que me estoy calentando… que me estoy calentando!

—Las demás mujeres están ansiosas por conocerle. Sin duda, la reunión de hoy será memorable. Estoy segura de que sabrá corresponder a nuestra hospitalidad. Hace tiempo que no albergamos a nadie.

Hablaba la anciana sin alzar la voz, calmosa y maternalmente, casi como si conociera a Sebastián desde siempre o como si se tratara de un amo a quien servir. Se movía con gestos amables y gesticulaba de forma tan dulce que más que una octogenaria bien podía haber sido una joven muchacha de familia burguesa en cualquier casa de Madrid. Tenía unos ojos prácticamente transparentes, aunque, al tiempo, cálidos, y un extraño rictus en sus arrugas a través del que se podía intuir que nada oscuro ocultaba su

alma. Así que Sebastián se rindió y decidió que sería mejor esperar a la puñetera reunión, cenar y salir a la mañana siguiente hacia Yuste para liberar a Augusto Pedernales, darle un abrazo, pedirle el libro y olvidarse de todo el asunto para retornar a sus cultivos en Navarra.

Pasó varias horas echado en la colcha, con la vista perdida en el techo y ordenando su cabeza. Le venció la fatiga. La voz de Villaescusa parecía retumbarle con más fuerza ahora que estaba cerca del desenlace y temía si no acabaría el antiguo clérigo traicionándoles a los dos. En definitiva, había sido un conspirador, un hombre vendido al mejor postor, huido de la curia por cobarde y metido ahora a espía. ¿Qué diablos contendría el libro? ¿Cómo había apresado a Augusto Pedernales? ¿Qué tenían que ver aquellos judíos extremeños con toda la historia?

Oscureció lentamente, aunque el calor no remitió, y Sebastián comenzó a sentir voces y pasos en la parte inferior de la casa. Presintió que iba entrando gente y que se acomodaban en alguna estancia. Decidió bajar. Antes, se peinó y se aseó e intentó disimular el descosido de las axilas sin conseguirlo. Entonces, sonó el cerrojo para dar paso a la anciana, que, tras invitarle a acompañarlas cuanto antes, le entregó una camisa nueva, perfectamente planchada y doblada que olía a agua de romero.

La sala estaba a oscuras, apenas iluminada por dos candelabros de siete brazos que arrojaban una luz amarilla e incierta sobre el techo y los rostros. Sebastián pudo contabilizar una treintena de personas, quizás alguna más, todas ellas mujeres sentadas en sillas, bancos y cojines en torno a un cofre dispuesto sobre una mesita. Le indicaron un lugar para acomodarse y accedió, una vez que, con una estupenda sonrisa, le rogara una lozana moza que se situara junto a ella y se mantuviera en silencio.

Tomó la palabra una mujer mayor, una especie de rabina. Tenía aspecto de rabina. Sebastián no sabía qué aspecto tenían las rabinas ni por qué aquella mujer mayor tenía aspecto de rabina, pero lo era. Estaba seguro de que lo era. Entonaba frases en un español retorcido y musical que pronto fue seguido por alguna otra parroquiana. Se trataba de sefardí, la lengua de los judíos de la Península Ibérica.

Después, cantaron una alegre canción también en esa lengua acompañados por graciosos instrumentos de cuerda y, terminada, apagaron los dos candelabros hasta que la penumbra invadió la estancia. Hubo una tos, un chasquido de rodillas y un crujir de silla; después, un silencio absoluto.

Alguien le agarró una mano. No pudo ver de quién se trataba pero sospechó que sería la lozana moza que le había mandado callar, la de la sonrisa estupenda. Otra persona, puede que la anciana encorvada, le asió la otra. Sin ver ni oír, comprendió que todas las asistentes se habían agarrado, completando un círculo alrededor del misterioso cofre.

La negrura era absoluta y el silencio tan profundo que comenzó a escuchar sus propios latidos y a pensar que hasta el resto de las invitadas los escucharían. La lozana parecía estar relajada, tal era el gusto con el que le cogía; no así la anciana, en cuyo gesto adivinaba Sebastián más tensión.

Se encendió una vela baja, chata, redondita, en el centro de la habitación, junto a la mesa con el cofre. Poco a poco la oscuridad cedió pasó al hilo de luz y un tumulto de sombras y cabezas empezó a tomar forma como si de fantasmas se trataran.

—Nuestro pueblo es el pueblo de Yahvé.

—¡Lo sabía! —saltó Sebastián—. Lo sabía. En cuanto vi la estrella de David…

Al unísono, le conminaron a callar:

—Shhhhh.

—Nuestro pueblo es el pueblo de Yahvé —siguió la anciana—. Un pueblo que hunde sus raíces en la antigüedad y que ha sobrevivido hasta nuestros días, fértil en sus ritos y signos…

—¡Claro! Como la estrella de David, la de la colcha, la de la alberca…

—Shhhhh.

—… fértil en sus ritos y signos, presta a asumir la historia, a acatar el destino de sus gentes y a cumplir la voluntad de Yahvé.

—¡Ya ve! Así ha sido. Yave. Como su Yahvé. Es un juego de palabras. ¿Entienden? Ya ve Yahvé.

—Shhhhh.

—Llegamos a estas tierras socorridos por los vientos y por los mares. Nos hicimos acreedores de la confianza del suelo por las manos de los agricultores. Nos hicimos pueblo por el quehacer de nuestros artesanos y gremios. Nos hicimos dignos por la fama de nuestras artes y habilidades.

—¡Y menudas casas os hicisteis! ¡Ésta, sin ir más lejos!

—Shhhhh.

—Pero también padecimos la crueldad de gobernantes y clérigos, de fanáticos e intolerantes, de reyes y señores que se preocuparon más en echarnos que en cultivar los principios de su propia religión.

—Ya empezamos… ya empezamos.

—¿Quiere hacer el favor de callarse? ¡Todo este prólogo es necesario! Carajo de hombre —sonó desde el otro lado de la oscura habitación.

—Bueno, a lo que vamos —prosiguió la anciana—. Voy a aligerar. Que si la reina Isabel nos expulsó… que si Felipe y Juana nos la jugaron…

Entonces, la diminuta viejecita encorvada se puso en pie, avanzó hasta el cofre, lo agarró con ambas manos, lo elevó frente a su rostro y pronunció unas extrañas frases en sefardí.

—*Alef, Alef, Alef.*

—¿Qué significa esto? —preguntó Sebastián.

—Bueno, vale —dijo la rabina con tono de desesperación—. Encended los quinqués.

Inmediatamente, la habitación se vio iluminada por completo, la anciana dejó el cofre en la mesa y todas se sintieron más relajadas. Comenzaron a charlar entre ellas, a cuchichear y a mirar de reojo a Sebastián, quien, perplejo, observaba la escena como si se tratara de la sala de un sanatorio mental.

Que eran judías se evidenciaba en los candelabros, en las estrellas, en los adornos y hasta en la mirada de aquellas mujeres. En la estancia podían apreciarse muebles antiguos, seguramente llegados allí desde muchos lugares de España, pues junto con alacenas castellanas había sillas andaluzas y hasta un aparador como los que Sebastián viera en las casas del Valle de Roncal, en Navarra. Sin cuadros en las paredes ni alfombras, no daba la sala, sin embargo, apariencia de vacía, sino, al contrario, de limpia y despejada, por lo que no resultaba difícil deducir que solían emplear aquel espacio para ritos o reuniones.

Le explicaron que lo del sefardí era un recurso para crear ambiente, pero que ya no lo usaban en el día a día, y que en aquellos tiempos lo mantenían pocas comunidades judías y que, sin embargo, tenían la esperanza de que se fuera recuperando hasta ser considerado un dialecto tan honorable como los otros dialectos que enriquecían España. También, que la canción les había llegado de generación en generación, pero con tantas modificaciones que estaban seguros, aún con harta pena, que ya en poco se debía de parecer a la original, y que hasta se habían inventado un estribillo porque sonaba mejor. Sobre los candelabros y la oscuridad… que, en fin, perdonara la teatralidad, pero que a las jóvenes les hacía ilusión ese toque tan histérico y que había que reconocer que la vieja Zoraida le daba un tono genial, especialmente cuando

levantaba el cofre y pronunciaba aquella frase ininteligible con sílabas que podían parecerse al sefardí.

Sebastián, todavía con la mano de la muchacha agarrándolo, sudando de pavor por verse en medio de semejante jauría de locas medio judías, observaba la estampa sin dar crédito a sus desorbitados ojos. Tragó saliva y se atrevió a preguntar a qué venía todo aquello y por qué le habían escogido a él como invitado.

—Cada vez que llega aquí un huésped, montamos el mismo circo —comenzó a explicar la rabina—. A veces pienso si no sería mejor montarlo de forma publicitada y empezar a ganarnos unos cuartos con la escenificación sefardí. Verá: cada vez que vemos que se detiene en el pueblo alguien desconocido, mandamos a Zoraida, que, todo sea dicho de paso, no se llama Zoraida sino Abelina, pero la llamamos Zoraida porque suena más a judío; es que, una judía de nombre Abelina no vende. Pues eso. Mandamos a Zoraida-Abelina a traerlo a la casa. Normalmente no se oponen porque de tan sencilla y amable viejecita nada parece poder temerse. Después, que si la oscuridad, que si la canción… Las rabinas no somos de verdad. En fin, no se lo he explicado pero somos una pequeña comunidad judía, clandestina, por supuesto, aunque tolerada, de las muchas que abundan en estas tierras y de las muchas que abundan en España. Pero de mujeres: los hombres bastante tienen con el campo como para que les andemos con historias de sefardíes y rabinos. Nuestro último rabino murió hará diez años y hemos tenido que tomar el relevo. Algunas creen que las mujeres acabaremos tomando el relevo en todo. Vuelvo al hilo. Montamos lo de los candelabros, la cancioncita… Generalmente solo conseguimos el enfado del viajero y nuestra propia frustración, pero nos gusta ensayar la puesta en escena.

—¿Y el cofre? —preguntó atónito Sebastián.

—Un cofre. Un cofre robado en el Monasterio de Yuste. Fue nuestro botín hará ahora cien años.

—¿Cien años?

—Sí, verá. Desde entonces no hemos adelantado nada. Hace cien años conseguimos colarnos en Yuste, burlar toda vigilancia y entrar en lo que fue la alcoba del emperador.

—¿De Carlos V? ¿Del emperador Carlos V?

—Efectivamente. Como sabe, pasó en Yuste sus últimos años, retirado del mundanal ruido y de los descalabros que su hijo hacía con el reino. Allí se dedicó a estudiar, a pensar, a leer y a escribir.

—¡Un momento! ¿Saben entrar en el monasterio?

—Sabemos cómo entrar, pero no tenemos motivo para hacerlo.

—¿No habrá cambiado en cien años? El monasterio es antiquísimo.

—Seguramente, no. Así son los frailes: todo lo guardan. Han pasado cuatro siglos y mantienen la habitación del emperador como si todavía fuera a aparecer una noche por allí. Imagino que el resto del monasterio sigue igual.

Poco a poco las mujeres fueron levantándose y pasando a un comedor contiguo decorado con manteles bordados, flores en jarras de cerámica verde, candelabros de cobre y numerosos platillos con viandas dispuestos por las mesas.

—Comamos algo. Todo esto es parte de nuestro teatro. El menú se ha mantenido generación tras generación. Confiamos así preservar la dieta sefardí.

Sebastián disfrutó de excelente gazpacho, de migas fileteadas, de ensaladas variadas en las que aquellas mujeres habían combinado las joyas de la huerta con piñones y frutos secos. Después, carne guisada que le regaló el paladar, así como postres dulces que se volatilizaban en la boca tan rápido como pestañeaba.

—¿Le gusta?

—Excelente. Todo muy rico. Digno de reyes.

—Algunas mujeres de nuestro pueblo fueron cocineras en la Corte… sin decir que eran judías, por supuesto. Las manos de un sefardí tienen el don.

—Espero que no me cobre como a un rey —bromeó Sebastián.

—Acompáñeme al patio. Hace una noche excelente.

Alcanzaron la alberca. Olía a cítrico y a aceite, a ladrillo mojado y a enredadera.

—He de confesarle tres cosas —pronunció Sebastián en tono dramático—. Empezaré por una que quizás le sorprenda: durante años, yo mismo fui fraile. Pertenecí a una orden de prestigio que tenía monasterio en tierra de Estella. Fuimos dispersados por las tropas napoleónicas y hube de abandonar mis hábitos, aunque no así mi fe en la fe verdadera.

—Me alegro de ello —contestó la rabina; se habían sentado en la bancada alicatada y contemplaban con desinterés el pequeño cielo estrellado que se dibujaba entre los muros—. Siempre es bueno encontrar a alguien fiel a sus principios. Siento mucho lo de su orden. Supongo que eso le hará comprender lo duro que es para nosotros una clandestinidad de tantos siglos…

—La segunda cosa que quería confesar es que mi destino es Yuste. Tengo como misión liberar a un prisionero que permanece encerrado en su interior. Si se lo cuento, sé que me arriesgo, pero a

estas alturas presiento que tengo más que ganar que perder. Hay un hombre a quien le debo la vida de muchos de mis compañeros de la época en que era fraile. Durante los años duros de Bonaparte, él ayudó a cientos de religiosos a huir del escarnio. Los sacaba de las iglesias y los conventos disfrazados de mendigos, mercaderes u ocultos dentro de toneles. A veces la fuga era tan precipitada que, mientras por una puerta entraban los soldados franceses con antorchas y entre gritos y disparos, él por otra empujaba a los frailes dentro de su propio carro para salir como alma que lleva el diablo. Fueron tiempos duros. En Larraga salvó de la violación a dos monjas que habían sido apresadas por los hombres de Napoleón; las habían desnudado, les había rapado el cabello y las tenían atadas de pies y manos. Él recibió el chivatazo y se presentó allí con lo peor de la Ribera, hombres proscritos, mercenarios y ladrones a quienes pagó de su propio bolsillo. Aquello acabó en un baño de sangre. En Elizondo protegió a varias niñas, novicias de una orden menor. En Sarasate se enfrentó a una escuadra que llevaba curas al fuerte de San Cristóbal. En Santacara, en Alsasua, en Fitero, en Tafalla, donde libró de la horca a varios clérigos…

—Le escucho, continúe. También el pueblo judío ha sufrido persecución durante siglos.

—Un día regresaba yo del huerto del monasterio cuando olí en el ambiente una extraña pestilencia. No era abono. Tampoco el olor a la leña podrida ni los efluvios de la cochinera. Olía a… ¿cómo explicarle? Creo que si la muerte tiene olor, olía a muerte. ¿Comprende? No tanto a hombres muertos como a la misma muerte. Arrojé al suelo la azada y el cesto que llevaba apoyado en la cintura, me remangué el hábito y corrí hacia el priorato. Y lo vi.

—¿Qué vio? —preguntó atenta y conmovida la vieja.

—Vi la escena. Un regimiento de soldados galos, en compañía de varios burgueses afrancesados de paisano, sacaban a patadas a mis compañeros. No pude hacer nada por ellos. Algunos fueron ajusticiados allí mismo, junto a los muros del monasterio. Otros fueron conducidos con grilletes… Vagué por los caminos, con los ojos arrasados por las lágrimas y un enorme pesar en el alma; comprendía que la supervivencia sería difícil y que mis probabilidades de escapar de algún inoportuno encontronazo eran bajas. Robé ropa. ¿Se da cuenta lo que significa eso? Yo, que jamás había roto la norma de la orden, que había guardado los Mandamientos… Robé ropa y me recluí en los bosques, alimentándome de lo que encontraba…

—¿Cómo salió de aquello?

—Me ayudó Augusto Pedernales. Como a tantos. Él había acabado por organizar una complicada red de correos, emisarios y casas francas a través de la cual enviaba clérigos a Portugal o a América, a Brasil. Coincidimos en una taberna a la que, por pura casualidad, o puede que por la mano santa de la Providencia, entré aún a sabiendas de no contar con dineros. Me acerqué a la chimenea para calentarme. Él departía con otros hombres. No pude evitar oír algo de la conversación e, inmediatamente, me percaté de que hablaban de salvar no sé qué colegiata y sacar a sus religiosos.

—Le debe mucho. ¿No es así?

—Le debo la vida.

—¿Llegó a salvarle la vida?

La noche avanzaba sobre Cuacos de Yuste con la parsimonia de los rebaños extremeños en ruta hacia las amables praderas del norte. Las estrellas iluminaban el patio y reflejaban sus cuerpecitos albinos sobre las quedas aguas de la alberca. El naranjo estallaba en aromas cítricos y los dos contertulios, envueltos en la cálida brisa, se sumergían en una conversación que duraría casi hasta el alba.

—Formé parte de su red, quizás porque fuera su forma de ampararme o porque, sin más, le inspiré confianza. Pronto nos llegó la noticia de que se iba a proceder al desalojo de una clausura en el corazón de Pamplona. Pese a que D'Armagnac había tomado la ciudad y que la bandera francesa ondeara en los mástiles, aún quedaban dos o tres conventos más o menos consentidos. Sin embargo, a Augusto le notificaron las fechas en las que, en una operación de castigo contra ciertos afrancesados poco convencidos, no satisfechos sólo con encarcelarlos, iban a arrasar uno de esos conventos, prometiéndose la incursión como sanguinaria. Augusto montó un operativo y comenzó a evacuar a las religiosas apenas unas horas antes de la llegada de los soldados. Pero la cosa se complicó porque varias de ellas, de tan ancianas como eran, o estaban ciegas o impedidas. Todo se ralentizó. Finalmente, coincidimos ambos bandos en el atrio, los jacobinos con sus bayonetas y teas, nosotros desarmados. Hubo disparos, carreras, gritos, varias mujeres asesinadas en sus propias camas. Augusto chillaba desde el carromato que nos apresuráramos. Yo resbalé y caí en mitad del corredor que conducía a la puerta trasera. Varios franceses me vieron y cargaron sus fusiles. Me dispararon, sin darme. Entonces, avanzando como endemoniados con las bayonetas apuntando a mi cuerpo, se lanzaron hacia mi posición. Comprendí que iba a morir ensartado en sus aceros.

—Me ha puesto los pelos de punta. Continúe.

—Bueno. Augusto es un pendenciero, un hombre inteligente y muy educado, pero pendenciero. Quiero decir que no teme a la muerte y que es diestro con la espada tanto como con la palabra. Saltó del carromato, se echó a la carrera hacia donde me hallaba yo y, conforme corría, extrajo dos pistolas de su levita y, sin detener la vertiginosa marcha, descerrajó dos tiros a dos franceses. Después, arrojó las pistolas al suelo, sacó una daga de su cinturón y la lanzó a un tercero. Finalmente, cuando el último de aquellos bastardos iba a atravesarme con su bayoneta, Augusto saltó sobre él y lo tiró al suelo, arrebatándole el arma y acabando con él.

—¡Menuda historia!

—Menuda época, amiga mía. Menuda época.

—¿Y por eso va a salvarlo a Yuste?

—Yo no sabía dónde se encontraba. Un espía aparece y desaparece. Hace poco tuve una desagradable visita y me informaron de su paradero, obligándome a rescatarlo si no quiero que lo torturen más. Mi misión es entrar en el monasterio, localizar los calabozos de la parte baja (la antigua despensa monacal), y sacarlo.

—¿Y después?

—Después es cosa mía. El problema es que yo no sé cómo acceder al monasterio. Al parecer, ustedes sí. ¿Podemos hablar de negocios?

—Antes, dígame una cosa. ¿Cuál era la tercera confesión?

Sebastián soltó una sonora carcajada que retumbó en el patio grosera y estridentemente. Agarró por el hombro a la rabina y la miró a los ojos. Ella, sorprendida, se sentía incómoda con aquella manifestación de afecto y contacto corporal, pero esperó sumisa a que su compañero hablara.

—Cuando apagaron los candelabros… llegué a asustarme.

V. LUCIE

Estaba todo listo. Sebastián había estudiado el plano una y otra vez y, a decir verdad, no parecía tan complicado. Bastaba con acercarse al monasterio, trepar el muro de cuatro metros, descender al patio, colarse por la ventana del antiguo refectorio en el primer piso, curiosamente sin enrejar, alcanzar la vieja cocina, localizar la celda de Augusto Pedernales, descerrajar la puerta, sacarlo, retornar a la cocina, regresar al refectorio para saltar al patio, volver a sortear el muro de cuatro metros y poner pies en polvorosa.

—¿Y cómo tienen pensado ustedes que esquive la pared?

—Con Marta —le respondió Abelina-Zoraida muy segura de sí misma.

Dialogaban en el patio del naranjo, tomando un exquisito té de receta hebrea y pastas de almendra. Desde el interior llegaba aroma de carne asada y especias de pimentón.

—Marta es infalible.

Esa misma tarde, Sebastián conoció a Marta en un descampado a las afueras de Cuacos de Yuste. Habían acudido al encuentro la mayoría de las mujeres judías, así como dos hombres de aspecto sumiso y delantales de cuero. En cierta medida, se alegró de ver, por fin, a dos varones entre tanta hembra, aunque, en cuanto comenzaron a hablar, comprendió que no iban a convertirse, precisamente, en dos grandes contertulios.

—Marta *tá* lista —dijo el primero.

—*Tá* lista Marta —completó el segundo.

—!*Revirgen* santísima! —exclamó el navarro—. ¡Si son gemelos!

Idénticos en la forma física, en la vestimenta, en el corte de cabello, en el acento y en la babilla acumulada en la comisura de los labios, los dos pequeños judíos mostraban a sus convecinas y al invitado un aparatoso artilugio oculto bajo una lona.

—Podríamos de probarla.

—Probarla podríamos de.

Y descubrieron el artefacto ante la contenida emoción de las mujeres y el asombro de Sebastián. Se trataba de una especie de pequeña catapulta construida en metal y mimbre sobre una plataforma con ruedas.

—Siéntese aquí.

—Aquí, aquí y aquí.

Sin saber muy bien porqué, Sebastián tomó posición en la rudimentaria canastilla, con las piernas encogidas hasta darle las rodillas en los mofletes y con las manos sujetándose las piernas.

—Son nuestros inventores Timoteo y Mitoteo. Este es, al menos, el quinto aparato que ingenian para salvar los muros del monasterio. Verá qué bien va todo. A este aparato lo han llamado Marta. Esther estalló en los ensayos llevándose a nuestro pobre vecino Ezequiel; Raquel se quebró por la mitad y dejó inválido al joven Isaac; Susana cortó las manos al bueno de Semael y Ruth aplastó la cabeza a Ismael. Pero estamos seguras de que Marta va a funcionar. Usted, confíe.

Antes de poder modular palabra alguna, los gemelos accionaron la palanca propulsora y Sebastián fue lanzado a gran velocidad hacia un cercano ramillete de árboles. El aterrizaje fue algo brusco, por no decir dramático.

—Marta *tá* lista.

—*Tá* lista Marta.

Aquella misma noche, una extraña comitiva avanzaba por los senderos oscuros del bosque de Yuste. Una veintena de mujeres empujaba y arrastraba la catapulta mientras Abelina-Zoraida daba las últimas recomendaciones a Sebastián.

—Entonces… ¿hay trato?

—Hay trato —respondió Sebastián—. Ustedes me ayudan a entrar y yo les pago lo acordado. Eso me costará cuanto dinero llevo encima, amén del caballo, pero es un buen trato.

—Consuélese, amigo —le dijo ella guiñándole un ojo con gesto amigable—: si hubiera contado con más dineros y más caballos, el precio habría sido más alto. Somos judíos.

Alcanzaron la explanada junto al monasterio. Allí, tal y como indicaran los gemelos, anclaron la catapulta al suelo con una docena de recios clavos y, tras bendecir la canastilla donde se sentó Sebastián, le desearon toda la suerte del mundo.

—Que Yahvé le guíe. Que le inspire y le otorgue entereza. Confíe usted en Yahvé.

La imagen era grotesca, con el hombre dispuesto como un muñeco de trapo asomándole brazos y piernas del asiento, con las judías acariciándole las barbas quizás para reconfortarlo, quizás para despedirlo, con los inventores ajustando los últimos tirantes y con los muros del monasterio a tiro de piedra.

—Dos preguntas, señoras mías —quiso puntualizar Sebastián a punto de convertirse en proyectil—. ¿Funcionará?

—Marta *tá* lista.

—*Tá* lista Marta.

Interrumpieron los ingenieros.

—Lo descubrirá en breve —susurró Abelina-Zoraida—. No dude y confíe, confíe.

Una rueda dentada iba tensando la catapulta. Se oía el chasquido del maderamen forzado y las cuerdas en plena tensión.

—¿Y la segunda pregunta? —preguntó cortésmente una de las conspiradoras.

La canastilla, con Sebastián tragado en su interior, apuntaba a los paramentos de Yuste.

—En realidad es una pregunta de ida y vuelta —comentó tembloroso mientras se agarraba a los bordes del asiento temiendo el inminente latigazo.

En un último tirón, la máquina adquirió la máxima tensión. Para cuando Sebastián pronunció sus palabras, volaba a una endemoniada velocidad despedido por aquella ingeniosa palanca. La sensación le resultó conocida, pues en el ensayo, cuando se estrelló en el ramillete de árboles, también se la había subido el estómago a la garganta. Volar, lo que se dice volar, jamás había volado. Sí es cierto que en más de una ocasión se había caído desde cierta altura, pero nada comparable con aquella fantástica sensación de surcar el aire a tanta velocidad. Sus palabras “cómo aterrizaré” y “cómo pasaré el muro de regreso” se perdieron en la noche mientras veía pasar el suelo vertiginosamente a varios pies por debajo de él.

Sus palabras “cómo pasaré el muro de regreso” tardarían en encontrar respuesta. Las “cómo aterrizaré” se solventaron con una crujiente estampación de su cuerpo en el tejado de la iglesia del monasterio de Yuste. Sonó a teja rota, hueso roto, diente roto y misión rota. Inmediatamente supuso que los centinelas lo habrían escuchado, que lo apresarían y lo encerrarían junto a su amigo Augusto Pedernales y que las judías se quedarían sin dinero, él sin éxito y Villaescusa podría reírse de su fortuna con toda la razón del mundo.

Sin embargo, nadie dio la voz de alarma ni se percató del estropicio. A decir verdad, nadie parecía estar vigilando el interior de aquel vasto edificio monacal, así que, una vez recompuesto y tras comprobar que su osamenta había sido más resistente que la docena de tejas resquebrajadas, se dispuso a bajar a tierra, para lo que hubo de descolgarse por una frágil enredadera de la fachada norte que, por inconsistente, no lo soportó, yendo a moler de nuevo sus huesos esta vez contra el firme del patio.

Anduvo sigiloso, apenas guiado por la luz de una luna menguada, hasta que halló el antiguo refectorio, una estancia en desuso pero con imponente aire de autoridad. De hecho, no pudo evitar acordarse de sus años de fraile, antes de que la historia disolviera su orden, y se sentó en una de las altas sillas de madera y cruzó los brazos en su pecho.

—Habría sido un buen superior, supongo —comentó.

Luego, hizo el gesto de la cruz y se puso en pie.

—Mierda de revoluciones y mierda de España. Uno ya no sabe ni qué creer.

Definitivamente, Yuste estaba abandonado. Descendió a la antigua cocina. Se trataba de una estancia mohosa y fresca, con muros arrugados y un gigantesco hogar de piedra en la esquina sobre la que descansaban peroles abandonados desde hacía mucho tiempo. En previsión de encontrarse con algún guardia, revolvió con sigilo los útiles de una desconchada mesa y tras sopesar entre un cuchillo jamonero de grandes dimensiones y un mazo de amasar, optó por el primero.

—El que se me cruce en el camino, lo rajo.

Y emprendió la bajada de las escaleras hacia las mazmorras. De pronto, se detuvo, se giró y retornó a la cocina. Agarró el mazo.

—Mejor simplemente lo descalabro. A ver si voy a acabar matando a alguien.

Y se encaminó otra vez a las escaleras.

Se paró. Desanduvo los pasos hasta la mesa y volvió a tomar el filo jamonero. Observando sus dos armas blancas, una en cada mano, se confirmó en la decisión.

—Bueno, primero lo descalabro. Y si se pone tonto, lo rajo.

Los peldaños eran angostos y resbaladizos. Si había alguien al final de aquel túnel, sin duda padecería de reuma.

Efectivamente, Augusto Pedernales padecía de reuma y de toses profundas. Sus huesos, doloridos y entumecidos, apenas lo sujetaban. Presentaba barba de muchas semanas, una pelambrera descuidada y apelmazada, vestimentas podridas, los pies desnudos y fuertes llagas en los labios. Había adelgazado exageradamente, hasta tal punto que cuando Sebastián lo descubrió al fondo de la celda, le costó trabajo reconocerlo. No parecía el apuesto hombre con el que había corrido aventuras hacía años ni el arrojado espía que había salvado a tanto religioso de ser fusilado. Al contrario, no era sino un despojo, un ser indefenso y enfermo acuclillado sobre sus propios orines, con la vista rasgada por la falta de luz y las manos frágiles como los de un anciano moribundo.

Con apenas una docena de golpes hizo estallar la cadena que le sujetaba ambos tobillos a la pared. Sólo cuando Augusto le explicara que los primeros meses allí habían sido un infierno pues le habían fracturado las dos piernas, entendió Sebastián por qué no se había liberado él mismo de sus grilletes. Le narró que los dolores habían sido intensos y agudos y que por ello no tuvo fuerzas ni para intentar la huida. Una vez sanado por la propia naturaleza, aunque cojo de por vida, había perdido tanto peso y tanta esperanza que tampoco pudo librarse de su amarre.

Le habían alimentado malamente, con una escasa ración de gachas por semana y un pan mohíno que endurecía en dos jornadas. Solían hacerlo sin avisar, descendiendo las escaleras desde la cocina sin miramientos y arrojando la escudilla de alimento al fondo de la celda. Por más de una ocasión, la comida desparramada no había llegado al alcance del cautivo y hubo de esperar siete nuevos días para recibirla otra vez.

No sabía cuánto llevaba allí pero, a juzgar por los kilos que había adelgazado y por el tiempo que debió de tardar en curar sus fracturas, perfectamente podría hacer un año. ¡Un año! Un año desde que fue entregado a las autoridades españolas acusado de conspiración. Un año desde que le condujeron de la cárcel de Arlés hasta Pirineos, donde los franceses, a cambio de su presa, recibieron de alguien a este lado de la frontera una buena suma de dinero.

Un año apartado de la vida. Un año enterrado y aislado sin que nadie supiera de él.

—¿Augusto Pedernales? —preguntó.

—¿Sebastián? ¿Hermano Sebastián? —respondió él volviéndose hacia la puerta una vez que reconoció la voz.

—Ya no. Mi orden sigue sin recomponerse…

—¿Sebastián?

—Vaya porquería de espía que se deja pillar por los franceses.

—Vaya porquería de fraile que abandona el hábito a la menor de cambio —tuvo fuerzas de pronunciar el reo aunque para ello hubiera de forzar su seco paladar agrietado.

Sebastián le propinó una sonora palmetada en la espalda y luego lo abrazó. En el gesto, pudo notar los huesos de su viejo y envejecido amigo, la piel convertida en pellejo y el alma fracturada bajo las ropas.

—Me alegro de verte, Augusto.

—También yo, Sebastián, también yo. Tu voz es inconfundible. También ese aspecto de mulo bruto y desaseado.

Augusto Pedernales, hijo de espía, nieto de espía, había servido

sin dudas ni gimoteos a la causa de la legítima Corona de España, de ahí que durante los años de invasión adoptara nombres falsos, se hiciera pasar por todo tipo de identidades, acatara diferentes misiones y asumiera los más diversos oficios con tal de impedir la usurpación del trono por parte de José Bonaparte.

—¿Cuál fue el error? —preguntó Sebastián atento a la explicación de quien hizo tanto por la religión y España.

—Me enamoré, amigo Sebastián. Me enamoré de la más maravillosa mujer que ha conocido el mundo. Una mujer dulce como los buñuelos de Sacramenia. Comprensiva y caritativa. Hermosa como las puestas de sol sobre el Tajo, allá en Toledo. Femenina, de candorosos labios y cálida mirada. Una mujer que haría perder la cabeza al mismísimo superior de los jesuitas. Con unas manos que bien podían ser espumas de la mar cantábrica y con un verbo inteligente y una gracia al cantar canciones que hacía palidecer a los pájaros de Riofrío. Una francesa.

—Continúa. ¿Qué sucedió?

—Poco a poco, amigo mío. Llevo tanto tiempo sin modular palabra alguna, que se me pega la lengua y se me escapan sílabas entre los pocos dientes que las palizas me han dejado intactos.

—No hay prisa, compañero —comentó Sebastián rompiendo el silencio de las escaleras por las que ambos, a duras penas, ascendían a la abandonada cocina—, no hay prisa. Pero, dime: no entiendo por qué te entregaron a España si aquí ya está restaurado el rey Fernando. Se supone que tú le servías y que has luchado por devolver el trono a la dinastía española. ¿No eras tú un agente al servicio de la Corona? ¿No traicionaste a Napoleón? Lo lógico habría sido que los galos te fusilaran en cuanto descubrieron tu identidad o que los españoles te liberaran en cuanto te tuvieron a su recaudo.

El hombre, cansado, no tenía ganas de hablar. Para él era todo tan incomprensible como para su rescatador. Sin embargo, pese al dolor de sus ateridas piernas desentrenadas y a pesar del desfallecimiento que le asaltaba, intentó ordenar sus ideas y explicar a Sebastián lo sucedido.

—Acudí a París. Pensé que allí podría servir mejor a la causa monárquica española vigilando los movimientos de las tropas y los planes de Napoleón. Yo había demostrado mi supuesta fidelidad a Francia haciéndome pasar por un ilustrado de las Vascongadas, en un papel que me duraría cerca de tres años. Ya se sabe: identidad falsa, domicilio falso, falsas costumbres, falso pasado… Vamos, lo que es la labor de un contraespía. Vergara, Fuenterrabía, Estella,

Pamplona, Salvatierra de Álava… Nadie en la ciudad del Sena intuía que, en realidad, era un doble agente. A decir verdad, yo mismo acabé olvidándome de mi condición de espía a las órdenes de Fernando VII y cometí el error de enamorarme, como he dicho. Se llamaba Lucie. Era hermosa, Sebastián. Era una mujer hermosa. Sin demasiadas estridencias, sin exuberancia. Una mujer distinta a las damas de la aristocracia con las que, con frecuencia, debía acostarme para sonsacar los secretos militares de sus maridos. Lucie era distinta, sencilla, simplona. Tenía una alegre mirada gala y unos labios que sonreían con cualquier pretexto. Comenzamos a vernos un otoño. Yo iba y venía de Poitiers a París como traductor a las órdenes de un general, el impío Devaulier. Solía pernoctar en una pequeña aldea a medio camino, en una venta llamada La Côttelete. Allí topé con Lucie. Ella se escurría entre las mesas ofreciendo su vino y su pan recién horneado. Y terminamos por acostarnos. Y terminé por hacer frecuentes mis visitas a la venta. Y terminé por cometer un fatídico fallo.

Habían alcanzado el refectorio. Augusto estaba blanco y ojeroso y, a la luz de una vela, su presencia parecía fantasmal. Le sobraba tela de las ropas y sus uñas, de tan largas, se enganchaban con todo. Le costaba hablar, tosía con espasmos interrumpiendo su monólogo y, como para aliviarse, escupía gruesas salivas manchadas en sangre que a Sebastián le auguraban alguna desconocida y letal enfermedad.

—Descansemos unos minutos aquí —ofreció Sebastián, comprobando que su convaleciente amigo se encontraba fatigado—. Yo habría sido un buen abad. ¿No crees?

—Sin duda, Sebastián, sin duda.

—¿Qué más sucedió? ¿Cómo acabó lo de tu francesita?

—Fruto de la pasión o hastiado de mi doble personalidad, terminé por pedirle que se viniera a España conmigo. Le aseguré que tenía una casa rica y con bienes, lejos de cualquier sospecha y que, si accedía, nos casaríamos. En realidad, era tanto el caudal que había acumulado durante mis años dedicado al espionaje y a las falsas identidades, que bien podía haberme hecho casa-torre, blasón y molino.

Sebastián adivinó que estaba llorando. Aquello le conmovió sobremanera y decidió darle un respiro en la fuga y permitir que se sentara en una de las banquetas de la estancia. Por una parte deseaba escuchar el final de la aventura; por otra, temía que los hombres de Villaescusa aparecieran en cualquier momento para comprobar si ya le había dicho el paradero del noveno libro del

obispo. Ese pensamiento le atormentó de improviso.

—Augusto —le susurró—: he de contarte algo. Me han ayudado a entrar un grupo de estrambóticos hebreos, más bien hebreas, que viven en el pueblo más cercano, en Cuacos. Gente de bien, temerosas de Dios, de su Dios, y de los cristianos. Me han hecho saltar con una catapulta…

—Lucie se echó a reír —siguió Augusto sin escucharle—. Sus carcajadas me hirieron profundamente. Entiéndeme: yo llevaba toda una vida con personalidades inventadas, con existencias fingidas. Así que decidí decirle quién era…

—Porque, claro —continuó Sebastián pensando en voz alta y oyendo a su amigo como en segundo plano—, entrar he entrado volando. Pero, ¿y salir? ¿Cómo han previsto que salga? Cuatro metros de muro son cuatro metros de muro…

—Su risa se detuvo. Yo pensaba que le impresionaría demasiado, que rompería en llanto o que me abandonaría para siempre. Sin embargo, se inclinó hacia mí y me pidió que me desnudara. Yo accedí; supongo que no quería perderla. Después, se echó sobre mi pecho, se levantó la falda y…

—Además, aún no hemos visto vigilancia alguna pero… ¿y si me apresan aquí a mí?

—… y gritó. "¡Guardias a mí. Guardias a mí! ¡Lo tenemos!". Aquellos avisos me acompañarán el resto de mis días, que calculo que serán pocos. De la alcoba contigua salieron varios soldados que me apresaron. "Es él. Nos ha costado varios meses pero ya lo tenemos. Es Augusto Pedernales, el espía". Después, escupió sobre mi desnudez mientras los hombres armados me amordazaban y esposaban, y gritó vivas a la revolución y a Napoleón. Dijo que malditas las ganas que le daban de volver a acostarse con un español cabrón y que si todos los seguidores de Fernando VII jodían tan mal como yo, mejor nos sería hacernos todos ermitaños. Y se fue. Mi corazón me había traicionado y había caído en una trampa metódicamente planeada.

La visión de ambos hombres resultaba patética. El uno, hundido en su osamenta, apoyados los codos contra la mesa y escondido el rostro entre sus huesudos dedos. El otro, cavilando en voz alta cómo salir de aquel maldito monasterio y, lo que era más difícil, cómo hacerlo con semejante compañero de fatigas si parecía que iba a quebrársele la espalda de un momento a otro.

—Me visitan cada semana —continuó Augusto como para sí—. Llega un grupo de soldados desarrapados, algunos franceses y otros españoles, aunque también los hay portugueses, ingleses y gitanos.

Me traen comida para siete días y se aseguran de que sigo aquí. A veces me golpean; otras, hacen burlas conmigo o me ridiculizan en el patio desnudándome y clavándome espinas por el cuerpo; en cierta ocasión me rociaron con miel y me pegaron plumones de pichón. Creo que son mercenarios, bandoleros de fortuna. Durante varios meses me torturaron con todo tipo de máquinas sofisticadas que tardaban varios días en instalar: molinillos, tenazas, norias, amarres… Me preguntaban por un libro…

—Lo sé.

—Lo cierto es que no he tenido ni ocasión ni oportunidad de enfrentarme a ellos. Y, a decir verdad, tampoco sabría qué hacer. Pero sé para quién trabajan: ¡para el que fuera nuestro rey Carlos!

—¿El padre de Fernando, de su majestad el rey Fernando?

—¡Para el mismo! Él dejó el trono traidoramente, te lo recuerdo, se lo vendió a los franceses abdicando en Bayona y entregando la Corona al inútil de José Bonaparte, hermano de Napoleón. Fue una jugada sucia y cobarde. Como muestra de buena fe, Napoleón le exigió que hiciera un acto que demostrara su disposición favorable a la nueva dinastía que iba a gobernar España. ¡Una muestra de buena fe! ¡Como si no fuera poco entregar el cetro! ¿Y sabes qué hizo? Te lo diré, amigo Sebastián: entregar a su mejor espía, a su mejor valido, al hombre que había arriesgado la vida por España y por él mismo. Me traicionó miserablemente, me entregó a los franceses con la tranquilidad con que se paseaba por sus jardines de La Granja de San Ildefonso. ¡Ya ves! Todo un rey rebajado a dar el nombre de un pobre funcionario como yo.

—¡Pero no puedes resignarte aquí! ¡Has de hacer algo! —gritó Sebastián mientras se alzaba y abrazaba a su amigo.

—No sé qué. De momento, esperar. Eso sí, algún día —se levantó haciendo alarde de fuerzas, apoyando sus dos manos sobre la mesa y elevando la barbilla—, cuando haya recobrado la libertad y pueda moverme con autonomía, encontraré a ese malnacido rey, melifluo y traidor, y lo mataré con mis propias manos.

—¿Estás hablando de matar al rey Carlos? ¿Al padre de nuestro rey? Si alguien te oye, te acusará de alta traición…

—¿Y no es traición lo que él me hizo? ¿No es mayor canallada vender el trono de España a Francia y arrastrar en su perfidia la vida de un fiel servidor suyo, tenderle una trampa y encerrarlo entre estos muros?

Sebastián lo escuchaba sin demasiada atención, convencido de que aquellos planes respondían más a su delirio y fiebre que a un convencimiento juicioso.

—Bueno, ya se verá. El tiempo nos dirá, ¿eh, Augusto?

—Lo buscaré y lo encontraré. Me es igual que esté en el exilio o recluido en un monasterio con veinte clausuras. Daré con él y le ajustaré las cuentas por muy rey que haya sido. ¿Y sabes cómo lo haré? ¡Lo envenenaré! Usaré de alguna ponzoña letal que lo retuerza de sufrimiento mientras le obligo a mirarme a la cara. ¡Lo envenenaré! ¡Le proporcionaré un brebaje que lo asfixiará sin remisión durante tres días, los que yo usaré para escapar! Nadie se enterará. Nadie sabrá que el débil rey Carlos habrá muerto por mi veneno. ¡Y yo seré libre!

Hubo un largo y escabroso silencio. Afuera, no se oía nada. El monasterio de Yuste es lo que tiene: está rodeado de árboles que, por la noche, parecen convertirse en estatuas de piedra que ni las ramas mecen. Es como si el tiempo se detuviera. Como si el edificio y cuanto se alberga en su interior se transportaran a alguna extraña dimensión en la que ni el sonido ni el movimiento tienen cabida.

—Sebastián —pronunció secamente Augusto Pedernales—, dime: ¿y qué carajo haces aquí?

—He venido a rescatarte.

—¿Así de sencillo? ¡Pues sí que has tardado, navarro cascarrabias! —bromeó realmente agradecido Augusto, al tiempo que le accedía un nuevo episodio de tos.

—Te lo confieso: ha sido Villaescusa.

—¿Villaescusa? ¡Explícate! Ese malnacido… ¿Sigue ostentando el capelo catedralicio en Pamplona?

—Huyó cuando la invasión. En la actualidad es uno de los paladines de la restauración del rey Fernando. Contribuye a recuperar las antiguas formas de gobierno del viejo Carlos, la Inquisición, los privilegios de la nobleza, los antiguos impuestos… En cuanto pueda, recuperará su cargo. Es un hombre influyente.

—¿Y qué interés tiene ese megalómano en liberarme a mí? No entiendo, Sebastián. ¿Acaso estás de su lado?

—¡No! Sí es cierto que la invasión nos dejó tocados, especialmente en Navarra, que sufrimos mucho en las órdenes religiosas, que se nos expropió, robó, mató y que sufrimos escarnio de la mano de Bonaparte. ¡Pero jamás estaría en las filas de Villaescusa! Es un ser despreciable, deplorable. Un asqueroso chupatintas soplagaitas.

—¿Entonces?

—Con frecuencia, me pregunto qué pasaría con España si volvieran las viejas leyes. ¿Podrá borrarse el eco de la Constitución de Cádiz?

—No lo creo, amigo —musitó Augusto dejando su vista vagar por la estancia—. Sin embargo, presiento que aún hay mucho por hacer. El pueblo no cambia tan fácilmente. Lo pude comprobar en Francia. Menos aún con reyes tan inestables como Fernando… ¡y tan cobardes como el traidor Carlos, su padre!

—¿Y jamás volverá la Iglesia a detentar poder?

—Espero que no, amigo mío. La Iglesia, que se dedique a sus santos y a las almas. Dejemos la política y el gobierno en manos de los liberales.

—¿Eres liberal?

—Creo en el ser humano… ¡y odio a asquerosas ratas como el rey Carlos, que me vendió…! —no pudo terminar la frase. Una profunda tos se hizo con su pecho y su garganta y Sebastián hubo de golpearle varias veces la espalda para que recobrara el aliento.

—Villaescusa me ha amenazado con acabar contigo si no le ayudo —pronunció secamente el navarro.

—Explícate.

—Quiere un libro. No sé qué historias de un libro que, al parecer, está en poder de tu familia…

Sebastián tardó un buen rato en explicar a Augusto el secuestro que había sufrido, la peripecia a orillas del Ebro, el viaje hasta Yuste y los pormenores del volumen del obispo Dávila. El reo hacía serios esfuerzos por seguir el discurso, que se complicaba conforme su amigo olvidaba detalles o enredaba las frases. Por fin, un siniestro silencio envolvió a ambos, apenas roto por los suspiros de uno y las flemas de otro.

—Debe de estar en Burgos, en la antigua casa que mi familia posee junto al santuario de Santa Casilda. Con lo que me cuentas, empiezo a comprender.

—¿Estás seguro?

—Bueno, a decir verdad, es el único sitio donde se me ocurre que pueda estar. Allí se retiró un tío abuelo mío, ermitaño, con gran parte de los libros de los Pedernales. Si en algún lugar de España sigue existiendo ese volumen, ha de ser allá. El anciano se dedicó a leer y estudiar hasta que perdió la vista y se despeñó por los cerros; desde entonces, la casa permanece cerrada. No se me ocurre otro lugar donde buscar.

—Tomo nota.

—¿Irás?

—Primero, te sacaré de aquí.

—¿Y qué piensas hacer con el libro? Si, como cuentas, sus páginas dan pretexto para crear un auténtico gobierno liberal…

¡Habría que sacarlo a la luz!

—Villaescusa lo quiere para destruirlo.

—¡No, Sebastián! Hay que hacerse con él y conseguir que llegue a manos de los gaditanos. Algo intuía y por eso no me rendí a las torturas. ¿Así que lo que pretende es destruirlo? ¡Pues hay que hacerse con él… y preservarlo!

—¿Y permitir que ese bastardo acabe con nosotros? Mi pellejo está por encima del pellejo del país.

—No seas cobarde.

—No seas ingenuo. Hay que escapar de aquí. ¿Conoces el recinto? Quiero decir… ¿sabrías moverte por dentro de estos muros?

—No.

… Paso largos ratos con la vista perdida hacia el río Ega, soñando cómo sería aquí la vida antes de que mi abuela culminara su aventura. Antes, incluso, de que alguien se planteara elevar sobre esta pradera una casa y un establo y, en este hermoso paisaje navarro, un pueblo como Estella. Tiendo la fantasía de los brotes de la hierba tierna y veo, como si de una vieja película se tratara, a quienes precedieron, incluso, a Aurora. Se encorvan sobre sus espaldas con pesadas herramientas para allanar el suelo, sudan, beben agua fresca de grandes botijos húmedos y miran orgullosos el trabajo de cada día sin plantearse siquiera que, siglo y medio después, una mujer piensa en ellos.

Con frecuencia bajan desde Pamplona mi hija y mi nieta; al menos, lo hacían hasta que ésta dio a luz y trajo al mundo a la última de las mujeres de la familia. Venían por fiestas, a escuchar las gaitas que aquí llamamos dulzainas, y a bailotear al son de sus agudas notas en kalejiras, habaneras, purrusaldas y jotas de la Ribera que con tanta pulcritud interpretan los Pérez de Lazárraga, los Montero y los Elizaga. A mi nieta le encantan, también, los sones graciosos del Baile de la Era y se muere de envidia al ver las parejas de Estella componiendo sus pasos al son de las notas de Demetrio Romano, el músico que coreografió la danza para la visita al pueblo del mismísimo Alfonso XIII en el año tres.

Pero, para mí, lo mejor no son las dulzainas y los tamboriles ni las gentes vestidas de domingo ni las banderolas ondeando en la plaza de toros, sino cuando paseamos junto al río como hicieron otras antes y me estremezco al pensar que Aurora, heroína y firme, pisó con sus propios pies estos mismos fangos y estas orillas mojadas, igual que me estremezco al imaginarla envejeciendo a la sombra de Los Meandros, viendo crecer a Amparo, recogiendo flores para adornar las habitaciones, perdiendo la vista hacia los tejados del pueblo y preguntándose que habría sido de ella si no hubiera abandonado América.

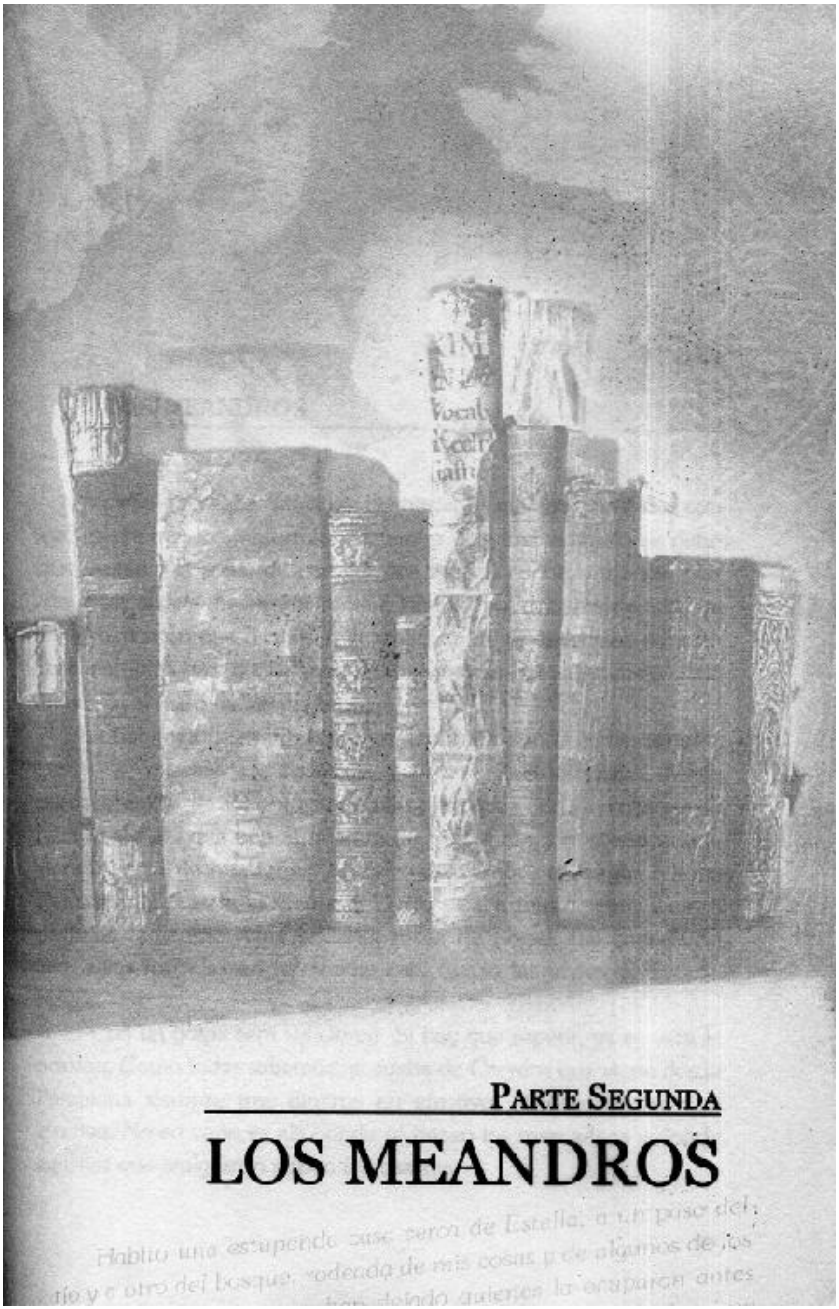
Me habría gustado saber de su rostro, de su tono de voz y del tacto de sus manos cuando aún era una joven intrépida capaz de seguir a su marido por las trincheras bolivarianas y de atravesar en solitario el Atlántico, pero me conformo con las plumillas que le hicimos siendo ya una anciana y con las frases que guardo como un tesoro en mi memoria.

Estos años treinta se anuncian complicados y convulsos. Presiento, en ocasiones, que volveré a presenciar otra guerra y que, de nuevo, Estella y toda la comarca se sumirá en oscuros tiempos de enfrentamiento y suspicacia. El siglo veinte no se ha mostrado más amable que el pasado. Y es que la década que he abandonado no ha sido mucho más sencilla, con cambios en la política y en el día a día que nos han puesto a todos patas arriba. Quién nos asegura que las laderas de Montejurra no se revistan de sangre y que resucitadas carlistadas no nos confundan otra vez.

Mi actividad ha cesado. No así mis ideas: una vida dedicada al compromiso a favor de las mujeres deja una huella demasiado fuerte como para que se detenga simplemente porque mis huesos estén cansados y mi voz sea trémula y débil. Hasta el final de sus días luchó Aurora y así lo habré de hacer yo.

Puede que me alcance la muerte en la misma cama donde nació mi madre, o puede que lo haga, quién sabe, en el pequeño túmulo de Xin. No sé si lo hará en la soledad de un día cualquiera, quién sabe sin previo aviso, o si será rodeada de mis seres amados… mis amados seres cercanos, después de una larga enfermedad de ésas que duran un calvario. La muerte es lo que tiene, que nunca llega conforme a todos. Pero de lo que estoy segura, de lo que no tengo dudas por más que lo pienso, es que podré mirarla fijamente y me burlaré de ella. ¡Pues buenas somos nosotras, mujeres tulipán! Y le diré que si ha de llevarme, lo haga, más que iré con la cabeza alta porque pertenezco a la estirpe de Aurora y jamás nos hemos rendido a la dificultad.

"¡Buela Catalina, buela Catalina!", pronuncia con su risita redonda y sus mejillas sonrosadas mi biznieta, y pienso que será ella quien continúe el espíritu de Las Almazaras, ya con un libro como el de Párix ya con la intuición de los tulipanes. ¡Queda tanto por hacer! ¡Y ha sido tanto lo que hemos padecido desde Aurora!…



PARTE SEGUNDA

LOS MEANDROS

I. LOS MEANDROS

Aquello resultaba sencillo. Demasiado sencillo. Bastaba con agazaparse tras los matorrales, aguardar a que el vehículo se detuviera frente a la soga, descerrajar dos tiros al cochero y arramplar con la recaudación. Normalmente, nadie opondría resistencia, tal era el susto con que recibirían el asalto, y, de oponerla, se solucionaría con otro par de disparos. Al menos, eso había indicado doña Francisca al resto de las mujeres.

La habitación, exquisitamente decorada con tapices, tapetes bordados, muebles de herencia y lienzos costumbristas, había sido protegida del sol entornando las alargadas contraventanas de oriente, de ahí que una atmósfera de penumbra y misterio envolviera la mesa de reuniones. El polvo arrastraba, en largas hileras blanquecinas, cierta luz tenue y cierto olor a mapa, libro viejo y perfume femenino. Una brillante mesa de nogal, flanqueada de altas sillas forradas en terciopelo rojo, hacía las veces de Estado Mayor.

—Con un golpe será suficiente. Si hay que repetir, ya se verá la ocasión. Como todas sabemos, el coche de Correos que viene desde Pamplona siempre trae dineros en efectivo. Muchos dineros en efectivo. No en vano es allí donde se hacen los mercadeos y donde aquéllos que emigraron ganan los cuartos.

—Cuartos que envían a sus familias del pueblo en jugosas sacas —apostilló una de las mujeres.

—Eso es. Sacas que van a pasar a nuestras manos si seguimos el plan a pies juntillas.

Dirigía la reunión doña Francisca, sagaz y contundente como siempre, embutida en su vestido tornasol y sin dejar de airearse la barbilla con un refinado abanico de marfil en el que se abigarraban escenas de rejoneo, puntillas bordadas y banderitas de colores. Tenía una edad imprecisa, una mirada inteligente y un moño de tres alturas que despuntaba amenazante hacia el techo de la estancia. Jamás dudaba en sus apreciaciones, o, al menos, jamás lo evidenciaba. Sabía lo que se hacía.

—Deberíamos, eso sí, hacer prácticas de tiro, damas mías. No podemos jugárnosla en un desafortunado disparo y que el cochero tenga oportunidad de repelernos. De ahí que tras el almuerzo, que,

por cierto, serviremos en el jardín, acudiremos al establo a habituarnos a las pistolas. He dado orden a María Selva de que lo disponga todo. Usaremos, para ello, las viejas armas del difunto General. Espero que aprobéis mi idea, amigas.

Hubo un ronroneo de asentimiento. A decir verdad, nadie se habría atrevido a contradecir a doña Francisca, ni a apuntillar nada. Doña Francisca no sólo regentaba Los Meandros con asombrosa diligencia, sino que llevaba demostrando, desde que falleciera el General, que, por dama que fuera, nadie iba a doblegarla. Era la típica mujer rural que se había hecho a sí misma y que jamás había permitido que nadie la apabullara, y no por haber vivido tantos años con el General, seguro, pues ya antes de conocerlo hizo notorio su carácter firme y decidido, sino porque su existencia la concebía como un himno a la superación de los fuertes sobre los débiles, en especial si la débil era una mujer y el fuerte un hombre. Decían que incluso en sus momentos de mayor gloria, si es que los tuvo, el General precisaba del consentimiento de su esposa para ordenar tal o cual ataque.

Comieron en el amplio jardín central, bajo un parasol gigantesco y en una mesa reluciente que pronto se llenó de codornices escabechadas, confites y panecillos blancos con dulce de higo. Bebieron vino rosado y copitas de anís, dialogaron de multitud de intrascendentales cuestiones y, una vez que se dio el convite por terminado, se dirigieron a los establos. Allí, la escena estaba lista.

—Bien, veamos. Repasemos el plan —tomó la batuta la anfitriona— y ultimemos los preparativos. Nadie va a quitarnos Los Meandros, señoras mías, aunque para ello debamos asaltar dos docenas de diligencias de Correos con toda la recaudación del año. ¡Buena es la viuda del General!

Entonces, tomó de una caja de marquetería flamenca una flamante pistola, la cargó de pólvora y se la entregó a una joven apocada y hermosa, por nombre Eugenia y a quienes todas llamaban Genita.

—Corazón, tú serás la primera. Hemos de comprobar quién de nosotras demuestra mayor pericia con las armas de fuego y, aunque no debe de ser muy complicado, hemos de haber ensayado el tiro al cochero antes del día del atraco. Así que agarra, empuña y disponte. Imaginemos que ese saco de grano colocado sobre el carro es el conductor; e imaginemos que tú sales de detrás de unas zarzas, que para el entrenamiento puede ser la cancela de la cuadra. Salta, apunta y dispara.

El resto de las mujeres estaba expectante. Se retiraron unos

metros y permitieron que Genita actuara a sus anchas. Ésta se parapetó tras la portezuela, respiró profundo, chasqueó los dedos en la culata de la pistola y, con un agudo chillido al que le acompañó el agudo chillido de todas sus compañeras, se incorporó y apretó el gatillo.

Una humareda azulona invadió el lugar tanto tiempo como duró el grito. Después, un silencio absoluto. Genita estaba sudorosa, con los ojos como lunas, el cabello desmadejado y el brazo derecho con el arma estirado en horizontal.

—Te felicito, jovencita —intervino doña Francisca—. El chillido, desgarrador. Por un momento pensé que estaba ante la mismísima Diana Cazadora en una de sus correrías. ¡Qué poderío de garganta! Podrías ingresar en el coro de mosén Donato si lo quisieras. Ahora que… la cuestión del disparo… No creo que el día del asalto dispongas ni de más temple ni de más puntería. ¿A qué distancia has disparado? ¿A un metro? Igual ni eso. Un miserable metro. ¡¿Y puedes explicarme por qué el saco de grano se está riendo de nosotras ahora?! ¡Pero si ni siquiera le has dado al carro!

En ese punto, Genita rompió a llorar y fue a abalanzarse a los brazos de Teresa, su amiga del alma, algo mayor que ella pero de apariencia igualmente frágil. Ambas habían crecido juntas, siempre con esa insuperable diferencia de edad, y si Teresa había sido el modelo de la pequeña Eugenia, para Teresa, Eugenia había sido la criatura a quien guiar.

—Prueba tú, Teresita —ordeñó doña Francisca—. Y no llores, Genita, corazón. No todas hemos de servir para lo mismo. Tú te encargarás de colocar la soga junto a María Selva. Colocar la soga es una labor de suma importancia. Ha de verse, ha de tensarse y ha de hacerse con celeridad y resolución. Estoy segura de que tu papel en este atraco será tan decisivo como quien use la pistola. Tranquila, tranquila…

—¡Es que todo me sale mal! ¡Nazco la última, no sé guisar, pierdo los dedales y me asusta disparar! ¿Quién va a quererme? ¿Quién va a fijarse en una estúpida torpe como yo? ¡No atino en nada!

—Teresita, hija, es tu turno —volvió a imponer doña Francisca.

—¡A monja me voy a meter! —profirió Genita—. A monja para toda la vida. A monja de clausura.

—Escóndete tras la cancela, Teresita, mujer, y, cuando estés lista, sal y dispara —organizaba doña Francisca mientras cargaba de nuevo el arma.

—Sí, eso es lo que voy a hacer. Me meteré monja. Ingresaré en

una orden y me apartaré del mundo… No tendré más que rezar y rezar. Y si algo me sale mal, mis hermanas me lo perdonarán y así por lo menos el mundo no sabrá lo torpe que soy… —continuaba llorando Genita.

—Y llegará la tan temida desamortización y te quitarán el convento y te las verás otra vez de fracasada, Genita —se dirigió a ella Juana, la quinta de las mujeres, con tono autoritario y seco.

Genita cedió paso a Teresa, quien se escabulló en la cuadra y se hizo a la idea de que estaba en el camino del bosque aguardando el carruaje. Por un momento, hasta le pareció escuchar en su cabeza el crujir de los ejes y el ronquido de las ruedas de madera sobre los cantos de la pista, el relincho de los caballos y el latigueo del cochero. Y se alzó, estiró su brazo, apuntó con el arma y presionó el gatillo.

Segunda nube de pólvora azul. En el último instante, Teresa había cerrado los ojos y había imaginado el rostro de un conductor aterrorizado mirándola fijamente unos segundos antes de ser asesinado. Instintivamente levantó la mano y la bala fue a estrellarse en el entramado del techo.

—No puedo. Lo siento, pero no puedo. Una cosa es ayudarte a salvar Los Meandros y otra diferente, matar un pobre cochero de Correos que lo único que hace es guiar su carruaje para cumplir su trabajo y ganarse su jornal y mantener a sus hijos y que no les falte nada que comer. No puedo, no puedo. ¿Se puede saber qué me ha hecho a mí ese cochero? ¿Y con qué cara se presenta después el intendente de Correos a decirle a su mujer y a sus muchos hijos pequeños que le han pegado un tiro simplemente por realizar su trabajo para ganarse el jornal y mantener a sus hijos y que no les falte nada que comer?

El silencio que siguió a estas palabras fue largo e incómodo. Hasta Genita había dejado el llanto y observaba estática la escena. María Selva, que por ser su sirvienta desde hacía décadas era quien mejor conocía a doña Francisca, temía un estallido de ira de la señora. Juana, mientras, se adelantó y tomó la pistola de entre los dedos de Teresa.

—Trae aquí. Las jóvenes siempre terminái s por rendiros. Te voy a demostrar lo que es capaz de hacer una mujer de verdad.

Cargó la pistola, se metió tras la cancela y, apenas un suspiro después, se abalanzó hacia el saco de grano tras haberse cubierto el rostro con un pañuelo y gritó:

—¡Muere, cochero!

Y disparó.

Nueva explosión, nueva nube de humo azul y nuevo desastre. Una hora después, las cinco mujeres se reunían en la sala de los tapices y los lienzos costumbristas, alrededor de la mesa de nogal. Sus rostros denotaban desencanto. Teresa no dejaba de morderse el labio y de preguntarse si de veras alguna de ellas sería capaz de asesinar a un hombre; Genita, sin duda la más bella de todas, no podía quitarse de la cabeza la idea de su convento desamortizado y se veía vagando por España sin hábito ni beneficio, cubierta de polvo y con las uñas negras de tanto arañar la tierra para encontrar un mal fruto que echarse a la boca. María Selva, callada como siempre, esperaba que en cualquier momento su señora se volviera loca de ira y arremetiera contra todo mueble y todo adorno, tal y como hacía cada vez que algo la derrotaba. Y Juana, la pobre, lucía en su mano derecha una virginal venda que intentaba mitigar la avería sufrida en su disparo.

Iba oscureciendo. Los Meandros tenía encanto a cualquier hora de la jornada: por la mañana, con el sol despuntando tras los riscos del este y bañando de dorados las largas praderas y el lecho del río; por la atardecida, lleno de olores vespertinos y sombras alargadas, con el murmullo de las aves en retirada. Se levantaba en medio de una extensa planicie herbosa, con la escolta de hayas de tronco blanquecino y frondosas ramas, y se abría al valle por su extremo sur. Lo constituían varias edificaciones independientes, unidas apenas por muros de lajas enmusgadas y precarias vallas de listones negros; había un establo, una leñera, una casa de servicio que ya no se utilizaba y hacía las veces de desván, una cochera de reciente construcción y la soberbia casa central, orgullo del General y quebradero de cabeza de doña Francisca. Varios setos y marañas de boj custodiaban la entrada principal, una suerte de escalerona con porche y gatera, amén de varias islas ajardinadas a las que el paso del tiempo y el desuso habían convertido en madreselvas. Una de las fachadas, la norte, aparecía completamente cubierta de enredaderas, hiedras fantasmas que el General había mandado encaramar allí y que nadie, después de su muerte, había osado quitar, por más que llenaban las habitaciones de insectos y gusanos. Otra cara, la que se abría al valle, contaba en su parte alta con la joya de la vivienda: una galería acristalada en la que doña Francisca, muchas tardes, pasaba las horas leyendo.

Los Meandros debía su nombre al curso caprichoso del río Ega, que en aquella parte alta se retorcía sobre sí mismo en al menos una docena de agudas curvas. Sus aguas serpenteaban con jolgorio en los seis primeros giros, en la zona que llamaban Las Aristas, quizás

por los filos de las rocas del cauce o quizás por la caliza de las orillas, saltando varias veces en pequeñas cascadas blancas que ni siquiera en verano se secaban. Después, en el resto del curso, el Ega se calmaba y alcanzaba Los Meandros ya con las aguas tranquilas y una especie de playa natural de guijarros al que María Selva bajaba a lavar la ropa: descansaba un robusto cesto en los cantos y, arrodillada, iba extrayendo prendas que bateaba en una piedra dispuesta para ello durante largos ratos; después, las oreaba al sol y las tendía en cordales destensados a lo largo de la ribera. A doña Francisca le encantaba ver lavar la ropa a su criada, no tanto por la cándida escena de aguas y telas, sino por el vigor, el envidiable vigor, que María Selva demostraba.

El interior de la vivienda contaba con un sinfín de viejos muebles de la familia del General, cuadros de gran tamaño, cientos de libros y hasta una reluciente armadura que perteneció a algún remoto antepasado del señor, de cuando ya las armaduras no se utilizaban y él se hizo con una para presumir de rancio abolengo.

No había blasones ni escudos. Simplemente con saber que era la casa del General, bastaba. Nadie en el pueblo, que distaba apenas dos leguas, había olvidado el firme porte del militar, siempre embutido en su uniforme azul, con su banda roja, su tocado de plumas y su espada al cinto. Ni el feraz bigote que nacía y moría en las también pobladas patillas canas. Ni su ahuecada voz de mando. Ni la inquisidora manía que tenía de contarlo todo. Decían, incluso, que de no haberle tocado la guerra y no haber medrado en el ejército, habría llegado a ser un gran ingeniero o un gran científico, tal era la costumbre de contarlo todo.

Contar, contar, contar. Los números eran su pasión, de ahí que en Los Meandros cada libro tuviera un pequeño trozo de papel encolado con un número en el lomo; y cada peldaño de la escalera luciera un número en su parte baja; y cada uno de los postes de la valla exterior estuviera rematado de una chapita con su número; y cada ventana dispusiera de su propio número… Número, número, número.

“Cierre las ventanas número doce y número diecisiete, María Selva”, ordenaba. O, “hay que reparar las hortensias número ciento veinticinco y número ciento setenta y seis, se ven mustias; encárguese, María Selva”; “le recuerdo que siempre he de comer con la cuchara número nueve, el tenedor número nueve y, sobre todo, el cuchillo número nueve. Este cuchillo considérelo casi sagrado, cuasi sacro, diría yo. Este cuchillo es especial. No es el cuchillo número ocho, vulgar y de a diario, ni el número diez,

demasiado sofisticado. El nueve es el mío, el exacto y preciso cuchillo mío. Así que guárdelo usted en lugar aparte, bien custodiado de otros cuchillos de menor categoría, quizás en un cajón de la cocina, bajo la mesa, o sobre ella, siempre presto a ser utilizado si voy a comer, y siempre exquisitamente afilado. Use para ello de la rueda de afilar. El cuchillo número nueve ha de ser capaz de rebanar un vello de mi bigote en el aire; ha de poder cortar con igual precisión la manteca más blanda y el hueso de un carnero. Recuérdelo usted: el número nueve. Y cuando fallezca, si lo hago, prosiga usted con la custodia del mismo, afílelo con asiduidad y presérvelo de la humedad, no sea que enroñe: el cuchillo número nueve será mi herencia si lo administra usted como le indico".

Pero, por más que fuera un excelente estratega y un firme dueño de Los Meandros, ni siquiera su afición por el recuento de todo lo que le rodeaba pudo evitar que una granada perdida le reventara una pierna cerca de Cariñena y que de aquella herida le llegara la gangrena y de la gangrena le llegaran las fiebres y de las fiebres, la tumba.

"Doscientos cuarenta serruchazos —presumía en el hospital de campaña—, doscientos cuarenta me han dado. ¡Y Dios y la Virgen Santísima cómo dolieron los condenados! Y ya se ve ahora, ya: no dos piernas sino una."

Estaba enterrado en una cripta del cementerio de Estella, un espacio lúgubre y tétrico que doña Francisca ya apenas visitaba y que había sido concebido como el justo descanso para una estirpe de militares de pro. Lógicamente, una de sus últimas voluntades fue la de enumerar los sarcófagos, dejando claro que él estaría en el número once, junto a sus hermanos Federico ("sarcófago número seis"), Carlos ("sarcófago número siete") y Rodolfo ("sarcófago número ocho"), y enfrente de su padre ("número nueve"), de su abuelo ("número diez, una joya del arte romántico"), de sus tío-abuelos ("sarcófagos dos al cinco, ambos inclusive") y de su bisabuelo ("sarcófago número uno, como no podía ser de otra manera"). Quedaba vacante el sarcófago número doce para el hijo que nunca tuvo.

Lo que ni el panteón ni el álgebra ni sus dotes de estratega pudieron tampoco evitar fue el embargo con el que la Compañía Marítima de Seguros y Reaseguros Olaso y Cía. amenazó a doña Francisca la misma tarde que le enterraron.

"Así es el asunto", se limitó a aseverar un funcionario de corbatín y levita ancha a la recién estrenada viuda mientras le entregaba una voluminosa carpeta de papeles y timbres. Acababan

de bajar al General a la cripta, acababan de rezarle el último responso en un altar improvisado que se habilitó, según el testamento del finado, en el salón de la casa, “con los candelabros número treinta y uno y treinta y dos”, acababan de llorarle a doña Francisca y acababan de inaugurar una vida sin el General.

“Siento ser tan inoportuno”, siguió el del corbatín. Después, una monserga de explicaciones técnicas que aunque doña Francisca simuló no entender, demostraron a todas luces que a partir de aquel día había que inventarse la subsistencia cotidiana.

Al parecer, el General, al tiempo que hacía la guerra por toda España peleando sable en mano a favor de los realistas y dejándose la pierna en un envite, se había dedicado a comprar acciones de las incipientes empresas que florecían por doquier, a invertir en arte expropiado, que era un negocio floreciente en época de conflicto, y a comprar granjas expoliadas como forma de hacerse con bienes inmuebles. Y al parecer, no sólo perdió la pierna; perdió también cuanto había invertido, pues algunas de las empresas a las que confió sus ahorros no pasaron de ser meros fiascos, y las obras de arte no sirvieron para nada, y las granjas, aún expoliadas, eran menos productivas que las flacas vacas de La Rioja. Y al parecer también, la Compañía Marítima de Seguros y Reaseguros Olaso y Cía. no tenía intención de perder el dinero prestado a su cliente por muy general que fuera y mucha pierna que perdiera y mucha cripta que ocupara, y puesto que el aval dado por el militar había sido Los Meandros, a Los Meandros que se dirigió su funcionario.

“Tiene usted seis meses para saldar la deuda, señora. De lo contrario, la Compañía procederá al embargo, al desahucio y a la posterior subasta”.

—Y no es perder la casa lo que más me duele, amigas mías —decía doña Francisca a sus compañeras de reunión—. De sobra conocéis la historia de mi difunto marido y las maniobras de esa maldita compañía aseguradora, nido de prestamistas usureros, para hacerse con todo esto. Lo que más me duele, más si cabe que el privarme de mi propio hogar, es saber que la subastarán… Y que doña Cándida pueda pujar por ella y arrebatármela.

—Realmente sería desastroso —interrumpió Juana tocándose el vendaje de la mano aprovechando que todas la miraban—. Esa bruja quiere llegar hasta el final. Nunca se resignó a perder al General, si me permites la observación, querida.

—Te la permito, te la permito. Es cierto. Esa arrogante y retorcida tramposa jamás ha soportado que el General me eligiera a mí y fuera yo quien, final y felizmente, ocupara Los Meandros.

Genita y Teresa, a pesar de ser más jóvenes, de sobra conocían la historia. ¿Quién no la conocía en el pueblo? Francisca, Cándida, dos niñas que nacieron el mismo año, dos niñas que aprendieron a caminar y a andar juntas, dos niñas que alcanzaron altura al tiempo, dos niñas que comulgaron juntas, dos niñas que se hicieron mujeres a la vez y dos mujeres que se enamoraron del mismo hombre al tiempo. A partir de ahí, una historia de celos, envidias, resquemores y malas artes. Si la una daba un donativo a la parroquia, la otra lo doblaba. Si la una acudía al ferial con mantilla, la otra, con mantilla y peineta. Si la una subía, la otra bajaba. Si la una plantaba geranios, la otra, palmeras chinas. Cándida jamás se había casado y había permanecido "intacta" para el General con el convencimiento de que él sobreviviría a doña Francisca.

Cuando el funeral, celebrado con toda la acartonada pompa de un pueblo, se limitó a permanecer en aparente segundo plano, asegurando en voz baja por corrillos y mentideros, eso sí, que los días de su rival estaban contados y que tarde o temprano se haría con Los Meandros, que era donde ella tenía que haber vivido y donde tenía que haber criado los hijos del General, esos hijos que "la otra" no había sabido darle.

—Jamás me quitarán Los Meandros.

—Jamás lo consentiremos, amiga —pronunció Juana con voz ceremoniosa al tiempo que tomaba las manos de doña Francisca entre las suyas.

—Por nosotras, hasta el final. ¿Verdad, Teresita? —dijo Genita.

—Hasta el final, sí —afirmó la joven—… pero sin necesidad de matar a nadie.

—Eso podrá solucionarse. Algo se me ocurrirá —completó la anfitriona—. Ahora, lo que tenéis que hacer es volver a vuestras casas. María Selva: prepara la calesa de mis amigas. No debéis demoraros. Ya sabéis que se supone que hemos estado haciendo costura. Y chitón de los planes. En breve daremos el golpe y nuestros calvarios se solucionarán.

Si Juana ayudaba a su amiga del alma no era porque atravesara ningún calvario. De hecho, habían acordado dividir el botín en dos partes, una para saldar la deuda de Los Meandros y la otra para repartir entre las intervinientes, incluida la buena de María Selva. No necesitaba Juana dinero alguno. Vivía en una suntuosa casa del pueblo, a tiro de piedra de la plaza, entre la iglesia y el lavadero, y si se había enrolado en aquella aventura era exclusivamente por amistad a doña Francisca.

En cierta ocasión, estando el General en una de sus algaradas,

Juana se trasladó a Los Meandros a pasar el verano y a hacer compañía a la abandonada esposa. Ocuparon los días deleitándose con novelas de poca monta y largos paseos por las orillas del río Ega. Una tarde, aprovechando una parada a la orilla del curso, preguntó a su amiga por qué odiaba tanto a doña Cándida. "Por la misma razón por la que a ti te quiero tanto", respondió. Desde entonces, Juana había intentado colmar hasta el último de los deseos de doña Francisca. Así que cuando le pidió que la acompañara en la loca aventura de un atraco, no se lo pensó.

—¿No te da miedo todo esto? —preguntó Genita a Teresa una vez que, llegadas al pueblo, abandonaron la calesa y se dirigían a sus respectivas casas.

—Bueno, un poco. Sobre todo si hay que disparar. No creo que sea capaz de disparar a un pobre cochero que se gana el jornal…

—Sí, ya —interrumpió Genita—… para alimentar a sus pobres hijos… Pero te digo aunque no haya tiros. Sólo el hecho de vernos envueltas en este tinglado. ¿No te da miedo? ¿Qué pasará si se entera Laurencio?

—No me mentes a Laurencio, querida. No me lo mentes. Vamos a casarnos y con la dote que ofrece mi padre no nos llega ni para vivir bajo un carro. Necesito ese dinero…

—Eso te pasa por ennoviarte a un literato.

—No te metas con él. Es un buen literato. Ahora mismo está escribiendo nuevos poemas. Ya verás tú cuando triunfe en Madrid y me saque del pueblo y vista con ropas tornasol como las de doña Francisca. Lo que sucede es que es muy difícil encontrar trabajo.

—Sobre todo para un poeta.

—Ojito, Genita. Él es capaz de mucho más. Sabe hacer más cosas.

Ambas cruzaban el Portal del Chapitel entre los barrios de San Miguel y el de San Juan. Estaba oscureciendo y no era cuestión de quedarse más tiempo por ahí. Unas jóvenes de su edad deberían haber estado cenando mucho antes y, de no ser porque acudían a costura a Los Meandros, nadie les habría permitido semejante descaro. Los padres de Eugenia veían con buenos ojos que la pequeña frecuentara a doña Francisca por considerar que quizás terminaría por conseguirle un buen novio; y los de Teresa, también, porque albergaban la esperanza de que su hija terminara por olvidarse del escritor y se enamorara de alguien de bien, como un contable o un zapatero o un zahorí.

—¿Capaz de más cosas? A ver, a ver, cuenta.

—Mmm —musitó Teresa entornando los ojos y mordiéndose el

labio inferior—… Por ejemplo de amar.

—¡Ay, ay, ay! Teresa, por favor —se atolondró la joven al tiempo que su tez enrojecía—. No empieces con tus historietas frívolas.

—Su forma de besarme los párpados cuando vamos a la mies.

—Calla, calla, calla.

—Y cómo me agarra las manos y cómo me acaricia la espalda.

—¡Por Dios, Teresa! Te van a oír. Venga, muévete. Olvida esas insensateces.

—Y —siguió susurrando con clara intención de escandalizar a su amiga— su arte para escabullir su cabeza bajo mis enaguas…

—¡Basta ya, señorita! —saltó Eugenia agarrando del brazo a su compañera y obligándola a acelerar el paso rumbo a casa—. Mañana mismo vas donde mosén Donato y que te ponga una buena penitencia. Mejor, dos. Una por mancharme los oídos y otra por dejarte hacer esas cochinadas.

—Eres una boba.

—Y tú una lujuriosa. Laurencio te va a llevar a la perdición. Es un poetucho de mala muerte. Se empeña en hacer versos inútiles sobre la Fuente de los Chorros y sobre lo bonico que es el retablo de San Juan, pero no gana una peseta.

—Por eso necesito el dinero del atraco.

Llegaron al portalón de Teresa. Se despidieron con dos besos y, cuando Eugenia hizo ademán de girarse para continuar camino, Teresa la retuvo:

—Y tú, Genita, ¿porqué lo haces? No necesitas el dinero…

—Por ti, lujuriosa, por ti. Tengo que asegurarme que disparas al cochero, no que terminas yaciendo con él.

Aquellas palabras, que en un principio reconfortaron a Teresa, la turbaron el resto de la noche. Se imaginaba a sí misma abriendo en un inmenso charco de sangre el rostro del pobre cochero. No era ni sueño ni vigilia; simplemente desazón. Veía a Laurencio recitando odas al cochero muerto a la vez que mosén Donato la reprendía por haber asesinado a un hombre y haber fornicado con el literato antes de pasar por la vicaría. Y, lo peor de todo, veía a Genita paseando de la mano de Laurencio mientras ella misma se quedaba de por vida con el cochero asesinado.

Se despertó sudorosa y blanca. Comprendió que aquel dinero no se conseguiría tan fácil y que lo más seguro sería que, pasase lo que pasase, la aventura la perseguiría el resto de sus días.

Mientras, en Los Meandros, dos luces amarillas anunciaban que la actividad no había cesado. Una, la de la parte baja, correspondía

a la habitación de costura. Allí, doña Francisca se esmeraba en avanzar en varios manteles de lino bordados con pulcritud. Ajustaba el bastidor, preparaba los hilos, estiraba la tela, copiaba del modelo… Si cada día se unía a sus amigas para bordar, no era de recibo que la obra no avanzara. Pronto tendría preparadas las labores de Teresita y Genita, labores que podrían llevar a sus casas para justificar sus tardes en Los Meandros. ¡Buena era ella! Y si no había tiempo para dormir, no se dormía.

La otra luz provenía del zaguán, donde María Selva ocultaba los planos de la zona, extraídos de la cartografía del General, las pistolas, la soga que iban a utilizar y los cinco pañuelos negros con los que se cubrirían los rostros para no ser identificadas.

Los Meandros nunca dormía. Los Meandros siempre había tenido una actividad frenética. Era parte del encanto de Los Meandros.

II. EL LIBRERO

Briviesca estaba más lejos de lo que había sospechado. La *Gitá* la había cuidado con esmero a lo largo de todo el viaje, especialmente por las noches, procurándole sopa caliente y un buen lugar para dormir. Aurora prefería llamarla Sara pero ella se empeñaba en recomendarle que lo hiciera *Gitá* pues *Gitá* es como le llamaba su amo.

—Que no, mi *señá*, que no. Que lo de Sara es *mu* fino, pero que a la Sara ya *naide* la llama Sara. Que a mí *me se* llama *Gitá* como me dice el amo.

Lo del amo le chirriaba en los oídos a la joven. Habiendo luchado por la libertad de América frente a España, no concebía la idea de que nadie fuera amo de nadie. Recordaba las noticias que llegaban de los recién nacidos Estados Unidos y cómo, a pesar de que se erigían en una nación libre y constitucional, mantenían la esclavitud e, incluso, se habían precipitado hacia una guerra civil. Por eso, y por las denuncias que a diario se recibían por parte de campesinos azotados por sus terratenientes con la convicción de ser sus dueños, o por las ideas de libertad y fraternidad que se esgrimían en los corrillos de las librerías, Aurora no soportaba la idea de que nadie fuera amo de nadie. Menos aún, que el siervo no se levantara en armas para acabar con la tiranía…

Había intentado en vano convencer a Sara de que el señor Gaminde no era dueño y señor de sus criados y que la revolución liberal haría a todos iguales. Sin embargo, los argumentos con que le refutó la gitana la dejaron sin habla durante varias jornadas.

—Mire, *señá* Aurora. Malamente entiendo qué es una *revolució libreral*, pero si quien está *metío* en una *revolució libreral* es el *señó* Gaminde y el *señó* Gaminde es un *libreral* pero dice que es mi amo, yo no entiendo qué es una *revolució* de ésas o cómo pué haber una *revolució libreral* con amos y siervos.

Después, Sara miró a los ojos a Aurora y, clavándole sus negras pupilas, continuó:

—Y otra cosa. Aquí se tolera más a los gitanos como yo que a las mujeres. Si *ademá* se es gitano y *mujé*, date por *olvidá*.

Cuando por fin recobró el habla, Aurora le dijo que tenía razón, que aquella revolución era una revolución incompleta, que había

que luchar por la libertad y por las mujeres y que en su mano estaba el conseguirlo. Entonces, quiso explicarle el motivo de la misión, el asunto del libro y la conspiración en la que se hallaban envueltas, pero la gitana volvió a interrumpirla:

—*Señá*, recuerde que prefiero que no me diga *ná* más. El señor Gaminde me *tié prohibío escuchá ná de ná.* Yo solamente soy una *criá* del *señó* Gaminde.

—Sara, hay que conseguir ese maldito libro de Párix como sea. ¡Aviva estos caballos y reza por la revolución… de las mujeres!

Pero Briviesca estaba lejos y por más que se azuzara a los jumentos, la marcha era cansina y larga. Atravesaron páramos de gran belleza que a la joven recordaron a las estepas de América, y bosques frondosos que, salvando las diferencias entre las especies de árboles, le sugerían las cerradas selvas en las que se refugiaban los resistentes bolivarianos.

Y, por fin, entraron en la Castilla plana y amarilla, tan distinta a los paisajes habituales de Aurora y a los olores americanos. Una pesada nostalgia le invadió el cuerpo, acordándose de Ignacio, de su lucha, de sus planes, del discurso encendido y convincente de Simón Bolívar, de Xin Xian Ho. Una especie de manto invisible se cernió sobre ella, encogiéndola y abatiéndola hasta llegar a preocupar a Sara. Aurora comenzó a tener vómitos, a sentir mareos y a notar que le flaqueaban las piernas. Acostumbrada como estaba a superarse y a sacar fuerzas de lo más recóndito de sus entrañas, no pudo en esta ocasión, sin embargo, sino rendirse a su debilidad, obligando a la comitiva a pernoctar durante tres días en una aldea pobre y ruinosa a medio camino entre Venta de Baños y Magaz.

Allí, la *Gitá* la atendió con paños de salvia y friegas de manzanilla, le dio de beber, la consoló y logró que, una vez retornado el color a sus mejillas, la joven volviera a ponerse en pie.

—Ha sido un mal trago. Nada más. Supongo que la fatiga del barco y las excitaciones de estos días, y el viaje en carro, que siempre agota, me han dejado barrida. No ha sido nada. Mañana continuaremos viaje y tocaremos Burgos —pronunció mientras se levantaba del camastro en el que la habían acomodado tras pagar una discreta cantidad de dinero a la única mujer que les apareció en la aldea—. De todas formas, Sara, si algo me ocurriera estando tú conmigo, si me sucediera cualquier infortunio, si ves que las cosas se tuercen y caigo enferma o malherida, has de hacer lo siguiente: me llevas a Estella. Eso, lo primero. Creo que de toda España es el único sitio donde puedo sentirme medianamente a salvo. Mi padre todavía vive allí; al menos, debe de mantener la casa. Por mucho

que diga que no me perdona el que me fugara de ir a clausura, sé que su corazón no es tan duro y que me dará asilo. Estella es una preciosa localidad a orillas del río Ega. Tiene una pequeña loma con un eremitorio y una calzada medieval por la que, antaño, transitaban los peregrinos rumbo a Santiago. Sus iglesias son exquisitas, con fachadas impresionantes y encantadoras figuras esculpidas. No te costará encontrar el edificio de mi familia. Mi padre sabrá recompensarte.

Al hablar de su pueblo, Aurora iluminaba los ojos y dejaba que transcurrieran por su mente cientos de imágenes del pasado, hermosas, apacibles, divertidas, como si su paréntesis con Ignacio y sus aires revolucionarios fueran solamente capítulos de alguna novelilla leída en las tardes de verano. Se notaba turbada por estas sensaciones y llegó a sentirse incómoda con la idea de renegar del independentismo americano a cambio de la calma de Estella, pero, al fijar el rostro adusto de su padre, comprendió que muy mal tendría que estar como para volver a la aldaba de su puerta.

—¿Y cuál es la segunda cosa, *señá*?

—¿Cómo dices?

—Que cuál es la segunda cosa que debo *d'hacé* si le *susé argo*.

—Avisar a mi marido.

Sin más explicaciones, las dos mujeres continuaron camino cavilando cada una de ellas en miles de frases distintas.

En Burgos se despidió de los cuatro escoltas, quienes, tan parcos como el resto del viaje, se dieron media vuelta sin apenas descansar, argumentando que el señor Gaminde les había prohibido continuar desde aquel punto pues no eran bien recibidos los serranos allende el Arlanzón. Después, según lo convenido, acudieron a la Casa Marquesado, una estupenda vivienda cuadrada, de potentes sillares y matacanes en la parte alta, que pertenecía a un hombre de confianza, un antiguo marqués rendido a los acontecimientos y partidario de la Constitución. A Aurora, no del todo repuesta pero con la resolución vuelta a sus ojos, le llamaron la atención las recias verjas de las ventanas, las esquinas fortificadas y la gruesa puerta de madera. Desde luego, aquel edificio no daba la impresión de ser, como le explicaran en Las Almazaras, la casa de un amigo sino una siniestra prisión en el centro mismo de la ciudad.

Allí les recibió un hombre bajito y sudoroso, vestido al estilo campero, siempre con su pañuelo bordado en la mano y siempre quejándose de todo. Tenía una verborrea que no daba respiro y procuró a las dos mujeres útiles de aseo, comida, cama y, lo más importante, la ubicación del volumen de Párix.

—Soy librero. ¿Entienden? Librero de categoría. Mi colección de libros es la mejor al norte de Madrid. Al sur, no creo que mucha gente me supere. Llevo coleccionando libros desde que heredé la tienda de mi padre, allá por mil setecientos ochenta y seis. Imagínese usted la cantidad de años que llevo coleccionando libros. Libros de todo tipo. Libros grandes y libros pequeños. Colecciones inmensas. Cuando me entero de que van a cerrar un convento, allá que me presento con mis carretas y por un puñado de billetes o unas dádivas de poca monta y me hago con sus fondos. Es fácil. También, cuando me entero que han apresado a alguno de nuestros correligionarios: los hombres de la revolución leen mucho y con frecuencia amontonan cantidades de libros. Es nuestro defecto, si me permite la ironía. Fueron mejores años los de la exaltación, cuando se quemaban parroquias y monasterios; entonces sí que era barato conseguirlos… bastaba con pagar a los pirómanos un puñadito de monedas para que retrasaran la sanjuanada el tiempo suficiente para que yo sacara los ejemplares a mis carros. Cuestión de organización. En cierta ocasión, en Medina de Ríoseco, unos salvajes que jamás habían leído a Montesquieu pero que gritaban el nombre de Robespierre y el de la Constitución de Cádiz como si fueran hijos suyos, tomaron al asalto la casa de un pobre párroco. Duró el asedio cerca de una semana, tiempo que tuve para dirigirme allí, negociar con ambas partes, llevarme la biblioteca del cura y conseguir de los de la algarada que no lo mataran. A cambio, regalé a todos los asistentes al escarnio una estupenda cena a base de cordero y vino del Duero, barato si se tiene en cuenta que la biblioteca del párroco la vendí yo después seis veces más cara de lo que me costaron los lechones y que el vino del Duero lo puso el obispado para salvaguardar a su inocente sacerdote. El negocio es el negocio, señora mía.

La sala era rectangular, espaciosa, con varias mesas de trabajo, estantes amontonados y graciosas iluminarias de tulipa verde dispuestas por doquier. Un cuadro imponente de algún antepasado, probablemente del antiguo marqués, custodiaba la única pared sin ventanas. El anfitrión paseaba deteniéndose en uno y otro ejemplar, colocando las piezas como si de un rompecabezas se tratara, soplando de forma sutil para espantar el polvo y girándose de cuando en cuando hacia su invitada para cerciorarse de que le seguía en la disertación.

—Debemos mantenernos cautos. La revolución no es cosa de cuatro días, como piensan los pobres andaluces. Ellos se creen que con firmar un par de constituciones y matar a cuatro absolutistas,

España alcanzará la gloria de Inglaterra, Francia o América. Por cierto que usted lucha en América, ¿no es así? Su fama le precede. He oído hablar maravillas de usted y de su marido. Ciertamente hay que echarle valor a la empresa. ¡América! ¡Quién pudiera contar con veinte o treinta años menos para enrolarse en un velero rumbo al Ecuador y partirse la cara con la madre patria! Ya ve qué sueños de viejo… En fin, pues eso: no basta con matar a cuatro absolutistas y creerse el ombligo de la Europa moderna. Hay que edificar España poco a poco, y para ello hay que contar con ustedes, las mujeres.

Aurora se había sentado en un diván aterciopelado cerca de la puerta, incómodo y sobrio. Escuchaba sin querer intervenir, ansiosa porque aquel parlanchín de ademanes amanerados y brillante calva le dijera, por fin, dónde encontrar el libro. A las palabras sobre América estuvo tentada de responder, pero no quiso. Presentía que si su marqués no terminaba pronto, acabaría ella misma por lanzarse a su cuello y extraerle la información.

—Las mujeres en América deben de ser de especial belleza. ¿Me equivoco? Aunque, viéndola a usted, me imagino que no habrá tenido rival en ultramar. Mas no se asuste, mi querida amiga, no es su sexo precisamente el que me vuelve loco. ¿Comprende? Vivo en esa paradoja. Marqués sin marquesado, liberal clandestino, amante de los hombres y metido, no obstante, en una conspiración para lograr el libro del obispo Dávila en el que les da a ustedes, mi alejado sexo contrario, las bendiciones para la nueva España. Aquel obispo fue un visionario. ¡En el siglo quince! ¡A quién se le ocurre! Me imagino que el pobre Papa se desmayaría al leer el libro del impresor Párix… Si llegó a leerlo.

En la calle debía de estar anocheciendo. Aurora sentía hambre y empezó a notar, de nuevo, cansancio en las piernas y en la espalda, fruto, sin duda, del largo viaje y de su convalecencia. Atrás había dejado catorce jornadas de viaje desde Cádiz, posadas de mala muerte, comidas racionadas y difíciles encontronazos con agentes de la Corona. Si aquel imbécil marqués no soltaba prenda, o se desmayaría o lo degollaría en su maldita biblioteca.

—Yo tampoco he leído el libro, lo confieso. Lo único que pido es contar con él una vez que todo este barullo termine. Será la culminación a mi colección. ¿Se hace cargo? Ese ejemplar supera en antigüedad y categoría a cualquiera de los títulos que poseo aquí. “Andanzas de Santiago de Fois”, “La bella escondida”, “Amadis de Gaula”, “El genio de Medina Azahara”… Incluso un tratado de medicina de mil setecientos uno que haría palidecer de envidia a mis amigos los galenos de Burgos. Y el “Príncipe”, de Maquiavelo…

¿Y qué? El libro prohibido de Párix, ese noveno libro, ensombrecerá al resto. Mi carrera como coleccionista habrá terminado y podré comenzar a descansar. Por eso la voy a ayudar. Por eso me he dejado engatusar por los constitucionalistas de Cádiz. Ellos son distintos a los del norte, a los liberales del norte, me refiero; a los de Bilbao, Santander, Pamplona, Logroño… Ellos son vehementes, nostálgicos de la Constitución de mil ochocientos doce, la que llamaban "La Pepa", aficionados a la chanza y al ruido de sables. Nosotros somos discretos, parcos, huidizos. No le engaño: nosotros conseguiremos el derrocamiento del absolutismo, no ellos. De momento, colaboramos. Poca gente sabe dónde se encuentra ese libro. En realidad, yo soy quizás el único. Dudo siquiera que sus dueños legítimos sepan que cuentan con una pieza tan valiosa. Yo le indico cómo llegar a él y usted lo entrega en Cádiz. A cambio, el señor Gaminde y sus correligionarios me han jurado entregármelo toda vez que lo hayan utilizado para redactar y justificar su nueva Constitución, la Constitución que hablará de vosotras las mujeres. ¡Cosas del destino!

Por fin, Aurora se decidió a romper el monólogo. Además de la necesidad que tenía de levantarse del puntiagudo diván, una duda le ensombrecía el ceño. La historia parecía cierta, también los términos del trato. Incluso aquel personaje sudoroso era creíble de puro disparatado. Sin embargo, había algo que no le encajaba y que estaba dispuesta a solucionar antes de seguir escuchando.

—Dígame una cosa —irrumpió—. ¿Por qué no lo roba usted mismo?

Una desagradable carcajada invadió la biblioteca. En ella, la dentadura del marqués salió volando por los aires y fue a estrellarse al cuadro antiguo de la pared sin ventanas. Sin ruborizarse ni alterarse, la recogió del suelo, la limpió con el mismo pañuelo con el que se enjuagaba el sudor de la frente y se la volvió a colocar dentro de la boca. Aurora jamás había visto semejante cosa.

—¿Sorprendida? En Madrid los cirujanos hacen maravillas. Perdí los dientes de forma poco honrosa, todo hay que decirlo. Me cayó encima un armario de tres puertas que a punto estuvo de matarme. Tuve suerte y solamente me saltó los dientes. Mi amante, que estaba dentro del armario, sufrió peor destino y se fracturó la cadera. Un indeseable accidente entre amantes. ¿Me sigue? El juego del gato y el ratón. Cuando el servicio nos encontró a ambos, desmayados, desnudos, uno partido por la mitad y el otro con la boca desalmenada, no supieron si atendernos o enterrarnos directamente. Pero ya ve, querida: Madrid es la panacea de todo

mal. Un ortopeda buenísimo me confeccionó esta dentadura —y volvió a sacársela para lucirla en todo su esplendor— en menos de tres meses. Me resultó cara pero abaratamos coste usando dientes de mendigos. Madrid está atestada de mendigos y ellos están deseando poder vender un diente a cambio de un precio acomodado. Creo que en todo Burgos soy la única persona que usa una prótesis así. Causa sensación en las reuniones y muchos de mis invitados me la quieren tocar. ¿Gusta usted?

La sola idea de rozar aquel esperpento amarillento le provocó una náusea a Aurora que a punto estuvo de olvidar su pregunta. Sin embargo, resuelta a atar cabos, volvió a repetir su duda, despertando una nueva carcajada del marqués, quien esta vez con la dentadura en la mano, no la lanzó contra el cuadro.

—La respuesta es sencilla, amiga mía. Debe ser una mujer. Debe ser una mujer quien se haga con el libro. Lo primero, por coherencia. Lo segundo, por practicidad.

Sara había pasado la tarde deambulando por los aledaños de la catedral. Nunca había visto un edificio de semejante belleza. Embrujada por las agujas y pináculos, permaneció largo tiempo en pie frente a la fachada, absorta en la amalgama de figuras y adornos de piedra blanca que parecían observarla desde la altura. Después, husmeó en los talleres de los artesanos que montaban sus tenderetes aprovechando las paredes del templo —orfebres, canteros, cesteros, tintores y encuadernadores— y más tarde bajó a la orilla del río donde se aseó los pies y descansó un rato. No había gitanos en Burgos, al menos no de forma tan patente como en Cádiz. Sí es cierto que descubrió mujeres lavando ropa en el brioso cauce que le parecieron de su etnia pero, ajenas a la viajera, no se sintió con ganas de entablar conversación.

Una vez que anocheció, regresó a la casa del marqués, donde Aurora le indicó que ocuparía alcoba con ella, en su misma cama, negándose a seguir las indicaciones del sudoroso anfitrión que se empeñaba en que Sara durmiera en el ala del servicio.

—No es mi servicio —le dijo tajantemente—. Es mi acompañante.

A la mañana siguiente salían rumbo a Briviesca. A ambas les pareció que estaba lejos. Las consignas estaban claras pero no así las vicisitudes del camino. Salir de Burgos ya costó un triunfo pues, siendo día de mercado, la plaza en la que se asentaba la vivienda del marqués estaba repleta de puestos, bullicio, gentes, reses amarradas a precarias sujeciones, corrales improvisados con gallinas

y gallos, vendedores de salmueras, meleros de la sierra de la Demanda ofreciendo sus tarros, diminutos rebaños de cabras, mujeres aireando sus telas, carniceros en pleno despiece, músicos y alguaciles en ronda pavoneándose al tiempo que controlaban cualquier conato de revuelta.

Después, saliendo por las aldeas del norte, alcanzaron una carretada de bueyes que subía hacia Orduña y a quien acompañaron durante un trecho, abandonándola después por pensar que iban demasiado despacio. Eran comerciantes de lana y aunque el comercio de lana había caído respecto a siglos anteriores, aún había resignados que continuaban realizando el fatigoso camino desde Valladolid hasta Bilbao por la vieja ruta.

Cuando, por fin, divisaron Briviesca a media tarde, a Aurora se le comenzó a acelerar el pulso. Hasta ese momento toda la aventura había consistido en viajar y en soportar pedantes liberales ya andaluces ya burgaleses. Pero a la vista de los tejados humeantes y las torres de sus iglesias, sintió unas enormes ganas de abandonar la empresa, regresar a Perú y abrazar a Ignacio.

—Echo de menos a mi marido.

—Yo también, *señá* —respondió Sara.

—¿Estás casada?

—Lo estuve, *señá*, lo estuve. Lo mataron los soldados.

—¿Qué soldados?

—¡Y yo qué sé qué infierno de soldados, *señá*! Pues los soldados. A mí me es igual que lleven un *coló* u otro. Los soldados siempre son soldados. Lo mataron en la guerra.

—¿Franceses?

—Payos. *Pa* los gitanos no hay Francias ni Españas ni Américas, *señá*. Hay gitanos y payos. Lo mataron los payos.

—¿Hace mucho?

—Lo mataron.

—¿Por qué?

—Por gitano.

—Las cosas van a cambiar, Sara. Ya lo verás. En España habrá una Constitución que nos ampare a todos, seamos hombres o mujeres, payos o gitanos. Una Constitución que nos hará libres a todos. Acabaremos con el rey y su tiranía. La libertad será nuestra única bandera. ¡Como en América! Eso es lo que dice Simón Bolívar y en eso estamos tú y yo. ¡Ya lo verás!

—*Pué* que lo vea. Mi *marío*, no.

Entraron en silencio por una de las calles altas. La recomendación del marqués era no detenerse a hablar con nadie.

Briviesca, tranquila y apacible, no solía enredarse en trifulcas, pero era mejor ser discretas y acudir a la casa donde les darían cobijo, una sobria edificación adosada a los muros del convento de las clarisas.

No tardaron en encontrar su destino. Les recibió una mujer serena y hermosa aunque anciana, vestida con encanto, tocada con un moño elegante y luciendo un camafeo al cuello.

III. SANTA CASILDA

A Sebastián le costó un triunfo trepar hasta el tejado con el cuerpo de su amigo Augusto al hombro, no tanto por el peso cuanto por la incomodidad. Iba amaneciendo. El bosque que custodiaba el monasterio parecía ir despertando como las luces en el firmamento. Aún había estrellas, pero el cielo se estaba tornando azul por segundos y ambos hombres pensaron que era mejor actuar con celeridad.

Una vez en la techumbre de la iglesia, hubieron de acceder al muro, algo que fue posible sólo gracias a la fuerza de Sebastián para lanzar a su amigo. Lo cierto es que, fuera como fuera, se vieron ambos en el filo del tapial.

—Ahora nos basta con saltar.

—Sebastián, te lo agradezco. ¿Pero cómo piensas que voy a saltar esta altura? Mis huesos están carcomidos, mis dos piernas apenas recuperadas de sus fracturas y mi columna es un mero mondadientes. Si me lanzo desde aquí tendrás que recogerme en un osario y podrás lucirme en Caravaca como reliquia de santos.

—Deja de decir estupideces. He venido a sacarte y te voy a sacar. Te descolgaré de las muñecas y…

—… y te quedarás con mis manos en las tuyas. ¡Mira cómo estoy! —dijo Augusto mostrando sus enflaquecidos huesecillos del brazo.

—Pues saltaré yo primero. Después, te dejas caer y yo te recojo. Será fácil.

—¿Tú crees?

—Ningún problema. ¡Vamos! Además, en cualquier momento puede aparecer alguien por aquí y sorprendernos. No sabemos cuándo llegará la guarnición…

En ese instante, un disparo hizo saltar arenilla del muro cerca de sus pies. Después, otros dos tiros sobrevolaron sus cabezas.

—¡Por Dios! ¿Qué recojones pasa ahora?

—¡Allí! ¡Mira! —gritó Augusto señalando hacia la espesura de unos árboles desde los que se acercaban cuatro hombres.

Parecían soldados, aunque sus uniformes estaban raídos y sin color. Llevaban bandas de cuero con cartuchera, sombreros diferentes y botas distintas. Pese a la lejanía, Sebastián pudo

comprobar que tenían aspecto desaliñado, cabellos largos y rostros hostiles.

—¡Los hombres de Villaescusa!

—Son los de la guarnición.

—¡Joder, Augusto! ¡Pues sí que has tenido tú buena compañía todo este tiempo!

En ese instante, un nuevo disparo de fusil estalló cerca de sus cuerpos.

—Al menos, tienen mala puntería.

Otro disparo. Augusto se echó la mano al estómago y un borbotón de sangre le inundó los dedos. Seguidamente, se encorvó hacia adelante y cayó a plomo desde el muro hasta la explanada de hierba. Sebastián no dudó que estuviera muerto. Miró hacia los mercenarios y comprobó que se habían detenido, que cargaban sus armas y que echaban rodilla a tierra para procurarse mejor tiro. Así que, sin pensarlo más, abrió los brazos y saltó los cuatro metros hasta el suelo.

La inclinación del terreno le protegía de las balas si permanecía agachado. Reptó hasta Augusto y lo examinó. Tenía el rostro blanco, los ojos vacíos y un tremendo boquete a la altura del ombligo.

—También es mala suerte, sandios. Con lo cerca que estábamos de lograrlo, muchacho —mascullaba mientras se rasgaba su propia camisa para hacer un aparatoso tapón de tela con el que cerrar el agujero de sangre.

Después, lo agarró por los sobacos y lo arrastró por la tierra hasta alcanzar unos matorrales. Ambos sudaban exageradamente para ser el alba y estar aún los campos perlados de rocío; el uno porque luchaba entre la vida y la muerte, el otro porque veía que era poco lo que podía hacer para salvar a su amigo… y a él mismo.

Y, entonces, se le ocurrió. Se puso en pie y gritó a sus adversarios. Sólo una lucha cuerpo a cuerpo podía equilibrar tan desiguales fuerzas pues ellos acabarían por acorralarlos y acribillarlos y él no podría defenderse sino a pedradas.

—¡Ya es suficiente! ¡Basta ya! ¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

Los mercenarios se miraron entre sí. Aquel gigantón barbado no sólo había sobrevivido al salto desde la muralla; además, se levantaba en toda su plenitud ordenándoles cesar los disparos. ¿Estaba loco?

—¡Dejen de disparar! ¡Les daré lo que han venido a buscar!

Uno de ellos se puso en pie y, dubitativo, contestó a los gritos con nuevos gritos.

—¡¿Y qué hemos venido a buscar?!

—¡Eso, mejor me lo explicáis de cerca, sin andar a chillo pelado!

No había tiempo. Augusto perdía mucha sangre y, si no le atendía alguien pronto, moriría.

—¡No queremos nada! ¡Sólo evitamos que el prisionero se escape!

—¡El prisionero —siguió Sebastián usando las manos como bocina— está muerto, imbéciles! ¡Lo habéis matado!

Hubo un silencio. Los cuatro soldados volvieron a mirarse entre sí y dudaron de qué hacer. No cabía duda de que su cometido era, a lo sumo, el de evitar la huida, pero nadie había pensado en matar al reo. Habían aparecido por sorpresa, quizás para suministrarle su ración semanal de gachas, y eso de eliminarlo no entraba en los planes.

—¡¿Seguro?!

—¡Como hay Dios! ¡Venid a comprobarlo!

Echaron a andar, sorteando con altos pasos los matorrales y zarzas, y alcanzaron la llanura en la que les aguardaba Sebastián en pie junto al supuesto cadáver. La verdad es que no costaba mucho hacerse a la idea de que aquel cuerpo huesudo y ensangrentado era un hombre muerto.

—Comprobadlo. Le habéis descerrajado un perdigonazo en todo el estómago. No creo que vuestro amigo pueda escaparse más.

Instintivamente, los cuatro se agacharon hacia Augusto a fin de ver de cerca los signos de su muerte. Olían mal, estaban sin rasurar y sin asear, emanaban efluvios de alcohol desde sus bocas y en las bocamangas podían observarse restos de comida. Sin duda, habían pasado una noche de juerga y borrachera antes de acudir a su encomienda en Yuste. Así que Sebastián no lo pensó, agarró el cuello de los dos que tenía más próximos y chocó sus sendos cráneos con gran estruendo al tiempo que propinaba una bestial patada a un tercer hombre en todo el rostro. El cuarto, que sólo por casualidad era el que había intercambiado los gritos, se alzó de repente e hizo ademán de apuntar con su fusil, pero se vio sorprendido por un manotazo en el arma que le hizo perder el equilibrio. Los del cráneo, inconscientes, no ofrecían resistencia ya. Sin embargo, el de la patada, se levantó dolorido y sacó de su cinto una navaja con la que amenazó a Sebastián. Este se volvió y giró el cuerpo antes de ser ensartado, cayendo de espaldas al tropezarse con el cuerpo de su moribundo amigo Augusto. Los dos mercenarios se abalanzaron contra él y éste tuvo que revolverse para no ser apresado, echando a correr hacia abajo perseguido a toda

velocidad.

La carrera, loca y descoordinada, le hizo llegar a la zona de zarzas y matorrales, donde, a grandes brincos, sorteó la maraña hasta un abeto cercano. Los dos mercenarios lo seguían a escasos metros navaja en ristre. Y, cuando parecía que lo iban a capturar, Sebastián descubrió en el suelo una enorme estaca que alzó rápidamente en el instante en el que uno de ellos saltaba hacia él, yendo a estrellársela en el esternón. Entonces, giró trescientos sesenta grados sobre sí mismo y reventó el palo en la cabeza del cuarto que, al igual que el anterior, fue a dar contra la tierra. Una vez amordazados con sus propios pañuelos y amarrados con las bandas de cuero a unos árboles, se echó a Augusto de nuevo al hombro y tomó el camino del pueblo.

Cuacos de Yuste, desde el monasterio, se ve como un pequeño charquillo de tejados en mitad de la espesura. Sin embargo, a Sebastián se le antojó la Tierra Prometida, tal era la urgencia que tenía de dejar que alguien atendiera a su amigo. Y por eso, buscó la casa de Abelina-Zoraida y tocó impaciente la aldaba. Nadie respondió. Entonces, recordó lo que había hecho la vieja y golpeó el picaporte siete veces. Al poco, se abrió el postigo y salieron a recibirlo.

En un santiamén Augusto estaba acomodado en la misma cama en la que Sebastián había descansado cuando llegó, la habitación de los candelabros y la colcha con estrellas de David. Abelina-Zoraida mandó llamar a Filomena-Esther, sanadora, bruja, partera y veterinaria, quien ordenó a todos que la dejaran a solas con el hombre y se entregó durante horas y horas a extraer el proyectil y cerrar el agujero. Mientras, Sebastián se dejó cuidar, alimentar y asear y hasta se permitió un sueño en el patio recostado contra el naranjo.

Allí ocupó su tiempo hasta que Filomena-Esther anunció que Augusto había perdido mucha sangre, que estaba muy débil, que su constitución mermada y desabrida no ayudaría a la sanación y que habría de pasar al menos un mes hasta ver si reaccionaba a la vida o no, pero que la bala se había sacado fácilmente, que no había infección y que el bordado del ombligo le había quedado precioso.

—Entonces, ¿se salvará? —preguntó temeroso Sebastián.

—Es probable, señor —respondió la curandera, una mujer tan vieja y acartonada que convertía a Abelina-Zoraida en una jovenzuela—. Peores cosas he visto. Una vez, resucitamos un ternero por abril; y otra, conseguimos que el corazón del pequeño Manuel volviera a latir después de que se ahogara en la alberca.

Estaban en el patio. La anfitriona había servido té verde y pastas con confitura de cereza.

—Dígame una cosa… —pronunció—: ¿Ha conseguido usted que su amigo le diga dónde está ese maldito libro que persigue?

—Sí, sí. No hay problema. Parece que está localizado. Primero quisieron sonsacarle a él…

—Me alegro mucho, de verdad —le interrumpió la anciana.

—Gracias. Pero ahí no acaba todo.

—¿Cómo?

—Me gustaría que hicieran dos cosas por mí.

—Díganos.

—En primer lugar, que acudan al monasterio, capturen a los cuatro malnacidos de la guarnición que están atados frente al muro, y que sus gemelos prueben con ellos alguno de sus artilugios hasta que se les quiten las ganas de perseguirme. Creen a Augusto muerto. Esa será la mejor manera de conseguir que lo dejen en paz.

—¿Nos está pidiendo venganza?

—Bueno, yo…

—¡No hay problema! Ojo por ojo… Además Timoteo y Mitoteo tienen un aparato para quitar los callos de los pies a base de tenazas incandescentes que…

Los tres echaron a reír. Se había terminado el té y apenas dos o tres pastas quedaban en la bandeja que había traído Abelina-Zoraida. El olor a cítrico del patio era fuerte y agradable. Comenzaba a anochecer.

—Mañana partiré.

—¿Cuál es el segundo favor? ¿Qué otra cosa podemos hacer por usted?

—Verán: que cuiden de Augusto Pedernales hasta que sane. No puedo llevármelo conmigo. Ustedes procúrenle descanso y sanación, aliméntelo bien y que coja fuerzas de nuevo. Ya hablaremos de cómo pagarles tanto trajín.

—Somos judías, pero buena gente —bromeó la mujer—. Eso está hecho.

—Sabía que podía confiar en ustedes. Al alba partiré hacia tierra de Burgos. Hay un santuario cerca de Briviesca donde me espera el famoso libro. No tengo tiempo que perder.

IV. EL ATRACO

Estaba todo listo. Genita y Teresa habían madrugado más de lo habitual y se habían dirigido a Los Meandros "con ropa cómoda y discreta", tal y como les dijera doña Francisca en la última reunión preliminar. Ellas no sabían muy bien qué era aquello de la ropa "cómoda", acostumbradas como estaban a los complicados complejos de tela que las muchachas de su condición se veían obligadas a vestir. Mucho menos, lo de "discretas", ya que su discreción habitual, rayana en lo espartano, hacía imposible serlo más.

Con todo, se habían encontrado en la plaza de la iglesia y habían conducido la graciosa calesita de dos ruedas de Teresa hasta el punto de encuentro. Allí las recibieron Juana y doña Francisca, mientras María Selva subía los enseres del atraco a un carro de carga dispuesto para el gran día.

—Señoras mías, mis amigas. Hoy salvaremos la hacienda del General de las fauces de los prestamistas, de la codicia de los aseguradores y de las ganas de doña Cándida. Nadie me usurpará la casa. ¡Pongámonos en marcha y consigamos el dinero!

Nadie podía evitar los nervios. Todas ellas, a excepción de la sirvienta, se habían criado entre algodones y lo más arriesgado que habían hecho en sus vidas había sido, a lo sumo, un envite jugando a los naipes o un desaire a mosén Donato en alguna de sus confesiones. De ahí a atracar una diligencia con recaudación oficial iba un buen trecho. Pero la bravura de las palabras de la organizadora del asalto, la templanza en su voz y una gran dosis de inconsciencia les hizo envalentonarse al subir al vehículo.

Un rotundo latigazo arrancó a los caballos y pronto dejaron atrás la finca, las curvas del río, las vallas de madera negra y la pequeña loma sobre la que se asentaba Los Meandros.

—Hoy es un gran día —anunció doña Francisca.

Tomaron un carretil de piedra blanca que bordeaba sinuosamente los campos cultivados y las extensiones de roble bajo. Después, en el cruce de Quintanilla, giraron hacia Las Eras rumbo al oeste, por la vieja pista de bueyes que aún se usaba en romerías y contrabandos. Se adentraron en el pequeño bosque de encinas de cerca del poblado de Guadalón y, tras dejar que los caballos

descansaran un rato junto al arroyo y de beber todas unos ridículos sorbitos de agua de una cantimplora del General, reemprendieron marcha hasta la zona del atraco.

—¿No os sentís extrañamente excitadas, compañeras? —preguntó Teresa.

—Bueno, sí. Tal vez… —se adelantó a confirmar Genita.

—Lo digo por vernos envueltas en este tinglado.

—¿Acaso te arrepientes, Teresita? —inquirió doña Francisca mientras ajustaba las riendas.

—¡Oh! ¡No! ¡En absoluto!

—¿Entonces? ¿A qué te refieres? —interrogó inquisitorialmente la líder del grupo, temerosa de un motín aún antes de comenzar a intentar la hazaña.

—Me refiero a que esto que estamos haciendo es más propio de hombres, de muchachos jóvenes, de valientes bandidos de la serranía. No sé. Quiero decir que siendo nosotras mujeres, es doblemente extraño…

Todas callaron. A decir verdad, Teresa tenía razón.

—Hemos sido educadas —siguió— para atender a nuestros padres y a nuestros maridos, para criar hijos, cocinar, coser, acudir al mercado y acertar con las compras, para parir, para llorar a los muertos y para mantener diligentemente una casa…

—¿A dónde quieres ir a parar? —le interrumpió doña Francisca.

—Bueno, a ningún sitio. Son simples ideas que me han asaltado. Quería decir que qué original es esto de ver mujeres asaltadoras de carros.

—Bien pensado, sí.

—¿Por qué no se nos permiten las mismas cosas que a los hombres? Quiero decir que por qué ellos siempre se ocupan de las mismas tareas y, de igual forma, nosotras estamos condenadas a los mismos servicios.

—Es una cuestión de tiempo.

—¿Cómo dice, doña Francisca? —preguntó Genita, que permanecía atenta a la disertación de su amiga.

—Es una cuestión de tiempo, imagino —siguió la anciana—. Es mucho el tiempo que llevamos supeditadas al hombre y es mucho el tiempo que quedará por empezar a ser consideradas de igual valía.

—¡Ya empezamos con paparruchas! —saltó Juana.

—¿Paparruchas?

—El hombre y la mujer son distintos. Si el párroco os oye semejante sarta de tonterías, cuanto menos os pondría una buena penitencia. ¡Venga, vamos! ¡Continuemos el camino y dejémonos de

elucubraciones!

—¿De qué? —dijo tímidamente Genita.

—De elucubraciones. De ideas sin sentido. Dios nos hizo diferentes y dotó al hombre de fuerza, inteligencia y capacidad de mando. A nosotras nos queda ser pacientes, sensibles y atentas. ¡Cada uno tiene su cometido!

—No sé, no me convence… —musitó Teresa.

—A esta vieja chocha es difícil de convencer —bromeó doña Francisca deseosa de concluir la conversación y proseguir andadura.

—Cuestión de tiempo, cuestión de tiempo… —se adelantó Juana farfullando.

Se trataba de un camino flanqueado de matas altas, abundantes ramas y enmarañadas plantas, en un espacio ensombrecido que parecía un túnel de floresta verde. Los rayos de sol se colaban como dedos entre lo tupido de la hojarasca y creaba luces y sombras en el suelo como charcos de tinta y oro. De la izquierda llegaba el sonido de un río brioso. De la derecha, graznidos de aves y pasos fugaces de pequeños roedores y lagartijas.

—Esto tiene que estar repleto de bichos asquerosos —gimió Genita sin atreverse a saltar del carro.

—No empecemos con comentarios melindres, amiga mía —le interpeló doña Francisca mientras ella misma se dejaba ayudar por María Selva para descender al escabel y del escabel a la tierra—. Ya sabíamos que esto no iba a resultar sencillo. Según las notas del General, que en paz descanse, el correo con la recaudación pasa por este punto a la hora del Ángelus. Esto es, dentro de media hora. Dispongámoslo todo, arramplemos con el botín y regresemos a Los Meandros a continuar nuestra costura.

María Selva era la única que realmente parecía saber lo que se hacía. Iba vestida de campaña, con pantalones de hombre y gruesas botas de montar, así como con una chaquetilla de cuero y una larga coleta recogiéndole el cabello. Había desenrollado la gruesa soga y la había dispuesto de uno a otro lado del camino. Teresa hacía como que la ayudaba, aunque, a decir verdad, estorbaba más que colaboraba.

—Ahora, escondamos el carro tras esa maraña de pinchos y ocultémonos con sigilo, amigas mías. Yo creo que en breve llegará el furgón y podremos cumplimentar nuestro plan. Recordad. Rostros tapados y mirada fiera.

—¡Muy bien, doña Francisca!

—De acuerdo.

—Sin problemas.

Minutos después, Genita y María Selva se hallaban a ambos flancos de la pista con la cuerda entre sus manos. La criada usaba unos recios guantes de jinete, mientras que la joven se había calzado unos blancos de perlé, iguales a los que se usaban en las misas del Corpus. Se miraron levemente y la primera hizo un gesto de asentimiento a su compañera.

María Selva no hablaba. No es que fuera muda, es que no precisaba hablar. Tenía el extraño don de saber comunicar sus intenciones y pareceres sólo con los ojos, unos ojos oscuros, profundos, vivos, de una expresividad tal que palidecían cualquier discurso pronunciado. Llevaba toda una vida con doña Francisca y no cabía duda de que si ésta contaba con ella para el atraco era porque, llegado el momento de la verdad, sería la única capaz de actuar con serenidad y resolución. No en vano el General la llamaba "mi diligente asistenta".

Juana estaba en la misión por su amistad con doña Francisca. Al menos, eso se creía ella. En el fondo, la dueña de Los Meandros había querido contar con su complicidad porque era la esposa del juez y eso sería un aval en caso de que las apresaran: o la utilizaban para salvar el pescuezo, o arrastraban al juez al infortunio. Por lo demás, su torpeza y mojigatería no hacían de ella sino un lastre.

Doña Francisca empuñaba la pistola. El accidente de su amiga, los remordimientos de Teresa y el desatino de la inocente Genita las habían apartado de la empresa, de ahí que fuera ella misma quien se atreviera con el arma. Estaba escondida tras un frondoso roble de tronco rugoso y ramas retorcidas desde el que, calculó, el rostro del cochero quedaría a tiro.

Y, de repente, se oyó un carruaje a lo lejos. Los nervios entraron en danza, los corazones comenzaron a latir a gran velocidad y las pupilas se dilataron. Unas y otras sintieron un frío sudor por sus espaldas y cómo se les erizaba el vello de los brazos.

Aumentó el sonido hasta convertirse en estruendo. Nadie dijo nada. Estaba todo calculado. María Selva y Genita tensarían la soga de forma que el caballo se tropezaría. En ese instante, doña Francisca dispararía al cochero y Juana y Teresa abordarían la diligencia por ambos lados para hacerse con los caudales. Coser y cantar.

Y se percibieron los cascos con total nitidez e incluso un relincho y el látigo de quien los guiaba. Y unas voces azuzándolos. "Sin duda, debió de pensar doña Francisca, son sabedores del peligro de este bosque y quieren sortearlo cuanto antes".

Genita estaba mareada. Tanta tensión y tanta excitación la

estaban alterando. Quiso abanicarse, pero no se atrevió a soltar la cuerda. Teresa, acuclillada, ensayaba en silencio los diferentes gritos con los que aterrorizaría a los custodios del dinero.

Y vieron el carromato llegando a toda velocidad. Y observaron con asombrosa claridad las dos testuces brillantes de dos hermosos caballos, uno negro con un lunar blanco y el otro canelo como el cuero de las alforjas. Y vieron al cochero, un tipo enorme, zafio y robusto que portaba un flagelo en una mano y las riendas en otra. Y pensaron que ya era tarde para echarse atrás. Y alcanzó el punto en el que estaban. Y se tensó la soga.

Lo que sucedió después fue tan fugaz que a ninguna de las cinco mujeres le dio tiempo de asimilarlo. Genita, temerosa de perder el cabo, se lo había enrollado en la muñeca a modo de grueso antebrazo de maroma, de ahí que, cuando María Selva tiró, la soga no sólo no hizo tropezar a los rocines sino que, enganchada en el tiro, comenzaron a arrastrar a la pobre joven sin que la criada pudiera hacer nada más que soltar su cabo. De los chillidos de la pobre arrastrada, el cochero percibió que algo pasaba y al comprobar que llevaba una muchacha zarandeada por el suelo, detuvo la carrera para intentar entender qué sucedía. Cuando por fin se paró el carruaje, éste estaba a más de cien metros del escondite de las mujeres.

—¡Pero alma de Dios! ¿Qué estabas haciendo, carajo? —dijo al harapo de carne y tela que aún permanecía enganchado a la soga.

Se agachó, tomó el cuerpo de Genita y le dio la vuelta para verle el rostro.

—¡Me *cagüen* todas mis muelas! —exclamó al darse cuenta de que llevaba la cara tapada con un pañuelo a modo de bandolera.

No pudo hacer más. En ese instante llegaban a la carrera una fatigada doña Francisca empuñando su pistola, seguida del resto de sus compinches también con la faz cubierta, y recibía de la primera un disparo en el brazo que le tumbó de espaldas cerca de la muchacha malherida.

—Atadlo, rápido —fue lo único que pudo pronunciar la anciana antes de perder definitivamente el resuello.

—Subamos a la niña a nuestro carro —siguió Juana.

—¡Santa María, Eugenia! ¡Qué avería te has hecho! —pronunció Teresa al ver los arañazos ensangrentados que presentaba su amiga por todo el cuerpo—. ¡Hay que ver cómo te has puesto!

Pero cuál fue su sorpresa cuando, de dentro de la diligencia, salió una voz meliflua y temblorosa que solicitaba clemencia:

—Perdónenme la vida, por favor. Perdónenmela. Nada malo he

hecho y nada haré. Por favor, señores, por favor…

Era un hombrecillo bajo, calvo, amelocotonado y bien vestido que tenía aspecto de mercader o banquero pero que, entre sollozos, se confesó abogado de la Corte para asuntos de aguas y regadíos. Dijo a lágrima viva que acudía a Burgos a un pleito, que para una vez que salía de su despacho, lo asaltaban, y que, si había de morir, que fuera rápido. Su lagrimeo aumentó al comprobar el estado en el que estaba la pobre muchacha y alcanzó la desolación al comprobar que el cochero, herido en el brazo, era atado e introducido en mitad de un charco de sangre en el interior del habitáculo.

—¡Es el coche del gobernador! ¡Él mismo lo ha prestado para este servicio! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Saquen a este moribundo de aquí! —Seguía llorando de forma histérica—. ¿No ven que lo va a poner todo perdido? ¿Cómo le explico yo al señor gobernador que su calesa está hecha una cochinera? ¡Por favor! ¡Por la Virgen y por todos los santos del cielo! ¿Es que no ven que no deja de chorrear? ¡Pobres tapicerías! ¡Y pobre del gobernador, el sofoco que se va a llevar! ¡Y pobre de mí cuando le explique que me han asaltado unos bandoleros!

En ese punto de la frase calló en seco. Miró alrededor. Se secó las lágrimas con un fino pañuelo blanco y después se enjuagó las narices con una sonora mocada. Y escrutó las ropas y poses de sus patéticas raptoras.

—¡Nooooo! —Volvió a romper a llorar—. ¿Y cómo le explico que han sido bandoleras y no bandoleros?

Lo dejaron allí, con el cochero quejándose del brazo y los tapices de la calesa hechos un sanmartín. Tomaron su propio carro y volvieron al galope hacia Los Meandros. Genita parecía ir recobrando el ánimo, aunque sus heridas en carne viva le anunciaban una lenta recuperación y, seguramente, alguna desfiguración en el pecho. María Selva guiaba los caballos con pericia y decisión, consciente, quizás la única, de que si encontraban al abogado y salían en su captura por la misma ruta, las alcanzarían antes de estar a salvo.

Por eso, cuando divisaron el Ega y sus giros y apreciaron los tejados de Los Meandros, comenzaron a reconfortarse.

—Nada más llegar —ordenó doña Francisca—, María Selva se deshará de este carruaje. No sería bueno que alguien lo identificara con el atraco. Lo mejor es que esta noche lo astilles y lo vayas quemando en la carbonera. En cuanto a la niña, Teresa la llevará a su casa y dirá que se ha caído por un terraplén estando de paseo por la orilla del río. Genita es bastante torpe, así que nos creerán.

Mañana, a la hora de la costura, revisaremos lo acontecido hoy. El General estaría orgulloso de nosotras.

V. LAS CLARISAS

Sebastián dedicó cerca de tres semanas en recorrer los caminos desde Cuacos de Yuste hasta Briviesca. En su cabeza, además de la preocupación por el estado en que había dejado a su amigo Augusto, herido y desangrado, habitaba un extraño presentimiento. En el fondo, todo aquello le parecía demasiado sencillo, demasiado facilón. Villaescusa podía, perfectamente, haber entrado en el monasterio y haber obligado al preso a confesar dónde se hallaba el libro. ¿Era necesaria tanta parafernalia para localizarlo? ¿O es que existían peligros ocultos que él mismo no había descubierto?

Fuera como fuera, avanzó hasta Navaconcejo y desde allí al Jerte. Opinaba que debía de haber gato encerrado, que Villaescusa, en cualquier momento, le sorprendería con alguna traición o alguna carta bajo la manga y que no había motivos para sentirse a salvo. Por más que aquellos paisajes le hubiesen parecido dignos del mejor cuadro de Goya en otra época o que aquellos aromas le hubieran despertado mil emociones, lo cierto es que pasó por los caminos del Valle sin prestar atención a las cascadas desparramadas por los barrancos, a las ramas provocadoras de los cerezos ni a las huertas en terraza que se colgaban en las laderas.

Alcanzó Béjar y ocupó allí dos días con el estómago en el paraíso, catando día y noche exquisito jamón y bebiendo cuanto vino le proporcionaba un ventero amigo de la charla y las fábulas. Después, se deslizó hasta Salamanca sin conseguir despejar los nubarrones que le enturbiaban la frente. Si, como le había dicho Augusto Pedernales, el libro se encontraba en una pequeña casa junto al santuario de Santa Casilda, cerca de Briviesca, e iba a ser tan cómodo cogerlo, ¿por qué diablos nadie antes lo había cogido? ¿Es que el único que conocía su peligrosa existencia era Villaescusa? ¿Para quién trabajaba realmente?

A partir de Salamanca tuvo la suerte de poder ir acompañado de un grupo de ganaderos que arrastraba una recua de potros desde la feria y que, además de compañía, le proporcionaron cierta distracción, especialmente por la noche. En lugar de dedicarse a intentar atar los cabos de su empresa, se entregó nuevamente al vino y a las canciones picantes y a los chistes sobre el rey y sobre sus secretarios. Aquellos ganaderos no se casaban con nadie y

echaban pestes contra franceses, afrancesados, constitucionalistas, amanerados, políticos, banqueros y entidades aseguradoras. Nadie se salvó de sus iras y sus chanzas y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, Sebastián se dejó llevar por las carcajadas y el relajo.

—¿Así que eres comerciante, Garcilaso? —le preguntaba el capataz de la cuadrilla mientras levantaba un pellejo de vino caliente. Sebastián había decidido adoptar un nombre falso para evitar dejar pistas de sus correrías y, sentado junto al resto de los hombres frente al fuego, terminaba una ración de sebo.

—De los mejores, amigos míos.

—¡Pues a ver cómo explicas que estás en compañía de semejantes gañanes! —vociferó su contertulio ya claramente ebrio.

—Es que viajo de incógnito. Es por asuntos de faldas. Me beneficié a la mujer de un colega de profesión cerca del puerto de Béjar y hube de salir corriendo.

—¡Menudo artista estás tú hecho, Gracilazo!

—Garcilaso —corrigió él.

—¡Menudo mal bicho!

—¿Y te sorprendió el cornudo?

—Casi, que a poco más y nos halla yaciendo.

—¡Eso sí que es mercadería, amigos! —gritó alguien desde el otro lado de la fogata.

—¡A la reina había que beneficiar! —vociferó otro.

—¡Eso! ¡Y delante del rey! ¡Que se entere ese payaso de cómo las gastamos en la Meseta! —Culminó el capataz poniéndose en pie y agarrándose la entrepierna con ambas manos. Hubo carcajadas y a alguien se le derramó el vino por la cara.

—¡Mala sangre azul!

—¡Y mal vino el tuyo si lo tiras, desgraciado!

—¡A ver a quién llamas tú desgraciado! —contestó el aludido mientras se alzaba e iba hacia su compañero.

—¡A ti! ¿Y qué?

—¡Haya paz! —ordenó el capataz.

Entonces, los dos gigantones que se habían puesto en pie se acercaron y, ante el asombro de Sebastián, en lugar de desenfundar navajas o despuntar los puños, se besaron groseramente en las bocas para separarse luego y escupir de asco ambos entre carcajadas y toses.

—¡Pero si son dos maricas de la Corte! —chilló el capataz realmente divertido con la escena.

Cuando se despidió de ellos, les estrechó las manos y les

prometió que algún día, si se encontraba abatido, los buscaría por las viejas cañadas a ver si le volvían a entonar el alma. Y los ganaderos, agradecidos, le regalaron una manta de borrego que Sebastián pudo vender en Villacastín para hacerse, en Madrona, con un mulo viejo y ralo sobre el que ir montado.

Así, con las nalgas doloridas y la paciencia despuntada, a lomos de su montura, sobrepasó Segovia y llegó a Cantimpalos, donde volvió a complacer a su estómago con chorizos y chacinerías y caldos rojos en jarras de barro sin pulir.

Le obsesionaba la idea de cómo sería la casa en Santa Casilda, qué medidas de seguridad dispondría, qué peligros le aguardarían y cuánta pericia habría de poner en juego para robar el libro. El famoso libro. El maldito libro. Ese libro de marras con el que compraría el perdón de Villaescusa; al menos, con el que le perdería de vista. Ese misterioso noveno libro, escrito por un obispo humanista acusado de hereje, impreso por un virtuoso de los troqueles, exculpado por todo un Papa y codiciado por gentes impías como Villaescusa. ¡Casi nada!

Intentaba visualizar la celda en la que estaría custodiado, probablemente con seis candados de hierro forjado, al otro lado de una gruesa verja infranqueable. Imaginaba matacanes en la cubierta y sobrios muros de sillería preservando el secreto. Y hasta un foso rodeando el edificio. O alambradas de espino como las que usaron los franceses en el sitio de Zaragoza.

Se perdió. Deambuló por el páramo, en mitad de una densa niebla, con el rucio agotado y la vista cansada, hasta que, por casualidad, apareció en un coqueto pueblo por nombre Fuentidueña. Allí se topó con un hombre de pocas palabras, parco y serio, herrero de profesión, honesto en el mirar y de gesto franco, que le acogió y que hizo que su hija, una buena moza, le atendiera y lo alimentara.

Tan a gusto estuvo en el pueblo y tan agasajado por la joven durante tres días, que por un momento se le olvidaron no sólo sus temores sino también la misma misión y el pobre Augusto Pedernales.

—Ha de descansar. No puede usted ponerse en viaje.

—Tengo que llegar a Burgos y, de allí, a Briviesca.

—Parece usted agotado.

—Lo estoy.

—¿Y triste?

—Nunca me permito estar triste, jovencita.

—La tristeza no es mala. Ayuda a ver las alegrías.

—Nos ha salido poetisa la hija del herrero.

—No se burle usted de mí. Solamente digo que parece usted cansado y triste.

Ella sujetaba al jumento un petate con queso y cecina y tortas secas de miel.

—¿Está usted metido en política?

—¿Qué te hace pensar eso? Preguntas mucho.

—Perdone si le he molestado —comentó en voz baja la hija del herrero a la vez que sus mejillas se sonrojaban—. No pretendía ser indiscreta. Solamente me preocupaba por usted. Lleva mucho viaje a sus espaldas y…

—En efecto, lo llevo. Y, tranquila, no me has molestado.

Sebastián preparaba su mulo y se ceñía la botas, desgastadas y sin color, dispuesto a abandonar Fuentidueña.

—Dice mi padre que él y todos nosotros nos trasladaremos un día a San Ildefonso. Allí hay trabajo. Dice que nunca falta qué comer y que algún día tendremos un rey como Dios manda. Dice que en La Granja hay quehacer y que si las cosas se siguen poniendo feas en el campo, nos mudaremos allá. ¿Para qué va usted hasta Burgos? ¿Trabajo?

—Deja a Dios en paz, criatura, que bastante tiene con lo que tiene.

—Entonces, ¿no va por trabajo?

—No. O sí. Bueno, es una larga historia. He de cerrar algunas páginas.

—Discúlpeme otra vez. No le comprendo.

—Tengo a un buen amigo herido en Extremadura, un enemigo que me obliga a robar un libro y un pasado que prefiero olvidar. Imagino que todo lo que hago tiene que ver con eso.

—¿Es usted un proscrito? A juzgar por su cabalgadura y sus ropas no tiene aspecto de bandolero. Más bien tiene pinta de político.

—¡Que no, mujer, que no! No me meto en política.

—Tenga cuidado. No me gustaría que le pasara nada.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Inés, señor. Inés de Fuentidueña.

Con ese nombre en sus oídos, Sebastián emprendió viaje. Se sentía reconfortado. Jamás había comprendido a las mujeres. En realidad, jamás había tenido ocasión de comprenderlas. Su madre falleció cuando dio a luz a su hermano pequeño, apenas un año después que él naciera, y se crió a trompicones más o menos atendido por una hermana de su padre, viuda y siniestra, a quienes

todos llamaban *tía Sinforosa*, una vieja vestida de negro y camafeo al cuello que nunca demostró afecto alguno a la larga retahíla de hermanos que habitaron la casa paterna. Luego, al convento, a los latines y a los rezos, donde ocuparía una existencia mezquina y rutinaria hasta que Bonaparte los sacó de la inopia, los espantó y los entregó a la vida terrenal. Asustado y vencido por los acontecimientos, abandonó los hábitos sin demasiado remordimiento y se entregó a la santa causa de salvar clérigos, más por la inercia del momento que por una auténtica convicción, circunstancia en la que se topó con Augusto Pedernales.

Así que mujeres, pocas. La *tía Sinforosa*; la pequeña Ainhoa la Batanera, una niña sucia y rota a la que tiraban piedras los niños del pueblo; doña Remedios Sancho, la patrocinadora del monasterio y principal benefactora en época de obras; y Fidelita, la moza de los señores Gazólaz, que llevaba flores a la iglesia cada quince de agosto. Resumiendo, pocas. Ninguna.

De ahí que el nombre de Inés de Fuentidueña lo acompañara hasta las orillas del río Vesga. Se preguntaba cómo habría sido su vida si, en lugar de ser acompañado por su hermano mayor hasta la puerta del convento y haber ingresado en la orden, hubiera crecido lejos de lo clerical. Quizás habría terminado con Ainhoa la Batanera y la habría sacado de la ruindad y habrían criado seis u ocho hijos en alguna casa de adobe y habría cultivado la tierra. O quizás habría conocido alguna mujer fuera de los muros de sus votos y se habría encandilado con ella; la habría pedido en matrimonio y habría viajado por los antiguos caminos de los romeros hasta hacerse con apellido y oficio y habría engendrado quien continuara su linaje.

Y en ese punto, se sorprendió repitiendo varias veces en voz alta su propio apellido. “Rodeno, Rodeno, Rodeno”. Y pensó que qué retruécanos de vida le había tocado vivir y, como un relámpago, le vino a la mente la dura época en la que llegaban al convento rumores de la invasión y esperanzas de la resistencia hasta que una mañana el abad los reunió y les conminó a estar precavidos, a no intentar salvar ni siquiera el Santísimo y a vestirse ropas de seglar y echar a correr hacia el sur si les alcanzaba la *razzia*.

Fueron tiempos difíciles. Por una y otra parte se oían tropelías de los franceses, cómo expoliaban iglesias y monasterios, cómo apresaban a las religiosas y cómo torturaban con grosería a los presbíteros en las plazas públicas a modo de ejemplo, y cómo andaban apresando y trasladando a los seminaristas a ser fusilados a las afueras de los pueblos. También, que no había forma de fiarse

de nadie y que eran muchos los navarros afrancesados que traicionaban a los de la oposición y los vendían a la gobernación gala sin escrúpulo alguno, como quienes habían acompañado al regimiento el día que se asaltó su monasterio.

Caía el sol sobre los campos cuando divisó Briviesca apuntando los tejados en las curvas del río como pelícanos de la Meseta. Nada lo detuvo hasta sus calles empedradas y su aroma a pan y a oveja. Con los recuerdos amontonados de su amigo Pedernales en la cabeza y la voz de Inés de Fuentidueña en sus oídos, se escabulló hasta el convento de las clarisas, donde pidió alojamiento, ajeno a que pared con pared, en la casa contigua, Aurora ultimaba sus preparativos para acudir de madrugada a Santa Casilda.

Ambos durmieron mal, agitados, inquietos. Sabían que, si todo transcurría según lo previsto, estaban a pocas horas de acudir al santuario, conseguir el libro y entregárselo a Villaescusa el uno y a los constitucionalistas gaditanos la otra. Sebastián imaginaba el momento, haciéndole jurar al antiguo clérigo catedralicio que se olvidaría de él, que jamás volvería a aparecer en su vida y que borraría su nombre por el resto de sus días. Visualizaba el acto en Pamplona y se preguntaba qué sería de él a partir de ese momento. Se juraba volver a Cuacos de Yuste, recoger a su malherido amigo y llevárselo a empezar una existencia lejos de conspiraciones y peleas. Se acordó de la pequeña Zoraida-Abelina, la vieja judía del misterio y las estrellas de David, y sonrió francamente tumbado en la humilde cama que las clarisas le habían prestado por una noche.

—Una noche será suficiente, hermana. Voy de paso.

—¿Peregrino?

—Más o menos. Viajero.

—¿Hombre de fe?

—No se imagina usted cuánto, hermana.

Habían hablado a través del torno. De dentro fluía aroma a harina caliente y a frutos garrapiñados.

—Ocupará usted una celda a poniente. Siga el pasillo y la encontrará abierta. No podemos ofrecerle refrigerio: la hospedería se cerró hace años, cuando la invasión.

—No se apure, hermana. Estaré bien. De sobra conozco cuánto mal hizo la Francia napoleónica…

—Ahora he de irme —interrumpió bruscamente la monja. En ese instante, se abrió una portezuela de madera negra a la espalda de Sebastián y un angosto pasillo le condujo hasta el albergue.

No cenó. Ni siquiera se aseó. Estaba agitado y nervioso. Pese a haberse mantenido en forma, los años pasaban y dejaban huella, de

ahí que se preguntara si podría aguantar nuevos envites como los de Yuste, nuevos golpes y emociones, disparos y peleas. Y al pensar en Yuste, volvió a pensar en Zoraida-Abelina y en las jóvenes judías y se durmió arrullado por las voces de aquellas muchachas y por la posibilidad de no salir de Cuacos y hacerse allí con casa, familia y futuro.

Al contrario que Aurora, que, en el palacete contiguo al convento, ocupaba una alcoba decorada en exquisito estilo castellano. Sin duda, era la residencia de algún constitucionalista burgalés, algún antiguo noble avenido a la causa del rey Fernando o algún rancio comerciante de lana afincado en aquella ciudad. Nadie le había preguntado nada. El servicio que la atendió se limitó a mostrarle la habitación y a ofrecerle una leve cena a base de sopa de avena y huevos escalfados. Era como si estuviera acostumbrado a albergar a proscritos y conspiradores en aquella casa franca.

Daba vueltas en la cama, ajena a que la *Gitá* había montado un macabro altar en la esquina que le tocó ocupar, en un catre de menos elegancia que el de su señora pero bastante más alto y rico que la mayoría de los camastros que había utilizado a lo largo de su vida. Era un conjunto de estampas, supuestos huesos de santos, cintas de colores, mechones de difunto, colas de conejo, crucifijos diminutos y velas mochas.

—¿Qué es ese olor? —pronunció la joven al chasquear en el ambiente la cera quemada.

—*Pa'tené* suerte, *señá*.

Aurora no intentó ni comprender ni convencerla de que sus invocaciones de poco servirían. Lo que le ocupaba la mente era que debía hacerse con el maldito libro cuanto antes, regresar a Cádiz y echarse otra vez a la mar. Estaba embarazada. Lo intuía. Además de las faltas, algo en su interior le decía que su cuerpo estaba cambiando. Había vomitado a lo largo de todo el viaje hasta España y los mareos y náuseas, lejos de desaparecer, la acompañaban incluso tantos días después. Tenía un retraso de diez días.

Soñó con Xin Xian Ho. Lo imaginó sonriente y amigo esperándola en el puerto, portador de miles de noticias alegres sobre Ignacio y llevándola hasta un palacio blanco donde su marido culminaba la revolución americana. En ninguno de los capítulos de sus sueños aparecía una hija, pero ella sabía que en su vientre llevaba la semilla que haría parir una preciosa niña.

Pasada la media noche, la *Gitá* se levantó de su improvisado altarcillo, apagó las velas, se santiguó varias veces y colocó un rosario confeccionado con huesos de oliva pulidos bajo los cojines

de Aurora. Después, descorrió con sigilo el cerrojo de la puerta, salió al pasillo, descendió las escaleras y alcanzó la calle. Una oscuridad absoluta la envolvió en el silencio de Briviesca y la engulló por siempre, camino del sur.

—Mucha mala historia pa una pobre *gitá*. Allá la *señá* con sus *tehemanejes*.

Y sonaron las campanas de las cinco de la mañana. Ambos se levantaron de golpe. Sebastián con los ojos apelmazados por las legañas y los puños dispuestos para el día. Aurora con el cabello desmadejado y un profundo olor a cirio en la nariz. la *Gitá* no estaba: había desaparecido y nunca más volvió a verla.

Una vez en la calle, la muchacha se embozó en su capa y echó a andar hacia el santuario. Según lo que le habían explicado, en media jornada lo alcanzaría si iba a buen paso. Mientras, Sebastián comprobaba que le habían robado el viejo mulo. Lo había dejado amarrado a la puerta del convento por no poseer éste caballeriza alguna y, lógicamente, sólo encontró el cordal y la cabezada.

—¡Mala puta leche den a todos estos paletos del carajo!

—Curiosa forma de empezar el día.

—¡Me han birlado el rucio! ¡Me lo han birlado con toda mala fe! ¿Es que ya no queda gente decente? ¡Me *cagüen* todas las rendijas de este pueblo!

Iba a volver a intervenir Aurora pero un diluvio de hez pastosa cayó sobre Sebastián. Hubo un silencio atroz. Ella estaba a punto de estallar en una carcajada. Pese a su mala noche, al desconcierto de no encontrar a la *Gitá* y a su mal cuerpo, ver cómo aquella ave blanca descargaba sus intestinos sobre el desconocido del rucio robado no dejaba de ser un buen pretexto para reírse a mandíbula batiente.

—¡Y me cago en la puta que te parió y en la mierda que cagó, joderse! —exclamó furioso mientras se agachaba para tomar un canto y lanzársela a la cigüeña que, ajena a la ira, descansaba aliviada en el ancho nido del campanario.

Cuando el canto surcó el cielo y cayó sobre la frente de Sebastián, la joven no supo si desatar su carcajada o compadecerse de un pobre pordiosero a quien, para las cinco de la mañana ya le había robado la cabalgadura, le habían defecado de arriba abajo y le habían abierto la frente de una pedrada.

—Me llamo Aurora —le dijo tendiéndole la mano.

—Sebastián. Sebastián Rodeno. No le doy la mano porque la una la tengo llena de mierda de cigüeña y la otra con sangre de mi propia cabeza. Dese por saludada.

—En la plaza hay una fuente y un pilón. Venga. Le ayudaré a asearse. No parece profunda la herida…

—Gracias.

Todo parecía volver a su orden cuando, repentinamente, la muchacha se sujetó el estómago con ambas manos, abrió enormemente la boca y se inclinó hacia los pies de Sebastián.

—¿Qué hace?

Ella no pudo contestar. En lugar de pronunciar palabra alguna, un brocal de vómito fue a irrigar las perneras del hombre y sus botas.

—Perfecto —dijo él—. Hoy el día va a ser perfecto.

VI. PÁRIX

El camino desde la plaza hasta Santa Casilda no fue duro. Una vez que se aseó Sebastián, tomaron la ruta de Las Herraduras, bordearon el arroyuelo, atravesaron un par de campos yermos, sin duda arrasados cuando la invasión y abandonados todos aquellos años posteriores, y giraron hacia el santuario antes de la hora del Ángelus.

La Bureba se suele vestir de colores ocres en primavera y verano, primero por las espigas creciendo bajo el rotundo sol de la Meseta y después, tras la cosecha, por los suelos áridos de su paisaje. Algunos pastores observaban ramonear sus ganados, olisqueando ramas bajas que más parecían maleza que hierba, y un grupo de hombres que bajaban de la tala los saludó con desgana tomándolos por romeros o prófugos, especialmente a Sebastián.

—Ese debe de ser el santuario. Me lo imaginaba más grande.

—Bueno, a decir verdad, no parece tan pequeño —apostilló ella.

Habían andando sin mediar muchas palabras, con mal cuerpo ella y malhumorado él. Cuando descubrieron los tejados de Santa Casilda y su espadaña, ambos respiraron aliviados. En cierta manera, sentían que se libraban del otro y que podían centrarse en la búsqueda y captura del libro de Párix.

—Aquí nos separamos. Que le vaya bien su peregrinación, Sebastián.

—Gracias, aunque… verá… no soy del todo peregrino. ¿No es usted la peregrina?

—¿Peregrina yo? No, no.

—¡Ah! Pues creía.

—En absoluto.

—Me parecía extraño que una mujer sola anduviera por estos caminos así, sin sirvientes ni cabalgaduras.

—Y encinta.

—¿Está preñada?

—Creo que sí.

—Vaya. Debería cuidarse. Aún falta mucho hasta Santiago y estos parajes están llenos de bandidos y gentes de mal. Mire cómo me han afanado el mulo, sin ir más lejos.

—No voy a Santiago. Voy a Cádiz. Disculpe que no le cuente

más de mis propósitos.

—Anda usted lejos de la ruta a Cádiz, ¿no? —preguntó suspicaz Sebastián, quien, por alguna extraña razón, comenzó a inquietarse con la presencia de la mujer.

—Cosas de la política, ya ve. Pero he de ser discreta.

—¿Una joven apuesta, preñada y sola metida en temas de política y de gaditanos? Perdone que no la crea.

Bajaban la rampa empedrada que unía el camino de Las Herraduras con el patio del santuario. Era éste un sencillo conjunto de casas de sillería unas y de mampostería otras dispuestas alrededor de una fuente y un par de árboles. Alguien las había construido en una balconada natural sobre el río, a muchos metros de altura sobre éste, de tal manera que parecían estar asomadas al precipicio con la audacia de las viejas iglesias medievales, aunque no lo fueran.

—Se asombraría usted de lo que esta mujer preñada ha llegado a vivir. Le diré, por ejemplo, que vengo de América.

—¿Es usted americana? No lo parece. Sí es verdad que el acento lo lleva suavizado y dulce como el de las indias, pero su aspecto es el de riojana.

—No da en el clavo. Las indias tienen mil acentos diferentes, dependiendo de la parte de la que provengan. La mujer de Bolívar, por ejemplo…

—¡Tate! ¡Lo sabía! —respingó Sebastián.

—¿Qué sabía?

—¿Es usted revolucionaria? ¿Ha venido aquí a levantar una revuelta contra el rey igual que hacen allende el océano? He oído esas historias.

—No diga estupideces.

—No las digo.

—Le seré sincera. Verá: no estoy aquí para promover ninguna revolución. Sí que en América he luchado codo con codo con mi marido en la independencia de aquellas tierras. Pero aquí, bastante tengo con soportar mis náuseas y soñar con el regreso, como para embarcarme en nuevas revueltas. Cojo aquí lo que tengo que coger, me regreso a Cádiz, y santas pascuas.

Sebastián palideció. Entendió que aquello era demasiado cierto como para ser una mera coincidencia. No se atrevía a preguntar qué es lo que aquella revolucionaria había ido a buscar allá, pero estaba claro que sólo existía una cosa en aquel entorno que podía interesarle. Y no se trataba, precisamente, de la reliquia de Santa Casilda.

—¿Se encuentra usted bien?

Habían llegado abajo. Junto a la iglesia, cerrada con una gruesa cancela de forja, se apoyaba una robusta edificación de gruesas piedras blanquecinas y vanos enrejados. Tenía el aspecto de haber sido una clausura en tiempos, o incluso una cárcel, tal era la sensación de inexpugnabilidad que inspiraba.

—Un poco mareado.

—¿Desde cuándo no prueba bocado?

—Hará dos días.

—Tenía entendido que las monjas dan sopa caliente a los peregrinos.

—Tampoco… Tampoco yo soy peregrino —balbuceó Sebastián echándose la mano a la frente.

—Había pensado que sí. Dada su indumentaria y sus ademanes…

—¿Qué le pasa a mi indumentaria? ¡No soy peregrino!

—Entonces, discúlpeme: ¿Qué está haciendo aquí?

—Un embrollo. Cosas de política, imagino. Cosas del pasado. He de conseguir algo para ganarme la tranquilidad y poder agradecer a un amigo algo que hizo por otros amigos hace mucho tiempo.

—¡Santo Dios! ¡Cuánto misterio!

—Es largo de contar.

Los dos tenían prisa por encarar el robusto edificio en el que, según sus informaciones, se guardaba el volumen de Párix. Los dos necesitaban enfrentarse cuanto antes a sus recios muros y buscar la forma de entrar en él. Los dos se notaban hervir la sangre y la urgencia. Pero ninguno de los dos se decidía a confesar sus intenciones. Finalmente, fue la mujer quien habló.

—Tengo que entrar ahí.

—Lo imaginaba. Yo también.

—¿Usted también?

—No juegue a hacerse la ingenua. De sobra ha imaginado cuáles son mis intenciones.

—¿El libro?

—¡El libro!

No hubo más palabras durante los siguientes minutos. Cada uno por su cuenta inspeccionaba el lugar a la búsqueda de una manera para penetrar en aquella fortaleza. Habían desechado las ventanas, demasiado protegidas por la rejería como para intentar atravesarlas, así como la maciza puerta, cerrada a cal y canto y sin intenciones de ceder un ápice a sus empujones. Sebastián pensó en trepar hasta el tejado y quizás desde allí descolgarse a algún patio interior, pero,

además de parecer totalmente imposible escalar aquellas paredes, las posibilidades de que hubiera tal patio se le antojaban remotas, teniendo en cuenta que se encontraban en Burgos y no en Sevilla o Córdoba.

—¿Para qué busca el libro? —dijo ella sin mirarlo.

—Tengo la intuición de que no está aquí.

—¿Por qué no me contesta?

—Creo que es una trampa. Esto no me huele bien. Otra vez Villaescusa y sus tretas.

—¿Quiere hacer el favor de prestarme atención? ¿Para qué busca el volumen de Párix?

—Ya me parecía a mí que no podía ser tan fácil como llegar y besar el santo —continuaba murmurando él mientras palpaba la sillería con gesto de vencido.

—No comprendo sus razones para hacerse con ese libro. ¡Y no comprendo cómo puede usted ser tan maleducado! —gritó Aurora tirándole de la manga para llamar su atención.

El gesto hizo que él se volviera bruscamente con ademán de golpearla pero, en el último instante, enfrentado a sus ojos, se reprimió por el hecho de ser mujer. Fue entonces cuando ella reventó en un surtidor de vómito incontrolado que, de nuevo, le roció a Sebastián, esta vez de arriba abajo.

—¡Estamos apañados! *¡Redios!* —chilló él echándose hacia atrás y contemplando sus ropas embadurnadas—. ¡Dos veces en una mañana es demasiado hasta para un buen cristiano como yo! ¿Es que se ha propuesto pagar conmigo su embarazo? ¿Qué culpa tengo yo si la han dejado preñada y luego si-te-he-visto-no-me-acuerdo?

La bofetada fue sonora. Una bofetada antológica. Una de esas bofetadas rotundas que no admiten réplica. Una bofetada ante la que Sebastián no pudo sino avergonzarse de su comentario y entornar las cejas en clara muestra de arrepentimiento y estupefacción.

—De si-te-he-visto-no-me-acuerdo, nada. ¿Entendido? Aquí dentro —y se colocó ambas palmas sobre su vientre— viaja el retoño que ha creado mi señor marido y esposo, el hombre más amable, valeroso y temerario de toda América después de Simón Bolívar. Ignacio, el gran Ignacio, mi Ignacio. Ignacio Ventura. Un héroe, un guerrillero de la revolución, un paladín de la independencia. El ser más generoso que usted pueda encontrarse nunca. Capaz de la ternura y la firmeza. Ése es mi marido. ¡Oh, sí! Ése es mi marido. Ése es el padre de la criatura que me ocupa aquí. ¿De acuerdo? Y lo de si-te-he-visto-no-me-acuerdo, una sandez. Él

se ha quedado luchando por la causa y pronto volveré a encontrarme con él —su discurso no cesaba, se había vuelto roja de la tensión y el volumen de su voz iba aumentando casi tanto como su enrojecimiento—. Yo tuve que venirme a España. He de conseguir el libro, ¡el maldito libro de Párix!, entregárselo a los constitucionalistas gaditanos y volverme a América a parir este niño y acabar la independencia. ¿Queda claro? ¡Pues vamos ahora a encontrar el puñetero libro de marras! ¡Si-te-he-visto-no-me-acuerdo! ¡Si-te-he-visto-no-me-acuerdo! —Y comenzó a dar ridículos puñetazos a un Sebastián petrificado que la miraba con la boca abierta—. ¡Si-te-he-visto-no-me-acuerdo! ¡Maldito malnacido cabrón presuntuoso, machista y borrego de mierda, inútil soplagaitas ignorante!

Y se echó a llorar.

Aquello conmovió a Sebastián. Es cierto que era bruto, que su lenguaje en ocasiones resultaba ofensivo y demasiado directo, que no sabía tratar a las mujeres y que, con frecuencia, metía la pata en sus apreciaciones, pero comprendía que en el fondo del llanto, la joven guardaba la duda de si podría volver a ver al padre de su hijo, de si saldría airosa de aquella extraña encomienda y de si, en el fondo, todo el jaleo del libro no era más que una pesadilla.

Al menos a él, una pesadilla le parecía todo. Vomitado, golpeado e insultado, no albergaba hacia Aurora resquemor alguno. Más bien al contrario, sintió acuciantemente la urgencia de encontrar una fórmula para entrar en el caserón. Y, entonces, se dio cuenta de un detalle.

—¡Ésa es la casa! —pronunció emocionado apuntando a otra vivienda del conjunto, una más pequeña, más sencilla, con menos aire a fortaleza, que se situaba a escasos metros de la iglesia, cerca de la fuente.

La muchacha elevó el rostro, se pasó las bocamangas por las mejillas para correr sus lágrimas, y preguntó asombrada qué le hacía pensar eso.

—¡Mira! —dijo señalando un discreto escudo tallado en el dintel de la puerta.

—¿Qué significa?

—Veamos. Mis motivos para hacerme con el libro son diferentes aunque puede que persigan lo mismo aunque en sentido contrario. Hace años, cuando la invasión francesa, hubo un hombre que ayudó a muchos que, como yo, éramos perseguidos por aquellos asquerosos jacobinos. Fueron tiempos de conspiraciones y traiciones. Se trataba de un tipo honrado, un monárquico, alguien

con muchos posibles y abundantes contactos. Se dedicaba a salvar religiosos escondiéndolos o facilitándoles identidades falsas…

—¿Es usted religioso, Sebastián?

—Lo fui. Pero es parte de otra historia. Creo que voy perdiendo la fe conforme conozco a la Iglesia. A aquel amigo lo apresaron y encarcelaron y, por extraños motivos, lo han tenido preso hasta hace poco. Mi misión era rescatarlo del presidio y que, a cambio, me dijera dónde se encontraba ese puñetero libro de Párix.

—Su historia es aún más retorcida que la mía. ¿Para qué necesita el libro? Está claro mi motivo: los de Cádiz lo quieren utilizar como legitimación de una Constitución que ampare a las mujeres.

—Pues yo, para todo lo contrario. Lo persiguen aquellos que no quieren que, por nada, llegue a los liberales.

—¡Estamos apañados!

—Aurora: sinceramente. A mí me traen sin cuidado la política, la Constitución, el monarca y las leyes. Yo lo que quiero es el libro y acabar con esto de una vez por todas.

—Entonces, ¿por qué lo hace?, ¿por qué tanto empeño?

—Porque hay un bastardo que me hará la vida imposible si no cumplo y porque la vida de mi amigo corre peligro. Lo dejé malherido en Extremadura.

La casucha parecía enclenque. Daba la impresión que de dos patadas bien dadas, el portón cedería, aunque no fue así. Sin embargo, no les costó encontrar una ventana sin enrejar a la que fue muy sencillo romper los cristales. Unos minutos después, ambos se encontraban dentro acostumbrándose a la penumbra.

—Deberíamos encontrar una tea. Una vela —dijo él.

—También podemos entornar las contraventanas y dejar que entre la luz del día —sugirió ella.

Era una vivienda de una sola planta, antigua aunque coqueta, en la que parecía haberse detenido el tiempo. Todavía podía apreciarse una manta sobre un pequeño sofá desvencijado y leña apilada junto al fogón. Una única alcoba se separaba del resto por un muro de adobe claramente torcido. Dos de las cuatro paredes estaban ocupadas por estanterías repletas de libros. Olía a humedad, a tela de araña y a polvo acumulado. Varios arcones dispuestos sin orden por la estancia albergaban más volúmenes, así como dos mesillitas de noche que escoltaban la alta cama de la habitación. En lugar de alfombras había felpudos de esparto trenzado y, sobre la pila, una par de platos sucios evidenciaban que su ocupante salió de allí con extraña premura.

—Parece que es ésta la biblioteca que buscamos.

—¿Por qué lo supo, Sebastián?

—Por el escudo de la puerta. De sobra lo conozco. Es el escudo de la familia de mi amigo. El escudo de los Pedernales. Un antiguo pariente suyo se recluyó aquí a estudiar, a leer, a meditar. No sé. Se debió de traer cuantos legajos, documentos y libros encontró. Aquí hay miles de ejemplares.

Ambos se entregaron a una frenética búsqueda por toda la vivienda. Comenzaron a remover las estanterías, libro a libro, por ver si daban con el que estuviera firmado por Párix. Primero, convencidos de que sería cuestión de un momento, pasadas las horas, sospechando que había gato encerrado. De cuando en cuando, coincidían en una balda o hacían ademán de ir a tomar el mismo volumen. Otras veces, cada uno se ocupaba de una porción de estantería.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó ella.

—Ni idea.

—¿No se lo dijo su amigo?

—No se me ocurrió preguntárselo. Tampoco sé si él podría responder.

Se percataron de que habían empezado a revisar libros que previamente ya habían revisado. Aquello los turbó. El cansancio y el hambre hadan mella y la borrachera de libros y polvo los tenía agotados.

—Ya le he dicho que yo con esto sólo busco ayudar a un amigo y salvar mi vida. ¿Y usted? No me ha dicho que saca usted.

—¿Le parece poco? Son dos buenas razones.

—Sí, ya. Pero, ¿y las suyas?

—Es sencillo. Por una parte, contribuir a la gloria de la libertad en España ayudando a que hombres y mujeres tengamos igualdad. Por otra… en fin, algo más prosaico pero de igual forma interesante: los gaditanos me han prometido una fuerte suma de dinero para acabar la revolución en América.

—¿Hace esto por dinero? —preguntó con ácido acento de reproche Sebastián—. ¿Arriesga su vida y la de su retoño solamente por dinero?

—¡No! ¡En absoluto! Cuando salí de América no sabía que estaba embarazada. ¡Y no es sólo dinero! Es apoyar la causa.

—¡La causa…!

Se levantaron del pequeño receso y volvieron a su frenesí, dejando que transcurriera una hora más sin encontrar el libro. Habían optado por ir acumulando en el centro del espacio todos

cuantos comprobaban, repitiendo la acción tres veces sin resultados positivos.

—¿Y si no es ésta la casa? —comentó descorazonada ella mientras se dejaba caer en el desvencijado sofá con la cara manchada y las manos enrojecidas de manejar los libros.

—Lo es. Augusto me habló de Santa Casilda y de una vivienda de piedra. Además, ésta no sólo tiene el escudo de la puerta, sino que muchos de los volúmenes llevan el nombre de Pedernales escrito a tinta en la primera página. La casa es. Ahora que, o se nos han adelantado o no sabemos dar con la obra de Párix.

Dedicaron toda la jornada en comprobar los ejemplares, levantando nubecillas de polvo al manipularlos y procurándose estornudos impertinentes cada vez que lo hacían. A veces cambiaban de posición; otras, permanecían largos ratos embobados con la lectura de algún párrafo curioso que les distraía del auténtico motivo de su empresa.

—¡El "Amadís de Gaula"! —gritó Aurora—. Ese libro es un clásico. ¿No es así?

—Lo es.

—¿De qué trata? ¿Es un libro de caballería?

—Amadís, al igual que otros héroes, está entre la historia y la leyenda, ya se sabe. Fue arrojado a un río al nacer, como hicieran con Moisés, y fue recogido por Gandales de Escocia. Se educó con él y, tras crearse fama de buen luchador y caballero, se enamoró de Oriana, con quien casó en secreto y a cuyo amor se mantiene fiel. Luego llegarán las aventuras propias de un caballero. Las luchas con Galaor, su desconocido hermano, y contra el pérfido Endriago.

—¡Cuánta cultura!

—En el monasterio, otra cosa no, pero leer…

Al rato:

—Acabo de toparme con un libro recopilatorio de Calderón de la Barca.

—¿El poeta?

—Un genio.

—¿Podría leerse algo para despabilarnos? Entre el hambre que tengo y el polvo que estamos tragando…

Llegó el medio día y Aurora extrajo dos bollos secos con pasas que ambos deglutieron ávidamente. Tras beber apenas un par de tragos en la fuente de la plazuela, continuaron a lo largo de la tarde en su ardua búsqueda.

—¿Existen los héroes?

—¿Cómo?

—Que si existen los héroes. ¿Existen hoy en día personas como Amadís de Gaula?

—Bueno, no sé. Imagino que hoy sería extraño andar por ahí con una armadura y una lanza en ristre.

—No me refiero al atuendo. Me refiero al carácter.

—Sí. Entonces, sí. Augusto Pedernales es un héroe.

—También mi Ignacio, pues.

—Lo que pasa es que los héroes lo son porque no pretenden serlo. Ahí radica su valor.

—Mi Ignacio no lo pretende. Él es fiero, honesto y sensato. Estoy segura de que, para estas fechas, ya habrá culminado gran parte de la revolución.

—Tampoco Augusto.

—¿Algún día escribirán sus gestas?

—Imagino que no. Últimamente en España hay demasiado héroe anónimo como para dedicarles un libro a cada uno.

—¡Busquemos el nuestro!

—¿Nuestro héroe?

—¡Nuestro libro! Llevamos horas aquí y aún nos resta media biblioteca.

Iba oscureciendo. Ya la luz que entraba por los postigos entornados no resultaba suficiente y la temperatura, allá en aquel peñasco, comenzaba a descender. Sebastián se empleó en encontrar una vela o un candil pero, finalmente, se decidió a confeccionar una rudimentaria antorcha con una de las alfombras de esparto.

—Nos servirá para iluminarnos esta noche.

—¡Un momento! —saltó ella desde el sillón—. ¡Ya lo tengo!

—¿Qué tiene?

—No, no, no. La pregunta es: ¿qué estamos buscando?

—A buenas horas. ¡Pues el libro de Párix!

—No. Fallo. Ésa no es la respuesta. El libro de Párix, no. ¡El libro de Párix, no!

—¿Ah, no? Pues usted dirá —sonrió con sarcasmo Sebastián.

—Párix fue el impresor. ¿No es así? Él únicamente fue el impresor. El libro lo escribió un obispo. El obispo Dávila. El obispo Juan Arias Dávila. Eso es lo que tenemos que buscar. ¿Comprende? Hemos estado releyendo cientos de autores con la sola idea de encontrar un “Párix” grabado en alguno de estos lomos. ¡Pero no! Lo que hay que buscar es al autor del libro, no a su impresor. Y el autor, el escritor, fue Juan Arias Dávila.

No había terminado de pronunciar la última frase, ya estaban los dos de nuevo revisando uno a uno los libros. Era costoso pues la

antorcha ofrecía una luz anaranjada y ondulante que no permitía una buena lectura. Afuera, en la calle, la noche se había echado sobre las peñas blancas de Santa Casilda.

—¿Cómo supo que estaba en este lugar?

—Ya se lo he dicho, Aurora. Me lo confió mi amigo. ¿Y usted?

—Me lo dijeron los de Cádiz. Hubo una reunión. El anfitrión fue el señor Gaminde. Ellos me mandaron a Briviesca.

De la pila de libros por revisar, apenas quedaba media docena. Ambos se detuvieron y se miraron fijamente.

—Aunque —siguió la muchacha con voz susurrante y temerosa — ahora que lo pienso, quien me confesó el lugar fue un burdo librero de Burgos.

Sebastián, lentamente, se fue levantando y mirando alrededor. Presentía una presencia en el exterior de la casucha.

—Demasiada gente va detrás de este libro, ¿no le parece? — susurró, ya de pie, girando la cabeza a su espalda—. Y demasiada gente que conoce este lugar.

Aurora observó los cinco libros que aguardaban en el suelo. Fijó los ojos en uno y descubrió "JAD" en su lomo, grabado en letras doradas.

—Juan Arias Dávila —susurró cogiéndolo y alzándose ella también.

No estaban solos. Ambos lo notaban. La antorcha despedía fogonazos brillantes contra las paredes y sobre los volúmenes amontonados. Un escalofrío les recorrió los cuerpos.

—¿Lo tiene?

Antes de que pudiera contestar, los dos se giraron repentinamente hacia la ventana que habían roto para entrar. Una sombra los observaba desde allí. Era un hombre. Eso parecía. Quizás un hombre embozado. Aurora ahogó un chillido. La sombra arrojó algo en el interior, una botella, que desparramó algún siniestro líquido que pronto inundó la estancia de olor a alcohol.

—¡Mierda! —gritó Sebastián agarrando de la mano a Aurora.

La misteriosa sombra echó sobre el líquido una tea encendida e inmediatamente el suelo rociado comenzó a arder. El incendio apenas tardó unos segundos en alcanzar los muebles y las telas.

VII. CAROLINA

La sala se había convertido en un escenario en el que todas, de alguna u otra forma, se sentían protagonistas. Doña Francisca, por supuesto. Ella era el *alma mater* de aquella fabulosa conjura en la que se habían embarcado y, sabedora de sus dotes de mando y de su sutileza, lograba que, en todo momento, hasta la inocente Genita participara activamente.

El primer golpe había resultado un desastre por más que lo disimularan y por más que se empeñaran en convertirse en heroínas. Pasaban las tardes en su costura, tímidamente resguardadas por los visillos de la galería, horadando exquisitas piezas de tela con sus agujas y sus hilos, imaginando flores bordadas, iniciales esculpidas a golpe de puntada en los lienzos del bastidor, y, por encima de todo, planeando nuevas aventuras.

Por extraño que pareciera, les apetecía volver a intentarlo. Volver a desafiar a la lógica de cuatro mujeres honradas del pueblo de las que, como mucho, se habría podido esperar una variación en alguna receta de repostería como máximo alarde de inspiración. Volver a vestirse de hombre, empuñar las riendas de un caballo y mirar fijamente a su víctima antes de desvalijarla.

Genita tardó cerca de un mes en curar las heridas. Los rasponazos, hematomas y cortes que le produjo el accidente del primer atraco dieron mucho que hablar en el pueblo y, aunque ella se hacía la sufrida y achacaba el incidente a un mal paso, guardaba en el fondo de su frágil cuerpecito virgen el orgullo de la fiera amazona. No le cabía duda: había vencido el miedo y estaba dispuesta a todo… o a casi todo.

Por eso, cuando Juana comenzó a apremiar a su amiga doña Francisca a tejer no ya un nuevo mantel de lino sino un nuevo golpe, con la excusa de que había que salvar Los Meandros antes de que la compañía, la Compañía Marítima de Seguros y Reaseguros Olaso y Cía, comenzara el embargo y posterior subasta, cuando planteó la premura de hacerse con dinero mediante el arriesgado procedimiento de un asalto a la diligencia, todas ellas esbozaron una sonrisa de satisfacción.

Doña Francisca se sentía protagonista. Claro. Claro que sí. Era su casa, su hacienda, sus campos verdes junto al río Ega, su amenaza

de embargo. Eran sus amigas, sus compañeras de costura, sus cómplices. Y era su plan. Su inconsciente y estrambótico plan.

—Esta vez, viajaremos al sur y atracaremos un carro de buhoneros —pronunció con fingida voz seca sin levantar la vista del dedal y el bodoque con el que peleaba.

Juana, por su parte, había tomado las riendas de la parte intelectual. Sabía que, pasara lo que pasara, no debía eclipsar a su anfitriona, pero se sentía la intelectual, la inteligente, la capaz de dominar a las dos jovencitas y de dirigir a doña Francisca. Más que protagonista, se sentía la estrella en la sombra, el cerebro oculto, el auténtico engranaje del grupo. Así que se limitó a asentir con una franca sonrisa y comenzó a estrujar su cabeza tras ideas originales que ayudaran al propósito. Inmediatamente se vio cabalgando a lomos de *Capuchino*, colocándose el pañuelo en el rostro y ordenando a Teresa y a Eugenia que se lanzaran al ataque mientras doña Francisca, en retaguardia, observaba la escena como un emperador complacido que aprecia las evoluciones y mandatos de sus generales.

—Me parece fenomenal. El tiempo pasa, el plazo expira y hay que obtener caudales con los que mantener esta maravilla. Nos pondremos manos a la obra.

—Gracias, querida —le respondió la dueña de la casa, esta vez sí elevando la mirada y moviendo los ojos en rededor para regalarse la vista de su sala de costura.

Genita no lo dudó. Aún le quedaba un arañazo en el brazo que, por las noches, en el silencio de su alcoba, admiraba satisfecha. Hasta le incomodaba el que fuera despareciendo casi tanto como el no poder mostrarlo. Le habría gustado poder bajar al casino o a la plaza de abastos y haberlo mostrado a todo el mundo con la fiereza de los piratas, los bandoleros y los héroes de la guerra.

—Una vez leí la biografía de Palafox —comentó la muchacha con encendido aire de admiración—. Creo que no era una biografía muy seria. Quiero decir que creo que no era una biografía oficial, pero me resultó muy interesante. Luchó junto a otros hombres como Cuesta, Castaños y un extranjero, un tal Blake, que se debe de pronunciar Bleic, y se enfrentó a Napoleón en infinidad de batallas en Vizcaya y en Gamonal y en Espinosa de los Monteros, ese pueblo de donde nos traen miel, y en Tudela y en muchos otros sitios. Perdió casi todas sus batallas. Sin embargo, se distinguió siempre por su gallardía y su honestidad.

—Parece que nuestra amiga y compañera, señoras mías —intervino Juana— se nos ha aficionado a las empresas bélicas.

—Deja que continúe —pidió doña Francisca.

—¡Oh, no! Nada más. Que me impresionó mucho su tesón y su perseverancia. Palafox fue un buen militar, como lo fue el general su señor que en paz descanse. Nunca se rindió.

—Según tengo entendido, sigue siéndolo. Pasó prisión —completó Juana demostrando su sobrada información— aunque estemos en época de paz. Los aragoneses son así, tercos y nobles.

—Dicen que en Zaragoza luchó con uñas y dientes.

—¿Y a qué viene semejante clase de historia, queridas mías? —inquirió la anfitriona al tiempo que iba guardando sus útiles de costura y se levantaba hacia los ventanales.

—Pues, si se me permite, a que yo tampoco voy a rendirme aunque en nuestra primera intentona fueran más los golpes y magulladuras obtenidos que los dineros recaudados. No soy Palafox, pero soy terca, señora, y la próxima vez lo haré mejor.

Teresa escuchaba realmente satisfecha de su amiga. Hacía tiempo la había dado por monja o por solterona para vestir santos. No la habría creído capaz ni de enhebrar una aguja y, sin embargo, aquellos meses de bordados en Los Meandros la habían convertido en una mujer más segura de sí misma, más convencida de cuanto emprendía.

La miraba allí sentada, hablando con toda naturalidad de su admiración por un soldado y encendiendo sus ojos con el brillo de la emoción al imaginarse con la cara oculta y empuñando un arma para robar a un buhonero. Genita había cambiado. Genita ya no era la misma. Genita, en cierta manera, le daba miedo.

—Si, con todo, queréis leer algo interesante que os pondrá los pelos de punta, si se me admite la expresión, y que os motivará como un milagro, acompañadme.

La orden de doña Francisca no admitía negativa. Todas se levantaron y siguieron a la señora desde la galería hasta la biblioteca del General. Allí, con el número setecientos cuarenta y nueve, un pequeño librito rojo sobresalía del resto. Lo tomó con sus rugosos dedos y, colocándose los anteojos, leyó el título:

—*Historia cierta y rigurosa de la muy loable gesta de Agustina Saragossa y Doménech en el sitio de Zaragoza de mil ochocientos ocho,* por Eclesiano Araiz.

—¿Agustina de Aragón? —preguntó Teresa.

—¡La misma! Ella solita se hizo cargo del cañón de la batería del Portillo cuando cayeron todos los soldados patrios y ella solita bombardeó las filas napoleónicas con un arrojo digno de cualquier hombre.

—¡Increíble! —exclamó Genita.

—Admirable, diría yo —siguió Juana.

—Fue apresada, pero su leyenda ha inspirado a las tropas españolas durante todos estos años siguientes —completó doña Francisca.

—¡Me encantaría ser como ella! ¿Podría prestarme el libro? —preguntó ruborizada Genita.

—Mejor que eso. Quiero contaros una cosa. Salgamos a pasear junto al río.

El sol desparramaba sobre la pradera las sombras alargadas de los árboles y permitía que en las orillas se resistieran a desaparecer los últimos brillos del día. No hacía frío, pero las cuatro mujeres se habían echado por encima sus toquillas en un instintivo gesto de protección. Estaban expectantes porque cada vez que doña Francisca las convocaba para contarles algo, terminaban planeando algo.

—Esperemos a que se nos una María Selva. Le he indicado que baje en cuanto nos vea aquí juntas. Señoras mías, les voy a confiar un secreto.

Continuaron paseando por el borde del Ega, sobrepasaron la zona de lavadero y se dejaron conducir hasta la primera de las pequeñas cascaditas del curso. Las gotas blancas y espumosas reventaban en las piedras en una danza caótica e hipnótica que tuvo ensimismadas a las mujeres durante un buen rato. Un pajarillo arriesgado se posó en un tronco podrido que luchaba por salir del remolino. Posó sus patitas en un imposible equilibrio e inclinó el cuerpo para beber de la turbulenta corriente. Todas ellas observaban sus evoluciones sobre la inestable madera y se sorprendieron cuando el avecilla elevó el pico, miró por encima de sus hombros y salió volando atropelladamente. Ellas se volvieron y descubrieron a la sirvienta.

—María Selva, querida, únete a nosotras.

La expectación podía palparse en el aire pese al sonido ronco del agua y a la discreción con que las amigas aguardaban explicaciones.

—María Selva lleva conmigo media vida. Más, diría yo. A decir verdad, entorno a diez años. Pero como si fuera media vida. Os he dicho que iba a contaros un secreto. Voy a contaros un secreto y voy a haceros testigos de un compromiso.

La sirvienta permanecía callada junto a la señora. Era la única que no llevaba el cabello recogido en moño, que no mostraba un camafeo de marfil al cuello y que no calzaba botines altos abotonados. Vestía su amplia falda campera y tenía un recogido

sencillo y salvaje que le dejaba al aire las orejas y la nuca. Nunca había pronunciado palabra alguna y jamás ninguna de las mujeres había osado preguntar el motivo. Intuían que la razón sería más profunda que la de la mera timidez y que cierta enfermedad o cierta malformación le impedirían la fonación. Por eso, cuando abrió la boca, mostró sus preciosos dientes blancos, evidenció que sus labios eran los más sugerentes de las cinco, y pronunció con aquella cálida voz su frase, hasta Genita, que nunca había dudado de ser la más hermosa del pueblo, palideció de desconcierto y envidia.

—Quiero presentaros a María Selva. En realidad, a Ohiane. Ohiane es un nombre vascuence del más remoto valle del más remoto paisaje de la más remota y profunda Navarra. Nació de un cabrero y una mujer a quien ajusticiaron por bruja en plena plaza de Elizondo, el pueblo al cual pertenecía el caserío donde viviera nuestra nueva amiga hasta aquella fatídica tarde. Su padre fue dado por huido y a la niña, epitetada de huérfana, fue, digamos, cedida por una discreta suma de dinero a una familia de Pamplona. Se le cambió el nombre, limitándose a traducir el rotundo Ohiane, y fue relegada al puesto de sirvienta.

La mujer había elevado la mirada y la dejaba perder en el horizonte. La brisa le acariciaba las puntas de su cabello, y la tez, ya de por si morena, tomó un atractivo tono tostado en aquel crepúsculo junto al río Ega.

—La familia se trasladó a Zaragoza por asuntos de negocios y, cuando estalló la guerra, hubieron de salir pies en polvorosa huyendo de la resistencia, que los acusaba de afrancesados. Al menos, eso me contó el General, mi difunto General. En la precipitada escapada, dejaron atrás muchos enseres y muebles, así como lo más valioso con lo que contaban aún sin ellos saberlo. Me explico: abandonaron a María Selva, su criada.

—Así es —asintió ella.

—Apenas habla, ya lo sabéis, mis queridas. Pero vamos, vamos, continuemos caminando. Hemos de volver a la casa. Se nos ha echado el tiempo encima y oscurecerá dentro de poco. Regresemos para que vuestro retorno al pueblo no se demore.

Dejaron atrás la cascadita, las espumas y el ronroneo del agua y volvieron a pasar por la zona de lavar y por la pradera, ya oscura y fresca. El sol era apenas un disco difuminado sobre las montañas del fondo y aunque sabían que debían apresurarse antes de que se echara la noche encima, querían continuar oyendo la excitante historia de la sirvienta.

—Ohiane es selva en mi lengua —dijo.

—Lengua extraña, ciertamente —apostilló Juana.

—¡Pero tan hermosa en los poetas! —completó Teresa.

—Ininteligible —suspiró Genita.

—Amigas… disculpad: ¡¿puedo continuar?!

—Por supuesto —respondieron todas al unísono.

—Apenas habla —continuó por fin doña Francisca— porque su lengua materna fue el vascuence, ese retorcido y alambicado lenguaje que ni los romanos supieron copiar. Decía mi General que no había soldado más noble y más misterioso que un hombre de las montañas vascongadas. En fin, como Ohiane; como María Selva. Apenas habla porque apenas sabe pronunciar la lengua cervantina. Lo entiende todo, por supuesto, pero apenas habla. Bueno, sin más. Continúo.

Habían alcanzado el porche al tiempo que el astro comenzaba a declinar tras el cordal sombrío de las cimas.

—En Zaragoza, fue sorprendida por la invasión y no pudo evitar el sitio al que sometieron la ciudad. Allí conoció a una mujer de energía arrolladora, una mujer excepcional que acogió a María Selva como su acompañante.

—¿Criada? —preguntó un tanto insolente Juana.

—¡Oh, no, no! Criada, no. No sirvienta. Digamos, eso: acompañante. Si la mujer hubiera sido un soldado y María Selva un hombre, diríamos algo así como asistente.

—¿Correveidile? —volvió a inquirir Juana.

—Dejémoslo en asistente. Asistente de Agustina Saragossa Doménech. ¡Casi nada!

—¿De Agustina de Aragón? —exclamó Genita sorprendida y seducida por la modesta mirada de la joven vascongada.

—De la misma. Ya ven. Ya ven a quién tenemos aquí. Ha sido testigo de las proezas de su señora y ha aprendido el oficio de la resistencia mejor que nadie. Cuenta el General que estuvo con ella al pie del cañón, y nunca mejor dicho, en el Portillo y que Agustina no habría podido hacer nada si nuestra Ohiane no le hubiese ido suministrando la pólvora y la metralla. La auténtica heroína, diría yo.

—¡Es fabuloso! —le dijo Genita avanzando un paso hacia la sirvienta y abrazándola—. ¡Es un orgullo conocerte! Cuenta con mi amistad.

—¡Oh, sí, por supuesto! —siguió Teresa, algo celosa de la seducción que sobre Eugenia había ejercido la salvajemente hermosa joven.

—Y con la mía —completó, quizás por compromiso, Juana.

—Para nosotras, será Ohiane. Ese es mi compromiso. Ohiane pudo escapar cuando apresaron a Agustina de Aragón, vagó por los Monegros y cayó, poco más tarde, en una tropelía del ejército invasor. El General, por los hados del destino, tuvo la suerte de participar en su liberación, junto al mismísimo Palafox, y la acogió para traerla a Los Meandros. Desde entonces, me ha servido discreta y eficazmente, pero ya es hora de que pase a ocupar otro papel en nuestra asociación, queridas amigas.

—Explícate, estamos en ascuas —espetó Juana.

—Es de noche ya, pero creo que esto merece la pena. Vayamos a la cochera. Hay allí algo que quiero mostraros. Ohiane, hija, ya sabes qué hay que hacer. Ven con nosotras y ultimemos el plan.

La cochera estaba iluminada por catorce candiles de tulipa verde, enumerados por el General con números árabes exquisitamente grabados por un orfebre de Tafalla, un antiguo moro metido a joyero a quien el viejo militar había comprado collares en cierta ocasión para regalar a doña Francisca. Había también una calesa destartalada, varias sillas de montar, aperos de labranza en desuso, un puñado de ruedas de carro amontonadas, botellas de licor vacías, arcones cerrados a cal y canto y, bajo una vieja lona acartonada, un extraño objeto oculto.

—Os presento a Carolina —anunció la anfitriona.

Y con un dramático tirón, una especie de operística puesta en escena, María Selva liberó el objeto de su pesada lona acartonada y mostró un antiguo cañón herrumbroso.

—Carolina fue del General. Lo usaremos en nuestro siguiente atraco. Ohiane sabe utilizarlo. Sólo hay que limpiarlo y trasladarlo hasta el lugar adecuado. No va a haber diligencia ni carromato que se nos resista.

VIII. COMPAÑIA MARÍTIMA DE SEGUROS Y REASEGUROS OLASO Y CÍA

La Compañía Marítima de Seguros y Reaseguros Olaso y Cía. tenía su sede en unas oficinas lujosamente pertrechadas en la calle Somera de Bilbao, a tiro de piedra del puente de San Antón y de la plaza de El Arenal. Recibía a los clientes un imponente portal de medio punto, empedrado y esclarecido, en el que un hombrecillo bajito y elegante daba la bienvenida con abundantes reverencias. Una escalera de madera reluciente, con pasamanos de bronce y alicatado en el zócalo, accedía hasta el Principal, donde otra imponente puerta, esta vez acristalada, daba paso a los diferentes despachos y a la amplia sala de secretarias. Allí, dispuestas en dos hileras perfectas, una veintena de mesas idénticas, con idéntica lámpara e idéntica silla, idéntico tintero e idéntica blusa, veinte señoritas se esforzaban en copiar pólizas y cartas a velocidad de vértigo; sus manos habrían hecho enmudecer la mismísima mano del orfebre de Tafalla.

Es lo que tenía Bilbao. Mientras el resto de España se debatía entre el ambiente rural del siglo anterior y los aires de modernidad de Europa, allí se obviaban las infructuosas peleas dinásticas y los politiqueos, a cambio de la prosperidad y la diligencia. Era como si en aquella esquina del Nervión se llevaran dos o tres décadas de adelanto, casi un siglo si se comparaba con ciertas zonas atrasadas del campo. Aún no había irrumpido con fuerza la industria, pero una burguesía incipiente y firme comenzaba a poner las bases de la ulterior revolución fabril.

Varios despachos flanqueaban a las veinte señoritas y una estantería de dimensiones colosales remataba la estancia con cientos de legajos encuadernados con nombres escritos a tinta que evidenciaban que la Compañía contaba con una cartera de asegurados digna de cualquier correduría de Madrid.

Sonó un timbre y las veinte señoritas dejaron su pluma, exprimieron el secante, cerraron los cajoncitos de la mesa y se dirigieron a la puerta tras colocarse capas y chaquetas por encima. La jornada había terminado. Nadie hablaría hasta el portalón de medio punto —así eran las órdenes— y nadie dudaría de que aquel trabajo era el más sólido en todo el septentrión peninsular.

También varios hombres, vestidos con idénticas levitas y portadores de idénticos portafolios, abandonaban las oficinas, acompañados de sus idénticos paraguas, luciendo idénticos cortes de pelo.

—Señor Quiroga, haga el favor —sonó a sus espaldas.

Rara vez don Ramón Olaso, hijo de don Ramón Olaso el fundador, se dirigía a los empleados. Los empleados eran escribanos, gestores de documentación, meros archiveros de pólizas y manuscritos, que pocas veces habían de relacionarse entre sí. Mucho menos, con el director de la Compañía. Por eso, que lo llamaran al despacho de gerencia, y que, además, lo llamaran por su nombre, le provocó un escalofrío que a punto estuvo de inmovilizarlo.

Eduardo Quiroga había cursado estudios elementales con los frailes y había entrado a formar parte de la Compañía primero como simple conserje y después como impresor de sellos. A los dos años lo ascendieron a cotejador de minutas y, uno después, a asegurador. Eso significaba que disponía de mesa propia, lo cual, para un joven de apenas veinte años, era un logro que solamente en Bilbao podía darse.

Llevaba varios meses demostrando su valía. Pese a su timidez, había conseguido varios clientes y tenía un don especial con las viudas para convencerlas de que habían de renunciar a su indemnización a cambio de la prosperidad de España, que era, en realidad, la de la Compañía Marítima de Seguros y Reaseguros Olaso y Cía.

—Pase y siéntese —ordenó don Ramón Olaso.

Era la primera vez que entraba en el despacho de gerencia. Lo había imaginado más lujoso, por lo que se llevó cierta desilusión. Solamente había un cuadro, uno del fallecido Ramón Olaso el fundador, un cuadro oscuro y tétrico. La mesa, de castaño, estaba expedita. Un sillón de cuero granate era la única nota de color. En él se sentó el director.

—Iré al grano. Es usted un buen empleado. Lleva en la Compañía varios años y su gestión es intachable. Es por ello que ha de ocuparse de un asunto grave. ¿Me entiende? Digamos que se trata de un asunto… delicado. Tiene la documentación en este informe —le dijo secamente mientras le acercaba una carpeta de legajos amarillos—. Los Meandros. ¿Le suena? Es una hacienda. Se usó como aval en un préstamo. Hay que embargarla y sacarla a subasta. ¿Me entiende? El problema es que la ocupa una pobre viuda. No nos conviene escándalo alguno. Vaya y ejecute, pero

trabájese a la señora. Sería perfecto que ella renunciara en lugar de tener que arrebatarle su vivienda. En estos casos se requiere máxima discreción. Y resolución. La resolución es la llave del éxito de la Compañía Marítima de Seguros y Reaseguros Olaso y Cía. Mi padre lo tenía claro. ¿Me entiende? Sin resolución no hay eficacia. Este asunto debe ventilarse *ipso facto*. ¿Me entiende? *Ipso facto*. Tantee a la señora, ofrézcale una compensación si fuere necesario con tal de no despertar aires de escándalo. El escándalo y la resolución no van por buen camino. Pero quiero Los Meandros subastados antes de fin de este mes en curso. ¿Me entiende?

—Le entiendo, sí.

—Saldrá de viaje mañana. Contará con una dieta para sus desplazamientos y una minuta al terminar su encargo, siempre y cuando logre su objetivo. ¿Me entiende? Si no consigue hacerse con Los Meandros y la viuda se pone terca, habremos de usar de otros procedimientos; entiéndame: procedimientos más expeditivos. La Compañía Marítima de Seguros y Reaseguros Olaso y Cía. no puede andarse con ñoñerías sentimentales de viuda. Se manda a la persona adecuada y se convence a la viuda de que si en algo estima su vida, ha de colaborar con nosotros. Normalmente acceden ¿me entiende? Si no, nadie suele echar de menos a una pobre viuda ahogada *accidentalmente* mientras dormía. ¡En fin! Una gestión desagradable, ya ve usted. A nadie nos gusta tener que recurrir a este tipo de estrategias. Somos gentes de bien. ¿No es así? Gentes de bien. ¿Me entiende? Por eso no queremos llegar a ese extremo y por eso usted va a hacer todo lo posible en conseguir de la viuda el dinero o la renuncia. Nadie quiere una viuda *accidentalmente* ahogada, por supuesto. Y nadie quiere perder a un empleado tan resoluto como usted, claro. Resolución, señor Quiroga, resolución. Si estima su puesto de trabajo, resolución. ¿Me entiende? Y ahora, marche, marche. Tendrá muchas cosas que preparar para su viaje. Buenas tardes.

IX. EL SALTO

—Trepemos al tejado —ordenó Sebastián—. Esta vivienda es vieja y probablemente tenga las vigas carcomidas. Esa cubierta parece frágil. ¡Ayúdame a apilar mesas y sillas!

El fuego avanzaba con facilidad arrasando con cuanto se le ponía por delante, ya libros ya muebles. Pronto Sebastián y Aurora se vieron arrinconados en la esquina opuesta a la puerta de entrada, frente a llamas que los superaban en altura. La joven abrazaba el volumen del obispo Dávila con los ojos hipnotizados por el diabólico baile de luz naranja y el crepitar de las maderas incandescentes. El calor resultaba insoportable y ambos sudaban a raudales. Parecía no haber salida.

—¡De acuerdo! —reaccionó ella.

—Pongamos esa mesa aquí, después, subamos el sillón. Yo creo que así, alcanzaré la techumbre. No me será complicado abrirle un agujero.

Con celeridad y atropello, arrastraron una pesada mesa cuadrada y elevaron el sofá a sus lomos, teniendo para ello Aurora que soltar su libro. Una vez instalada la torre, el hombre se encaramó a lo más alto y empujó con sus manos el entablado del techo. Como era lógico, éste no cedió.

—¡Necesito algo para hacer palanca! ¡Algún hierro! ¡Una madera! ¡Busca algo!

No había mucho donde encontrar. Las llamas habían llegado al filo de la mesa y amenazaban con alcanzar el sofá. En cuanto así fuera, sus esperanzas se desvanecerían tan rápidamente como los muebles bajo el fuego.

—¡Date prisa! ¡Hay que reventar estas tarimas! —gritaba Sebastián intentando hundir sus dedos entre las grietas del techo.

—¡El atizador!

La única herramienta útil era el atizador que descansaba junto a la chimenea, al otro lado de la barrera de llamaradas. Sebastián no lo pensó, flexionó las piernas, tomó impulso en su sofá y se lanzó hacia el objetivo sin prever que se estrellaría contra el suelo y se le prenderían las ropas. Ella entrecortó un chillido de angustia. Él se revolvió por el suelo y se desembarazó de la capa que le envolvía; una vez libre del fuego, atravesó las llamaradas cubriéndose el

rostro y con el atizador en la mano. Aurora lo recibió con un suspiro.

—¡Creía que se quemaba!

—Y yo.

Mientras, la mesa de la improvisada torre había empezado a arder. En unos minutos el sillón sucumbiría.

—¡Vamos! ¡Échame una mano!

Sebastián volvió a trepar, pisoteando los tizones mientras lo hacía, y descerrajó una de las viguetas del techo.

—¡Sube! ¡Coge el libro y sube! —gritó envuelto en sudor y humo. El ambiente era irrespirable y los dos entendían que estaba cercano su fin.

Con un soberbio empuje, dos de las viguetas del entarimado saltaron por los aires, cayendo sobre ellos. De varios golpes y puñetazos hizo saltar las tejas, abriendo un boquete por el que a duras penas cabrían sus cuerpos, pero que se había convertido en la última y única escapatoria.

Sin embargo, al penetrar oxígeno del exterior, las llamas silenciaron durante un par de segundos e, inmediatamente, con un rugido macabro y ensordecedor, se alzaron hasta el tejado inundando con su calor y voracidad la mesa, el sillón y hasta el calzado del Aurora.

—¡Venga, por Dios, dame la mano!

Sebastián estaba ya en el exterior sobre el tejado, agotado, extenuado, con olor a carne quemada, asfixiado por el humo y con su piel negra como la noche que le recibía sobre aquella casucha incendiada. Se inclinó hacia la apertura y alargó el brazo a la joven. Sin remilgo alguno, la elevó hasta el tejado.

Pero no acababa allí su peripecia.

—Si saltamos a la fachada principal, nos estará esperando el embozado. El malnacido que ha prendido y casi nos mata.

—¿Cómo está tan seguro?

—No lo sé, Aurora. Lo intuyo. Y creo que no estamos en condiciones de enfrentarnos a nadie. Además, no sabemos si está solo o anda en compañía de otros compinches.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

El fuego había alcanzado el techo y avanzaba sobre las tejas lenta y letalmente. Corrían peligro de sucumbir. Si cedían las vigas, ambos caerían en aquel infierno de libros en llamas.

—Hay que saltar por ahí.

La casa, como el resto de las edificaciones de Santa Casilda, tenía la fachada principal en la plazoleta empedrada, y la trasera,

colgada hacia el barranco. Un barranco negro y profundo jalonado de árboles, maraña, helechos de largos tallos y zarzas enredadas.

—¡¿A ese agujero?!

—¿Y qué quieres? Ya no podemos llegar a la cornisa de la plazoleta. Y puede que allí nos aguarde nuestro amigo el incendiario. Hay que saltar y hay que hacerlo ya. ¡Ya!

—Está oscuro.

—¡Más oscuro lo tenemos aquí arriba, muchacha! ¡Este tejado se va a derrumbar!

—¡Está bien!

Los dos se colocaron al filo de las tejas, de frente al barranco. El fuego iluminaba intermitentemente aquella boca negra.

—Necesitaremos las dos manos para descolgarnos y sujetarnos a las ramas. Tira el libro.

—No me he venido desde América para encontrar un libro que ahora voy a abandonar a la primera de cambio.

—¡Suelta el libro! ¡Necesitarás las dos manos para intentar frenar agarrándote a la ladera, sujetándote en cualquier tronco o cualquier rama! ¡Vamos, por favor! ¡Tíralo ya y saltemos! ¡A la mierda el libro!

—¿Y mi dinero para la revolución?

—¿Y mi vida? ¿Crees que no me importa? ¡Escucha! Saltaremos juntos. Yo te sujetaré a ti por la cintura.

—¡Y yo llevaré el libro!

—¡Tú te sujetarás el vientre con tus dos manos! ¡Tienes un hijo ahí dentro! ¿Lo entiendes? ¡Llevas a tu hijo! ¡Déjate de revoluciones y piensa en la vida que llevas ahí, *sandiós*!

En ese instante, la joven recobró la conciencia de su maternidad. Estaba embarazada. Apenas se le notaba, pero llevaba una criatura en su interior y no había libro, revolución ni incendio que le privaran de dar a luz a aquel ser.

—Tira el libro, Aurora —ordenó cariñosa y suavemente Sebastián en un súbito tono cercano mientras la miraba fijamente a los ojos.

No hubo tiempo para una réplica. El fuego había cumplido su ciclo y el tejado empezaba a ceder bajo sus pies. En el último momento, cuando ya no había tejas que los sostuvieran y la cubierta comenzaba a desplomarse, los dos saltaron al vacío. El libro salió volando y cayó al barranco para perderse en la espesura.

Mientras sus páginas desaparecían, dos cuerpos se precipitaban ladera abajo tropezándose con cuanto se les cruzaba en la caída. Sebastián agarraba con firmeza a la joven y ésta sujetaba su vientre

como si en ello le fuera la vida; quizás, porque le iba en ello la vida.

X. EL CRUCE DE LOS HEREJES

A Eduardo Quiroga le llevaban los demonios en aquel carruaje incómodo y apestoso. Se suponía que era el mejor medio de transporte para llegarse desde Bilbao hasta Vitoria, pero los baches del puerto de Altube y el constante traqueteo lo tenían molido y desmoralizado.

Compartía banco con dos hombres de aspecto huidizo, probablemente comerciantes o fabricantes de herrerías, tipos callados y robustos que apenas lo saludaron al subir a la galera. Frente a ellos, una mujer de pañuelo en la cabeza y escapulario, y un soldado real que no hizo más que hablar en el viaje.

—Pues sí, es lo que tiene. Uno vive su vida y sin más ni más, así, sin saberlo, ya ven, se ve metido en el uniforme y, venga, no hay tu tía, a hacer la guerra o a hacer lo que le manden. Y no es que uno no tuviera arrojo, no, para nada, ¿saben? Lo que pasa es que la juventud es mala compañía para las decisiones. ¡Pero si tendría yo no más de quince años! Ya se imaginan. Figúrense. Te viene el bando, se eleva el pueblo a filas, y a cumplir, oye. Porque a mi hermano, al estar casado y tener familia, lo libraron de la leva. Pero yo me fui. No sé. ¿Cómo les diría? Igual de obligado que de contento. En definitiva, en el pueblo tampoco había qué hacer. Hombre, es decir, siempre hay quehacer. Que si esto, que si lo otro. Se hacen cargo. En un pueblo siempre hay labor. Y más en mi casa, con el cerdo y el maíz y la siega. Pero no era un futuro que me gustara. ¡Como si uno pudiera elegir el futuro! Así que me enrolé. Malos años aquellos. Se luchaba por los bosques con muy mala saña. Los franceses son astutos. Estuve más cerca de liarla que de salir airoso. Comprenden. Y, al final, airoso. Por Fuenterrabía tuvimos suerte y les dimos candela. Y hasta un reconocimiento que tuve, ¿eh? Mi sargento, el señor Juárez de Serna, un caballero. Me dijo que qué buen soldado era yo. Y si a uno el señor Juárez de Serna le dice que es un buen soldado, pues eso, que se lo cree y que se olvida del maíz y del cerdo y de la siega y del pueblo. Y van para siete u ocho años en el ejército. Me bajo a Bilbao cuando puedo, un par de veces al año. Me gusta. Allí gasto los cuartos y me compro botas nuevas y relucientes y me subo otra vez a la Meseta. Este año nos iremos al sur. Dicen que el sur está lleno de playas y de calor,

pero que los mosquitos son horribles…

En Vitoria, Eduardo Quiroga se despidió de sus acompañantes con un gesto rápido aunque cortés y pidió que le acompañaran a la Plaza, donde, según le habían indicado, encontraría quien los guiara por Azaceta, rumbo a Estella. Tuvo que pernoctar en la ciudad, en una pensión rancia y destartalada, sin poder pegar ojo en toda la noche, pensando en el soldado de la galera y en el camino que le quedaba por recorrer hasta Estella. Intentaba imaginarse Los Meandros y repasaba una y otra vez, tumbado en la cama con los ojos puestos en el techo de la habitación, las frases que le dirigiría a la dueña, la morosa, la viuda del general arruinado.

Se levantó con el alba y se dirigió al punto en el que un arriero a sueldo le había citado. Montaron en dos viejas y escuálidas caballerías y salieron de la ciudad por la parte de los chopos.

Los alcanzó el mediodía subiendo el puerto, con gran desesperación de su osamenta, que para esas alturas ya estaba triturada por el viaje. Los animales ramoneaban en cuanto tenían ocasión y el arriero, un hombre seco, curtido y sucio, le repetía constantemente que era aquélla tierra de bandidos y que si los asaltaban, habría de pagarle un triple de lo que le robaran.

—Aquí hay mucha mala baba y el hambre no perdona, que maldita la madre que parió a *tos*. O *polos* unos o polos otros, siempre *jodíos* y siempre con miedo.

En el pueblo de Zúñiga, casi una aldea abandonada, se despidieron. Eduardo quiso comprarle uno de los caballos, aún a sabiendas de que lo debería costear de su bolsillo porque la Compañía en ninguno de los casos se haría cargo del desembolso, pero continuar a pie por los senderos hacia Estella se le antojaba peligroso y lento. Sin embargo, el arriero le repitió una y otra vez que lo convenido era subirlo a Zúñiga y que de Zúñiga no pasaba y que Zúñiga era el final del trayecto, y que de venderle un bicho, nada de nada.

—*Deso, ná*. Lo dicho era hasta aquí, señorito. *Pa* Estella basta que se tire por los caminos de Murieta y Ayegi o que se desvíe por Larrión cruzando el río. *Usté* decide. Pero yo no sigo ni por *tó* el dinero de sus jefes ni por los oros del rey. Esta tierra está infestada de ladrones y amigos de lo ajeno.

—Pero habré de hacer noche aquí, y no veo posada ni…

—Ni la ve ni la verá, que no la hay.

—¿Entonces?

—*Usté* me dijo subirlo el puerto y me he *venío* hasta Zúñiga. Ahora que cómo se las entienda *pa* seguir es cosa suya. Yo me

vuelvo, que me va a pillar la noche y me quedaré en Campezo en casa de unos parientes.

—Véndame si acaso uno de sus caballos…

—Ni *pala* de Cristo es Dios, que son mi sustento y el de mis nueve hijos. No *tié* usted dineros con que pagarlos. Mi consejo es que se busque *ande* dormir y que mañana con la clara baje hasta Estella. En una jornada se llega.

No pudo discutir más. Eduardo se sentía desolado, abandonado no tanto por el arriero como por el destino. Se preguntaba por qué el señor Ramón Olaso lo había escogido a él y qué diantre se suponía que debía hacer entonces. Ni su ropa ni su equipaje estaban pensados para soportar una noche a la intemperie y en la aldea, las únicas tres casuchas que parecían habitadas habían entornado sus contraventanas y postigos al verlos llegar.

El arriero no se despidió. Azuzó los animales con un prolongado chasquido de la boca y desapareció a los pocos minutos. El sol se ocultaba con la misma celeridad y Eduardo, al borde del llanto, se adentró en un pequeño bosque de roble que se abría a la izquierda del poblacho, con su maleta de tela en una mano y su portafolios con la documentación en la otra.

Caminó alrededor de tres horas, arañándose las piernas y los brazos y dejándose llevar más por la intuición que por la convicción. Finalmente, cuando la noche se convirtió en un pesado manto de negrura y las ramas de los árboles solamente se percibieron al tacto, soltó su equipaje y se derrumbó sobre unos helechos para caer rendido.

Lo despertaron unos ruidos extraños. Aún no había amanecido, pero comenzaba a vislumbrarse algo. Cientos de animales emitían sus peculiares sonidos en un coro que le pareció infernal. Búhos, pajarillos, grillos y cigarras inundaban aquella porción del bosque como si de un fantasmal concierto se tratara. Y, por encima de él, un chirrido prolongado y pesado que parecía acercarse cada vez más.

Estaba sudado, descompuesto, con la ropa hecha jirones, el pelo sucio y desaliñado y los botines cubiertos de barro y hojarasca. Le latía el corazón a gran velocidad. El chirriar había eclipsado a los animales y, por un instante, le pareció escuchar voces de mujeres. Quizás se tratara de una compaña de ánimas, de brujas, de hechiceras en procesión. ¿Cómo explicarlo, si no, con el alba apenas despuntando?

Un irrefrenable instinto de supervivencia le ordenaba que saliera corriendo en rumbo contrario al chirrido, pero la curiosidad le hizo

tomar la maleta y el portafolios y agazaparse para avanzar hacia la misteriosa procedencia. Lo que vio y oyó le dejó petrificado.

—Éste es el punto perfecto. Lo llaman El Cruce de los Herejes. Ocultaremos el cañón tras esos árboles y, en el momento en el que se acerque la primera diligencia, lo soltamos al camino. A ver quién es el bonito que se resiste a nuestra Carolina.

—Una idea magnífica —respondió Juana a las indicaciones de doña Francisca.

Eduardo observaba la escena patidifuso. A escasos metros de él, al otro lado de la maleza, cinco mujeres desenganchaban dos robustos mulos de un cañón con ruedas que se afanaban en ocultar. Después, una de ellas, la más briosa de todas, trepaba a un árbol.

—Ohiane nos avisará desde allí cuando se acerque alguien. Entonces, Juana encenderá la mecha. Nadie tendrá tiempo de reaccionar. En cuanto la bala reviente a los pies de nuestras presas —continuaba repasando doña Francisca mientras se abanicaba fieramente el rostro, incómoda como estaba con las gotas de sudor —, Genita y Teresita salís del escondrijo y ordenáis que os entreguen cuanto tengan de valor, atáis y amordazáis toda alma, y agarramos a Carolina para volvernos a casa.

—¡De vuelta a Los Meandros! —gritó Genita con una excitación propia de la aventura que iban a protagonizar.

Cuando escuchó el nombre de Los Meandros, Eduardo estuvo a punto de desmayarse. Tomó conciencia de que llevaba muchas horas sin probar bocado, sin beber siquiera, que había pasado la noche sobre raíces y ramas clavándosele por todo el cuerpo, que el frío y el miedo lo tenían aterido, y que aquellas locas mujeres no se parecían en nada a la pobre viuda a la que, en teoría, debía presionar y amenazar. ¿Qué persona en su sano juicio arrastraba un cañón durante un día entero para esconderlo en un cruce de caminos y asaltar una diligencia? ¿Qué bandido usaba de tan desproporcionados métodos? ¿Qué diablos se le había perdido a aquella gente para intentar semejante locura? Y, lo que más le angustiaba de todo, ¿cómo actuarían si lo sorprendían agazapado espiándolas?

—Este cruce es perfecto para nuestras intenciones, queridas amigas. Lo llaman El Cruce de los Herejes. Cosas de la gente de estos montes. Dicen que por aquí escaparon los arríanos cuando las quemas, en la Edad Media. En realidad nadie sabe si fue así, pero se ha quedado con el nombre. El difunto General lo tenía anotado en sus mapas como uno de los puntos estratégicos más importantes de la comarca.

—Será perfecto. Seguro que pronto llega un carro cargado de caudales y les sacamos lo suficiente para pagar las deudas de su señor esposo, doña Francisca —dijo cumplidamente Teresa.

—No va a haber Compañía de Seguros alguna que nos arrebate Los Meandros. ¡Pues buena soy yo!

—¡Eso! —gritó Genita entusiasmada.

—Y cuando vengan a embargarla, les pondré el dinero sobre la mesa y tendrán que volverse a Bilbao con dos palmos de narices.

—¡Con tres palmos de narices! —volvió a intervenir la joven.

—Y si se ponen tontos —siguió Juana—, no te preocupes, amiga, yo mismo les cortaré las criadillas.

Todas rieron la grosería de su compañera y se echaron las manos a la cara en una falsa y cursi vergüenza. En el fondo, estaban sumamente nerviosas y entendían que aquel plan, de puro esperpéntico, no podía terminar sino en un éxito rotundo o en el más estrepitoso fracaso.

Eduardo, por su parte, continuaba agazapado, en cuclillas, incómodo y angustiado, viendo la ira en los ojos de aquella tal Juana, una mujer casi anciana, vestida de forma correcta, con aspecto de beata, a la que, sin embargo, se imaginaba cuchillo en mano capándolo sobe una mesa de cocina.

Sus macabros pensamientos se vieron de pronto interrumpidos. La mujer del árbol silbó y todas, incluido él, elevaron la vista.

—Un carromato. Parecen buhoneros o gitanos —susurró.

—¡Perfecto! Esos siempre traen muchas cosas y mucho dinero en efectivo —exclamó doña Francisca—, ¡Juana, a la mecha! ¡Teresa, a ese lado del camino! ¡Genita, tras aquellas zarzas! ¡Todas listas! ¡Por Los Meandros!

Lo que siguió a continuación fue rápido y grotesco.

Un relincho. El carruaje se aproximó antes siquiera de que las mujeres se hubieran ocultado lo suficiente, y Ohiane, desde la copa de su árbol, dio la señal a Juana para que prendiera la mecha, cosa que no atinaba a rematar debido a los nervios y la premura. Entonces, Genita, de un brinco, se lanzó a esconderse en su maraña de espinos y se topó con la espalda de Eduardo.

—Por favor, señorita, no me mate. No diré nada —suplicó el hombre sujetando las dos muñecas de la muchacha.

—¿Quién carajo es usted? —respingó asustada ella mientras se clavaban mutuamente las miradas.

No hubo presentaciones. Un estallido exagerado y bronco reventó en mitad del camino. Carolina, tantos años en desuso, había respondido, no obstante, a las expectativas de doña Francisca, y un

boquete de dos metros se abría en la tierra para interrumpir el paso de los buhoneros.

—¡Alto! ¡Bajad del vehículo con las manos en alto! —chilló Teresa con el rostro cubierto y el viejo pistolón sujeto con fingida decisión.

—¿Qué significa esto? —pronunció Sebastián alzándose sobre el pescante y encarándose a la muchacha.

—¡Es un atraco! —gritó Juana saliendo de entre la humareda que había dejado el cañón.

—¿Un atraco a plena luz del día? —preguntó susurrando Eduardo a Genita.

—Cosas de doña Francisca —le respondió también en un susurro.

—¿Un atraco a plena luz del día? —gritó Sebastián bajándose del carromato y dirigiéndose al boquete para examinar las posibilidades que había de sortearlo.

—Eso ya lo había dicho yo —comentó Eduardo mientras se levantaba de su escondite y se presentaba en la escena.

—¿Y tú quién eres? —preguntó consternada doña Francisca.

—Eduardo Quiroga, señora…

—¡¿Alguien puede explicarme quién está al mando de este desaguisado y por qué narices la toman con nosotros?! —chilló Sebastián enmudeciendo al resto.

—Es un atraco —se atrevió a responder Teresa.

—¿Un atraco a plena luz del día y con un cañón? —repitió Sebastián.

—Eso mismo reflexionaba yo, señor —apostilló Eduardo.

—¡Se acabó la cháchara! Entreguen cuanto tengan en el carromato —siguió doña Francisca—, y usted, el de la ropa deshecha, entregue cuanto lleve encima.

—De eso nada —se afianzó Sebastián mirando de reojo al joven de la maleta y el portafolios—. Si quieren, lo atracan a él, que tiene pinta de señorito. Nosotros vamos camino de Estella. Llevo una mujer en el carromato. Está gravemente herida… y embarazada. ¡Déjense de sandeces y atracos!

Mi abuela y el bueno de Sebastián Rodeno saltaron desde el tejado en llamas de aquella casa en Santa Casilda. Condenó el libro impreso por Párix consciente de que, sin él, todos sus esfuerzos habían resultado vanos, de que se esfumaban sus aspiraciones de conseguir dinero para la causa bolivariana y de que sus constitucionalistas gaditanos jamás se lo perdonarían. Sin embargo, ya he dicho que la historia de las mujeres de mi familia es una historia de heroínas, y, en aquel instante, mi abuela supo que lo mejor era arrojarse al oscuro barranco y dejar que la suerte le recompensara con algún otro tipo de gloria.

Llevaba en el vientre a mi madre. Con frecuencia he regresado hasta aquel apartado y salvaje paisaje de La Bureba burgalesa a visitar el agujero por el que tuvo que lanzarse y pienso que, si el destino quiso que mi abuela sobreviviera, fue para que yo continuara su lucha. Eso he procurado todas estas décadas, ahora que las veo desde mi ancianidad, peleando siempre al pie del cañón como hizo mi madre y transmitiendo, a quien he tenido alrededor, su misma fe y su mismo temple. Cuando los problemas me han atenazado, cuando me he sentido perdida o sin fuerzas, he pensado en aquel salto suicida y he recobrado la esperanza: no hay agujero por oscuro que sea que no ofrezca una rendija de luz.

Debieron de arrastrarse por la ladera, casi vertical, chocando en la precipitada bajada con ramas, raíces, piedras y salientes de tierra, hasta estrellarse en lo más profundo de aquel angosto valle enmarañado. Mi abuela agarraría su vientre con ambas manos y Sebastián la sujetaría a ella intentando amortiguar los golpes. Finalmente, chocarían contra el suelo como dos pesados fardos de hierba recién segada.

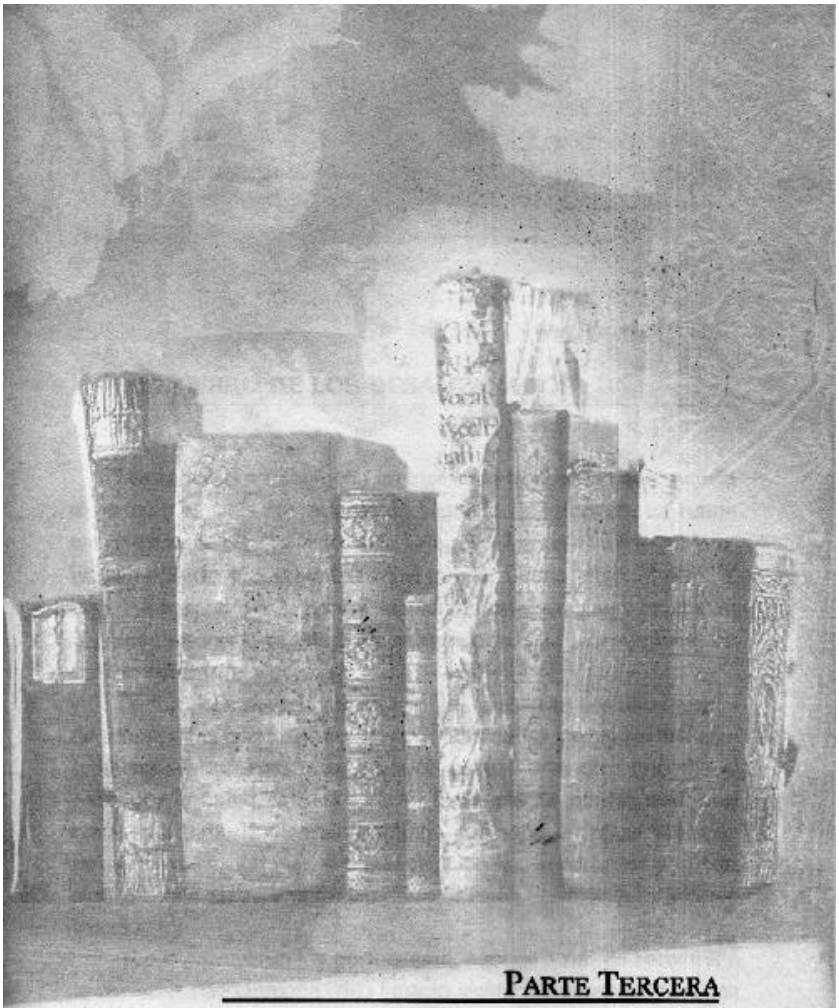
Aurora tuvo varias costillas rotas, heridas sangrantes por todo el cuerpo y un fuerte golpe en la cadera que le impidió caminar con soltura el resto de sus días. De viejita, cuando se vio obligada a utilizar bastón, renegaba de los dolores diciendo que habían valido la pena y que aquellos huesos torcidos habían salvado la vida de mi madre. Así de robusta fue la abuela.

Sebastián, por su parte, soportó estoicamente los envites de la caída y aunque sufrió cortes profundos en los brazos ocasionados por los troncos que intentaba apartar del cuerpo de mi abuela, sanó pronto y jamás presumió de su hazaña. Creo que aquel hombre estaba hecho de una pasta especial.

Deambularon de mala manera hasta un villorrio cercano, quizás a Reinoso o Quintanavides, no sé. Al viajar a aquellas tierras, quiero imaginármelos en mitad de la noche, atravesando el bosque y las extensiones de trigo a la luz de las estrellas, llenos de sangre, jadeantes, doloridos, ateridos de miedo y de frío, sin saber quién los había querido matar y cuál sería su futuro. Aurora, para el alba, tenía mucha fiebre y la vista perdida, y pidió a Sebastián que la trajera aquí, a Estella, adonde su padre, convencida de que sería el único lugar del universo donde poder descansar… o morir. Así que a Sebastián no se le ocurrió mejor idea que la de asaltar, vara en mano, a unos pobres mercaderes que estaban acampados en mitad del páramo. Les robó el carromato, la comida y algo de dinero y se lanzó en una loca y frenética carrera hacia el norte, con la esperanza de huir de cuantos quisieran pedirle cuentas, y pensando que Estella sería la salvación para tanto desaguisado. Probablemente, a él mismo le alentaba la idea de subir a Navarra, como si su tierra le fuera a dar la capacidad de reorganizarse los planes o, al menos, recobrar energías para enderezar su aventura.

Cuatro días después, con la abuela a punto de morir, en el Cruce de Los Herejes, a media jornada de Estella, doña Francisca y el resto de sus fanáticas amigas los atracaron. La escena debió de ser ridícula, tal y como la solía narrar, pasados los años, mi ajada abuela. Basta imaginarse al joven oficinista de Bilbao saliendo de las zarzas con Genita agarrada y su maleta y su portafolios; y a Juana llena de pólvora y a la otra con el pistolón… En fin, que gracias a aquel asalto, Aurora fue conducida a Los Meandros.

—Basta de atracos por hoy. Aquí hay una mujer gravemente enferma que precisa de nuestro auxilio. Seamos unas damas. Queridas amigas, mi casa será la suya. Volvamos todas. Y usted, jovenzuelo, más vale que se venga con nosotras: parece hambriento y sucio y no creo que en esa maleta tengo usted mucha ropa con que mudarse.



PARTE TERCERA

EL ESPÍRITU DE LOS TULIPANES

I. EL CERRO DE LOS DESAMPARADOS

Los cañones sonaban con un incesante tamborileo que sacudía el pecho y el suelo con apenas un segundo de intervalo. La rutina era drástica: se oía el silbido de la bala, el golpe, el estallido, el temblor en el suelo y el retumbar en el pecho. Luego, otro. Y otro. Y otro. A veces, el silbido no era seguido de estallido y se quedaba en el golpe; entonces, se intentaba recuperar la bala para utilizarla en sentido contrario.

La fortaleza parecía inexpugnable, tales eran sus altos muros de sillería y los matacanes con que se defendía. Varias garitas custodiaban sus esquinas y un portalón oscuro y macizo impedía el paso por la única entrada lógica. Tenía planta pentagonal, casi como una tarta de piedras levantada con saña en aquel precioso paisaje arrimado al mar, y una torre circular, anacrónica y distorsionada, que no se emparejaba con el resto de la angulosa construcción.

—Lo construyeron los portugueses, aunque a mí me recuerda a la ciudadela de Pamplona —dijo Ignacio Ventura, agazapado tras una pila de sacos, al tiempo que desplegaba sus prismáticos dorados para divisar las bocas negras de los cañones—. Si no fuera por ese torreón cilíndrico, diría que estamos ante una copia a escala de la ciudadela de Pamplona.

—No conozco Pamplona, señor —le contestó el soldado que tenía junto a él, un muchacho criollo al que el uniforme le sentaba extrañamente mal, no tanto por las dos o tres tallas de más sino por el contraste de tanto colorido sobre una piel tostada.

—Cuando acabe esto y vuelva a España, te llevo conmigo. ¿Cuál es tu nombre, chaval?

—Danielillo, señor, de la aldea de El Arroyo.

—Ya verás cómo te gusta Pamplona. Tiene una ciudadela más grande que ésta que intentamos tomar y un río que hace las delicias de los pescadores y los chiquillos que bajan a nadar.

—Yo no sé nadar, señor.

—Pues miras cómo lo hacen los demás.

—Debe de ser un viaje muy largo, señor.

—Nos iremos para allá y Aurora nos preparará cabrito asado.

—Señor: ¿usted cree que alguna vez acabará la revolución?

—Danielillo, por favor. ¿Cómo puedes dudar? La revolución está ya acabada. El legado de Bolívar triunfa por cada país y cada selva bendita y la libertad llega a todos los rincones de América. En el norte, los Estados Unidos tienen su Constitución y avanzan hacia el oeste expandiendo las maravillas del estado liberal. En el Istmo, nuestras ideas han calado profundo. Pronto todo el continente estará unido por la misma y sublime bandera de la fraternidad entre los hombres. No lo dudes, chiquillo.

Daniel no tenía apellido. Ni futuro. Moriría en el asalto de la fortaleza del Cerro de los Desamparados, como Ignacio Ventura, antes siquiera de comprender las palabras que los revolucionarios de Bolívar habían utilizado en su aldea para elevar a filas a los muchachos mayores de once años. Le habían introducido en un uniforme, le habían dado un fusil sin que nadie le enseñara a utilizarlo y le habían conducido a aquella colina maldita con la consigna de que se pegara al *español* y obedeciera sus órdenes.

Avanzaba la tarde y el castillo continuaba en poder de los monárquicos. Cada vez había más bajas y los ánimos empezaban a flaquear. Al polvo y al sol se unían la sed y el miedo. Aquellos muros parecían crecer conforme mermaban las fuerzas. Por un instante, algún alto mando se planteó desistir, convocando en un claro de la trinchera al resto de los oficiales y al *español* pero fue el mismísimo Ignacio quien, en una arenga digna de Simón Bolívar, enardeció los ánimos y lanzó a todos los hombres al envite final.

—Señores, seamos francos: las posibilidades de tomar ese cárabo de fortín empiezan a ser escasas. Perdimos ya muchos de nuestros muchachos…

Era un hombre alto, bigotudo y de edad incierta que mostraba una leonina cabellera cana pero un cuerpo atlético y fibroso. Tenía la guerrera pulcramente abotonada y hasta usaba guantes blancos como en los regimientos franceses.

—Creo —continuó— que lo mejor es rendir la plaza.

Y se sentó en una barrica de pólvora a la espera de la reacción de sus subordinados. Era un hombre vencido, humillado, sin esperanzas. Su acento antillano y su ronca voz quedaron pendientes del viciado aire del socavón. Nadie perdía la compostura.

—¡De eso nada! —tomó la palabra Ignacio alzando el tono para que lo oyeran cuantos soldados había en las inmediaciones—. ¡No estoy de acuerdo! ¡Cuando llegué desde España a luchar por la libertad de todo un pueblo, lo hice convencido de que las batallas serían muchas y muchas las derrotas! ¿Es que pensáis que yo tenía pruebas de que venceríamos a la primera? ¡Nadie nos va a regalar

nada y nadie va a concedernos aquello que nosotros no reclamemos! ¡Cuando llegué desde España ya había vivido una guerra de independencia contra la Francia imperial de los Bonaparte! ¿Es que os creéis que yo tenía pruebas de que venceríamos a la primera? ¡Caímos muchos, morimos muchos, muchos fuimos los que perdimos a nuestros seres queridos y nuestros planes de futuro! ¡Pero vencimos! ¿Es que pensáis que en la guerra contra el francés yo tenía pruebas de que venceríamos a la primera? Dudábamos a cada instante; dudábamos de la victoria en las batallas… ¡Pero jamás dudábamos de la victoria final! ¡¿Y sabéis por qué vencimos?! ¡¿Sabéis por qué pudimos expulsar a los franceses por más que nuestras fuerzas eran inferiores y nuestras armas peores?! ¡Porque creíamos! ¡Porque creíamos en un sueño de libertad e independencia! ¡Por eso vencimos! ¡Y por eso me vine a América! ¡Porque creía en un sueño de libertad e independencia para esta tierra bendita! ¡No podemos rendirnos ahora! ¡No podemos dejar que los españoles sigan aplastando los planes de futuro de esta tierra!

Los soldados se habían ido reuniendo en torno a Ignacio. Se apelotonaban unos sobre otros para ser testigos del discurso. Alguno sintió vergüenza al ser un europeo quien los arengaba y hacía gestos de asentimiento con la cabeza; otros, empuñaban más fieramente los fusiles convencidos de que aquellas palabras conducirían las balas con mejor tino. Los altos mandos repetían complacidos las frases de su ideólogo, de su héroe, de su propio Bolívar encarnado en el *español*.

—¡Soy español, sí! —continuó con igual ímpetu en su tono—. ¡Nací en España! ¡Pero, por encima de todo, soy un hombre libre que lucha por la libertad y que cree que la libertad de un pueblo vale más que la cuna que le vio nacer! ¡Si yo planto cara a esa fortaleza! ¡Si yo planto cara a esos cañones! ¡Si yo planto cara a sus balas y a su olor a muerte! ¡¿Cómo no lo vais a hacer vosotros?! ¡Decídmelo! ¡Decídmelo mirándome a los ojos! ¿Cómo no vais a intentarlo? ¿Cómo no vais a plantar cara a un puñado de piedras y a un puñado de cañones? ¡Si yo me avengo a morir por esta tierra si hiciera falta! ¿Cómo no lo haréis vosotros?

Fue una sangría. Los cuerpos de los muchachos caían mutilados por los cañonazos o detenidos bruscamente por las balas de los fusiles que se disparaban desde las viejas saeteras. Pronto la pendiente se cubrió de cuerpos y lo que iba a ser un mero paseo triunfal, se convertiría en un callejón sin salida. Por la retaguardia, llegaron noticias a las dos horas de la arenga de Ignacio, cuando

más de treinta o cuarenta muchachos habían sido diana enemiga.

—Un retén llegado desde Santa Concepción sorprende las trincheras bajas y nos convierte en presa fácil —anunció un correo, un chaval de apenas doce años, calzado con sandalias y desnudo de cintura para arriba.

—¿De Santa Concepción? ¡Pues sí que han corrido!

—Los dirige el coronel Postigo.

—Malhallado sea.

—Los han visto subiendo las lomas y disparando a nuestros soldados ya cerca de la tercera línea.

—Un fuego cruzado. Estamos en medio.

—Dicen que traen fusiles con bayoneta calada y que sus tambores anuncian la muerte, señor.

—Esperar o morir.

—Vencer, señor.

—O hacer que otros venzan.

Cuando Ignacio vio que todo estaba perdido, abandonó la trinchera y reptó hasta un terraplén próximo. Los disparos caían cerca y levantaban nubecillas de polvo y humo, pero él continuaba su marcha desprendiéndose, incluso, del incómodo sombrero con plumas. Luego, se tiró por el terraplén y alcanzó la segunda hilera de trincheras.

—¿Cómo está por arriba todo, *español*? —le preguntó un sargento que a duras penas mantenía la cordura en medio de aquel caos de disparos y hombres heridos—. Nos anuncian desde abajo que llegan fusileros con Postigo al mando.

Todo en vano —respondió Ignacio—. Los cañones nos masacran. Me he equivocado. Debíamos habernos retirado antes. Ahora, con el escape cortado por esos traidores de Santa Concepción, no nos queda sino esperar que nos aniquilen.

—Ha sido un honor hacer la revolución junto a usted, señor —gritó el sargento cuadrándose y saludando de forma militar a Ignacio.

—Gracias, sargento. Lo mismo digo. Tengo que llegar a la tercera trinchera. Allí está mi chino.

—Vaya con cuidado, señor. Esto es ya sólo cuestión de momentos.

Para poder reptar mejor, se desprendió también de la guerrera y del ancho cinturón de piel blanca con cartucheras que le cruzaba en bandolera el pecho. Después, rodó varias veces sobre sí mismo y, parapetándose en los cadáveres de los pobres chiquillos que jalonaban el campo, llegó a la tercera y última línea de ataque,

convertida por el avance del regimiento de Santa Concepción en una mera resistencia.

—¿Habéis visto a mi chino? ¿Alguien ha visto a Xin Xian Ho? ¡Xin! ¡Xin! —Ignacio sabía que contaba con poco tiempo, que el avance de las bayonetas era imparable y que sólo un milagro haría posible sacar de allí a su fiel sirviente Xin Xian Ho. Agarraba de los hombros a los soldados que, hipnotizados por el sonido de los tambores enemigos y por las balas, lloraban en silencio aguardando la propia muerte. Olía a sangre y a cadáver.

Varios hombres, casi niños, se despedían en silencio abrazándose. Algunos habían abandonado sus pesadas e inútiles armas y se habían desembarazado de los uniformes, apareciendo desnudos a los ojos de Ignacio, quizás por no morir portando unos colores que, por muy bolivarianos que fueran, nada significaban para ellos.

—¿Alguien ha visto a Xin?

—No, *español*, hace tiempo que no lo vimos.

En un recodo de la trinchera, dos soldados se intercambiaban abalorios en un macabro ritual de despedida. Más adelante, apoyado en una montonera de hombres muertos, un joven mostraba su brazo amputado de cuajo por la metralla de la fortaleza. El ruido era ensordecedor, uniéndose los llantos, los gritos y la ira con las balas y los tambores.

—¡Xin!

Allí estaba, acuclillado, con los ojos cerrados y las manos anudadas entre las piernas.

—¡Xin! ¡Xin! Eres tú, Xin.

Empezaron a oírse los pasos firmes de las botas de los soldados de Santa Concepción, sus marciales tamborileos y los chasquidos de los fusiles a quemarropa. Había gritos y plegarias. Xin era el único ser humano en aquel cementerio que parecía mantenerse consciente.

—Xin, escucha. Has de salir de aquí. Has de viajar a España. Tienes que buscar a Aurora. Dile que la amaré eternamente. ¿Has escuchado bien? ¿Me has entendido? Que la amaré eternamente y que ha sido una maravilla compartir estos años con ella. Xin, díselo. Dile que la amo y la amaré y que he sido muy feliz junto a ella. Ve a España, a Cádiz, a Las Almazaras. Allí te darán noticias de ella, Xin. Dile que la he amado y la amaré y que estos años con ella han sido los mejores de mi vida. Que no se te olvide, Xin. Tú díselo. Sal de aquí y toma un barco a España. Dile que muero por Bolívar y por la libertad y que la amaré aún después de la muerte. Entrégale esta

carta, la escribí ayer. Dile que ni la muerte puede separarme de ella.

Ignacio extrajo de su pantalón un papel doblado en cuatro trozos, amarillo y empolvado, lo abrió, y releyó sus propias palabras con lágrimas en los ojos.

"Allá donde estés.
Allá donde tu vida se haya hecho un hueco
y tus mañanas te asalten el sueño,
estaré.
A tu lado. Siempre.
Allá donde te asolen tempestades o temores.
Allá donde te encuentres o te pierdas.
Donde quieras, como quieras.
Allá donde una rendija no sea el origen de un mundo infinito
sino el final de tu luz.
O donde tus coplillas de amor se borren.
Estaré.
Cuando no haya barcos que tomar
o los que tomes te lleven lejos
o no puedan llevarte.
Cuando se escapen por el aire los colores de tu bandera.
Cuando creas que no hay versos,
escribiré por ti.

Y es que escribirte esta carta de amor
y verso
es mi forma de decir
te quiero,
tan cerca de mi muerte.
Te entiendo.
Me tienes.
Escribirte es mi manera
de seguir queriéndonos.
Allá donde estés.
Allá donde tu vida te lleve o nos lleve
y miles de dudas te mareen,
estaré.
Convencido. Siempre.
Allá donde te golpeen sombras o soles.
Allá donde no haya lemas ni razones.
Donde quieras, como quieras.
Allá donde sospeches que no merece la pena seguir luchando
o donde la lucha seas tú.

Estaré.
Cuando no existan más valles
para construir hogares de madera y tela
o no haya madera y tela.
Cuando se esfumen de repente tus cimientos
y sospeches que discurres por arenas movedizas.
Cuando creas que no hay cartas,
escribiré por ti.
Y es que escribirte esta carta de amor
y verso
es instinto
y es sincero.
Te quiero.
Me quieres.
Escribirte es mi manera
de seguir queriéndonos.”

El chino lo miraba gravemente. Ignacio terminó su última frase y extendió el papel a Xin Xian Ho.

—Corre —le dijo, y le dio la espalda.

Parecía increíble que un ser descalzo, frágil y exótico como él, con su larga trenza bamboleándose al aire, pudiera ser tan ágil saltando cadáveres y zigzagueando en el terreno. Ninguna bala lo alcanzaba. A veces se agachaba para esquivar un proyectil; otras, se detenía y cimbreaba la cintura a uno u otro lado evitando nuevos disparos. Un extraño sentido oculto le hacía escuchar el silbido antes siquiera de que llegara el plomo a incrustarse en su cuerpo, variaba la dirección de la carrera y continuaba su huida. Los pocos supervivientes de la trinchera lo observaban desplazarse hacia el acantilado. Parecía brujería.

—¿Cómo lo hace para que no le den? —preguntó un pobre criollo malherido que se apoyaba en su fusil a modo de muleta.

—Él dice que es magia —contestó Ignacio secamente sin perder de vista a Xin.

Entonces, sin que nadie lo previera, el *español* se abrió la camisa agarrándose ambas solapas y salió de la trinchera corriendo en dirección a la formación de soldados de Santa Concepción. Su grito, “Viva la Revolución”, quedó enmudecido por la salva de disparos que recibió y que le trituraron el pecho y la cabeza en un suspiro. Para cuando el cuerpo caía a la tierra y era pisoteado por la marcha de los monárquicos, Xin Xian Ho había saltado a las aguas del mar.

La batalla en El Cerro de los Desamparados, si bien supuso un serio revés al avance de los bolivarianos, no detuvo el progreso de

las ideas independentistas y pronto pasó al acervo popular como el envite en el que Ignacio Ventura plantó cara, él solito, al regimiento de Santa Concepción. La leyenda aumentó su hombría y se acabó contando en los corrillos que el *español* salió de la trinchera fusil en mano y mató a más de treinta soldados enemigos antes de caer fulminado, y que aquella gesta sirvió para distraer la atención de los artilleros de la ciudadela y por ello muchos bolivarianos pudieron huir saltando desde el acantilado. Decían las mujeres que incluso atravesado por la balas, el *español* estaba guapo y que no perdió el porte y la gallardía ni aún después de ser aplastado por los fusileros, y que hasta algunos de sus enemigos lloraron de impresión al matar un hombre tan valiente. Y que en El Cerro de los Desamparados, desde aquel día, se ve el espectro de un chino huyendo de las balas, y aunque nadie acababa de entender muy bien la relación entre la hazaña de Ignacio Ventura y la magia del pequeño personaje amarillo, todas las habladurías conducían a decir que es que era aquel paisaje un sitio encantado y mágico en el que todo podía llegar a suceder.

Lo que realmente sucedió es que Xin nadó durante más de dos horas hasta llegar a una pequeña playa en la que se recompuso y descansó por un tiempo. Después, con las palabras de su señor en la cabeza, se dirigió hacia el este, con la idea de embarcar en Porto Grosso rumbo a España.

Para ello tuvo que caminar por más de un mes, haciéndose con pescado fresco que capturaba mediante un rudimentario arpón que él mismo se fabricó, y proveyéndose de frutos silvestres en las zonas húmedas de la costa. Evitaba las poblaciones y los grupos de gente y apenas dormía para avanzar más deprisa.

Cuando, finalmente, llegó a la ciudad de Porto Grosso, descubrió que había cambiado mucho desde que él la conociera, y que una turba de portugueses, españoles e italianos se mezclaba con empresarios ingleses, chinos como él, negros africanos, gentes musulmanas de tez aceitunada y criollos vestidos de europeos que conducían ridículas calesas de altas ruedas. Los embarcaderos eran un torbellino de mercancías y gentes, toneles, carruajes de carga, precarias grúas de madera, militares al acecho y banderas de todo color. Las casas habían cambiado, adoptando un estilo más europeo y más florido, con altas columnas en los porches y tejados de cientos de aristas.

No tardó en localizar un barco que iba a zarpar rumbo a España. Era *El Rompido* y llamaba la atención en el puerto por su eslora y sus cuatro potentes mástiles. Pensó que no le sería complicado

colarse en sus bodegas, ocultarse en algún hueco y soportar la travesía que, vista la potencia del navío, no sería demasiado larga.

Y así lo hizo. Aprovechó la noche para sumergirse en las hediondas aguas de la ensenada y trepar por la cadena de anclas hasta el interior. Después, sin demasiada complicación, encontró un muy reducido espacio en la zona de carga, entre enormes paquetes que parecían contener hojas de tabaco, en el que se tumbó boca arriba y aguardó que pasaran las horas.

Pasaron. Lentas, húmedas, pestilentes, pero pasaron. No podía moverse y, en todo el mes que duró el viaje, no se atrevió a salir de su escondrijo, no fueran a sorprenderlo y a arrojarlo por la borda. El señor Ignacio le había encomendado una última voluntad y nada ni nadie lo detendría. Había perdido el poema durante su fuga a nado, pero recordaba, con ese don a medio camino entre la magia y el talento, las más de las frases, y en cuanto hubo tenido ocasión, lo había reescrito.

Una vez que el barco arribó a puerto, Xin Xian Ho tuvo que ingeniárselas para salir del agujero sin ser visto, deslizarse hasta los desagües de estribor y escurrirse hasta el exterior lanzándose al agua estancada de un puerto enorme, decadente y bullicioso. Era Huelva.

Sin dejar que sus ropas se secaran, sin descansar ni tomar alimento alguno, preguntó a unos estibadores cuál era el camino hacia Cádiz y éstos, no sin cierta sorna, le contestaron que siguiera el río y girara después hacia el este, que vería muchos carros y trasiego de gente y que tuviera cuidado con la *caló* para que no se le prendiera la coleta. Debieron de pensar que se trataba de un chalado o de uno de los muchos extranjeros que pululaban por la ciudad del Tinto y del Odiel huidos de sus países por causa de las guerras y las revoluciones.

—Mira, *shiquiyo*, que yo aquí me creía *c'había* visto de *tó*, pero *shinos* amarillos me quedaba a mí *po vé*.

En Cádiz, después de doce días corriendo por los campos andaluces, alimentándose de bellotas, pepinos y aceitunas amargas, pensó que lo mejor sería recomponer su aspecto y adecentarse de tanto trasiego, a fin de entrevistarse en Las Almazaras con quienes pudieran darle noticias de la señora Aurora. Así que entró en un colmado, una especie de tenderete repleto de todo tipo de artilugios, ropas, pescados en salazón, fruta, herrajes, pequeños muebles de alcornoque, chacinas y aperos de labranza.

—Buenos días, amable señor. Mi nombre es Xin Xian Ho, soy chino, vengo de América y necesito ropa limpia y algo con que

asearme.

El hombre, que ordenaba tinajas de aceite al otro lado del mostrador, no daba crédito a sus ojos. Se detuvo en su acción y, con la boca abierta y la mirada puesta en el pequeño hombrecillo amarillo, llamó a una mujer, al parecer su esposa, quien se presentó en la tienda accediendo desde la parte trasera.

—Buenos días, señora. No es mi intención incomodarles. Mi nombre es Xin Xian Ho, soy chino, vengo de América y, como le explicaba a su marido, necesito ropa limpia y algo con que poder asearme.

—*Usté* dirá.

—El problema es que no tengo dinero. Nada. Ni una sola moneda. Había pensado que si me dejan trabajar para ustedes durante toda esta jornada, quizás por la noche puedan darme alguna prenda limpia y, de paso, prestarme un cepillo y una pieza de jabón.

El tendero continuaba sin reaccionar, con la tinaja de aceite en las manos y la boca todavía abierta.

—Prefiero hacerlo así que tener que robar. Jamás he robado. Robar contamina el equilibrio que cada uno llevamos dentro. Cuando nacemos, se nos equilibra la existencia: en nosotros está que mantengamos ese equilibrio o no. Verán.

Entonces, tomó una escoba que la pareja de gaditanos tenía para vender, la colocó en el centro del establecimiento y logró que, asombrosamente, se mantuviera en una total vertical apoyada sobre el extremo del mango y con las cerdas al aire. A continuación, Xin colocó sus dos manos sobre el cepillo y se elevó en perpendicular con todo su cuerpo al aire. El hombre se desmayó dejando caer la tinaja de aceite al suelo y la mujer soltó un alarido y fue a abrazar al chino.

—¡Mi niño! ¡Mi niño! Eso *c'has esho e'cosa* de brujería. ¡Digo!

Xin Xian Ho ocupó dos días trabajando en el colmado. Clasificó cientos de productos, limpió las baldas, reorganizó la zona de aperos y hasta hizo que funcionara una pequeña y pesada trituradora de carne cuyas manivelas parecían hacer siglos que no giraban. Finalmente, pidió a los tenderos que le correspondieran y éstos, harto contentos, le procuraron un pantalón de campero, hecho con piel de vacuno, ancho y amarillo, que alguna vez fue del dueño del colmado, y una amplia camisola blanca con la que el chino se vio satisfecho.

—Lo que no *poemos* darte son botas, mi niño, *qu'el calzao se ve mu* caro últimamente.

—Puedo caminar descalzo, señora, no se apure.

Después, se aseó, se repeinó la larga trenza negra y preguntó por Las Almazaras. No estaban muy lejos de allí.

—Te recordaremos, Xin —pronunció sincero el hombre.

—Cuídate *musho, Shin*. No *dehes* nunca de *sé asín* de bueno.

—Lo haré. Gracias.

Entonces, acercó su mano al cabello de la señora y, girando levemente la muñeca, hizo aparecer una flor de jazmín, blanca, olorosa y tierna, como recién cortada.

—Eres un mago, mi niño —le respondió al truco ella, al tiempo que, con lágrimas en los ojos le besaba ambas mejillas.

Xin les regaló una amplia sonrisa y se marchó por el camino indicado.

Llegó a la casa del señor Gaminde de atardecida. Le llamó la atención la cantidad de hojarasca que cubría los poyos, como si nadie atendiera el entorno, así como restos de cerámica por el suelo, círculos negros donde algún día hubo fogatas, tiestos caídos y un silencio absoluto. La hacienda parecía abandonada; al menos, descuidada. No había sonido de caballos proveniente de las caballerizas ni se percibían voces en el interior. Pensó que la suerte se le torcía y que, si no encontraba allí a nadie, nadie le daría pistas sobre su señora. Por eso, caminó atento y expectante hasta la puerta principal y golpeó varias veces el picaporte. Nada. Volvió a intentarlo, girándose para otear la gran extensión de terreno que la casa poseía alrededor. Tampoco. Voceó varias veces para llamar la atención. Silencio. Finalmente, optó por rodear el edificio para ver si descubría alguna otra entrada o algún signo de lo que había sucedido allí.

Lo que se encontró fue un patio carbonizado en el que habían apilado muebles, libros y cuadros, de los cuales todavía quedaban restos ennegrecidos, así como cristales rotos y ropas esparcidas. Los vanos estaban clausurados, las plantas, arrancadas, y la fuente, desmochada, de tal forma que ya no surtía agua. En las cuadras, un olor ácido y nauseabundo anunció la mórbida escena que le esperaba: varios jumentos aparecían desangrados sobre la paja, así como un mulo de carga y dos perros de presa. Por primera vez desde que salió de América, Xin se sintió derrotado. Alguien había arrasado Las Almazaras, había espantado o matado a sus habitantes y había hecho todo aquel daño. Alguien que no buscaba robar, sino escarmentar, como se deducía del hecho de que, en lugar de llevarse lo de valor, lo había quemado. Alguien que mostraba saña, tal era la forma en la que los animales habían sido degollados.

Alguien que, desde luego, era mejor tener muy lejos.

Con esos temores estaba, cuando una figura fue a aparecer delante de él. Caminaba despacio, como aturdida, con los dedos de los pies arañando el polvo del suelo. Daba la impresión de tratarse de un fantasma, de un ser llegado por encantamiento a un tiempo diferente al propio, un alma errática que apenas tomaba conciencia del espacio que ocupaba o el aire que la rodeaba. Parecía envejecer a cada paso, con la mirada colgada de algún punto imposible entre la nariz y el infinito. El chino se puso alerta; no parecía peligrosa pese a su aspecto descuidado, su rostro sucio y la porquería bajo sus largas uñas, pero había que desconfiar. Llevaba un vestido negro como un morlaco y deshilachado como el atuendo ridículo de un espantapájaros. Hacía siglos había tenido un moño alto sobre el cogote, convertido para entonces en un remolino de cabello estropajoso, y portaba a la cintura una especie de macuto de arriero del que afloraban raíces y hojas secas. Cuando la tuvo a menos de tres metros de distancia, por fin, habló.

—Han sido los del rey. Han sido los del rey. Eso me dijeron. Los del rey son mala calaña. No hay gentes del rey que sean buenas. Mire lo que hicieron con *tó* esto y los pobres *bishos*. Al *señó* lo llevaron preso y dicen que está en Ronda, en el presidio, y que no saldrá nunca por conspirar. Figúrese *usté*. ¡Ni que los del rey fueran buena gente! Que yo no entiendo de reyes ni de leyes ni de *ná de ná*, que por algo el *señó* me decía que *mejó* no me enterara de *ná*. Vinieron una mañana y lo empezaron a *rompé tó* y luego sacaron *tos* los libros del *señó ande* la alberca y allí hicieron una pira, y sus *retrataúras* y *tos* los muebles que el *señó* se había traído de Francia. Que yo no entiendo de Francias ni Españas ni Américas, mire *usté*, pero que han matao Las Almazaras y ya *naide* viene por aquí. Que yo sólo entiendo de payos y gitanos y que por algo me llaman La *Gitá*, porque soy gitana, *señó*, y que en mala hora se hicieron las revoluciones. Y si *usté s'ha venío* hasta aquí, es porque *tié* que ver con la *señá* Aurora, lo más decente que ha pasao por esta casa en el último año, porque *shinos* no hay *mushos* en *Cai*, desde luego, y *shinos* que vengan a Las Almazaras, menos. Que la *señá* Aurora me habló de su *shino* y me dijo que era un buen hombre y un poco mago y un poco brujo y *usté tié toa* la facha de ser ese *shino*. Y mire lo que le digo, *señó*, que yo dejé a la *señá* Aurora *mu* lejos de *Cai*, en las tierras de Burgos, en un pueblo que ni *m'hacuerdo* el nombre de tan *retorcío qu'era*, que ya bastaba de misterio y de una cosa y otra y que la *señá* se iba a *acabá* metiendo en algún *fregao complicao* y a la *Gitá* no le gustan los *fregaos complicaos*. *Asín* que me fui y me vine a

Las Almazaras y al poco mire lo que pasó y que si me salvé fue porque no venían por los *criaos* sino por el *señó*, que estaba en política. Y la *señá* Aurora no regresó a *Cai* en tos estos meses y yo me creo de que algo le habrá *suseío* porque no era bueno el *fregao* en el que andaba *metía*. Hay un sitio ande ella me dijo que la llevara si caía herida o enferma, como cayó de camino al norte, un sitio que es ande su padre *tié* la casa y que dice ella que es *mu* bonito y con un río precioso, pero que no me sé el nombre tampoco, *señó*, porque la *Gitá* es mu mala *pa* los nombres de los payos.

II. DON GENARO

Amparo nació en Los Meandros. El parto no fue fácil; más bien, al contrario. Cuando Sebastián decidió fiarse de doña Francisca y confiarle los cuidados, aquella casa se convirtió en un hervidero de remedios caseros para aliviar los males de la mujer. Las costillas tardaron en soldar varias semanas y la cadera, aunque no rota, le ocasionaba tanto dolor que hizo a Aurora renegar de todo medicamento y acabar convenciéndose de que terminaría coja, como así fue. No avisaron al médico de Estella, un convencido anciano monárquico que habría traído más problemas que soluciones y que habría acabado por divulgar en las tertulias que había una proscrita oculta en la hacienda del General.

La dueña había ordenado que dispusieran una de las alcobas de la parte superior, la número siete según el sistema de ordenación y enumeración de su difunto esposo, la más soleada del edificio. También, que Sebastián Rodeno ocupara una sobria pero cómoda habitación en la parte baja, junto a la cocina, con idea de que, en caso de venir los agentes de la Compañía de Seguros y Reaseguros, fuera un hombre quien los recibiera. Y es que los infortunios de doña Francisca se empezaban a agravar. No sólo tenía bajo su techo a una mujer desconocida y revolucionaria, perseguida, embarazada y gravemente enferma y a su misterioso acompañante, un tipo bruto y primario aunque franco, al que, al parecer, también perseguían, sino que el rufián del bilbaíno, el tal Eduardo Quiroga, se había fugado con Genita dejando como única pista una escueta nota en la que involucraba a Los Meandros:

"La señorita Eugenia y un servidor abandonamos la comarca en pos de una vida plena de emociones, dichas y venturas. Que Dios proteja Los Meandros y a todos nosotros."

Así era. Habían desaparecido una mañana, robando para ello los dos hermosos caballos de doña Francisca y las pocas joyas que pudiera poseer la madre de la joven. Se montó revuelo en el pueblo y varias personas de bien, capitaneados por el capellán y por doña Cándida, subieron hasta Los Meandros a pedir cuentas. Ohiane, en su papel de María Selva, tuvo que ocultar a Aurora y a Sebastián y

hubo de escuchar cómo reprendían a doña Francisca y cómo la amenazaban con denunciarla en Pamplona, y cómo doña Cándida aseguraba a su eterna rival que, tarde o temprano, toda aquella tierra y aquella casa serían suyas. Algún prohombre sacó a colación las manías del General, se mofó de su fiebre contable y ridiculizó los cuadros en los que se le veía con el viejo uniforme militar. El párroco calificó Los Meandros de nido de sinrazones y previno a su dueña de lo cerca que estaba de perder la gracia, y que, de seguir con tanto escándalo y tanto secreto, acabaría por caer en la tentación y, por consiguiente, en el pecado… si es que no había caído ya.

—¡Por la Virgen Santísima y por todos los santos y por la Gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que vino para salvarnos de maquinaciones como las que usted lidera, doña Francisca! ¡Y por la Santa Madre Iglesia, a la que usted parece obviar con sus despistes y extraños comportamientos! ¿Es que no se da cuenta, buena mujer, de que se está alejando del camino recto y que a este paso no le va a servir ni la parábola del buen pastor? ¡El pecado acecha y se agazapa detrás de toda posibilidad de confundirnos! Déjese ya de reuniones y escándalos y baje a confesión, señora mía.

Pero fue el padre de Genita quien más virulento se mostró, encarando a doña Francisca con palabras malsonantes e insultos, acusándola de perversora y asegurándole que tanto ir a la costura a aquella casa maldita, su hija se había dado a perder y que por eso se había fugado con un forastero, imbuida de las ideas locas que se respiraban en Los Meandros, y que como no apareciera pronto, no necesitaría ni embargo ni otras zarandajas pues él mismo acudiría de nuevo pero con una antorcha en la mano y no quedaría en pie ni uno solo de los pilares del General. La jornada fue aciaga.

Sin embargo, para cuando nació Amparo, las aguas habían vuelto a su cauce y Genita a su casa, desencantada de la vida con un oficinista vascongado y harta de pasar penurias y sinsabores durante aquellos escasos setenta días. Aunque sus padres la perdonaron, ya nunca más la dejaron a solas y enseguida le buscaron un novio de la comarca, algo más joven que ella, de buena familia y discreto, posadero, y la mandaron con buena dote a criar los hijos que Dios mandara mientras ayudaba como podía en el no muy próspero negocio de la posada.

Transcurridos dos meses desde que doña Francisca y sus amigas atracaran el carromato, con Aurora aún en cama y antes siquiera de que llegaran los matones de la Compañía de Seguros y Reaseguros, Sebastián subió a la alcoba de la joven y, tomando una silla blanca

que descansaba junto a la ventana, la silla número setenta y tres de Los Meandros, se acercó y, sin rodeos, le hizo saber sus intenciones:

—Me voy.

Su voz sonó como un estallido en la quietud de la habitación. Ella permanecía casi todo el día tumbada y apenas la levantaban para tomar alguna sopa o para asearle las sábanas. Había adelgazado considerablemente, pese a que su constitución era fina por naturaleza, y de no haber sido por el bulto que le sobresalía como un milagro en el vientre, habría parecido una anciana, tales eran sus marcadas arrugas y su cabello desmadejado.

—Me lo imaginaba. Mucho has aguantado aquí.

La respuesta dejó a Sebastián pensativo. A decir verdad, su vida se había complicado de forma tan absurda que ni él mismo encontraba respuesta a su futuro. Sabía que, tarde o temprano, Villaescusa y los monárquicos darían con él y lo más probable es que lo mataran. En definitiva, ése era el pacto: él conseguiría el libro y, a cambio, le dejarían en paz. Si no había libro, no habría paz. Sabía que alguien lo delataría y Villaescusa se presentaría en casa de doña Francisca y no se andaría con delicadezas. Aquella extraña viuda los había acogido pese a que su propiedad pendía de un hilo, los había alimentado y cuidado, se había encargado de Aurora como si fuera una hija, había hecho de la convalecencia un trago lo más llevadero posible y había decidido, con mucha sabiduría, que si Aurora se presentaba en el centro de Estella perseguida, embarazada y malherida, su padre no sólo no la habría sabido atender sino que, lo más seguro, la habría repudiado. Doña Francisca no se merecía, pues, una visita de Villaescusa.

—No quiero originar más problemas.

—Mi querido Sebastián… Ven —sugirió ella estirando una huesuda mano—. No has originado ningún problema. Desde que nos conocimos en Briviesca, lo único que has hecho ha sido protegerme y hacer que sonría. Recuerda que lo primero que supe de ti fue que te habían robado el pollino y que las cigüeñas tenían predilección por tu cabeza a la hora de hacer sus necesidades.

Ambos sonrieron. El complacido y tierno; ella con dolor en el costado.

—Si no hubiese sido por ti —continuó— habría muerto en el incendio de Santa Casilda. Quizás yo vivía demasiado pendiente de las ideas y me olvidaba de las personas, y el afán por conseguir el maldito noveno libro me habría llevado a perecer en las llamas… y a arrastrar en el suicidio a la criatura que llevo aquí dentro.

Ohiane hizo ademán de entrar en la habitación con una

palangana y una toalla, pero vista la escena y la intimidad que se respiraba, optó por darse media vuelta y entornar la puerta. Inmediatamente comprendió que se estaban despidiendo y que debería preparar algo de comida para que Sebastián se llevara de madrugada, así que bajó a la cocina y se dispuso a trocear cecina.

—Tú me obligaste a abandonar el dichoso libro del obispo Dávila y a saltar por aquel agujero endiablado. ¿Sabes? Desde ese día no ha habido ni uno solo que no haya dado gracias a Dios por haberte puesto en mi camino. Mi hijo… o hija… te deben la vida.

—Bueno, yo…

El hombre no estaba acostumbrado a que le agradecieran las cosas, ni a que recompensaran sus acciones, ni a que le regalaran palabras tan dulces. Por ello, se ruborizó y hasta comenzó a sentirse incómodo. Tomó de nuevo la palabra y volvió a hacer saber sus intenciones.

—Me voy. Marcho al sur. Han pasado ya varios meses desde que dejé a mi amigo Augusto Pedernales en Cuacos de Yuste, al cuidado de las mujeres judías. Confío en que se haya recuperado. Una vez que lo encuentre…

—Una vez que lo encuentres —interrumpió con autoridad la enferma haciendo un titánico esfuerzo por incorporarse—. Ayúdame a sentarme —tosió—. Necesito sentarme y mirarte bien a los ojos. Una vez que lo encuentres, tienes que hacerme un favor. Un gran favor. Tienes que ir a América y buscar a mi marido. Tienes que decirle que espero un hijo suyo y que no hay revolución que lo haga esperar. Que lo necesito aquí…

—Shhh —la calló él. La veía con los ojos inyectados en lágrimas y un fatigoso jadeo que le convulsionaba todo el cuerpo—. Descansa, Aurora. Ya veremos, ya veremos.

—¡No, Sebastián! Prométeme que lo harás. Prométeme que irás a América a buscar a Ignacio y a traérmelo para criar a este hijo. Lo necesito aquí. Los bolivarianos podrán seguir su lucha sin nosotros, pero yo no podré dar a luz sin él.

Lloraba desconsoladamente. Las lágrimas empezaron a inundarle el camisón y el embozo de la sábana. Él no sabía cómo actuar.

Una irrefrenable fuerza lo impulsaba a abrazarla, a consolarla, a mesarla el cabello y cobijar su cabecita agotada en su propio pecho, pero una timidez arisca y firme lo había petrificado en su silla blanca. Finalmente, se levantó.

—Aurora, lo siento. De momento, viajo a Extremadura. Una vez que encuentre a Augusto, ya se verá.

—¡Pero no hay tiempo! Yo creo que van para cuatro o cinco

meses. ¡No hay tiempo, Sebastián! ¡No me dejes ahora! Corre a América y tráeme a Ignacio. ¡Tráeme a Ignacio! ¡Tráeme a Ignacio! ¡Tráemelo! ¡Por favor, Sebastián!

El llanto era desgarrador. Aurora agarraba con furia la colcha y permitía que su rostro se embadurnara de lágrimas, mocos y sudor. Movía la cabeza de un lado a otro con furia y le temblaba todo el cuerpo como si varios hombres zarandearan la cama con violencia.

—¡Necesito a Ignacio! ¡Necesito a Ignacio! ¡Necesito al padre de mi hijo! ¡Que venga el padre de mi hijo!

Los gritos fueron tan fuertes que, a la carrera, acudieron doña Francisca y su amiga Juana desde la galería, donde hacían costura, así como Ohiane. Comprendieron que algo grave sucedía pues se cruzaron en la puerta con Sebastián, serio, adusto, con los ojos enrojecidos y la mandíbula apretada.

—¡Necesito a Ignacio! ¡Necesito que alguien me lo traiga! ¡Necesito que alguien me traiga a Ignacio!

—Calla, preciosa, calla —le repetía doña Francisca sentada en el filo de la cama, pasándole la palma de la mano por la mejilla y usando una voz susurrante y dulce.

—Pero tiene que venir Ignacio. ¡Necesito tener aquí a Ignacio! ¿Es que nadie entiende que este niño necesita a su padre?

—Shhh.

—¡Necesito al padre de mi hijo! ¡Que venga el padre de mi hijo!

Desde aquel día todo cambió en Los Meandros. Sin la presencia de Sebastián, un halo de temor envolvió a sus habitantes, conscientes de que los de la Compañía de Seguros aparecerían de nuevo y de que no habría Genita que les valiera para engatusar sus voluntades y ganar tiempo. Además, Aurora cayó en un profundo letargo del que solamente se despertaba para musitar palabras que, las más de las veces, no eran sino el nombre de su marido. La tristeza inundó la casa y hasta Juana dejó de subir a la costura en una traición que doña Francisca tardó en comprender.

Un día entró en la cocina y sorprendió a Ohiane engrosando la leche con agua. Otro, haciendo caldo con un seco trozo de tocino amarillo que después sacó y guardó en un trapo para posteriores comidas. Un tercero, colocando manzanas silvestres en un cesto.

—Tenemos problemas. ¿Verdad?

No hizo falta palabra alguna. La mirada de la joven lo decía todo.

—Nos van a quitar Los Meandros, no hemos conseguido el dinero para pagar las deudas del General, tenemos una desahuciada en la casa y hasta Juana nos ha abandonado. Quizás vaya siendo

hora de rendirnos a la evidencia. Tú podrías servir en alguna de las casas de Vitoria donde, dicen, hay prosperidad. Nadie te conoce allí y no te sería difícil encontrar dónde instalarte, lejos de la fama de Los Meandros y de la desdicha que yo arrastro. Puedes llevarte cuanto quieras. Juana ya no viene por aquí y a saber qué cosas cuenta de mí en Estella. Seguro que para estas alturas todo el mundo conoce que estamos arruinadas y que ocultamos a Aurora. No tardará Cándida en hacer alguna maniobra extraña. Eso, si no llegan antes los del Seguro. Me extraña que no hayan aparecido ya. Han pasado muchas semanas desde que se agotaron los plazos y no sé yo si no será eso mal presagio. Cualquier día nos queman la casa. Si no es el padre de Genita, los de Bilbao, si no, algún empleado de Cándida o los monárquicos amigos del padre de Aurora, o cualquiera de los que la perseguían a ella o al buenazo de Sebastián. Los Meandros se muere, mi pequeña María Selva. Los Meandros ya está muerto.

Doña Francisca se sentó en una banqueta y apoyó los codos en la mesa, sujetando el rostro con las puntas de sus dedos. No quería llorar, no solía hacerlo, pero una profunda desolación la envolvía sin que Ohiane se atreviera a hacer nada.

—Pensamos que atracar diligencias sería una buena idea para conseguir caudales y lo único que hemos hecho ha sido arriesgar las vidas de las dos pobres niñas y meternos en jaleos. No me extraña que la pequeña Eugenia, Genita, huyera con ese joven. ¿Qué futuro la esperaba junto a una vieja chocha y loca que nunca ha sabido hacer nada a solas? ¡Atracar diligencias! ¡Ya ves tú qué ocurrencias para un grupo de mujeres de pueblo! Igual Cándida ha tenido razón todos estos años y la perdedora soy yo. ¿Sabes? Un día fuimos amigas. Dicen que nacimos casi a la vez y crecimos juntas en este santo pueblo. Siempre lo hemos negado las dos pero, en cierta ocasión, estando muy de pequeñas en la plaza de la iglesia, llegaron unos titiriteros a representar cierta obrita de teatro. Eran extranjeros, me figuro. De ésos que recorren las aldeas con su tingladillo ambulante y sus muñecos de cartón. No recuerdo la historia pero sí que había dos marionetas que representaban a dos jovencitas que, por algún extraño motivo, debían cruzar un bosque en el que, lógicamente, habría un lobo. Aquellas dos muñecas tenían trenzas amarillas y vestidos de colores, una verde y otra colorado. Cándida y yo estábamos hipnotizadas viendo el espectáculo, atentas a aplaudir cuando salieron los cazadores y prestas a gritar cuando amenazaba el lobo. Al acabar, Cándida se me acercó al oído y me dijo que aquellas niñas eran como nosotras

dos. ¡Figúrate! Y que siempre estaríamos juntas pasase lo que pasase. ¡Ya ves! Y ahora la muy bruja quiere quitarme Los Meandros. Así es la vida, mi dulce Ohiane. La vida es una, única, pero imprevisible y loca. Las gentes van y vienen y dejan sus huellas; sin embargo, no hay nada ni nadie que pueda predecirse. La vida nos coloca y nos descoloca. Quizás vaya siendo hora de asumir nuestras vidas y de reconocer que la etapa en Los Meandros ha terminado.

Continuaba sin llorar. Había levantado la barbilla e intentaba mantener un gesto de dignidad, de antigua señora, de orgullo. Sabía perfectamente que el desahucio era cuestión de días y que, cualquier mañana, abriría la ventana de su habitación y se encontraría con una cuadrilla de abogados de la Compañía de Seguros y Reaseguros dispuestos a echarla a patadas; y que, para ello, irían acompañados de matones de medio pelo capaces de empujar por las escaleras incluso a una pobre anciana como ella; y que se encontraría en la tierra, en su propia tierra, sin más esperanza que la de ver cómo los matones clausuraban las entradas a Los Meandros con grandes tablones claveteados y cómo uno de los picapleitos colocaría un papel anunciando que su casa estaba embargada por deudora y morosa y que tal fecha a tal hora se procedería a la subasta; y que Cándida, doña Cándida, disfrutaría del espectáculo de verla arruinada y desposeída de las posesiones del General debido a los negocios fallidos del mismísimo General. Pero intentaba mantener la dignidad y el orgullo.

Sabía también que con Ohiane no habría problema, que sabría valerse por si sola y que no tardaría en encontrar una familia donde servir. Eran tiempos difíciles, el reinado de Fernando había tomado un cariz reaccionario y duro, bastante nostálgico del periodo anterior a Bonaparte, y se habían reinstaurado numerosos privilegios del antiguo régimen aboliendo todo signo de modernidad y libertad. Eso, precisamente, podía beneficiar a su amada María Selva: la servidumbre volvía a ser un símbolo de poder y a la muchacha le sería sencillo dar con una buena casa donde servir. Era lista y hábil, y entendería que quedarse cerca de ella no le traería sino más infortunios.

Lo que le preocupaba era qué hacer con Aurora. Ni siquiera su futuro le ocupaba la cabeza. Ella era vieja y, en cuanto llegaran los abogados, sería pobre, una pobre vieja pobre, y podría perfectamente ser aceptada por caridad en alguno de los conventos de beneficencia que se estaban reabriendo por Navarra. Los nuevos aires borbónicos y su afán restaurador daban alas a las órdenes

religiosas que, si bien cuando la invasión habían sido víctimas de la persecución, entonces eran protagonistas de una fervorosa vuelta a la fe. Buscaría unas monjas discretas y amables y les pediría que, por misericordia, la acogieran a morir en paz. Y es que, por mucha dignidad y orgullo que intentara trasmitir, era consciente de que, una vez Los Meandros clausurados, no tardaría en morir de pena y fracaso.

Pero Aurora era otro asunto. No podía mantenerla más; aquella chiquilla, con la cadera desviada y un niño en su interior, necesitaba más alimento del que allí se le podía facilitar, a pesar de que Ohiane hacía milagros en la cocina y se privaba de alimentos que desviaba a la alcoba de la convaleciente. Además, su estado mental no había mejorado desde que se marchó Sebastián. Seguía repitiendo que necesitaba a su marido, que alguien debía ir a América y que no aguantaría un parto sin su Ignacio. Los berrinches le duraban horas, destrozaba las sábanas y arrojaba contra las paredes cuanto objeto encontraba a su alcance; después, dormía agotada durante largos días enteros en los que no probaba bocado. Había que hacer algo. Había que bajar a Estella y hablar con su padre. Pero, ¿cómo atreverse a contar todo a uno de los paladines de la Restauración? ¿Cómo reaccionaría al conocer que su hija, la fugada, la que se escapó en Zaragoza para mayor humillación del apellido, la que se embarcó hacia América junto a un guerrillero, había luchado del lado de los bolivarianos por la independencia y que solamente había vuelto por petición de los gaditanos? Demasiado complicado. Demasiado retorcido. Pero necesario. ¿Cómo explicar a don Genaro, el poderoso don Genaro, el político don Genaro, el vanidoso y seco don Genaro, que su hija estaba embarazada, que el padre de la criatura seguía batiéndose el cobre contra los españoles en el Nuevo Continente, que llevaba recluida en Los Meandros, ese nido de víboras pecaminosas, desde que llegó malherida de una aventura por Burgos y de que le han ocultado la verdad todos aquellos meses? ¿Qué cara pondría al saberse ridiculizado por las gentes de Estella? Igual montaba en cólera y él mismo las mataba a las dos, a ella y a su hija. O las denunciaba a gobernación por revolucionarias y liberales y terminaban en cualquier cárcel mohína para ser pasadas por el garrote.

Todos estos pensamientos rondaban la cabeza de doña Francisca hasta hacerla escalofriarse de arriba abajo. Ohiane le colocó una toquilla sobre los hombros y la besó en las manos. La cocina se había oscurecido y solamente el crepitar de las ascuas en el hogar, sobre el que bullía un perol de sopa blanca, iluminaba la

destartalada estancia.

—Mañana iré al pueblo, María Selva. He de entrevistarme con don Genaro. Voy a pedirle que acoja a su hija. De él dependerá el destino de esa mujer y de la criatura que porta en sus entrañas. Si es un hombre de fe y todavía cree más en la sangre que en las ideas, hará lo posible por salvarla.

Para doña Francisca, bajar a Estella era un alarde de humildad. Sabía que las miradas de las mujeres se le clavarían como reproches silenciosos y que los hombres murmurarían sobre su mal llevada viudedad y sobre el caos al que había conducido a Los Meandros. Pero sabía, de igual manera, que sólo don Genaro podía sacar del brete a Aurora y que la muchacha no se merecía verse arrastrada por los malos negocios del General. Así que buscó un vestido elegante y discreto, dejó que Ohiane la peinara y, tomando un quitasol, recorrió el largo carretil que separaba su casa del pueblo.

La sorpresa de don Genaro fue mayúscula, hasta el punto de palidecer como las paredes de su salón, al recibir la noticia. No sólo su hija había regresado de América; además, estaba embarazada de un revolucionario, gravemente enferma, ¡y en Estella! Sin embargo, se repuso de inmediato y miró fijamente a doña Francisca. No había rencor en sus ojos, tampoco agradecimiento.

Era un tipo alto, delgado, surcado por varias arrugas oscuras que le atravesaban la faz de este a oeste, como dispuestas caprichosamente en torno a los ojos. Tenía las manos amarillas y peludas, el cabello echado hacia atrás en una larga melena blanca y los pies pequeños dentro de unos graciosos zapatos de charol y terciopelo con hebilla brillante. Parecía un cortesano de Madrid, un nuevo rico, una especie de indiano y terrateniente del que, de no haber sido por su voz cansada, se habría dicho que jamás había sufrido.

—Me encargaré de todo —pronunció secamente al tiempo que se levantaba y acudía a su escritorio.

Había escuchado con atención la larga historia que le contara la mujer, había anotado en su privilegiada cabeza cuantos detalles le desgranara y había ido tomando una determinación conforme ella le relataba las peripecias de los atracos y los envites del embarazo. Cuando regresó del despacho, portaba una fuerte cantidad de billetes atados con una cinta de color malva que, instintivamente, doña Francisca pensó que habría pertenecido a la hija de don Genaro.

—Con esto tiene usted para zanjar las deudas de su difunto marido y apartar por siempre a esos usureros de la compañía

aseguradora —le dijo mientras le ofrecía el fajo—. Son vascongados y negociantes, mala combinación para España. Lo que sobra son aprovechados que no entienden que a los héroes hay que respetarlos incluso después de muertos. Su esposo lo fue y hay que respetarlo. Que tuviera mal ojo para las inversiones no es pretexto para que unos bilbaínos despiadados acaben haciéndose con su casa. Con una docena de generales como él, en España no habría habido ni invasión ni liberales ni afrancesados ni asquerosos traidores a la patria, de ésos que se escudan en los principios más imbéciles de la revolución. Bastante ha padecido Navarra con franceses, aragoneses y castellanos a lo largo de su historia como para que vengan unos chupatintas de Bilbao a decirnos cómo hay que gobernar nuestras propiedades. Además, esas compañías de seguros y reaseguros no son sino nidos de bandoleros con levita que lo único que hacen es llevar a este país a la desconsideración, la desconfianza y la ruina. Cuando yo luché en contra de París, era un impetuoso que no tenía la cabeza amueblada, querida señora. Ahora he comprendido que sólo la mano dura de nuestros dirigentes, la firmeza de la Corona y la recuperación de los viejos usos nos van a asegurar la prosperidad del país. ¡Ya está bien de inventos secesionistas! España lo que precisa con urgencia son generales como su esposo de usted, un puñado de buenos políticos y miles de brazos dispuestos a trabajar de sol a sol sin preguntarse constantemente sobre derechos y tonterías. ¡A los presuntuosos de Cádiz quisiera yo ver en el futuro! ¿Acaso piensan recuperar la gloria de la hispanidad con leyes y constituciones? Por eso la ayudo, señora mía. Porque representa usted a las víctimas de esta España perdida y sin rumbo. ¡Un *sindiós* es lo que es España! Usted atiende a mi hija, la cuida, lleva a buen puerto su embarazo y le ofrece todo tipo de remedios. A cambio, yo evito que una porción de nuestro sagrado suelo sea humillado por las manos sucias de los aseguradores vascongados.

—¿Así de sencillo?

Hubo un silencio. Don Genaro se desplazó hasta la chimenea y apoyó su brazo en la pared. Se entretuvo jugueteando con las ascuas, usando de un robusto atizador, antes de contestar. Parecía meditar la respuesta. Había sido todo demasiado sencillo y doña Francisca, que de sobra conocía la fama de aprovechado y variable de su contertulio, que de sobra había escuchado sus continuos cambios de bando, permanecía atenta a ver por dónde arrancaba.

—Bueno, doña Francisca, quizás quede algo. Mi hija no era una niña díscola, entiéndame, pero sí demasiado inquieta. Una señorita

ha de saberse educar y bien casar y la pequeña Aurora no iba por buen camino, así que me vi obligado a mandarla a instruir lejos de esta casa. Que se enamorara de un joven radical, soberbio y absurdo no es culpa suya, sino de la inmadurez. Que se fuera a América, un pasaje que es mejor olvidar. América es otro nido de malditos donde no han sabido apreciar lo mucho que desde la madre patria hemos hecho por ellos. Cultura, religión, principios de gobierno, dignidad… ¿Qué más quieren? Y ahora se juntan en torno a las ideas de ese malnacido Bolívar para luchar por la independencia. ¡Bolívar! Otro loco con sangre vascongada corriendo por sus venas, ¿lo ve? Más sangre vizcaína para desolar Navarra. Navarra ha tenido que cargar siempre con los vizcaínos como un padre carga con un hijo perdido. Desde la época de la reina doña Blanca. Vizcaya ha sido un lastre para el reino. Hemos tenido que cargar con Vizcaya como quien carga con un hijo que se da a perder. Como yo cargo ahora con mi Aurora. De ahí que me encargue de ella. Usted salde las deudas…

—¿Y qué es lo que queda? ¿Qué más me pide?

—Dos cositas sin importancia.

Doña Francisca se estremeció. Sabía que no iban a ser "sin importancia". Un hombre que vivía en semejante casona de la calle mayor de Estella, que había amasado una fortuna con sus amistades y contactos, que revestía sus muros con blasones y sus habitaciones con cuadros al óleo de los pintores madrileños, que tenía en sólo aquel salón más muebles, relojes y vitrinas que ella en todo Los Meandros, que olía a perfume y era capaz de mandar a su propia hija lejos de sí y ahora comprar su recuperación, no daría cabida a "dos cositas sin importancia".

—Le escucho.

—Una, que me entregue al niño que mi hija lleva dentro. Es mi nieto y yo haré de él un navarro de bien. Cuando nazca, ingénieselas para que Aurora no lo vea vivo; invéntese lo que quiera. Lo quiero aquí. Ya me preocuparé yo de que una nodriza lo atienda y de que crezca sano. Necesito un heredero, alguien que continúe mi saga.

Doña Francisca sintió un mareo. Aquello era mucho más de lo que estaba dispuesta a pagar. Se vio arrebatando al recién nacido de las manos de su madre y ocultándolo en una manta para bajarlo al pueblo.

—Otra —siguió el hombre—, que mi hija jamás sepa que yo costeo su recuperación.

—¿Por qué?

—Porque es orgullosa y engreída y podría mostrarse capaz de no aceptarlo. Usted perdería Los Meandros, yo perdería a mi nieto y los vascongados se saldrían con la suya. Es mejor así.

El sol alcanzó su mayor altura cuando ambos seguían charlando. Don Genaro mandó preparar comida para su invitada y la mujer se vio obligada a aceptar el convite, que se sirvió en la parte baja del palacete y que fue atendida por dos muchachas de sonrosados mofletes a quienes el anfitrión ordenaba con amanerados gestos de la mano. Doña Francisca se deleitó, pese a lo tenso del momento, con guisos que en Los Meandros hacía mucho tiempo que no se preparaban, con delicias de carne y sorbos de vino dulce y con fruta fresca que deglutió sin miramientos.

—Quizás haya un asunto más en el que podamos beneficiarnos mutuamente.

A doña Francisca se le atragantó la manzana. Se pasó la servilleta por la comisura de los labios y aparentando una firmeza que ya no tenía, expresó su duda.

—Usted dirá.

—Es de todo el pueblo sabido que alberga en su casa a una salvaje, una vascongada arisca y herética a la que, por lo visto, han expulsado de varios lugares acusada de brujería.

—¡Eso no es así!

—No se altere, amiga mía —expuso él con exagerado tono amistoso que no le hacía sino parecer más cínico—. No se altere.

—Mi criada no es salvaje ni bruja.

—Es lógico que así lo vea. Son tantos años…

—Vaya al grano, don Genaro. ¿Qué tiene que ver María Selva?

—Bueno, verá, es un asunto puramente personal. Nunca me han gustado las historias sobre hechizos, pócimas, herejes y brujas. Opino que no es una buena influencia para Los Meandros la presencia de esa vasca silvestre.

—¿Cómo se atreve? —saltó exaltada ella.

—¡¿Cómo me atrevo?! ¡¿Y cómo se atreve usted a venir a mi casa a chantajearme con mi hija?!

Estaba alterado. Sudaba y dejaba escapar pequeñas gotas de saliva que, de frase en frase, se le quedaban entre los labios como pelotitas de gelatina blanca. Se puso en pie y continuó su alegato agarrando con ambas manos el respaldo de su silla.

—¡Ha sido usted, doña Francisca, quien ha bajado a Estella y ha llamado a mi puerta! ¡Ha sido usted quien me ha aburrido con cientos de detalles que no me importan! ¡Y ha sido usted quien me ha suspirado por las deudas de su marido! Creo que poseo algún

ascendente sobre su futuro… ¡Y no me gustan las brujas!

Doña Francisca lo observaba desde su asiento, al otro lado de la mesa. Temía que el enfado lo condujera a arrebatarle el grueso fajo de billetes o que la denunciara a las autoridades por refugiar bajo su techo a una proscrita constitucionalista e independentista. Sin embargo, su anfitrión se calmó, eliminó su sudor con un pañuelo, volvió a encajar su desencajado rostro y, articulando una sonrisa, continuó.

—Mi querida amiga doña Francisca… Disculpe que me haya encorajinado de esta forma. En fin, ya sabe usted que el temperamento de los navarros con frecuencia nos traiciona… No hay problema. Usted cumple su parte del trato y no volveremos a enfadarnos. Eso sí, la muchacha vascongada debe abandonar Los Meandros en cuanto nazca mi nieto. Ahora continuemos degustando esta fruta. La hago traer del sur del viejo reino. ¡Ah, qué maravilla de productos los de esta nuestra tierra! Coma, coma, es usted mi invitada.

Después, cuando dio por terminado el convite, don Genaro fue tajante.

—Y ahora, márchese. Tengo muchos asuntos que atender. No dude en mandar a su servicio por alimentos si lo necesitan. Y, recuerde, ni una palabra a mi hija. Nos veremos cuando haya nacido su vástago y usted venga a entregármelo.

III. ILUSTRE VILLAESCUSA

Abrió las puertas del suntuoso despacho de par en par, apenas mediante un manotazo, y entró decidido hasta el gran armario que presidía la estancia como un túnel misterioso y desfasado. Rebuscó en él con premura, casi con urgencia, aunque sin perder los nervios ni atropellarse y fue extrayendo la retahíla de vestimentas que necesitaba. Las colocaba en una silla aterciopelada e iba revisándolas con ávidos ojos al tiempo que maquinaba sus siguientes pasos. Habían sido muchos años, demasiados años, apartado de las prerrogativas y del poder que aquel hábito le proporcionaba y estaba determinado, como movido por un mesiánico impulso, a retomar su vida donde hubo de dejarla cuando la invasión de los franceses.

Se calzó los zapatos de piel brillante, de un tono entre negruzco y brandy, a medio camino entre botines de montar y zapatillas de salón; esos zapatos que tantas y tantas veces habían paseado por el claustro, habían recorrido la calle de la Curia camino del centro de la ciudad, habían recibido en audiencia a frailes y políticos y habían sustentado a todo un presbítero de la catedral mucho más que a un hombre.

No le dio ningún reparo sentirse en paños menores cuando se desprendió de sus ropas de seglar burgués y se miró en el espejo imperial colgado sobre una cómoda.

—Hoy nace un nuevo destino para ti, viejo amigo —se dijo ufano antes de meter la cabeza por la sotana.

Después, se ajustó un largo y sobrio fajín dándole varias vueltas sobre su cintura. Cuando llevaba media docena de ellas, rebuscó en uno de los cajones y encontró una pistola de mecha y caña corta con empuñadura de nácar y la colocó en los pliegues de la faja, continuando después a apretarla hasta que el arma quedó disimulada.

—Los caminos del Señor son incomprensibles —pronunció en voz alta— pero los del hombre han de ser precavidos.

Se echó encima una gruesa capa de bellísima factura, trabajada seguramente por monjas de alguna clausura, unos guantes carmesí y un tocado pequeño y discreto. Para rematar el atuendo, deslizó un suntuoso anillo sobre el dedo anular.

—Le falta lo más importante, Villaescusa —sonó tras él.

Era otro clérigo, anciano, también lujosamente ataviado, que había entrado por la puerta lateral del despacho.

—Usted dirá, padre.

Ambos hombres se acercaron y se dedicaron un frío abrazo.

—Ha sido una aciaga época para la Iglesia —dijo el mayor de ellos.

—Y para España. Queda mucho por hacer.

—Parece que el rey, en su infinita sabiduría, ya ha tomado cartas en el asunto…

—No basta con restaurar la Inquisición. ¿Cree usted, padre, que la Inquisición es solución? Digamos que ayuda, pero no basta. España está repleta, infestada diría yo, de gitanos, judíos, europeos herejes y hasta de mujeres con ínfulas creyéndose librepensadoras.

—Es usted un exagerado.

—He viajado mucho estos años. Primero, huyendo; luego, conociendo. Le digo yo que queda mucho por hacer.

—Pero su majestad el rey Fernando ya ha rehabilitado las órdenes monásticas que aboliera Bonaparte. Ha reinstaurado los viejos privilegios feudales y los señoríos. Opino que ya se ha comenzado la reconstrucción… A nosotros sólo se nos pide rezar por el buen juicio de nuestros gobiernos.

—Está equivocado, padre. Está muy equivocado. A nosotros no se nos puede pedir sólo que recemos. Rezar está bien, pero digamos que es insuficiente.

—Disculpe —interrumpió el anciano sentándose en la silla aterciopelada y reprendiendo a su compañero con un gesto severo de manos—, por favor: ya está usted tentando a la heterodoxia. ¡La oración es sagrada y es nuestra principal arma!

—¡Pero no la única!

—La Inquisición podría pedirle cuentas sobre sus ideas políticas —siguió amenazante el padre Eugui—. Para la política, nuestros ministros y su majestad el rey Fernando. Para Dios, nosotros los clérigos. ¿No ha sufrido lo suficiente la Iglesia desde que se metiera en política?

—¡Acabóse! ¿Ahora el problema es la Inquisición? ¡Por favor, padre! La Inquisición es una maquinaria obsoleta en estos nuevos tiempos. El rey Fernando la ha tenido que restaurar para contentar a las viejas casas feudales y a los rancios obispos de la Corte. Lo que necesitamos es acción.

—¡Ay! No aprenderá usted nunca. La acción conduce al pecado. Recemos: ésa es nuestra encomienda.

—Rece usted en esta catedral durante mi ausencia, padre Eugui. Yo he de partir a saldar alguna cuenta.

El anciano se levantó con esfuerzo, apoyándose en los brazos de la silla y se desplazó hacia la puerta por la que había entrado. Al pasar frente al crucifijo de plata de la cómoda, realizó un amago de genuflexión y se santiguó. Antes, no dudó su voz al afirmar:

—Que la Providencia le acompañe. El rey Fernando nos ha dotado de nuestros privilegios y a usted le ha devuelto su Capelo Catedralicio. Tiene usted poder para maquinar y poder para ejecutar lo maquinado. Que la Providencia guíe sus pasos y no le confunda.

—Así lo hará —le contestó arrogante mientras le tendía la mano para que le besara el anillo.

Sin embargo, el anciano no lo hizo. En lugar de eso, se alzó y le dio la espalda, pronunciando en voz alta sin girarse siquiera:

—Y en su atuendo le falta lo más importante. ¡Lo más importante! No se olvide jamás de en nombre de quién actúa o la ira de Dios volverá a caer sobre usted y sobre todos nosotros.

Aquella insolencia era más de lo que Villaescusa podía soportar, así que avanzó en cuatro largos y violentos pasos y alcanzó al viejo clérigo, que caminaba ya por un corredor porticado y soleado abierto hacia el paseo del río, a veinte metros sobre las viejas murallas de la ciudad de Pamplona. Se trataba de un pasillo de aquel extremo de la catedral por el que, pese a su evidente peligrosidad, frecuentemente paseaban los sacerdotes para pensar u orar. Ambos se encontraban allí, a solas, enfrentados no sólo por las palabras sino también por las ideologías. Villaescusa le sacudió con firmeza y le obligó a girarse hasta estrellarle los ojos con ira.

—¡No vuelva a desafiarme, padre!

El anciano, sin perder la compostura pese al arrebato y a que su adversario lo aventajaba en dos cabezas, susurró inteligentemente:

—Ni usted a la Providencia.

—¡Váyase al infierno!

—Probablemente allí acabaré, sí, debido a mi vergonzante debilidad. Una vez en el Juicio Final, se me pedirán cuentas por mis actos y sin duda habrá uno que me condenará a padecer los más terribles tormentos en el más horrible de los infiernos. ¿Y sabe cuál habrá sido ese acto ante el que no me valdrá abogado alguno? ¡El de no haber corrido a la Inquisición a acusarle a usted, ilustre Villaescusa, de creerse por encima del bien y del mal, por encima de la Providencia, por encima de lo humano y lo divino, por encima del pecado y de la misericordia de Dios nuestro Señor! Ése es mi

pecado y con él moriré.

El anciano estaba lanzado. Se le habían inyectado los ojos de sangre y una baba rebelde e iracunda le bailaba en la comisura de los labios. Miraba sin ver y se agarraba con firmeza al crucifijo que le colgaba en el pecho.

—¡Este es nuestro Dios! ¡Este! —siguió—. ¡Usted se ha revestido con los hábitos de miembro de la curia de esta catedral en cuanto el rey le ha dado la oportunidad y se ha olvidado del Cristo! ¡El crucifijo! ¡Se ha olvidado de en nombre de quién actúa! ¡En nombre de quién estamos aquí! ¡Ése es mi pecado! ¡Debería correr a la Santa Inquisición y decirles qué monstruo egoísta e idólatra reside bajo sus hábitos! ¡Ése es mi pecado y moriré con la vergüenza de no haber depurado nuestra catedral de idólatras como usted, Villaescusa!

Lo que sucedió a continuación fue instantáneo, absurdo y macabro. Villaescusa estiró los brazos y agarró la cadena de la que le colgaba al anciano sacerdote el Cristo, la tensó y comenzó a ahogarle. El pequeño hombre intentó zafarse pero, probablemente convencido de que no podría evitar su desenlace, entornó los ojos y se encomendó, en lo más profundo de su alma, quién sabe si a la Virgen o a San Fermín.

—Pues muérase ya con esa vergüenza si es lo que quiere — pronunció en un susurro, apretando los dientes, mientras terminaba de asfixiar al viejo clérigo.

Cuando el cuerpo de éste demostró que no tenía vida, Villaescusa, con un sencillo empujón lo precipitó desde la galería porticada hacia la muralla, veinte metros por debajo. El sonido al golpear la hierba fue suave y seco, como quien arroja un hatillo de ropa, de manera que ni huesos parecía haber tenido el pobre hombre.

—Muérase y váyase al infierno, pues. Yo me voy a Estella.

IV. EL CEMENTERIO DE LOS TRANSEÚNTES

Sebastián tardó cerca de quince días en bajar a Cuacos de Yuste. Conforme avanzaba en su andadura y traspasaba montañas y llanos, comprendía que estaba cansado y que habían sido muchas aventuras y requiebros al destino para un cuerpo entrado en años como el suyo. Le había crecido exageradamente la barba y el cabello, así que portaba un aire salvaje y rudo de montañés.

Cuando llegó a su destino, molido y sucio, tuvo que aguantar las bromas de Abelina-Zoraida que, a decir verdad, lo trató con un cariño y una hospitalidad como si hiciera años que mantuvieran una amistad o como si fueran parientes.

Lo recibió con un abrazo, le recriminó semejante aspecto e hizo que lo afeitara una joven judía de manos alargadas y ojos verdes, le proporcionó ropas aseadas y le preparó una suculenta cena a base de pichones escabechados, gazpacho extremeño y tortas de tocino.

—¿Y Augusto? —preguntó temeroso el viajero. Le extrañaba que no hubiera salido a saludarlo y que nadie se lo hubiese mentado hasta ese instante.

—Tranquilo, mi buen amigo. Dios en su infinita sabiduría nos indicó el camino a seguir.

—¿Puedes ser más clara?

—No, no puedo. Mi ascendencia hebrea y el sol de esta sierra me han dado este color parduzco y moreno. Sin embargo, dicen que en el norte de Europa sí hay judías más claras. Las llaman eslavas.

—¡No quiero saber nada de esclavas! Digo que si puedes ser más clara en tus explicaciones.

—Esclavas, no; eslavas. En el pueblo de aquella parte de Europa está el futuro de la religión de Yahvé. Aquí, en España, vamos de mal en peor.

Sebastián deglutía un pichón con voracidad canina, al tiempo que bebía grandes sorbos de un vino grueso y aterciopelado que la anciana había sacado de un barril de pequeña dimensiones.

—Augusto Pedernales tenía una herida muy fea. Empeoró su estado y estuvimos a punto de perderlo, así que tuvimos que pedir socorro a nuestras hermanas de Hervás. Hervás es un pequeño pueblo al otro lado de la cordillera donde, como aquí, mantienen el culto sefardí en el más estricto sigilo. Tienen una pequeña sinagoga

en los bajos de una casa, y un rabino más viejo aún que yo oficia algún que otro sábado siempre y cuando no haya moros en la costa.

—¿También hay sarracenos en Hervás?

—No. Me refiero a cuando no hay enemigos a la vista, que son pocas las veces. Dicen que en la Corte se han puesto muy serios con lo de mantener la fe verdadera, que ellos creen que es la cristiana, y andan persiguiendo todo conato de heterodoxia. Al menos, eso nos contaron Timoteo y Mitoteo.

—¿Y qué saben esos dos?

—Hará unos meses, al poco de que fugaras a tu amigo del monasterio, acudieron a Madrid a los fastos de su majestad. Por lo visto, había alardes de ingeniería, grandes inventos, alquimistas, ingenieros venidos de todo el orbe con sus artilugios y máquinas. Dicen que hasta hubo un gran globo de aire caliente al que la gente se montaba y ascendía sobre el terreno en un cajón de mimbre.

—¿Son de fiar? Mira que a mí me parecieron algo alelados…

—Sí, sí, claro que lo son. Pues lo dicho: que acudieron a la ciudad del Manzanares con su invento más audaz. Lo llaman "Recorremillas" y aunque aún deben perfeccionarlo un poco, debió de causar furor. Se trata de un carro sin caballos, accionado por no sé qué complicado sistema de pedales, poleas, cadenas y hierros, y dirigido por un manillar como los de las carretillas. Quizás algún día sirva para algo. De momento, es agotador en las cuestas arriba y peligroso en las cuestas abajo porque no han ingeniado un sistema de frenado eficaz.

—Me lo imagino. ¿Y qué tiene que ver el "Recorremillas" con mi amigo?

—En lo que estaba: fueron a Madrid a presentar su invento en la feria de ingenieros. Los pobres no consiguieron ninguna patente, pero sí cierta información. Percibieron en el ambiente que España se debate entre el sueño de los liberales y el miedo de los absolutistas.

—Mucho sabes tú, vieja hebrea —le interrumpió Sebastián dando por terminaba la cena y regalándole una mirada de sincera satisfacción.

—Y mucho comes tú, charlatán montañés.

Pasaron al patio del estanque con forma de estrella de David. Se sentaron bajo el naranjo y reemprendieron la conversación. La noche estaba limpia, cálida, apacible. Sebastián decidió ir al grano.

—¿Y qué me contabas de Augusto? He hecho todo este largo viaje para saber de él, no para escuchar las crónicas de la Corte.

—Está bien, prácticamente sanado. Timoteo y Mitoteo captaron

en los corrillos de inventores que el rey no piensa permitir nuevos arrebatos revolucionarios, así que vigilan de cerca a cuantos una vez estuvieron tentados de seguir la causa liberal. Como uno de ellos es Augusto, decidimos trasladarlo a Hervás. Allí llevan más años, siglos diría yo, acostumbrados a la clandestinidad, y las mujeres de Cuacos opinamos que tu compañero estaría más a salvo en aquel pueblo. Además, cuentan con el rabino, un hombre viejo y sabio que podía ofrecer mejores remedios a su herida. Dicho y hecho, lo condujimos a casa de Filomena, Filomena-Raquel, y ellos se hicieron cargo de él.

—Entonces, mañana partiré a Hervás.

—¿Y por qué no descansas unos días?

—Porque estoy cansado de descansar. Algún día te contaré mi historia en Los Meandros.

—Espero que así sea.

Se despidieron con una grata sonrisa y Sebastián se dejó caer en la cama que había ocupado tiempo antes. Pensó en lo mucho que había vivido en el último tramo de su vida y en lo sencillo que era complicarse la existencia por más que uno se empeñara en ser honrado y discreto. Y, como un nubarrón, se le apareció en sueños Villaescusa. Lo veía tan real que hasta parecía poder tocarlo, escuchaba su voz profiriendo amenazas y veía su sello catedralicio incrustado en el anillo del dedo. Era un hombre sin escrúpulos, pendenciero y vengativo, un antiguo miembro de la curia capaz de vender su alma al diablo, un político frustrado, un nostálgico de la Inquisición más cruel y del regalismo como forma de gobierno. Sentía su aliento incrustarse en la habitación y comprendía que, una vez que descubriera que el libro de Párix no existía, correría tras él para matarlo.

Despertó antes de que llegara el alba y, con gran sigilo, bajó al patio y accedió a la puerta de salida. Había de ir a Hervás y había de ir cuanto antes: Augusto también estaba en peligro. Si era cierto que en Madrid se habían puesto las cosas tan duras, su amigo acabaría por ser localizado.

—Te ibas sin despedirte —le susurró Abelina-Zoraida saliendo de la penumbra de una de las alcobas del piso bajo.

—No era mi intención despertarle.

—Las mujeres sefardíes duermen con un ojo abierto.

—¿Para evitar que las sorprendan?

—Para sorprender.

—Siempre serás una mujer misteriosa.

—Siempre serás un hombre bueno.

Ella posó su mano sobre el rostro de Sebastián, para lo cual, debido a su pequeño tamaño, hubo de alargar el brazo.

—Ve con cuidado, amigo.

—Me voy, vieja loca. Sigue cuidando de tus mujeres.

—El destino nos cuida.

No hubo más palabras. Sebastián salió de la casa y tomó el camino de la montaña, confiando en que en una jornada de paso ligero le diera para pasar de valle y tocar Hervás.

Así lo hizo, y cuando vio los tejados del pueblo, acomodado como un tapiz sobre el barranco verde a los pies del puerto de Béjar, sintió alivió y nerviosismo. Bebió de un arroyo cristalino que desaguaba el monte y entró en la aldea con paso decidido y convencido de que varios pares de ojos lo estarían espiando. Finalmente, un chiquillo despeinado y moreno salió a su encuentro, seguramente siguiendo las indicaciones de algún adulto, y le preguntó quién era, qué hacía allí y qué andaba buscando. Sebastián pensó que lo mejor era ser directo y le pidió que le llevara a casa del rabino. El muchachillo desapareció y tres hombres armados con estacas y hoces salieron a su encuentro en un estrecho cruce de calles.

—Aquí no hay rabino, señor. Aquí *semos* gentes de bien.

—Me envía Abelina-Zoraida de Cuacos de Yuste. Vengo en busca del herido que reside en casa del rabino.

—Aquí no hay herido ni rabino.

—No teman, amigos. También yo estoy perseguido. Vengo solo y desarmado —pronunció lentamente colocando sus brazos en cruz—. Lo único que quiero es encontrarme con Augusto Pedernales. Sé que está en Hervás.

Lo condujeron a un callejón estrecho e incómodo labrado en la roca de la montaña, al otro lado del río, donde una casucha de mampostería, una zahúrda abierta como una gruta, parecía ser la vivienda del anciano. Sin mediar palabra, los tres hombres le dieron la espalda y un ser huesudo y octogenario le pidió que pasara al interior de la construcción.

—Mi nombre es Abel Rahedim Abraham, pero todos me dicen Abel-el-cabrero aunque hace por lo menos seis décadas que no pastoreo.

—¿Dónde está Augusto Pedernales?

—He de mostrarle algo. Usted es Sebastián. ¿Me equivoco?

Comenzaron a trepar por la ladera de la colina hasta llegar a un camposanto destartalado y sucio, comido por la maleza y descuidado.

—Perdone el aspecto. Es el cementerio de los viajeros. Aquí traen a enterrar a quienes mueren cuando están de paso por el valle de El Jerte. Ya sabe, viajeros, geógrafos, pastores de la trashumancia, mercaderes… Esto es, poca cosa. ¡Figúrese que en más de cien años que tiene este lugar apenas hay nueve tumbas!

Parecía increíble que aquel viejito hubiese podido reptar por la ladera sin perder el resuello y que, además, fuera capaz de mostrarse tan estable calzando como calzaba unas sandalias tan desgastadas.

—Observe esa tumba, amigo mío —dijo señalando la que claramente era la lápida más reciente.

"Augusto Pedernales Hugarte".

—Aquí yace su compañero, Sebastián.

Hubo un hondo suspiro y un conato de llanto. Le lagrimearon los ojos y sintió que todo su universo giraba alrededor de aquel siniestro cementerio. No podía ser. No era justo el destino si había permitido que un hombre honesto y comprometido acabara dando con sus huesos en un remoto lugar como era Hervás. La vida debería dar más oportunidades a los valientes. Recordó la conversación con Aurora en Santa Casilda y pensó si no se merecía que alguien cantara las hazañas de Augusto, el último héroe español. Imaginó varios volúmenes encuadernados en cuero a través de los cuales las generaciones venideras supieran cuánto bien había hecho ese hombre por la Iglesia y por los suyos. Se resistía a pensar que todo estaba terminado, que habría que esperar, en todo caso, a la resurrección de la carne para verse de nuevo cara a cara con su amigo, y que no era de recibo que una tumba tan sencilla y miserable fuera el punto y final de una vida marcada por la heroicidad. No sabía si llorar o rezar o liarse a pedradas con el cielo. Se sentía hundido, con el estómago atenazado, la mandíbula desbocada y los ojos arrasados por unas lágrimas que no luchaban por salir.

Un sol aniquilador caía sobre las cabezas de los dos hombres pese a empezar a declinar el día. El rabino se había hecho con una rama de helecho y se abanicaba torpemente el rostro aprovechando para espantar las moscas que, enfervorizadas, hacían turba entorno a su aguileña nariz. Sebastián permanecía inmóvil, sudoroso, aturdido.

—Me pidió que esculpiéramos esta lápida. Dijo que era la única forma de acabar con esto.

—¿Con esto? ¿Con qué?

—Augusto sanó de la herida en el estómago. Fue complicado pero sanó. Tuvimos que usar de toda la vieja caterva de remedios que este pueblo ha acumulado siglo tras siglo; le hicimos varias sangrías para bajar la infección y rellenamos el boquete con ungüentos cuyos ingredientes y factura se han ido transmitiendo de generación en generación desde la época de Saulo.

—No le sigo.

—Pues que Augusto Pedernales, conforme se curaba, fue maquinando la manera de reconducir su vida. Llevaba mucho tiempo preso y pensaba que no le sería fácil eludir a la justicia, así que ideamos su propia muerte. Solamente él y yo sabemos la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Que en esta tumba está enterrado un cordero. Que todo el pueblo de Hervás piensa que su amigo falleció de fiebres. Que le lloraron quienes habían estado con él en su convalecencia real. Que aprovechó los funerales para huir campo a traviesa rumbo a Salamanca por el camino de Guijuelo y que ahora estará lejos, muy lejos, con identidad nueva y a salvo de quienes le persiguen.

—¡Maldito rabino malnacido! ¿Y por qué no ha empezado por ahí? ¡Menudo susto me he llevado! ¡Pensaba que estaba muerto de verdad, carajo!

—De eso se trataba. Hace un par de semanas llegaron al pueblo unos hombres siniestros preguntando por él. Aseguraban ser compañeros suyos, pero Augusto, listo como pocos, me encomendó que al único al que debía decirle la verdad era a Sebastián Rodeno, a usted.

—¿Y cómo sabe que lo soy?

—Jajajaja. Augusto Pedernales clavó su descripción. Además, sólo a Sebastián Rodeno se le ocurriría ser tan franco con un chiquillo que le sale al encuentro.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Bueno, al parecer se habían enterado de lo de su huida de Yuste e iban a buscarlo por El Jerte y La Vera. Cuando los subí a este cementerio parecieron quedar satisfechos. Uno de ellos, el que parecía estar al mando, pronunció unas extrañas frases.

—¿De quién se trataba? ¿Qué frases?

—No sé decirlas exactamente pero juró por la vieja curia que sólo le quedaba un palomo que freír.

—El siniestro era Villaescusa, seguro. Y el palomo, yo.

—Pues desaparezca usted de estos andurriales, amigo. No creo que ande muy lejos.

Habían iniciado el camino de regreso a la zahúrda. La pendiente era tan pronunciada que Sebastián tuvo que sentarse sobre la tierra para no perder el equilibrio y caer de bruces. No así el rabino, que saltaba de roca en roca con una gracia espectacular.

—Abel-el-cabra debían llamarlo —le dijo el hombre sonriendo.

Una vez abajo, con la jornada avanzada y el fresco de la tarde envolviendo las orillas del río, el judío le pidió que cenara algo de carne, que se quedara a pernoctar y que, de madrugada, se fuera de Extremadura.

—Augusto estará a salvo. No se arriesgue ahora usted.

—¿Me quiere decir que nunca sabré adónde se ha ido ni qué identidad ha tomado?

—Dudo que él lo supiera cuando salió de aquí. En eso, poco puedo ayudarle.

Pasaron la noche incómodos debido al calor, una vez que el fresco del río se replegara y no volviera a dejarse notar hasta el alba, así que muy pronto, Sebastián se encontraba dispuesto para el camino.

—Tampoco puedo ayudarle en cuanto a jumento —pronunció el rabino como única frase de buenos días, como completando la conversación de la noche anterior y queriendo despedir cuanto antes a su inquilino—. Aquí en Hervás somos pobres, así que no tengo ni un miserable burro que venderle. Márchese pues.

—Gracias por todo, rabino.

—Abel-el-cabrero, Sebastián. Nunca hemos coincidido y nunca diremos la verdad sobre Augusto. Él está muerto en el camposanto de los transeúntes.

—Por mí, así es. Pero, antes de ponerme en marcha, dígame una cosa: ¿por qué ha hecho esto? ¿por dinero?

—El dinero ayuda. ¿Puede dedicarme unos minutos más? Me gustaría contarle una historia.

—Usted dirá.

—Hace años, no demasiados, el río bajaba con poco agua. Siempre la misma historia; siempre con poco agua. Alguna zahúrda abandonada se encorvaba, desvencijada y sola, sobre la orilla. El puente, con un quejido de años sobre sus arcos, permitía que la corriente menguara de año a año, resignado en su cantería y sin poder hacer otra cosa que observar las crecidas que, como espejismo, venían a engrosar el caudal de primavera en primavera. Había quien contaba que antaño, cuando llegaron los primeros vecinos y nadie tenía miedo a las persecuciones, el río cantaba alegres estrofas de espuma y cristal sobre las rocas y que hasta

había peces robustos en su vientre; contaban también que en las crecidas, cuando las nieves se deshacían y colmaban el valle de verde y frescor, no existía muchacho capaz de pasar el curso con la pértiga y que solamente el puente servía de unión entre el pueblo y el mundo.

—¿Me va a contar la historia de este paisaje? Discúlpeme, pero…

—Escuche. Le va a interesar.

—De acuerdo. Escucharé. Le concederé unos minutos. Qué menos.

—Había una muchacha, Albeldia. Un día, Albeldia salió de su casa y bajó por la calle empedrada camino de la sombría. Llevaba el cesto de la ropa sucia apoyado en la cadera y una suerte de palangana de madera colgando en la otra mano. Tenía la frente clara, la vista alta y los pasos ágiles, a pesar de que llevaba varias horas levantada, desde que los gallos despertaran Hervás con sus repiques de garganta. Cuando llegó al agua, se detuvo bajo el puente y dejó que la corriente se llevara el sueño. Lavar era una de sus muchas labores, como sacar las borregas, como sazonar, como extender los manteles el Sabath o prepararlo todo para la Pascua. El rabino la tenía en estima y las viejas del pueblo, retorcidas y hurañas, la querían sin reparos, probablemente empujadas por un sufrido espíritu misericorde.

Albeldia era ciega. Parecía mentira que una muchacha ciega pudiera valerse por si sola en un villorrio repleto de cuestas y obstáculos. Parecía imposible que conociera cada piedra en el camino al río y que supiera enjuagar las telas con tanta desenvoltura. Introducía las ropas en el curso, las empapaba, las flotaba con jabones de romero sobre la palangana de madera, las aclaraba, y las doblaba ya limpias para después llevarlas al tendal de la solana. Todos admiraban su pericia, incluso sus resultados, y nadie dudaba de cuáles eran las sábanas de Albeldia porque reflejaban el sol como si de enormes espejos de lino blanco se tratara. Parecía un milagro que supiera espabilar a las borregas camino de la era y que ninguna se le extraviara y hasta que *Ribeño*, el perrillo pulgoso que la acompañaba, entendiera que la muchacha no veía y él había de ser sus ojos. Chismorreaban en la fuente sobre el animalillo, y, muertas de envidia, las mujeres repetían que aquel bicho era más listo que muchos hombres y que había que ver lo buen lazarillo que resultaba y que, de no ser porque se mostraba independiente y autónomo y con frecuencia desaparecía durante días por los campos, a la muchacha le habría hecho mucha

compañía. Aseguraban que debía de tener algún don con los perrillos, porque nunca la ladraban, y que aquel *Ribeño* había surgido un día sin saber nadie de dónde y había asumido la protección de la ciega cada vez que se quedaba en el pueblo a olfatearlo todo y a lloriquear frente a su puerta. Parecía un misterio, también, que extendiera los manteles cada semana y que con sólo el tacto de sus yemas supiera si había arrugas y que sólo por el aroma conociera si faltaba Ruth, a punto de parir, o Torneo, el herrero, con frecuencia ausente en las celebraciones, o la anciana Susana, la pobre ya sin fuerzas, o la familia de la casa de los *Chisqueros*, que en el fondo, decían, no eran tan judíos como el resto. Parecía cosa de hadas que con sólo escuchar el río supiera de su caudal; que con sólo abrir la ventana sintiera si iba a llover; que con sólo sentir unos pasos, distinguiera quién se le cruzaba en la plaza o en los callejones. Albeldia era un milagro en sí misma.

Por eso, aquel día, se sintió turbada al notar en la atmósfera un aire distinto. No era el aire de la tormenta, que movía levemente las hojas de las encinas antes incluso de que se avecinaran las nubes. Colocó la ropa en el suelo, dejó la palangana y el cesto, y acudió a los muros del puente para asomarse. No, no era tormenta. Tampoco migraciones de cigüeñas: las cigüeñas dejaban besos en las nubes y castañeos a su paso. Ni el lobo, que por esos meses no bajaban hasta el pueblo por mucha hambre que hubiera.

—Me tiene en ascuas. ¿A qué viene todo esto? ¿Tiene alguna relación conmigo o con Augusto?

—Albeldia palpó los gruesos sillares del puente —siguió el viejo sin atender a la urgencia de Sebastián— y adivinó sus formas. No siempre había sido ciega, había aprendido a serlo. Reconocía los objetos y recordaba muchos de los ángulos, de los colores y proporciones de antes de sus fiebres, malas fiebres. Ni uno sólo de sus días había dejado de agradecer a Yahvé que le permitiera superar las fiebres, que le hubiera dado la gracia de la supervivencia y que le regalara la virtud de los demás sentidos. Cuando la escuchaba, el rabino se lamentaba de que fuera mujer y que no pudiera dirigirse a la asamblea con tan sublimes reflexiones.

—¿Peregrinos?

Tampoco se trataba de peregrinos. Los peregrinos dejaban el aroma de los caminos y traían consigo historias fantásticas de mil lugares hermosos. A veces se sentían turbados al encontrar hebreos pero, en las más de las veces, ocupaban una o dos noches y proseguían su camino hacia el sur, hacia Huelva, puede que hacia Sevilla o hacia Cádiz; o hacia el norte, rumbo a la Meseta. No eran

peregrinos. Pero algo había que la atormentaba. Su ropa sucia se iba hundiendo de tan cerca como la había dejado del agua. Se sintió confusa. Empezó a tener miedo. Empezó a sudar y a sentir que le faltaba el aire. Al olor, se unía ahora el sonido imperfecto y lejano de cascos o tambores o taconeos. ¿Soldados? Por primera vez en muchos años, se apenó de ser ciega. Buscó el camino de regreso, no sin tropezarse varias veces, y comenzó a ascender por la calle empedrada. Sus pies se trastabillaban con salientes y ramas y, en dos ocasiones, cayó al suelo. En la primera caída, su cuerpo se desplomó por la velocidad y se le ensangrentaron las rodillas. Pasó sus dedos por la herida, se los chupó, y comprobó que el dolor se debía a dos cortes, uno bien profundo y el otro apenas un rasguño. Se quitó el pañuelo que le sujetaba el cabello y se lo ató con fuerza entorno a la pierna palpándose la carne con gesto trémulo. El sonido se notaba más cercano. Elevó la nariz y descubrió olor a caballos y a sudor; a sudor malo. No al sudor del trabajador, al del campesino, al sudor de su tío Ezequiel, el molinero, sino al sudor de la ira. Y caballos, caballos al trote. ¿No era batir de cascos lo que oía?

En la segunda caída tuvo peor suerte. O mejor. Su alpargata se enganchó en un saliente y cayó rodando por un pequeño murete que daba de nuevo al río. Los escasos dos segundos que duró el vuelo, Albeldia se sintió transportada. Era una sensación confusa ésa de verse sin apoyo alguno y sin saber dónde irían a parar sus huesos. Inconscientemente, abrió los ojos bajo su mirada vidriosa, pero no descubrió nada. Era ciega y se había estrellado contra las piedras del ribazo. Un charco de sangre se fue extendiendo bajo ella, quizás de la misma rodilla o puede que de alguna otra herida.

Entretanto, la *razzia* arrasaba Hervás. Alguien había sacado al rabino de su casa y lo había colocado desnudo en mitad de la plaza Los soldados lo fustigaban. De no haber estado inconsciente, Albeldia habría agradecido ser ciega para no ver el escarnio al que le sometían al pobre hombre, zarandeado por las picas de los soldados y obligado a agarrar con las dos manos una cruz. Después, lo llevaron hasta un balcón que sirvió de cadalso, y lo empujaron sin remisión.

El río permanecía ausente a la batida. En su orilla, Albeldia continuaba ajena a todo, sin presenciar cómo extraían de las viviendas cuantos motivos hebreos se encontraban y cómo los amontonaban para hacer una pira. Quizás soñó con ello. Quizás, en el fondo de su existencia, pese a estar dormida por el golpe, sí se daba cuenta. Quizás su nariz sí sentía el humo y sus oídos oían los

chillos histéricos de las mujeres y las órdenes salvajes de los soldados. Quizás su alma sí flotaba sobre Hervás para ver, como si fuera una cigüeña, que a su tío Ezequiel le partían la rueda del molino entre cuatro hombres, a martillazos, con saña, entre risas y burlas, o que a Raquel le quemaban el huerto, o que a Guijo le arrancaban de la pared una inscripción del libro de Samuel, o que en la plaza varios mercenarios borrachos hacían recuento de la orfebrería requisada y se congratulaban por la rapiña.

Pero tuvo suerte y, si en el subconsciente lo sentía, si su alma lo veía, su cuerpo permanecía inerte junto al curso de agua ajeno a los soldados.

Avanzó el día. Poco a poco se fueron calmando los gritos y las canciones bravuconas de los soldados. Ebrios ya y con un suculento botín, alguien dio la orden de salir del pueblo y retornar a tierras de Salamanca. “Que se dé una última vuelta de reconocimiento. No quiero supervivientes”, mandó un militar de alto rango mientras ascendía torpemente a su cabalgadura. En menos de una hora, el silencio se apoderó de Hervás. Quienes intentaron escapar, se vieron presas de las lanzas y los certeros tajos de las espadas. Los pocos que intentaron hacer frente, sucumbieron igual. Todo olía a desolación e ira.

Una hilera macabra y prepotente abandonaba el pueblo por el puente de Albeldia. Nadie se percató de su cuerpo tendido boca abajo ni en la sangre, ya seca, que le teñía la falda. Nadie excepto un soldado de retaguardia. Azuzó su caballo y salió de la formación para bajar al río. El animal expulsaba vaho por el hocico y se mostraba nervioso, quizás por el olor a quemado que provenía del pueblo, quizás por el curso del río o, quizás, por la presencia de la joven tendida boca abajo.

El soldado descabalgó y se inclinó acuclillado sobre la ciega. Quería convencerse de que estaba muerta. “Sin supervivientes”, habían ordenado. Así que volteó el cuerpo y se acercó a su aliento. Un respingo de inquietud lo sobresaltó. Vivía. Era innegable que vivía. Extrajo su cuchillo, un afilado cuchillo de montería, y terminó por hacer lo que le dictaba la conciencia. Él era un soldado, un militar, un mercenario; estaba acostumbrado a cumplir sin reflexión. “Todo en orden, señor. Nadie ha visto nada”.

—¿No mató a Albeldia? Un buen hombre, sin duda.

—Cuando despertó, la vida continuaba. Se curó las heridas, se lamió la mala suerte y se juró comenzar de nuevo una existencia.

Como le había dicho tantas y tantas veces el rabino, la gente podría morir, pero nunca la cultura. Encendió siete llamas en un

candelabro improvisado a base de cera y piedras y comenzó a invocar a Yahvé. No quiso imaginarse lo que había sucedido ni se lamentó de no ser capaz de destilar con sus ojos tanto horror. Simplemente, reinició la vida al arrullo del río, a la sombra del puente y, con un cuchillo de montería como única arma y la fe como convicción, arremetió contra la oscuridad de su futuro para levantar de nuevo Hervás.

—Bien. Una historia conmovedora. Ahora, dígame qué relación existe entre aquella pobre ciega y nuestro caso.

—¡Amigo mío! —rió con sonrisa franca el judío. ¡Ojalá pudiera decirle que aquel soldado era un Pedernales, que su cuchillo de montería llevaba el escudo del linaje, que por eso reconocimos a su compañero y que no hemos hecho otra cosa sino agradecer su compasión con nuestra niña superviviente!

—¿Y no es así?

—¡Si ni siquiera sabemos si existió Albeldia!

—¿Entonces?

—Es una historia. Una leyenda. Si no hubo nadie con vida salvo ella, ¿cómo saber lo que sucedió?

—Es usted casi tan retorcido como sus colegas de Cuacos de Yuste.

El cabrero estalló en una carcajada desdentada que inundó la atmósfera. Sebastián no pudo sino acompañarle en la risa.

—Lo que le quiero decir es que, sea o no verdadera la historia, las culturas y las religiones están predestinadas a entenderse. Nosotros contamos la aventura de Albeldia y cómo un cristiano se apiadó de ella. Espero que ustedes cuenten la de Augusto y cómo un rabino bueno se apiadó de él. Sólo desde el amor se construyen puentes.

—Incorregibles.

—Sefardíes.

V. REENCUENTRO

Sebastián tomó un grueso palo y se sirvió de él como cayado para emprender la polvorienta sendeja que encaraba la vertiente sur del puerto de Béjar, entre cerezos de retorcidas ramas y altas marañas de zarzales. No volvió a mirar hacia atrás ni a preguntarse cómo aquel frágil hombrecillo había sido capaz de ascender la colina sin perder el resuello. Al contrario, iba pendiente del suyo propio, que perdía con cada nuevo paso, y de los latidos de un corazón que parecía querer estallarle en el pecho. Calculaba que si había tardado casi dos semanas en llegar a Cuacos y empleaba otro tanto en volver a Los Meandros, la pequeña Aurora volvería con la cantinela de correr a América a buscar a su marido. ¡América! ¡América! América debía de estar lejísimos. ¡Y debía de ser enorme! ¿Cómo dar con un hombre allá? ¡Pero si ni siquiera sabía dónde dar con Augusto, ahora que andaba en paradero desconocido y con falsa identidad!

No quería afligirse, pero comprendía que su vida iba siendo un cúmulo de fracasos. Sin el libro del obispo Dávila, Villaescusa lo mataría… incluso igual que si lo hubiera conseguido. ¿Qué garantías podía ofrecerle un ser tan despreciable y veleidoso? Aurora enloquecía a pocas semanas de dar a luz. Su amigo había desaparecido. No tenía dónde ir. España entera era una gran enemiga de la que no podía fiarse.

Y quiso la mala suerte, o la buena, quién sabe, que con esas diatribas anduviera cuando, sin previo aviso, un disparo le cortara el paso. Bandoleros.

—¡Alto en nombre de la serranía de Béjar y de todas sus cañadas!

—¡Joder! —exclamó el atracado.

—¡Alto en nombre de las encinas de nuestros campos!

—Ya me he parado —afirmó Sebastián.

No le dio tiempo a más. Eran muchos los grupos de bandidos y desocupados que deambulaban por aquellos tiempos en los bosques y pagos al asalto de viajeros. La Guerra de la Independencia había dejado el país sumido en la miseria, con campos quemados y ganado muerto, y los gobernadores de Madrid andaban tan pendientes en restaurar el viejo régimen que no ponían remedio ni

al hambre ni a la falta de honradez. Además, las Américas ya no figuraban como un buen sitio para emigrar, tal era el ambiente de revolución que se respiraba allí, de no ser para románticos de la libertad capaces de jugarse la vida por un puñado de ideales. Aquellos bandoleros no parecían feroces, sino, más bien, sucios, hambrientos y acostumbrados.

—¡La bolsa o la vida!

—¿Qué bolsa, desgraciados? ¿Es que no veis que voy más pelado que el confesor de un santo?

—¡Pues todo lo que lleves de valor!

—Como no sea mi experiencia… De lo material, se ve cuan poco valor llevo encima.

Visto que Sebastián no portaba nada apreciable, ni caballo ni armas ni siquiera calzado que mereciera la pena, optaron por dejarlo marchar, no sin antes prevenirle de otros grupos de ladrones que abundaban en el camino de Salamanca y que no dudarían en cortarle el gaznate inmisericordemente.

—¡Ve entonces, pardiez!

Pero, antes de que Sebastián se hubiera desplazado media docena de metros, los oyó quejarse de su mala suerte pues contaron que en lo que iba de mes solamente habían asaltado al hombre del agujero en la tripa, un muerto de hambre sin caballo ni armas ni calzado cuyo único tesoro era un boquete abierto en el estómago y recosido con mucha delicadeza.

—¿Cómo han dicho? —Se volvió—. ¿Un agujero en la tripa?

—Sí. Un presuntuoso castellano, arruinado y sin futuro que dijo llamarse Ismael Vesga. Nos contó haber sido atracado en varias ocasiones, de ahí que no portara documentación ni dineros ni nada válido… Es decir, como usted. Le abandonamos la pista en Guijuelo porque estaba débil y sin posibles, después de un par de días en los que se unió a nosotros. No parecía mala gente.

Sebastián tuvo la certeza de que se trataba de Augusto, que habría tomado el nombre de Ismael en honor a los hebreos que le habían salvado y Vesga por ser el nombre del río de Briviesca, de donde provenía su familia y donde tenía la casa con los libros, junto a Santa Casilda.

Así que, pese a ser cuatro los bandoleros y empuñar dos de ellos sendos cuchillos de mango de hueso y los otros dos pistolas de balines, agarró Sebastián con firmeza su cayado y descerrajó un soberbio golpe al primero de ellos, que montado sobre un enorme jumento blanco, cayó al suelo inconsciente. Inmediatamente, se giró y arrojó tierra a los ojos del segundo, antes de que éste le disparara

sus balines, y aprovechó su pasajera ceguera para usar su estaca y hacerlo caer. Desmontaron los de las navajas pero, para entonces, Sebastián ya había saltado al caballo del primero y había tomado por las riendas el del segundo.

—¡Lo siento, señores! ¡Me espera un largo viaje!

Y emprendió el galope hacia Salamanca con la esperanza de encontrar en las tierras de Burgos a su amigo. Por qué y para qué era algo que aún no se había planteado.

Atravesó Mérida sin detenerse apenas para descansar. Le habían dicho que en aquella población se guardaban viejas construcciones clásicas; sin embargo, solamente una idea le ocupaba la cabeza: encontrar a Augusto fuera cual fuera la identidad que utilizaba. Por eso, enfiló la cañada y llegó en tres días a Salamanca, entrando por el río, donde se permitió un baño para desempolvarse el cuerpo y refrescarse las posaderas. Había utilizado ambas caballerías, logrando así buen ritmo en su marcha, pero allí optó por vender una de ellas, la más cansada, a un guarnicionero que tenía su tenderete a orillas del Tormes. Consiguió de esta forma dinero suficiente para dedicarse una noche en la posada "Aguardiente", que debía su nombre a un caldo oloroso y fuerte que le produjo quemazón en la garganta y un reconfortable calor en el estómago. Muy de mañana, continuó viaje hacia el norte.

Llegó pronto a Valladolid, donde pernoctó al amparo de una chopera, y, desde ahí, exprimiendo las fuerzas de su caballo, alcancé Burgos en otras dos jornadas. Estaba agotado, sucio, con enormes dolores en la espalda y los muslos, hambriento y desazonado por la extraña sensación de que jamás daría con su amigo o de que si lo hacía, no sabría cómo sería el futuro. Pensaba mucho en Aurora y en su embarazo. Se repetía una y otra vez que bastante tenía él con librarse de Villaescusa y buscarse un rincón del mundo donde seguir viviendo lejos de intrigas, antiguos miembros de la curia, afrancesados, constitucionalistas y espías. Y recordó la encomienda que le hiciera la mujer en Los Meandros. ¿Y si iba a América? Podría hacerse a la mar en Sevilla o Cádiz. Decían que en Palos seguían saliendo barcos hacia las colonias del otro lado del Atlántico.

Quizás el Nuevo Continente le diera un lugar donde plantearse un futuro tranquilo y en paz. Podría engañar a Aurora diciéndole que se marchaba a buscar a su marido y que necesitaba dinero para el viaje y, una vez en tierra de promisión, buscaría un idílico pueblo donde nadie lo conociera y donde empezar una feliz existencia. Pero esos pensamientos le turbaban. ¿Cómo engañar a la joven

Aurora? Aquella mujer simbolizaba lo único por lo que había arriesgado su propia vida; lo único que realmente le importaba. Y no podía traicionarla. Cuando alcanzó Santa Casilda, su cuerpo estaba molido, su barba había crecido y su cabeza era un hervidero de sentimientos contradictorios. Por eso le sorprendió tanto que un caballo anunciara su llegada con un relincho. Junto a él, un hombre de buena planta y exquisita vestimenta lo saludaba cortésmente, al tiempo que, con una patente cojera, le salía al encuentro.

—Sabía que llegarías, Sebastián.

—¿Augusto?

—Ismael. Ismael Vesga. ¿Qué te parece mi nuevo porte?

—Eres único.

—Aprendí a sobrevivir hace años.

El aire era agradable en la pequeña plazoleta de Santa Casilda. Varios ramilletes de nubes jugueteaban con el azul del cielo y proyectaban sinuosas sombras sobre el empedrado. La vegetación de los montes desprendía frescos efluvios a pino, retama y brezo. Parecía haberse detenido el tiempo.

—Casi acaban con nosotros.

—Es difícil acabar contigo.

Sebastián amarró su jumento junto al de Augusto y permitió que éste lo abrazara. Estaba algo más gordo que cuando lo rescató del monasterio de Yuste, el cabello arreglado y las ropas aseadas, aunque no era el apuesto gentilhombre con el que hiciera la guerra en época de los franceses.

Comprendió que su amigo jamás volvería a ser un hombre fuerte y se dijo que los años en presidio le habían pasado una factura difícil de pagar.

—¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Intuición.

—Los frailes sois tremendos.

—Ya no soy fraile. En realidad, ya no sé ni lo que soy.

—Pero lo fuiste, compañero —y le palmeó la espalda reconfortándolo—, y el que tuvo retuvo.

—Supongo que sí.

—¿Has visto cómo ha quedado la casa de los Pedernales? Han quemado hasta los cimientos. De la biblioteca, ni asomo.

—No conseguí el libro. Tuve que desprenderme de él para poder saltar y salvarme. Y salvarnos.

—Cuéntame cómo fue.

—¿Estás bien?

—¡Oh, sí! Aquellas benditas hebreas de Cuacos sabían lo que se

hacían. Tengo un soberbio bordado en la boca del estómago… Luego, en Hervás, montamos la farsa de mi propio funeral.

—Son buenas gentes los judíos.

—Son prácticos. Aquello me va a costar una fortuna.

—Pero habrá merecido la pena, truhán. ¿Para qué quieres tanto dinero, tacaño Pedernales?

—Supongo que sí, que habrá merecido la pena. Me da pereza empezar de nuevo, asumir una nueva identidad, reinventarme a mí mismo, pero es necesario. Queda mucho por hacer en España. Dicen que se está montando un nuevo golpe de mando. Puede que los militares se levanten en armas y obliguen a Fernando a firmar una nueva Constitución.

—¿Cómo puedes saber tanto, maldito presuntuoso?

—Bueno, Sebastián, mi profesión se basa en la información. De camino a Briviesca me detuve en Valladolid y en Burgos. Si uno sabe moverse, hay lugares donde se pueden recabar noticias. Me he enterado de dónde se encuentra exactamente el rey Carlos. Debemos acabar con él antes de la sublevación: no queremos que vuelva a interponerse en los planes de su hijo Fernando.

—¡Y dale!

—En Burgos me enteré del asesinato de un prohombre de la revolución, un anticuario al que acusaron de homosexualidad pero al que, en realidad, ajusticiaban por conspirador. Eso me puso sobre la pista del libro. Pensé que sería una buena idea venirme hasta aquí a ver qué indicios podía encontrar. Lo único que he hallado es la casa de mi tío abuelo arrasada. Tenía la esperanza de que hubieras conseguido el volumen antes del incendio.

Ocuparon dos días en el santuario, al abrigo de las peñas y ordenando los últimos acontecimientos. Sebastián relató a Augusto su periplo, el encuentro con Aurora, el desastre del fuego y su huida hasta Estella. Su amigo lo escuchaba con atención, uniendo cabos e intentando hacerse composición de lugar.

—¿Y de veras no sabéis quién intentó quemaros?

—Dice la mujer que alguien que quería acabar con la revolución bolivariana. Alguien que no ve con buenos ojos la independencia de América.

—Demasiados interrogantes. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Bueno, ya te he encontrado. Imagino que huir de Villaescusa por siempre. ¿Y tú?

—Voy a Italia. Tengo un asunto que zanjar allí.

—¿El viejo rey Carlos?

—En efecto.

—¿Sigues con tu idea de envenenarlo?
—Nadie se enterará.
—Eso es venganza.
—Eso es justicia, Sebastián.
—Ten cuidado. No pienso salvarte el culo más veces.
—En Italia me será sencillo llegar hasta el rey.
—No volveré a rescatarte de ningún presidio, calamidad.
—Los dos sabemos que lo harías si hiciera falta.
—Sí. Los dos lo sabemos, amigo mío.
—¿Qué harás tú?
—Yo volveré a Los Meandros. No puedo fallar a Aurora.

VI. AMPARO

El día del parto amaneció lluvioso, gris, sin luz, como envuelto en una gasa de humedad e incertidumbre. El río bajaba ágil y espumoso, frío, cargado de sonidos monótonos que se estrellaban contra los cristales de Los Meandros. Las flores del jardín y las macetas luchaban por desperezar sus pétalos, y la hierba, cubierta de gotas, se iba convirtiendo en un fango viscoso y traicionero.

Ohiane, María Selva, había encendido la chimenea y asaba castañas silvestres en un descascarillado brasero. Pese a los dineros de don Genaro y a haber saldado las deudas con la Compañía de Seguros y Reaseguros, seguía faltando alimento, y la muchacha solía darse largas caminatas por el monte para recolectar frutos de temporada y buscar nidos donde conseguir pequeños huevos que después cocía en sopas imposibles. Poco a poco, Los Meandros se habían desprovisto de enseres, muebles y aperos, vendiéndolos discretamente a chatarreros y comerciantes que, movidos por la fama de ruina de la casa, acudían con sus ofertas a visitar a doña Francisca.

Ésta gobernaba como podía su propia decadencia, decadencia que se traslucía incluso en su rostro, más agrietado y delgado, y veía cómo, en dos meses, habían desfilado por sus escaleras tanto cómodas y antiguos muebles del General, como colchas bordadas, candelabros, vajillas completas y hasta su viejo reloj de péndulo.

Xin Xian Ho llegó a ocho semanas del alumbramiento, delgado, sucio y cansado, pero sonriente. Contó su peripecia desde Andalucía y sus muchas aventuras para encontrar Estella. Era un tipo listo y, como tipo listo, pronto se dio cuenta de que en Los Meandros no sobraba el alimento ni los útiles, así que se preocupó él mismo de proveerse de comida, ahora pescando milagrosamente en las aguas frías del Ega, ahora cazando aves y pequeños mamíferos en los bosques cercanos. Usaba para ello un pequeño lazo de alambre que ocultaba en la hojarasca o en alguna rama propicia y esperaba con paciencia a que un incauto animal se estrangulara en él. También se acercaba correteando hasta los bosques del sur, camino de Los Arcos, y allí recogía frutas silvestres que depositaba en la cocina.

Y, como tipo listo, también buscó la mejor forma de contar a Aurora la desgracia de su marido. Ella, nada más verlo, supo que

algo grave sucedía; algo desgarrador; algo inconmensurable. ¿Cómo entender, si no, que aquel diminuto ser amarillo cruzara el océano y se presentara en casa de doña Francisca? Había navegado como polizón, había trabajado en las más variopintas tareas para conseguir comida y posada, había recorrido España de punta a punta buscando Estella, el pueblo del que tanto le habló ella en las largas noches americanas, había deambulado por la vieja ciudad medieval recabando datos sobre su señora y había dado con Los Meandros como un tuareg da con un pozo de agua.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Magia, señora.

No había sido magia, sino la observación durante días y días del cruce que separaba el pueblo del carretil hacia la tenencia de doña Francisca. Primero había encontrado el antiguo palacete blasonado de don Genaro, según las descripciones que Aurora le dio cuando compartían aventura allende el Atlántico. Se ocultó en un callejón cercano y esperó a que la muchacha apareciera por la casa, pero no lo hizo. Concluyó, pues, que no se alojaba allí y, lejos de descorazonarse, tuvo la intuición de que la encontraría cerca. Así que mantuvo su atención en el cruce y pensó que Los Meandros bien podría ser un lugar donde residir si una quería descansar pero permanecer en la discreción.

Subió la cuesta de polvo blanco y divisó las estacas caídas del vallado y los desconchados del tejado. Muchas ventanas aparecían sin cortinas y en la chimenea, pese al frío, apenas se escapaba un hilacho de humo. Le llamó la atención que todo estuviera numerado y que un cañón roñoso y desvencijado se apoyara impunemente sobre un carro con las ruedas partidas.

Y apareció María Selva y lo vio. Y la joven arrojó al suelo el balde de hojalata que traía con agua desde el río y echó a correr hacia la habitación de Aurora. Es verdad que había muchos chinos en el mundo, que América estaba llena de chinos y que hasta en España, de cuando en cuando, se veía alguno. Pero un chino decidido, descalzo, con una larga trenza y dispuesto a llegar a la casa sólo podía ser el chino de Aurora. Así que abrió la ventana de par en par y empujó la cama de la convaleciente hasta que el rostro de ésta pudiera asomarse por el quicio.

—¡Xin! —gritó—. ¡Mi amigo Xin!

Un raudal de lágrimas le inundó el rostro. Sabía que si Xin Xian Ho estaba allí, Ignacio no andaría lejos… o habría muerto. La impaciencia le hizo levantarse, ponerse en pie y, agarrándose a María Selva, le hizo que la acompañara hasta el porche de entrada.

Estaba débil, arrugada, amarillenta por las fiebres y con las piernas tan frágiles que parecían no poder soportarle el inflado vientre.

Aquel día fue el primero de la nueva etapa de Aurora. La presencia del asiático la colmó de energía y se impuso un riguroso plan de recuperación que tanto a doña Francisca como a María Selva llenaron de satisfacción, sobre todo al comprobar que la muerte de Ignacio no sólo no la hundía irremediablemente sino que, por algún milagroso mecanismo del corazón, le insuflaba valor.

—Cuéntamelo otra vez, Xin. Cuéntame cómo ocurrió…

Estaban sentados junto a la curva del río donde María Selva solía bajar a lavar. Habían pasado dos semanas y el chino, acomodado en la alcoba que antes había utilizado Sebastián, se había habituado a los paseos con ella. La Compañía de Seguros y Reaseguros no era sino un nubarrón del pasado que doña Francisca intentaba olvidar pero que, conforme crecía el vientre de Aurora, le recordaba que tenía deudas morales con don Genaro. Por eso, permitía que el chino y ella ocuparan largos ratos conversando sobre América y sobre el libro de Párix.

—Cuéntamelo de nuevo. ¿De verdad que fue tan arrojado? ¡Ay, Ignacio…!

Era increíble que no hubiera derramado ni una sola lágrima y que nada más leer la carta de despedida de su marido, pidiera a María Selva que le proporcionara algo de ropa limpia y le ayudara a lavarse y peinarse.

—Nadie olvidará a mi esposo. ¡Este niño que llevo dentro no tendrá padre, pero tendrá una madre de verdad!

Así que cuando llegó Sebastián a Los Meandros, habían cambiado tantas cosas que el viejo fraile no pudo sino exclamar entre bromas que estaban locas, que no se las podía dejar solas y que había que ver la que habían montado durante su ausencia.

—¿Y los de la deuda? ¿Qué ha pasado con los del seguro?

—Todo al día —respondió seriamente doña Francisca—. Nada de qué preocuparse.

Pero sí que había asuntos por los que preocuparse. Muchos. La dueña de Los Meandros no encontraba la forma de encarar el tema de Ohiane y el mandato de don Genaro de despedirla; además, le rondaba insistentemente el momento en el que Aurora diera a luz, preguntándose de qué forma esquivaría el tener que entregarle el niño. Se planteaba cientos de salidas, aunque en todas ellas surgían inconvenientes, y hasta estuvo tentada de acudir a su antigua amiga Juana y pedirle consejo, algo que desestimó pensando que cuantas menos personas conocieran sus tribulaciones, mejor. Perdía la vista

hacia los giros del río añorando el tiempo en el que aguardaba en sus orillas las noticias de la guerra y del General y se recriminaba una y otra vez porqué no había sido capaz de valerse por sí misma.

También Sebastián permanecía preocupado. Una vez que Augusto Pedernales se hubiera marchado a Italia a buscar al viejo rey Carlos en una aventura descabellada y absurda, solamente le quedaba Aurora. ¿Y quién era Aurora para él? Sentía por aquella joven un afecto por quien no había sentido antes, quizás cierto paternalismo, una especie de misericordia adulta y febril que le hacía enfermar de tristeza cada vez que pensaba que alguien pudiera hacerle daño. Quizás por ello simpatizó con Xin Xian Ho, una vez que comprobó que el asiático daba a la muchacha una paz y una fortaleza que parecía haber perdido. Sin embargo, conocía los contactos de Villaescusa, su influencia por toda Navarra y los largos tentáculos de los que se servía, y sabía que, tarde o temprano, lo encontraría. Además, de regreso de Briviesca, había oído que desde la Corte se habían restaurado los viejos privilegios feudales, la Inquisición y las órdenes monásticas, que se intentaba estabilizar el antiguo régimen y que quienes ostentaron poder antes de la era liberal lo recuperaban. Le había fallado con el tema del libro del obispo Dávila, los acontecimientos en España continuaban su curso al margen de Los Meandros y, sin duda alguna, el vengativo miembro de la curia catedralicia le haría rendir cuentas.

Así que cuando llegó el día del parto, la lluvia no hizo sino unirse a los tormentos que cada uno, de una u otra forma, arrastraban en su interior. Aurora rompió aguas de madrugada y la casa se precipitó en un arrebato de nervios. Sebastián montó guardia en la cocina, vigilando los pucheros de agua caliente y el fuego del hogar, sin saber qué hacer en un momento así y dejándose guiar por las palabras de mando de doña Francisca. Ésta corría de un lado para otro organizándolo todo y María Selva, entretanto, aseaba a Aurora disponiéndola para el empuje final.

Xin Xian Ho había desaparecido en cuanto oyó movimiento en la alcoba. Tomó el camino del río y lo abandonó en el tercer meandro para ascender por las escarpadas laderas del monte. Alcanzó un promontorio rocoso, una especie de terraza natural sobre el valle y, con el torso desnudo, realizaba en un risco complicados ejercicios y estiramientos con las piernas ligeramente dobladas y los brazos como aspas de molino.

Aurora gritaba de dolor. Sebastián la escuchaba desde abajo. Doña Francisca, remangada, se sumergía entre los muslos de la joven. Xin invocaba a las fuerzas de la tierra con lentos y melódicos

movimientos de su cuerpo. María Selva, Ohiane, comenzó a quemar en un incensario ramas secas de saúco y extrañas mezclas de tierra y saliva.

Primeros estertores. Sebastián azuzaba las ascuas.

En el risco, Xin Xian Ho pronunciaba frases en mandarín por medio de las cuales unir el rio, como venas de la tierra, con la tierra, cuerpo de la existencia de la naturaleza; y el cielo, que es el alma de la tierra, con la lluvia, la piel del alma. Un rito ancestral, enraizado en los cientos de generaciones que habían precedido la casta de Xian Ho. Un ejercicio de fe, de amor, de magia.

Ohiane, sujetando la cabeza de Aurora, repetía letanías en vascuence sin temor a ser escuchada, proclamando que Ama Lurra acogería a los hijos de la tierra con misericordia infinita.

—*Ama Lurra…*

Y sangró el monte de Venus y afloraron los flujos. El chino ralentizó sus gestos, hundido como estaba por el aguacero, manteniendo un milagroso equilibrio sobre sus pies descalzos. El risco se había mimetizado con sus dedos; y sus dedos, con el suelo… como sus manos chiquitas y sensibles se unían a la persistente cortina de agua. Las nubes corrían veloces sobre su cabeza. Toda la Energía de un pueblo milenario se agolpaba en el pecho del pequeño hombrecito amarillo. De pronto, se vio corriendo por una amplia planicie de hierba sin edad ni voluntad. Nadie sabría si era el niño que jugaba junto al campamento de sus padres, mucho antes de que emigrara a América, mucho antes de que conociera a Ignacio y a Aurora, mucho antes de que su vida se dirigiera a la criatura que nacía en Los Meandros. Simplemente, corría libre por la hierba y mojaba sus piecitos con las gotas de rocío. Quizás, ni siquiera fuera él. Quizás fuera su Cultura. Quizás, su forma de entender el universo. Quizás fuera su padre o el padre de su padre o el padre de aquél. Los movimientos en el risco eran cada vez más cadenciosos, como sumidos en un letargo secular y eterno del que no fuera capaz de despertarse. Y el niño se detuvo en su carrera y abrazó a su madre con el pecho incandescente. O quizás no fuera su madre y fuera, también, su pasado o la madre de su madre o la misma esencia de la Vida que acudía a él invocado por sus ejercicios de meditación. Y Xin Xian Ho, del viejo linaje de Xian Ho, insufló Vida hacia Los Meandros y la Vida voló por el valle colgada de nube en nube, sorteando los peligros, para colarse por la ventana de la alcoba.

Sebastián, mientras, recibió un rayo de lucidez, una especie de providencial mensaje, y arrojó bruscamente el atizador al suelo y se

lanzó a recitar el padrenuestro con una fe ciega, con la fe de quien la recupera, encendido como las ascuas de su fogón.

—… santificado sea tu nombre, venga tu reino a nosotros…

Cayó de rodillas en el frío y húmedo suelo de la cocina. No notaba la dureza de los baldosines ni el entorno de la habitación. Estaba llorando. Rezaba desde lo más profundo de su existencia pidiendo por ese niño que, en el cuarto de arriba, ya mostraba su cabecita entre las piernas de la joven.

—… hágase tu voluntad…

Sabía que había sido largo el desierto, que había sido tormentoso el tiempo alejado de la orden, que había sido duro estar tan ausente de Dios. Y, por eso, lo llamó, lo proclamó, lo sujetó con sus dedos entrelazados y la mirada puesta en el piso del hogar. Rogó por Aurora, rogó por la nueva vida, rogó por la remisión de los pecados de cuantos pecadores había en Los Meandros y, en especial, por los suyos.

Ohiane enjuagaba el sudor de la frente de la parturienta. Doña Francisca luchaba por extraer el cuerpo. Xin estaba petrificado, mecido por el viento que bajaba desde las montañas, con la mente en la llanura china, emparentado con la lluvia y la piedra, viendo al niño con el pecho incandescente.

—En la Tierra y en el Cielo…

Sebastián lloraba desconsoladamente por la joven que sufría el martirio y el gozo del alumbramiento y juró que, si todo salía bien, si el milagro de la vida se abría paso en esa habitación, él entregaría su propia vida por Aurora.

—*Ama Lurra*…

Y nació.

Su cuerpo era una bola de viscosidad y sangre, Doña Francisca lo tomó en sus brazos y cortó el cordón con más torpeza que decisión.

—¡Es una niña! ¡Es una niña! —Lloró la anciana elevándola al aire.

Ohiane soltó la cabeza de la madre y estiró los dedos para realizar un extraño signo en el vientre de la recién nacida. Después, puso los ojos en blanco y, sin que ninguna de las otras dos mujeres se percatara, entregó el alma de aquella minúscula criatura a los ocultos poderes de la Madre Tierra, de *Ama Lurra*, para que siempre la conservara en su seno preservada de todo mal.

Abajo, en la cocina, Sebastián caía agotado, feliz al escuchar el llanto, convertido en padre, en abuelo, en fraile, en amigo, en hombre vivo que, de pronto, comprendía por quién luchar.

—Ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Un inusitado silencio invadió Los Meandros. La Vida había tomado cuerpo en una niña.

—Se llamará Amparo —gimió Aurora estirando los brazos para tomar a su criatura—, en honor al Cerro de los Desamparados donde murió su padre.

VII. LA POSADA

Villaescusa llegó a Estella de madrugada. Una vez que arrojó al vacío al padre Eugui, regresó al despacho de la vicaría, asió de mala manera un crucifijo de plata y se lo colgó del cuello con desaire, sin convicción.

—¿Lo ve, padre? No era tan complicado —pronunció en alta voz mientras se miraba coqueto en el espejo imperial colgado sobre la cómoda.

Después, se escabulló por un laberinto de pasillos y escondrijos y alcanzó las caballerizas de la curia, donde un mozo dispuesto saltó de su descanso al verlo entrar.

—¡Prepara a *Prudente*! ¡Inicio viaje al momento! ¡Venga, vamos, muévete!

Estaba nervioso y nervioso se mantuvo cuando salió a casco batido por la calle de la Curia, con gran estruendo del animal y gritos suyos para que se le apartara la gente a su camino. No era habitual ver a un alto prelado de la catedral cabalgando por el centro de la ciudad, en solitario y a tal velocidad, así que de inmediato alguien fue a dar aviso al gobernador, probablemente con el chisme de que los curas andaban revueltos y algo gordo se preparaba.

Eran momentos difíciles. Navarra se había visto sacudida cuando la invasión francesa y había bailado de un bando a otro según el momento y la zona. Cuando se instauró José Bonaparte, muchos intelectuales y políticos del viejo reino vieron con buenos ojos la abolición de la Iglesia, como un mal menor para evitar los excesos de poder y recaudación de que gozaba, casi de igual forma que, al retornar el trono al rey Fernando, muchos vitorearon la vuelta al antiguo régimen y a la restauración de las prerrogativas feudales. Así que, cuando Villaescusa tomaba el camino de Estella, muchos no quisieron ver sino un viejo cura con alguna suerte de locura de amor, y otros supusieron que los religiosos volvían a las andadas.

Paró a dos horas de la capital, en una era apartada y discreta donde dio receso al caballo y él mismo aprovechó para ordenar sus ideas y retomar fuerzas. Bebió de un arroyo y dedicó un rato a caminar a la par del animal, no tanto por dedicarle descanso como por la pereza que le daba volver a sufrir en sus posaderas el galope

de aquel endiablado rocín.

—Primero, saldaremos cuentas en Estella. Ese apátrida de don Genaro tiene que explicar varias cosas. Después, daremos caza al fraile renegado. Hay tiempo para todo. Hay tiempo para todo.

Oscurecía cuando vio las luces de Estella, pero no quiso entrar a esas horas, pensando que sería mejor hacerlo de madrugada, con las energías recuperadas y la cabeza despejada. Pensaba en el infeliz del padre Eugui y se preguntaba quién lo habría encontrado, allá abajo, con la cabeza partida por la caída.

—Sin duda —pensó—, todos los indicios conducirán a creer que se ha precipitado desde la galería. El muy patoso acostumbraba a dar largos paseos por ella con la excusa de que en su silencio podía reflexionar mejor sobre, digamos, el mundanal poder de la Iglesia. ¡Jajaja! ¡Y no sólo reflexionó sino que, además, dio con sus huesos en su maldito mundanal suelo! Quizás pueda terminar pronto en Estella y regrese a tiempo de las exequias. Esos imbéciles clérigos de ciudad pierden demasiado tiempo en ritos y se les va la fuerza para lo que realmente es importante: la acción. Sin hombres de acción, la Iglesia se habría quedado en un montón de mojigatos encerrados en una casa esperando la siguiente venida de Jesucristo. ¿O es que no fue San Pablo un hombre de acción? Para caerse del caballo hay que cabalgar. Sin él, seguiríamos en las catacumbas. Veamos, si no, a los ignorantes de los apóstoles, que, pese a haber convivido con Jesús, se recluyeron en una habitación aguardando el milagro. ¡El milagro lo produce la acción! Sin acción, no hay, digamos, milagros. Sin acción, no hay avance. Los rezos sólo sirven como bálsamos para los pobres de espíritu que no son capaces de lanzarse a la acción. ¡Por eso la Iglesia necesita hombres como yo, hombres de acción! ¡Y por eso hay que hacer rendir cuentas al infiel de don Genaro, el muy cretino!

Hizo noche en una posada de las afueras, con la consiguiente cara de sorpresa del muchacho que regentaba el establecimiento, un tipo joven, entrado en carnes y con manos regordetas.

—Necesito habitación, cena, cuidados para mi caballo y, digamos, la máxima discreción. ¿Podrás proporcionármelo? —le dijo en cuanto se abrió la puerta.

—¡Oh, sí! ¡Claro! —contestó el posadero mientras, turbado por la visión de aquel sacerdote de lujosa vestimenta, se inclinaba ridículamente para besarle el anillo—. Tengo una alcoba excelente en la parte superior de mi modesto edificio, señor, padre, reverendo. Una a-a-alcoba excelente. Mi mujer le subirá algo que comer cu-u-u-ando lo desee.

—¡Inmediatamente! ¿Y mi animal?

—Yo mi-i-i-ismo lo atenderé, Eminencia.

—Serás discreto, imagino.

—Una tu-u-umba, señor prelado.

—Una tumba será lo que ocuparás a partir de mañana si no lo eres, querido posadero —pronunció rotundo y siniestro Villaescusa —. Y ahora —siguió cambiando el tono y mostrándose fingidamente afectuoso y amigable—, ¡veamos qué prepara tu esposa para refrigerio de este pobre clérigo!

En un santiamén, la mujer le llevó tortilla amarilla como el trigo y estupendo jamón sonrosado, pan de hogaza, queso de cabra, ciruelas y un vino grueso y negro servido en una jarra.

—¿Desea su Eminencia algo más? —preguntó tímidamente mientras depositaba los alimentos en una pequeña y tosca mesa colocada junto a la ventana.

—Así está bien, muchacha.

—Entonces, me retiro, señor. Si desea algo durante la noche, basta con que llame a mi marido.

—Eres muy hermosa. Dime, pequeña, ¿cómo te llamas?

—Eugenia, padre —respondió ella con un deje de timidez—, aunque todos me dicen Genita desde chica y aún ahora que estoy casada me lo siguen diciendo.

—Tu marido es un hombre afortunado, muchacha. No es habitual ver mujeres tan de buen parecer como tú. ¿Ya habéis culminado el matrimonio?

—Bueno, verá… —Genita se había quedado sin palabras, hipnotizada por la mirada cínica de aquel clérigo, y ruborizada por la pregunta.

—Te recuerdo, jovencita, que es función esencial, primordial diría yo, de la esposa dar muchos hijos a su esposo. “¡Con sufrimiento parirás!”, nos dicen las Sagradas Escrituras. Tantos hijos como Dios traiga. ¿Cumplís vuestros, digamos, santos deberes maritales? ¿No serás tú de esas mujeres que se creen con la insensata capacidad de decidir cuándo rendirse a los apetitos de su esposo y cuándo no? ¡Ay, mi pequeña! Espero que no, espero que no…

Villaescusa incrustaba su sombra perfilada y viva sobre la pared de la alcoba con un aire tan amenazador y misterioso como sus mismas palabras. Genita lo escuchaba embobada, temerosa de Dios y del poder que un sacerdote de semejante porte pudiera tener. ¿Y si descubría que se había fugado con Eduardo, un contable bilbaíno, y que había yacido con él tantas veces cuantas quiso desoyendo los

avisos de la conciencia? ¿Y si llegaba a saber que había abandonado al bilbaíno sin más miramientos ni explicaciones y se había vuelto a Estella desvirgada y cabizbaja? ¿Y si se enteraba de que no tenía hijos porque no era capaz de engendrar vida alguna en su vientre por más que el paciente de su esposo la amara, poseyera, comprendiera y esperara? ¡La excomulgaría! ¡La castigaría a vagar eternamente lejos de la Iglesia y de la misericordia divina! Aquel sacerdote imponente y sereno, inteligente, capcioso, aquel ser oscuro que se había colado en la posada como un presagio de tormenta, la amonestaría y quién sabe si no la acusaría a la mismísima recién reinstaurada Inquisición. Se oían chismes que llegaban desde el norte de Navarra en boca de carreteros y comerciantes que decían que habían retornado los juicios a herejes y antiguos judíos, a brujas y a hechiceras, a malcasadas y a curanderas. Muchos no eran sino cuentos de vieja para asustar a los mozalbetes, pero algo habría en ellos cuando volvían a escucharse: "cuando el río suena, agua lleva" ¿Y si aquel siniestro personaje era un espía de la Inquisición?

Genita temblaba, en pie en la habitación, sin atreverse a mover ni uno solo de sus músculos. Temía abrir la boca. Simplemente, respiraba como podía escuchando la macilenta voz de su huésped.

—¿No hay por aquí mujeres que piensen así? Estella siempre ha sido una población, digamos… una población propensa a salirse de la línea recta. Imagino que tú no andas metida en esos asuntos. ¿Me equivoco? ¿O es que conoces a gente de ésa que defiende la libertad, la Constitución y la igualdad entre sexos? ¡Confío en que no, jovencita! Eres demasiado hermosa como para desperdiciar tu belleza en política.

—Sí, señor; no, señor. No sé —tropezó a pronunciar Genita.

—Dime una cosa, ángel mío. ¿Vive todavía aquí en Estella don Genaro?

Al oír su nombre, a la joven se le encresparon los vellos del cuerpo y un esbozo de exclamación subió hasta la boca. De sobra conocía a don Genaro. ¿Quién no lo conocía? Ocupaba una de las más sobrias y elegantes casonas de la calle mayor, cerca de la plaza; paseaba su petulancia como viejo diputado mirando a todo el mundo por encima del hombro; se ausentaba largas temporadas para conspirar, politiquear o visitar antiguos revolucionarios. Requisó armas contra Francia, sufragó la guerrilla y se hizo amigo de Espoz y Mina. Luego, se alió a los afrancesados cuando la invasión triunfaba, acogiendo en su casa al Estado Mayor de la guarnición que bajó después hasta Zaragoza, revistió sus paredes

con motivos napoleónicos, bebía *champagne*, usaba bastón con empuñadura de marfil y hasta él mismo, en un alarde de provocación, se rasuró las patillas al estilo galo y vistió con ropas caras traídas desde Burdeos. Después, tras Angulema y el abandono del trono por parte del rey José Bonaparte, se rindió a la evidencia y mudó su aspecto y el de su casona, se entregó a la causa fernandina y maldijo públicamente la etapa de la invasión, llegando a convencer a todos, o a casi todos, de que lo suyo había sido mera supervivencia. ¿Cómo no conocer a don Genaro si él solito patrocinaba las corridas de rejoneadores en la plaza de toros de Zaldu y mandaba traer una banda de música desde Logroño? Nadie en Estella ignoraba que, tras enviudar, se había desprendido de su pobre hija Aurora mandándola a una clausura en Aragón y que la niña, fugada y metida a heroína, había acabado por meterse en jaleos allende la mar, en América. Nadie desconocía que era un viejo y adusto cascarrabias, que recibía pocas visitas y que su única distracción era pasear a caballo por el camino del monasterio.

—Creo que sí, Ilustrísima —respondió secamente Genita.

—¿Crees? —dijo amenazador Villaescusa—. No me ocultas nada, ¿verdad, mi niña?

—No, no, no. No le oculto nada, señor. Sí vive aquí. Todavía vive aquí. Vive aquí, sí. A veces se ausenta, claro. Pero lleva mucho sin hacerlo. Vive en la casa cuadrada de la Plaza de San Martín, la de la balconada. La conocerá por su blasón…

—Tranquila, hermosa mujer, tranquila. No has de temer. Si eres sincera y no guardas nada en tu casto corazón, la maza de Dios no caerá sobre ti. ¿Comprendes? El Altísimo todo lo ve y estoy seguro de que tú vas a, digamos, ayudarme.

—Claro, claro —siguió Genita totalmente atemorizada.

—Ese don Genaro anduvo con franceses, ¿no es así?

—Bueno, eso dicen…

—¡¿Anduvo o no?! —chilló él.

—Sí, sí señor. Cuando la invasión. Yo era muy pequeña, compréndalo. Pero sí, sí anduvo con franceses. Incluso les prestó su casa y los debió de apoyar…

—¡Pues claro! Ya lo sabía, mi joven Eugenia. La vida da muchas vueltas. ¿Ves? Yo mismo tuve que desaparecer de escena cuando aquellos ateos galos vinieron a imponernos un rey. ¿Comprendes? Por culpa de personajes como don Genaro, hube de colgar los hábitos y dedicarme a otros menesteres, digamos, menos peligrosos.

Villaescusa no lo contaba todo. Se guardaba muchos de los secretos que concernían a don Genaro, como el hecho de que

hubiera sido él quien dio a los franceses la lista de los clérigos de la catedral de Pamplona para realizar una auténtica razzia; o que fuera don Genaro quien proporcionó planos a D'Armagnac, el general artífice de la toma de la ciudadela pamplonesa; o que se vendiera a los invasores a cambios de prebendas, dineros y seguridad. Por su culpa, cientos de sacerdotes habían sido perseguidos y, también por su culpa, los galos camparon a sus anchas por el reino. Si existía un navarro traidor, ése era don Genaro. ¿Y pretendía ahora alistarse del lado del rey Fernando? ¡De eso, nada! Don Genaro debía morir. Si no había pestañeado al arrojar al padre Eugui desde el corredor porticado, ¿cómo dudar de tener que matar al mayor afrancesado del norte peninsular? Villaescusa había renacido al restaurarse la Inquisición, se había revestido con sus casullas catedralicias y había jurado luchar por el buen gobierno del régimen absolutista… Acabar con don Genaro sería su bautizo.

—¿Tú sabes si mañana estará en su casa, querida? —preguntó cambiando el tono de voz y simulando cortesía.

—Me lo imagino. Parece que mañana lloverá. Viene tormenta del norte. No creo que salga de viaje…

—¿Tú sabes si tiene servidumbre? Me refiero a guardias o escoltas…

—¡Oh, no! Don Genaro jamás los ha tenido. Es un hombre muy respetado…

—Perfecto, Eugenia. Perfecto. Muchas gracias. Y, por cierto: no irás a contar a nadie esta conversación, ¿verdad? Te recuerdo que Dios todo lo sabe y no querrás tú que Dios se enoje contigo y me envíe a que le saldes cuentas, ¿no es así? Esto será, digamos, nuestro secretito.

Entonces, de improviso, Villaescusa se adelantó hasta ella, la asió por el hombro e, inclinando su boca hasta el tierno oído de la joven, le susurro con un estremecedor compás:

—Se-cre-ti-to.

—Sí, sí, sí, señor. Claro que sí, Ilustrísima.

—Y ahora —finalizó el hombre con voz normal—; márchate, he de realizar mis oraciones y descansar. Estoy agotado.

Y avanzó la noche. Y Villaescusa permaneció inmóvil junto a la ventana con la vista puesta en la negrura del exterior. Oyó la cacharrería en la cocina de abajo y, más tarde, cómo se acostaban los dueños de la posada; oyó también algún relincho suelto de *Prudente* y un pertinaz búho escondido. Y pasó el tiempo. Y se fue desvistiendo lentamente y se arrodilló junto a la cama. Y tomó un

grueso cordón, una especie de cíngulo blanco que llevaba sujetándole la ropa interior, y comenzó a golpearse la espalda. Y se flageló durante horas.

Uno: “no nos dejes caer en tentación”.

Dos: “Genita, has de procrear, yace con tu marido, fornica con él, permite que él te posea”.

Tres: “padre Eugui, váyase al infierno si es lo que desea”.

Cuatro: “¡Viva la restauración!”

Cinco: “y líbranos de todo mal”.

Seis: “ahora y en la hora”.

Siete: “fornicar con tu cuerpo blanco desnudo sobre la cama”.

Ocho: “don Genaro habrá de pagar tanto sufrimiento”.

Nueve: “¿qué fue del libro de Párix?”

Diez: “se-cre-ti-to”.

Once: “dime una cosa, ángel mío. ¿Vive todavía aquí en Estella don Genaro?”

Doce: “¡No vuelva a desafiarme, padre!”

Trece: “orinar orinan los burgueses”.

Catorce: “tu cuerpo, Eugenia, tu cuerpo. Tu cuerpo aquí penetrado”.

Quince: “Dios te salve, María”.

Dieciséis: “por Dios y por España”.

Su espalda comenzaba a sangrar. Es cierto que aquel cordino, al no poseer punta ni costura, no inflingía el mismo dolor que un buen flagelo, pero servía en tan penosa noche y la mente de Villaescusa, ajena a su propia espalda a pesar de estar ya incandescente, saltaba de una idea a otra sin conciencia ni planificación.

Dieciocho: “ruega por nosotros”.

Diecinueve: “padre Eugui, que está en el infierno”.

Veinte: “entrarte, Eugenia. Los hijos que Dios te mande, niña”.

Y cayó rendido sobre el suelo frío de la posada, con el cilicio en la mano y lágrimas en los ojos.

Cuando Genita lo vio aparecer, muy de madrugada, bajando las escaleras impecablemente vestido, aseado y con una sonrisa de oreja a oreja, un nuevo escalofrío le invadió la espalda. La saludó. Le pidió un refrigerio frugal, saldó la noche con su marido y se despidió de ambos tras solicitar su caballo. Villaescusa desapareció al trote, ocultas sus heridas bajo los hábitos, la pistola bajo el fajín y la inquina bajo el sereno rostro. Nada más desaparecer, la mujer se echó en brazos de su marido y le abrazó profundamente.

—Ese hombre es malo —le dijo.

—Ese hombre nos ha pagado por una noche lo que

habitualmente conseguimos en cuatro semanas, Genita.

—Ese hombre es muy malo…

Pocos minutos después, Villaescusa, hombre malo u hombre atormentado, aporreaba la aldaba de la casa de don Genaro. Había atado su caballo a una de las argollas de la fachada y había descabalgado sin mirar siquiera a la muchedumbre que, más o menos con disimulo, observaba al clérigo desde ambos costados de la plaza. El mismo dueño le abrió la puerta y, aunque turbado sobremanera, le invitó a pasar. Entró. Sabía que aquel cura de gesto severo nada bueno traería al hogar y que, portara las noticias que portara, aquel día no iba a ser normal. Lo que no sabía era que, en ese preciso instante, mientras el cielo reventaba en una ruidosa tormenta y el aguacero inundaba Estella espantando a curiosos y mirones, su propia hija comenzaba a dar a luz en Los Meandros en medio de aparatosos estertores.

—¿Don Genaro?

—Es evidente, ¿no?

Pasaron a la sala principal. El dueño, nervioso pero seguro de sí mismo, atacó en cuanto pudo, convencido de que lo mejor era zanjar aquel asunto cuanto antes y centrarse en otros quehaceres.

—Usted dirá. No es habitual que un clérigo de su posición visite mi morada. ¿A quién tengo el gusto de recibir?

—Villaescusa.

De repente, nada más oír el apellido, don Genaro se puso en guardia, retrocedió tres pasos y echó mano a una pistola que aguardaba sobre una robusta cómoda castellana. Villaescusa era el enemigo de la revolución, el prelado sibilino y conspirador por cuya culpa los franceses tuvieron que plegar velas en Pamplona, un tipo reaccionario y absolutista capaz de vender su alma al diablo si el diablo le aseguraba mano dura y rectitud moral; un cura de la vieja guardia; un radical y fanático prelado de la catedral que no dudaba en excomulgar a rameras, liberales y antiguos afrancesados. ¿Quién no había oído mencionar su nombre?

—¡Guarde esa pistola, insensato! ¿Acaso piensa que vengo a matarle? ¿Qué motivos tendría? —pronunció el presbítero sin perder la compostura ni amilanarse lo más mínimo por la amenaza del arma—. Además, ¿es ésa forma de agasajar a un invitado?

—Explíqueme, pues, qué viene buscando.

—Digamos que respuestas.

—¿Respuestas?

Un formidable trueno sacudió los ventanales e hizo retumbar el suelo en el que ambos hombres, en pie, se miraban cara a cara. La

lluvia arreció y comenzó a golpear los cristales con inusitada violencia. Como si el día se hubiera acelerado y se acercara ya la noche, como si un mágico eclipse venciera la luz de la mañana, pese a ser muy pronto, el cielo oscureció y sumió la estancia en una melancólica penumbra azulina. Entretanto, en Los Meandros, Sebastián se entregaba a una oración suicida y Aurora comenzaba a parir ayudada de la Tierra y la Energía.

—¡Primera respuesta! —gritó Villaescusa con auténtica ira en sus ojos—. ¿Quién facilitó a los napoleónicos los planos para tomar Pamplona? ¡Usted!

Y lanzó contra su adversario una de las sillas de la habitación haciendo que ésta se astillara contra la pared. Estaba fuera de sí.

—¡Segunda respuesta! —continuó solicitando con una voz desbocada—. ¿Quién dio a la guardia francesa el nombre de los miembros de la curia catedralicia? ¿Quién? ¿Quién fue el culpable de que muchos de ellos, defensores de la fe en Nuestro Señor Jesucristo, cayeran presos por las hordas invasoras? ¡Usted! ¡Usted, don Genaro! ¡Usted!

La escena era desgarradora. Llovía a cántaros. Los relámpagos iluminaban la habitación y los truenos sacudían candelabros y cuadros. Villaescusa lanzó una segunda silla; y una tercera. El estropicio era inevitable. Don Genaro, recluyéndose en la alcoba contigua, daba pasos hacia atrás esquivando los objetos que le intentaban alcanzar.

—¡Tercera! ¿Quién abandonó a Mina, a Palafox y a los sagrados resistentes a Francia? ¿Quién se enriqueció en los años de Bonaparte pasándose al bando afrancesado? ¿Y quién, con la misma desconsideración, es ahora partidario del rey Fernando? ¿Quién? ¡Usted!

Esta vez le atacó con un candelero de bronce que agarró con fuerza antes de arrojárselo y acertarle en la cabeza. Don Genaro cayó al suelo con la frente ensangrentada. Aurora daba a luz a su hija Amparo.

—¡Y cuarta! ¡Cuarta respuesta que busco! ¿No es verdad que su hija, su propia hija, combate en América procurando romper la grandeza de España, luchando a favor de esos patéticos bolivarianos independentistas? ¿No le parece suficiente pecado engendrar una hembra traidora y estéril, una mujer, un miembro de ese sexo débil y traicionero por naturaleza, que se ha vuelto más traicionera al guerrear por la revolución americana? ¿No es ese un pecado suficiente para acabar con usted en el infierno más horrible?

Un nuevo trueno. A Villaescusa se le apareció el padre Eugui

descoyuntado sobre las murallas. Aurora abrazaba a su retoño en una cama encharcada de Los Meandros. Don Genaro reaccionó y se alzó.

—¡De ninguna manera! ¡Jamás consideraré ése mi pecado! ¡He podido traicionar a mi patria, a Navarra, a España y a la Iglesia! ¡He podido venderme por conveniencia! ¡Pero jamás renunciaré a mi hija! ¡No me nombre a Aurora!

Villaescusa se vio sorprendido. No sabía lo que atravesaba por la cabeza de don Genaro. No sabía que él mismo mandó matar al encargado de recuperar el libro de Párix. Sucedió después de una reunión secreta en un edificio discreto de Miranda de Ebro. Conspiradores, políticos e ideólogos se encontraron para zanjar un asunto grave: un traidor, algún espía, había filtrado lo acontecido en Las Almazaras, cómo los gaditanos pretendían hacerse con el libro impreso del obispo Arias Dávila y cómo, si la empresa daba resultado, viajaría hasta América dinero suficiente para culminar la independencia. Y él, don Genaro, reconvertido al más recalcitrante españolismo fernandino, juró solemnemente hacer lo posible por evitar ese envío de dinero. "¡Jamás veremos la victoria secesionista! ¡Jamás permitiremos que un puñado de indios capitaneados por un vasco resquebrajen nuestro país!". Era sencillo: bastaba con seguir la pista del hombre de confianza encargado de hacerse con el libro y eliminarlo. La cuestión quedaría aparcada y a América no viajaría dinero alguno. Así fue, así creyó ser, hasta que lo visitó doña Francisca y le contó la historia de Aurora. ¡Su hija era el hombre de confianza de Las Almazaras y había estado a punto de matarla en aquella casucha de Santa Casilda, en Briviesca! ¡A punto de quemar viva a su propia hija! ¿Cómo iba a imaginarse él que los gaditanos contarían con su pequeña y díscola Aurora? Don Genaro se sorprendió incendiando la biblioteca y sesgando con las llamas la vida de su hija. "Mi niña, mi niña…" Y se sumió en un letargo, un abatimiento melancólico y gris, en el interior de su casona de Estella. Ocupaba los días mirando tras los cristales, llorando a solas y recitando versos de tristeza y pena. Villaescusa no sabía lo que surcaba, como estrellas fugaces, por el cerebro de su adversario. No sabía que don Genaro buscaba con anhelo la forma de redimirse y que a punto estuvo de quitarse la vida en varias ocasiones empujado por su acuciante depresión. Por ello, la visita de la dueña de Los Meandros le abrió una rendija en mitad de semejante universo de oscuridad. ¿Qué le quedaba a él, después de su felonía, sino hacerse con su nieto y costear los gastos que a doña Francisca le estuviera ocasionando atender Aurora? De ahí que pagara las

deudas de Los Meandros y que proveyera de lo necesario durante los meses de embarazo. ¡Meses que tocaban a su fin! Aceptaría al vástago de Aurora y él mismo lo educaría según los firmes principios del catolicismo, el españolismo y el navarrismo recto. Sufragaría el retorno de su hija hasta América y dedicaría el resto de su existencia a redimir el pecado de la ignorancia. Villaescusa no lo sabía, no alcanzaba a sospechar cuanto pensaba don Genaro, de ahí que se sintiera sorprendido al ver que éste se le encaraba.

—¡Mi hija está perfectamente! ¡Mi hija va a parir en breve y no está en América secundando ninguna revuelta india! —Ahora era él, pese a tener un ojo taponado por la sangre de la frente, quien avanzaba hacia Villaescusa—. ¡Mi hija es lo mejor de esta casa y algún día bajará de Los Meandros hasta aquí y seguirá con mi apellido! ¡Mi hija daría a curas como usted mil lecciones de moralidad y coherencia como los que está dando nuestro rey Fernando! ¡Mi hija no es ninguna perdida y su alma está más limpia que la suya! ¡Viva Navarra, viva mi hija y viva Fernando nuestro rey!

Xin Xian Ho abandonaba su risco y volvía a vestirse, convencido, aún sin verlo, de que en la casa había una vida más. Sebastián buscaba un recipiente donde verter agua. Villaescusa metía su mano en el fajín y extraía, con un ágil movimiento de muñeca, su pequeña pistola; don Genaro apuntaba con la suya con el brazo extendido y la mano atenazada. El viento abrió una de las ventanas y, como un milagro, cesó la lluvia.

—¡Es hora de que te reúnas con los que murieron por tus pecados! —gritó el sacerdote.

—¡Pues acompáñeme usted, padre!

Sonó un disparo. Una nube azulina quedó prendida del aire de la habitación. Un cuerpo caía desplomado al suelo.

VIII. TULIPANES

—Tu hija será un nuevo tulipán, Aurora.

—¿Cómo dice, doña Francisca?

—Tu hija será un nuevo tulipán.

La niña dormitaba en una improvisada cuna que habían colocado junto a la cama, envuelta en mantas de borrego y sábanas de lino. Tenía los ojillos cerrados, la carita amoratada y los dedos de las manos empuñando el aire. Parecía que toda ella fuera a resquebrajarse, de tan pequeños como tenía los miembros y tan patentes eran sus latidos. De cuando en cuando, suspiraba entreabriendo la boquita y mostrando sus labios pincelados y su minúscula lengua sedienta de pecho y oxígeno.

Sebastián entró en ese instante en la alcoba pidiendo permiso con un suave golpe de los nudillos en la puerta. Aurora le sonrió franca y amigablemente y le invitó a pasar. Llevaba una tinaja de agua y un rostro transformado. Se acercó a la madre y la besó en la frente. Por su mirada, ella supo que había estado llorando y, por su sudor, que había sufrido, abajo en la cocina, casi tanto como ella. Comprendió que aquel hombre bruto, malhablado, zafio y primario, no sólo le había salvado la vida en Santa Casilda sino que había entregado la suya propia por el retoño que dormía en la cuna.

Entonces, sin más preámbulo, bautizó a la pequeña Amparo con un leve signo en la frente, una cruz tan mínima como la cabecita angulosa y pelona de la criatura, musitando frases en latín que ni Aurora ni doña Francisca alcanzaron a descifrar y que el hombre pronunciaba volviendo a emocionarse.

Aquel ser indefenso y vital simbolizaba el nacimiento del nuevo Sebastián. Estaba convencido. Tenía un juramento que cumplir y unos votos que recuperar. Si el mísero rey Fernando daba la oportunidad de restaurar las órdenes monásticas, él debía aprovechar esa oportunidad. Así que se inclinó y, tras terminar el breve rito del sacramento, besó el cogote mojado de Amparo, ausente ésta a su bautismo, y elevó la vista hasta la madre.

—Voy a preparar mis cosas. Tengo una misión que cumplir. Han sido muchos años sin que predique la Palabra.

No hubo respuesta. Doña Francisca, enternecida, se giró hacia los ventanales para disimular su impresión y para mantenerse

ausente en una escena que se presumía íntima entre sus dos huéspedes. Aurora, por su parte, se inundó de lágrimas y tendió ambos brazos hacia el viejo fraile.

—Otra vez que te me vas.

—Ahora es el Espíritu quien me lleva.

—Ven aquí, cascarrabias. Mi hija te necesitará cualquier día de éstos, así que no andes muy lejos. No pienso volverme loca buscándote.

Se abrazaron. A Aurora, al sentir el peso del hombre sobre su pecho, se le revolvió el cuerpo, recordándole los espasmos que solamente una hora antes habían parido una niña, y trayéndole como un fantasma el contacto de Ignacio, su marido. Quizás por ello, se desembarazó de Sebastián y le despidió con un largo beso en la barbada mejilla mientras, con un llanto entrecortado, intentaba mantener el tono de la voz.

—Y ten cuidado no te vuelvan a robar el pollino —bromeó con voz trémula y la barbilla balbuceante.

No hubo más palabras. Doña Francisca miraba el páramo mojado al otro lado de los cristales y contaba los meandros del Ega como tantas otras veces había hecho. Sabía que la vida en Los Meandros ya nunca sería la misma. Se preguntaba por Genita y Teresa y por su antigua amiga Juana y sonreía al imaginárselas atracando carromatos por esos caminos de Dios. Y se preguntaba, al tiempo, qué sería de Sebastián y de ellas mismas.

El hombre abandonó la alcoba sin mediar más palabras y ambas escucharon sus pasos descendiendo la escalera. Un silencio denso y sobrecogedor invadió el cuarto. Por fin, pasado un rato, doña Francisca, sin girarse, continuó hablando a Aurora.

—Los tulipanes son frágiles. Al menos, eso es lo que piensa la gente. Yo misma, durante años, he cultivado tulipanes en la explanada de detrás, la de la caballeriza. A los tulipanes no les gusta estar en las fachadas principales de las casas. Los tulipanes son modestos, de ahí que prefieran los laterales de los jardines y las traseras de las casas. A veces se plantan en las fachadas. ¡Oh, sí! He visto preciosas fachadas flanqueadas de tulipanes. Pero ahí los tulipanes no son felices. Los sé de buena tinta. Así que yo los cultivaba en la parte trasera, en la modestia de la parte trasera. Allí crecen robustos y bellos, por más que la gente crea que son frágiles. Sí es verdad que sufren con el exceso de calor en las tardes plomizas de verano y que, cuando sopla el frío viento de las nieves, se encrespan y parten como cachitos de hielo en la superficie del lago helado. Pero sobreviven los unos a los otros y se mantienen vivos.

¡He ahí su grandeza! Sobreviven los unos a los otros y se mantienen vivos generación a generación; generación a generación. Y aunque la gente crea que los tulipanes sean frágiles, en realidad son fuertes como el tronco del haya porque su fortaleza radica, precisamente, en su fama de frágiles, de débiles.

Aurora atendía conmovida, escurriendo la vista, de frase en frase, hacia la pequeña Amparo. No llovía desde hacía un rato y aunque le dolía el vientre y el desgarro de su seno, se empezaba a sentir calmada y reconfortada.

—Tu hija será un nuevo tulipán —siguió doña Francisca—. Como tú. Todos estos años me he preguntado cómo he podido depender tanto del General y, por fin, he encontrado la respuesta. Y la respuesta es que no he dependido tanto de él, que he sido más fuerte que él, que lo he sobrevivido y que vosotras, tú y tu pequeña, sois como yo, tulipanes de apariencia frágil que, sin embargo, hemos sabido salir adelante. De una u otra forma, sufriendo como sufren los tulipanes con el frío o el cálido soplo de verano, pero hemos sabido salir adelante. Discretas como los tulipanes en la trasera de la casa, sin el alarde de los hombres, sin la fama, sin las fuerzas dirigidas a ser la mejor flor del jardín principal, sin la fe puesta en crecer más que el resto, sin todo el ahínco de la existencia en ser reconocidas, pero hemos sabido salir adelante. Hemos sobrevivido. Como los tulipanes: de apariencia frágil pero de fortaleza oculta.

Entretanto, en Estella, la nube azulina del disparo se disipaba y ofrecía la escena de un hombre caído al suelo con un balazo en la frente y una pistola encasquillada en la mano. Villaescusa se persignó e hizo la señal de la cruz sobre el cadáver.

—Ya le dije, don Genaro, que había de reunirse con los que murieron por su culpa. Deles recuerdos.

Después, recargó su pequeña arma y la volvió a ocultar en los pliegues del fajín, se colocó correctamente el roquete y comenzó a apilar muebles y libros sobre el cuerpo de su adversario. Una vez que tuvo dispuesta una pira más o menos alta, la roció con aceite de las iluminarias y prendió fuego a la estancia.

—Es hora de que arda como se merece, traidor.

Rápidamente, varias lenguas de fuego comenzaron a extenderse por la casona y, antes de que el sacerdote saliera por la puerta principal, gruesas espirales de humo escapaban por las ventanas y amenazaban las vigas del tejado. Alguien lo vio montar en su caballo y despedirse con desprecio de las llamas, pero nadie se atrevió a darle el alto: si un presbítero había actuado así, algo

habría hecho don Genaro.

Y se lanzó al galope hacia la salida del pueblo, hasta la posada donde había hecho noche. Sin siquiera descabalgar, llamó a gritos a la muchacha.

—¡Eugenia! —su voz sonó aterradora, amenazante, sin réplica —. ¡Eugenia!

Tanto Genita como su marido salieron asustados al quicio del establecimiento. La joven se agarraba al brazo del hombre, temerosa del sacerdote. Por el rabillo del ojo vio humo en Estella e inmediatamente comprendió que había incendiado la casa de don Genaro.

—¡¿Dónde está el sitio que llaman Los Meandros?!

No hubo respuesta. En su lugar, los posaderos se mordieron el labio.

—¡¿Dónde está el sitio que llaman Los Meandros, Eugenia?! —repitió fuera de sí, encabritando al caballo hasta que éste se puso de cuartos traseros y pateó con sus cascos el aire.

—Señor, será mejor que nos deje, por favor —se atrevió, por fin, el posadero—. Tenemos mucho trabajo y…

—¿Cómo osas, insensato? ¿Cómo osas desafiar al poder de Dios? ¡¿Acaso te crees capacitado para decirme lo que debo hacer?!

Su gesto era tremendo, apocalíptico. Hizo girar al rocín sobre sí mismo, descabalgó ferozmente y, pese al ahogado chillido agudo de Genita y al intento de su marido por detenerlo, Villaescusa agarró del brazo a Genita, la zarandeó y la arrojó al suelo. Cuando el hombre quiso ayudarla, recibió un puntapié en el mentón.

—¡¿Dónde están Los Meandros?!

Entonces, sujetó por el cuello al posadero caído y comenzó a estrangularlo. La imagen del padre Eugui se le apareció sobre el rostro enrojecido que tenía entre sus manos y la apartó con un cabeceo endemoniado y un nuevo grito.

—¡Dime dónde encontrar Los Meandros! ¡Dímelo ya o mato a tu marido!

El posadero intentaba zafarse pero la corpulencia y la ira de su agresor le imposibilitaban la defensa. Su nuez estaba incrustada en lo más hondo del gaznate. Se le nublaba la visión.

—¿Es que no quieres contestarme? ¿O es que no te importa la vida de tu esposo?

Sin solución, éste pataleaba buscando aire. Sus ojos comenzaban a dilatarse fuera de las órbitas y parecía haber perdido la fuerza en los brazos pues dejaba de luchar. Villaescusa pensaba que era más duro que el padre Eugui, pero que lo asfixiaría igualmente si

aquella ramera no le contestaba a sus preguntas.

—¡Tienes tu última oportunidad! ¿Dón-de es-tán-Los Me-an-dros?

Un estertor anunció la rendición de la víctima.

—¡Contesta ya!

—¡Por el camino del río arriba! ¡Por el camino del río! Salga por el norte y tome el camino del cerro, siguiendo el curso del río. No tiene pérdida. No tiene pérdida. Se ve la casa desde el cruce. Es una casa grande, con caballeriza y pradera, rodeada de una valla caída. Siguiendo el río. No hay pérdida, señor. Por favor. ¡Por Dios! Suelte a mi marido. ¡Suéltelo, se lo ruego! Suéltelo ya, por favor.

Genita lloraba comprendiendo que Villaescusa estaba ahogando al posadero y que era sólo cuestión de segundos que muriera. Por fin, el clérigo se levantó y, sin comprobar si de verdad lo había asesinado o no, montó de nuevo y salió a galope tendido.

—Este hombre es muy malo. Muy malo —lloraba.

Allí se quedó, arrodillada junto al cuerpo de su esposo en el barro a la puerta de la posada, resucitando con él cuando éste se convulsionó y empezó a respirar.

—Es muy malo. Muy malo.

Sebastián estaba en la cocina, recogiendo algún trozo de cecina o de queso que llevarse en su partida. Estaba totalmente convencido. No quería quedarse ni un segundo más en aquella casa, cerca de Aurora y de Amparo: no podía permitirse la tentación de encariñarse con la recién nacida y terminar por acomodarse. Si el Apóstol Santiago se lo hubiera pensado, quizás no habría dado el paso nunca. Había que echarse a los caminos, había que salir corriendo de Estella, había que misionar de nuevo y volver a anunciar la Buena Nueva. Y eso significaba no tomar conciencia en su vida de la existencia de la pequeña criatura que acababa de bautizar ¡Bastante le costaba abandonar a la madre! Revolvía los cajones y armarios, más pendiente de lo que haría a partir de ese instante que de los cascos que se oían en el exterior de la casa. Por eso, no oyó a Villaescusa atando su caballo en la parte trasera, junto a las caballerizas.

Tampoco doña Francisca, apoyada en el ventanal, con la vista prendida de los meandros del Ega, se percató de la inusitada visita y continuaba hablando a Aurora.

—Tú has demostrado ser como un tulipán, mi niña, capaz de sobrevivir a los más duros momentos. Capaz de crear una vida como ésta que tenemos aquí, en la cunita. Ella será otro tulipán y a ella le sucederá otro y otro y otro… Es mucho lo que queda por

hacer hasta que podamos dejar de ser consideradas débiles y frágiles siempre a la sombra de los hombres. Tú lo has intentado con tu aventura del libro de ese buen impresor y ese sabio obispo. ¡Quién sabe si habría servido de algo o de nada! ¿Y te sientes fracasada? ¡No! En absoluto. Los tulipanes sobreviven a los tulipanes y se transmiten, unos a otros, la fortaleza para sobrevivir pese a su fama de frágiles. Así seréis tú y tu hija. Queda mucho por hacer, mi niña. Queda un universo por luchar hasta que las mujeres… ¿Me comprendes? Pero lo lograremos. Quizás yo no lo vea; quizás tú tampoco. Puede que ni siquiera tu pequeña lo vea. Pero nos sobreviviremos unas a otras hasta conseguirlo.

—Realmente conmovedor, señora.

Era Villaescusa, en pie frente a la cama, con la cara desencajada y los ojos puestos en Aurora.

—Veo que se dedican en esta casa a, digamos, confabular, además de a parir mujeres. Es una pena tanto esfuerzo para dar a luz una miserable criatura femenina.

Doña Francisca se había quedado petrificada, como a tantas personas les sucedía cuando se topaban con el siniestro clérigo. No atinaba a articular palabra alguna. Habría deseado preguntarle quién era, cómo se atrevía a presentarse de esa guisa en la alcoba de una mujer, a qué se debía su osadía y qué clase de sacerdote se arrogaba el derecho a mirarlas con tal desprecio. Mas no fue capaz. En lugar de eso, giró la cabeza y descubrió a Xin Xian Ho llegando desde el cerro por el camino del río, con los pies descalzos y un gracioso caminar. Parecía feliz, satisfecho, rejuvenecido. Quiso hacerle gestos, prevenirle, solicitarle auxilio, mas tampoco fue capaz.

Sin embargo, el chino, una vez que pasó bajo la ventana en la que estaba la anciana petrificada, sintió un fuerte golpe en el pecho, una especie de quemazón, un presagio que le hizo retorcerse hacia adelante y echarse las manos al esternón. Se le tensaron los músculos y una aguda presión le aplastó el corazón y los pulmones. Y comprendió. Comprendió que sus visiones mientras hacía meditación no eran sino un vaticinio de lo que iba a venir en breves segundos. Agudizó sus sentidos y olió la boñiga de un caballo en la parte trasera, junto a la caballeriza, y escuchó un relincho nervioso. Había alguien en la casa. Comprendió que la Energía no sería suficiente, pero que había de intentarlo y que la criatura recién nacida precisaba de un sacrificio mayor que el de correr por las praderas del lejano oriente.

—Y es hora de acabar con la saga de don Genaro. El muy cretino

está muerto, por cierto —dijo Villaescusa tranquilamente mientras se iba quitando los guantes, dedo a dedo, y los depositaba sobre una silla—. Si pudieran observar Estella desde aquí, comprobarían una preciosa fogata en el centro del pueblo. Ya ven. Cuestión de ajustar cuentas. Ni España ni la Iglesia pueden permanecer ajenas a quienes tanto daño causaron en aciagos momentos de la historia reciente.

Su tono era cínico, parsimonioso, con una sonrisa de medio lado que le confería un aspecto aún más aterrador. Aurora descubrió el anillo y comenzó a temer realmente por su vida… y la de Amparo.

—Compréndame, señoras mías —siguió el perverso sacerdote—: no es nada personal. Es simple, digamos, justicia. La saga de don Genaro puede terminar por ocasionarnos ulteriores problemillas.

Exhaló una prolongada carcajada que hizo escalofriarse tanto a doña Francisca como a Aurora.

—Me han llegado ciertas noticias sobre usted, mi adorable y recién parida niña. Me ha dicho alguien que usted… ¿o debería decir "tú"? Sí, creo que sí —su deje no daba concesión—. Me han dicho que tú, mi niña, andas desviada. Me han dicho que andas, digamos, perdida; algo así como la oveja descarriada. ¡Ay, jovencita criatura! ¿A quién se le ocurre? América es una tierra hermosa, dicen. ¿Por qué separarla, desgajarla, de, digamos, la madre España? ¿No eres tú madre?

En ese momento, su volumen y tono de voz se convirtió en un raudal de fieras palabras atolondradas en la boca.

—¡¿No eres tú madre?! ¡¿Y cómo te sentirías si alguien fuera a quitarte a tu pobre niñita indefensa?! ¡¿Qué pensarías?! ¡¿Qué sentirías si te la arrebataran?! ¡Dime! ¡Contéstame! ¡¿Qué sentirías si te quisieran, digamos, separar, desgajar, de tu hijita?!

Ohiane escuchaba todo desde el pasillo, quieta como una estatua, dudando entre caminar hacia la alcoba o descender las escaleras en busca de Sebastián o de Xin. Temía que uno de sus pasos hiciera crujir la madera y alertara al hombre desconocido de la amenazadora voz. Además, de haber acudido a la habitación, no habría sabido con qué hacerle frente, ya que, desde donde ella estaba hasta allí, no existía ningún objeto contundente con el que atacar al invasor. Por eso, no se atrevía siquiera a pestañear.

—¡América! ¡América! ¡¿Pero qué os habéis creído, bastardas?! ¡¿No os basta con dedicaros a procrear, que encima queréis politiquear?! ¡Por Dios! ¡En mala hora escuchó Adán a Eva! ¡Sois la escoria de la existencia, el residuo del hombre, la mancha en la humanidad! ¡Pariréis con sangre y dolor! ¡¿No os es suficiente con ese sacrificio?! ¡¿Queréis también ser como el hombre?! ¡Ja! Me río.

¡Me río, ignorantes rameras presuntuosas!

Xin Xian Ho, con su hondo dolor en el pecho y el vaticinio en el cerebro, consciente de sus movimientos, totalmente unido a la Energía y a la vida que latía en la cuna, respiró profundamente tres veces, cerrando los ojos y expulsando el aire con inusitada lentitud. Movió los dedos de sus pies sobre la hierba mojada, tensó los brazos en arco frente a su torso, dobló las piernas y, como si de un milagro se tratara, saltó en vertical hasta la ventana donde doña Francisca observaba la escena petrificada. Su salto resultó misterioso, increíble, mágico, perfecto, preciso.

—¡Estáis robando América a España! ¿¡Qué sentirías si te robaran a tu hija?! —Y, en ese instante, con un gesto decidido, Villaescusa introdujo su mano en el fajín y sacó la pistola para apuntarla, a menos de dos metros, al inocente cuerpecito de Amparo.

—¡Nooo! —gritó Aurora haciendo el ademán de incorporarse de la cama para tomar en brazos a su pequeña.

Y sonó el disparo en dirección a la niña al tiempo en que sonaba el estallido del cristal de la ventana. Xin Xian Ho, con los ojos cerrados y el cuerpo extendido, saltaba desde su posición hasta la cuna para interponerse a la bala. El grito de Aurora lo inundaba todo. "¡Noooo!" Abajo, en la cocina, Sebastián oía el tiro y emprendía una loca carrera escaleras arriba. Amparo despertó y se sumió en la sombra del chino.

Un segundo después, Xin caía de bruces a los pies de la cuna y Amparo explotaba en un llanto mientras Aurora la agarraba en su regazo con auténtica ansiedad. Villaescusa avanzó hacia ellas. Doña Francisca le salió al paso y recibió un sonoro golpe que la tumbó de espaldas. Ohiane, como un resorte, echó a correr y fue adelantada por Sebastián en el pasillo.

Un charco de sangre se extendía por el suelo como si el pecho de Xin fuera una macabra fuente. Villaescusa extendía sus brazos y, con un inmisericorde tirón, intentaba arrebatar la criatura de las manos de Aurora. Esta luchaba por levantarse. Sus ojos se clavaron en los de Villaescusa y los de éste, de repente, miraron al techo y se detuvieron. Sebastián había entrado en la alcoba como un caballo desbocado, como un toro bravo en plena embestida, y había clavado un cuchillo, el cuchillo número nueve del General, en plena columna del agresor, aún antes siquiera de darse cuenta de que se trataba de Villaescusa.

Poco a poco, sus fuerzas desaparecieron y soltó a Amparo. Los dedos del presbítero acariciaron inconscientemente el cuerpecito de

la pequeña criatura como si la vida se le escurriera, precisamente, por las yemas.

Cayó arrodillado. Aún en un último suspiro, descendió la vista desde el techo hasta los ojos de Aurora y, sin poder articular palabra alguna, permitió que ésta lo juzgara en aquel fatídico segundo de agonía. Tragó saliva. De no haber estado herido de muerte, habría parecido que iba a comenzar a hablar. Ya no era el petulante y cruel cura catedralicio; más bien al contrario, su cuerpo era un guiñapo sin fuerzas que oscilaba cómica y fatalmente a punto de resquebrajarse.

Sebastián le extrajo el ensangrentado cuchillo de la espalda. Notó el filo caliente y la empuñadura con el número labrado. Lo observó. Parecía hipnotizado ante la macabra escena del metal enrojecido. Jamás había matado a un hombre. Levantó la mirada, la cruzó con la de Aurora, la dirigió a la inocente Amparo y, sin gesticulaciones ni atropellos, asió la cabeza de Villaescusa con la mano izquierda, agarrándole la frente, y le volvió a incrustar el cuchillo, esta vez en el gaznate.

Un hilo color burdeos afloró sobre la nuez de hombre.

—Nadie toca a mis mujeres —pronunció, con los dientes apretados, al oído del clérigo ya muerto.

Aurora, ausente, bañada en lágrimas, cedió inconscientemente a su hija a doña Francisca y se agachó junto al moribundo chino. Le dio la vuelta y descubrió un desagradable boquete de vísceras y carne quemada a la altura del esternón. Tenía el pecho reventado.

Xin abrió sus rasgados ojillos de jovencito e hizo el gesto de sonreír. Sebastián y Ohiane, junto a la anciana con Amparo, permanecían en pie.

—¡Xin! ¡Mi amado Xin!

—¿La niña está bien? —musitó con sangre en la boca.

—¡Xin!

Aurora se desquiciaba intentando taponar el agujero del torso, colocando sus manos en la mezcolanza de ropa, pólvora y cuajos.

—¡Xin! ¡Xin! ¡Por favor, Xin! ¡No te me mueras! ¡No te me mueras, Xin! ¡No te me mueras, Xin! ¡Xin Xian Ho! ¡Maldito chino embustero! ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué te me mueres?

Sebastián se arrodilló junto a Aurora y extendió una oración sobre el moribundo cuerpo del asiático. La mujer lo comprendió y se rebeló.

—¡¿Qué haces?! —Lloraba con voz afónica y el rostro cuarteado —. ¡¿Se puede saber qué haces, Sebastián?! ¡¡Xin no se muere!! ¡Xin no se muere!! ¡¡Xin no puede morir!!

Sebastián se alzó. Aurora continuaba abrazada al sonriente hombre amarillo como si con su propio cuerpo pudiera taponar la hemorragia.

—¿Por qué lo has hecho, Xin? ¿Por qué te me mueres?

El hombre, en su último aliento, miró a Aurora y le susurró al oído:

—La magia a veces falla. El amor perdura eternamente.

Doña Francisca todavía vivió lo suficiente para ver partir a Ohiane hacia Bilbao, donde, decían, se auguraban buenos tiempos y donde, a poco que se supiera una valer, se encontraba oficio sirviendo en casas de burgueses o trabajando en fábricas y almacenes. Con todo, siempre he querido imaginármela vagando en solitario por las montañas y conjurando extrañas frases en su lengua. Ojalá haya sido así.

Doña Francisca vivió lo suficiente para eso y para ver crecer, sana y descarada, a Amparo, mi madre. Debía de decir que era la alegría de la casa y que qué lástima que su padre no la hubiese conocido. Un día no despertó y fue enterrada en el panteón del General: a sus exequias acudieron Juana, taciturna, y Genita con su posadero, callada, y Teresa, recién casada con un tratante de caballos que poco tenía que ver con su poeta de juventud, y las autoridades de Estella, y muchos curiosos, y hasta Cándida, quien, cuentan en el pueblo, lloró desconsoladamente porque hasta en la carrera hacia la muerte la había adelantado su eterna rival.

De Sebastián no se supo nada durante dos décadas. Después de matar a Villaescusa, y tras deshacerse hábilmente del cuerpo, huyó al otro lado del Atlántico, a los recién nacidos países sudamericanos, donde anduvo predicando la Palabra y tejiendo nuevas aventuras y extrañas misiones que, una vez que regresó, fue desgranando a la luz de la lumbre en infatigables veladas junto a mi abuela mientras envejecían juntos. Cuando apareció, una mañana puede que de otoño, fue un gran acontecimiento en Los Meandros pues todos, de una u otra forma, habían oído hablar del extraño amigo de la abuela. Lo veo con larga barba poblada, una reluciente calva, un hábito desconchado y abalorios indios en el cuello y las muñecas. Tuve la suerte de venir al mundo en aquella época y de que fuera él mismo quien me bautizara. Está enterrado bajo una lápida de la iglesia del Monasterio de Iratxe, y sé que en el Paraíso anda cerca de Aurora y bendiciendo el encuentro de ésta con el abuelo Ignacio. Y es que creo que, en el fondo, si Sebastián se escapó a Bolivia, fue porque así cumplía la promesa de dar su vida por la de Amparo, o por continuar la labor donde la había dejado mi abuelo cuando cayó fulminado en el Cerro de los Desamparados, o porque sabía que, de seguir aquí, acabarían por traicionarle los sentimientos.

Me imagino que la abuela nunca superó quedarse viuda tan joven, y aunque jamás se lamentó de su suerte, estoy segura de que anhelaba un hombre junto a ella. Puede que por eso, o porque realmente lo amó, paseaba largamente hasta el risco de Xin, un recóndito escondite más allá de los meandros del río Ega donde pidió que depositaran los restos del chino. Pasaba interminables horas junto a un túmulo florido que, poco a poco, como un símbolo de la comunión entre el hombre y la tierra, se convirtió en un promontorio natural en el que nadie se percataba, le llevaba flores y plegarias, y cerraba los ojos dejando que la brisa meciera sus pensamientos. Quién sabe lo que pensaba.

Algún día alguien escribirá sobre mí; tengo ochenta y cinco años y ya va siendo hora. De momento, me contento con saber que el nombre de Aurora está impreso. Ella venció las dudas y las calamidades y supo transmitir a mi madre la misma fe con la que desembarcara, de joven, en un pestilente puerto de América. Yo lo he tenido más sencillo, y así, también más sencillo, lo han tenido mi hija y mi nieta. Quiera Dios que no se nos prive de dificultades con las que crecernos y que mi biznieta encare lo que queda de siglo con el espíritu de los tulipanes intacto.

EPÍLOGO: 1819; LA HIJA DEL PARCO ALONSO

Corría el año mil ochocientos diecinueve. En Italia, lejos de allí, sobre una cama ridícula y pava, había muerto su majestad Carlos Antonio de Borbón, Carlos IV, abandonada la Corona mucho tiempo atrás, triste y ausente de su Granja de San Ildefonso. Con las primeras luces, llegó el ujier desde Madrid; con el ujier y su casaca de bordado granates y borlitas negras, llegó la noticia; con la noticia, una mueca, un comentario y un día más que echarse a la boca.

Inés contaba con veintisiete robustos años, morenos, tostados al sol de la Segovia queda y rural, veintisiete de carnes prietas y lozanas, pelambre negraza de rebrillos enmarañados y ojos chiquitos morlacos. Su frente, clara; sus labios, roturados como la tierra seca en agosto. Saltaba sus alpargatas desgastadas por los senderos de guijarro blanco y jadeaba a la sombra de una encina para tomar resuello y lanzarse de nuevo al ritmo. Reía, cantaba, soñaba con colarse un día en los jardines palaciegos y ver las fuentes y glorietas, con los rincones de rosales y las esculturas y mármoles y granitos. Era una mujer feliz Inés de Fuentidueña, hija sexta del parco Alonso, el herrero. Vivía en la casucha de ferradores, con dos ventanas chicas volcadas a la caballeriza, un marido ferrón y tres hijos mocosos. Allí había ocupado sus últimos meses, desde que abandonaron Fuentidueña para emplazarse en La Granja al servicio del rey Fernando, el hijo de Carlos IV, bobalicón y paseante.

Había ocurrido un día fresco y silencioso, de madrugada: el padre soltó dos gritos, cada uno se armó el equipaje y buscaron rumbo, con aperos y herrajes a lomos del borrico, saliendo del pueblo para echar el último suspiro a la iglesia y subir por la cañada, pies a San Ildefonso. Allí había aprendido las bromas de los hombretones y las groserías de las lavanderas. Allí se había instalado con Pablín, el aprendiz de fragua, y había parido varias veces para tener hijos y abortos. Allí había escuchado los cascos saltarines de los mejores caballos de la Corte salpicar sus hierros sobre el empedrado del patio, ahora al paso y con la cara tiesa, ahora al trote picaruelo y escandaloso. Allí le habían contado los cuchicheos del anciano conde de Aranda en contra de la guerra con

Francia hacía una década, las cancioncillas del mozo de cuadras Zúñiga o los gruñidos de Amadeo, el guarnicero de padres parmesanos llegados a Segovia al tiempo que su majestad María Luisa.

Algunos días no tenían labor, se bandeaba la orden de engalane, se colgaban pendones y guirnaldas y la gente se echaba a la calle añorando la época en que el monarca se envolvía en oros y en terciopelos y sedas turquesa; Inesilla desempolvaba el vestido nuevo y vociferaba por las rampas y pasajes con la melena en moño. Después, jugaban a la gallina ciega o danzaban en corros al son de la dulzaina y la gaita y el tamboril mientras en los salones de palacio se deslizaban las damas y nobles por suelos como espejos.

Aquella mañana fresca y jugosa de mil ochocientos diecinueve, amaneciendo tras el telar, se respiraba, no obstante, un aire distinto, como apagado o envenenado, como miedoso, como nostálgico. En Italia, lejos, Carlos IV había muerto. Amadeo, farfullando palabrejas en italiano, con una hermosa silla de montar al hombro, comentaba en el patio algo como que ya era hora, como que mucho había durado el viejo alelado y sin cabeza, traidor y gallina. Pero Inés sentía pena por un hombre al que el destino había exilado tan lejos de los suyos, tan lejos de su propio hijo y comprendió que no se darían nunca más las tarde de julio que contaban los mayores de La Granja, al ocaso, en que su majestad, banda azul y medallón en la pechera, conversaba con el cascarrabias pintor del gorro extravagante, don Francisco de Goya, extraño y esquivo. Desde que abandonara España, ni al uno ni al otro se les volvería a ver por La Granja.

Tañían las campanas a pasos graves y espaciados. Los frailes procesionaban sus hábitos toscos y una paz respetuosa y obligada cubría cada piedra y cada brizna de hierba fresca en la alborada. Las gentes agachaban la cabeza y sólo Amadeo, bravucón y cascarrabias, dejaba sentir sus voces proclamando la culpabilidad también del rey Fernando y cagándose en franceses, españoles e italianos. De cuando en cuando, algún caballo alborotaba su relincho desde las cuadras. Hasta los terrones, ese día, y con ellos el parco Alonso, hablaban menos. El cielo estaba claro, azul y limpio, tan claro como la maldita hora en que se vendió la patria al francés invasor, tan claro y limpio como el cielo que vio a Carlos rendir la corona a su hijo Fernando, el Deseado; tan claro y limpio como cuando el ajado Sebastián Rodeno, el misterioso caminante, había llegado a Fuentidueña y había encendido en Inés y los suyos las ganas de encontrar mejores paisajes donde medrar.

La mujer intuía algo. Sabía leer en los rostros de los hombrones, en los suspiros del monje párroco y hasta en los crujidos de las contraventanas de palacio al ir cerrándose todas como quien guarda por siempre algo. Subió la calle, miró las torres. Rodeó la tapia para llegarse a la puerta forjada de acceso a los jardines, hasta la que tantos ratos había escapado para imaginar a su reina paseando, al rey en traje de caza o a caballo o posando para el rechoncho pintor aragonés del gorro extravagante, a Godoy escapado por su majestad María Luisa y perseguirla y amarla, o a los clérigos o al aguador prestos tras la comitiva no fuera que el infante sintiera desazón o sed.

Se detuvo. La verja estaba abierta, inexplicable, extrañamente abierta. Inés sintió un cosquilleo. Por primera vez en su vida, tenía la posibilidad de atravesarla, de ver los jardines y comprobar si eran como ella imaginaba, como la comadre Vicenta —la que vendía tostones y ramilletes en la campa de San Isidro y que subía por Pascua a Segovia— había contado en los lavaderos. Tenía a su alcance pisar suelo regio, sombras de alta alcurnia, el coto, lo inalcanzado; ver con sus propios ojitos carbón los rincones reservados al recién muerto rey; respirar el mismo aire, las mismas fragancias que su monárquica nariz.

Silencio, algún trino, las campanas. Entró. Se oía una brisa suave arremolinando hojas y zarzales. Sonrió y se lanzó a la carrera por el primer camino a la diestra. Atravesó los rosales y setos, pasó por la fuente de extrañas estatuas retorcidas, entre los árboles, apreció el palacio desde la parte trasera, tan hermoso y soberano, blanco brillando al sol, cruzó el bosquecillo de hayas enanas y alcanzó la casita de botánica, acristalada y coqueta. Después, emocionada, con los ojos bebiéndolo todo y una rama gruesa y nudosa en la mano, descendió por la escalerona de azulejos hasta la cabecera de la gran canal. Allí, con su bastoncete de madera rugosa a modo de mango de supuesta sombrilla, caminó elegantemente seria, con la cara alta y una hoja de helecho haciendo las veces de abanico.

—Hola Godoy —dijo imitando una voz seductora—, soy tu amada reina, ríndeme honores. Vine desde el mediterráneo para desposarme con el Borbón pero es tierno y tan inútil que debo buscar cobijo en otros varones. ¿Quieres tú socorrerme?

Y estalló en una carcajada.

—Soy tu rey y te ordeno que vengas a ver los jardines con tus tres hijos siempre que lo desees, Inés de Fuentidueña —exclamó simulando el tono de un rey, severa, con la rama como un mosquetón en postura de caza—. Y, además —continuó la chanza

—, a tu marido Pablín mandaré que le construyan una ferrería propia con yunque, fuelle y horno. Han llegado a oídos reales que es un gran herrador y que su esmero en el trabajo es grande. Nos pareció bien que España la pueblen gentes así. Tráenos también a tus tres zagales que yo los atenderé: el uno será militar gallardo, el otro instruido y sabio, y el tercero, canónigo.

Inés poco conocía de las gentes de cuna y mérito, salvo letrajas de cuentos y coplas, rumores y cotilleos de gallinero, o lo que se filtraba de voz a oído desde los mayordomos y sirvientes de puertas adentro hacia los pobres de la rampa exterior.

Disfrutaba en aquel escenario. Las bromas e imitaciones que tantas veces había realizado al amparo de fiestas y festivales las realizaba entonces en el mismo marco de sus imitados.

—Por mi nombre, que soy Godoy, impongo la guerra con el sucio francés —gritó con voz ronca.

—Oh, no, Godoy —se contestó a sí misma cambiando el deje—. Yo, Aranda, ministro de la corte, te prevengo de la guerra, impetuoso cretino.

Iba haciendo calor. El tiempo pasaba sin darse cuenta. Una ardilla cruzó la hojarasca. Inés se sobresaltó pero pronto recompuso la sonrisa y continuó con su comedia, absorta en los personajes.

—Ah, majestad, qué elegancia ostenta sobre *Marcial*. Cómo se nota que sabe qué desea y que el inocente de su esposo rey no entiende nada —y convirtió su vara en un largo pincel con el que sobre un lienzo invisible garabateaba a la parmesana como habría hecho Goya— …Yo la pintaré cual es, con su gesto firme y sus ojos brillantes —rió—. Disculpe, majestad, soy sordo.

Observó infinidad de rincones, de sendas, escaleras, veladores y flores multicolor, agua, hierba, arboledas y lagos. En veintisiete años de vida, Inés de Fuentidueña jamás se había sentido tan alegre, tan nerviosa. Sabía que obraba mal, que la hija de un ferrón no podía estar así, que no podía experimentar alegría el día de luto por un rey aunque ya no lo fuera. Y es que en aquellas mismas sombras habrían jugado el infante y sus camareras y vestidoras; allá mismo, entre aquellos tapiales, se desposaron Carlos y María Luisa y se habrían jurado amor, quizás; en esos jardines, ahora profanados por sus alpargatas deshilachadas, habrían paseado los embajadores y ministros y el achulado Godoy de rostro rojo y vientre abultado, tan poco querido y tan temido… y los músicos con sus zapatillas relucientes, los arquitectos de la corte, el confesor, el relojero, el galeno, la comitiva de parmesanos…

Debía de ser media mañana. La vieja Joaquina, la que toca el

pandero con la Vicenta en la romería, estaría aguardando en el lavadero. Como sofocada, arrojó lejos la rama y se lanzó camino abajo hacia la puerta de forja. Era como si, de pronto, hubiera despertado de un sueño y tomara conciencia de la realidad. Debía acudir al pilón y antes tenía que llevar los cueros desde la casa del curtidor Francisco hasta el taller de botas de Amadeo. Echó a correr, levantando polvo blanco que le teñía los tobillos arañados bajo la falda, rodeó un nuevo estanque y otro y otro, pasó junto a la entrada del laberinto, tomó un atajo y llegó a la verja. Estaba congestionada. Conocía el mal humor del guarnicionero y los interrogatorios de la Joaquina, mordaz e intransigente, y se preguntaba si toda su chanza y sus imitaciones habrían sido vistas por alguien, si alguien la reprendería, si alguien iría con el cuento al rey Fernando y éste la condenaría por hacer chiste el día de la muerte de su padre. Tenía miedo.

Antes de salir volvió la mirada para relatarse todo lo visto. Pensó en el rey Carlos y en su dominanta esposa y en Godoy y en los cartones de Goya, en el aguador Ojeda, en Pablín —que a esas horas sudaba sobre una fragua rusiente—, en sus tres zagales tan despiertos, el uno de aprendiz de cristalero, el otro cojito el pobre y el tercero al magisterio del fraile párroco don Alejo. Pensó en el parco Alonso, que un día se cansó del campo y se había venido a San Ildefonso. Y en Sebastián, el caminante misterioso.

De pronto, una sombra larga y robusta se proyectó a sus pies. Volvió la cabeza asustada. Frente a ella, con paso decidido aunque con aparatosa cojera, un hombre, un cortesano elegantemente vestido, se acercó desde una de las puertas laterales de palacio. Gritó algo; ella no pudo entenderlo, tales eran los pálpitos del corazón retumbando con velocidad bajo su camisola. Sintió terror. Lucía ropa de viaje, con botas altas, pantalón ceñido de corte burgués, fajín de aguamarinas, y casaca tiesa de anchas solapas y duros cuellos con mucho botón dorado. De planta firme y rostro sereno, con pobladas patillas y pelo lacio, la miró con fijeza a los ojos. Ella temió un insulto, una bofetada. En efecto, había actuado mal; había contaminado el terreno santo de su majestad. Aquel noble, marqués o conde o gentil, debería amonestarla, humillarla.

—¡Mujer! —la llamó.

Fue una voz seca, un timbre cálido, profundo. En las facciones no había amenaza ni enfado, ni gesto alguno que provocara miedo. Pero Inés no podía moverse; sus piernas se habían quedado paralizadas y su mano apretaba desquiciada uno de los barrotes del portalón. El hombre se acercó con su patente cojera y se plantó

frente a ella. Los cristales de las ventanas reflejaban brillos intensos y una bandada de gorriones ascendió atolondrada desde un codo del cercano césped.

—Mujer, lo siento, no pretendía asustarte.

Aquellas cálidas palabras la sorprendieron. Sonaron lentas, sinceras, amables en un tono grave y humano. No iba a pegarle, no iba a humillarla ni a castigarla, pero mantenía la mirada baja, clavada en el lustre de las punteras del caballero.

—Es extraño que estés aquí. Hoy todo el mundo anda divulgando la noticia…

—También yo la oí —contestó ella con un nudo en la garganta —. Llegó de madrugada un mensajero desde Madrid. Dicen que ha muerto en Italia.

—¿Y te apena?

—Bueno, señor, discúlpeme. A una mujer no se le permite opinar sobre esas cosas…

—A mí no me apena. Fue un traidor. Hizo mucho mal a España… y a alguna buena gente.

—Si usted lo dice…

—Parece un símbolo que hoy estén estas puertas abiertas. Desde que se exiliara, estos jardines se han cuidado pero no se han utilizado.

—¿Un símbolo?

—Acabo de llegar de un largo viaje. Un muy largo viaje. Parece un símbolo que hoy La Granja esté abierta de par en par. Algún día se abrirá para siempre. Algún día España entera despertará con las puertas abiertas y nuestro rey Fernando deberá acatarlo por siempre. Será un gran momento para la patria, y lo veremos pronto.

—Si usted lo dice…

Inés se sintió confundida. Quería huir, alejarse. Aquel elegante señor no la inquietaba ya, correcto como era, pero no entendía las enredadas palabras ni pretendía entenderlas. No conocía nada más allá de La Granja, no sospechaba que, solo unos meses después, un general por nombre Riego se sublevaría a favor de la libertad, de la igualdad y de la Constitución. Inés no sabía qué era una Constitución, por qué el hombre del fajín la perdonaba o qué escondían sus misteriosas frases, así que cruzó la puerta y le dio la espalda. Al otro lado de la reja quedó él, atento a las gentes que asomaban por la calle y se cuchicheaban al oído.

—¡Y vosotras las mujeres —le gritó— tendréis mucho que decir cuando llegue ese momento!

Ella se detuvo, se giró y lo miró todavía comprendiendo menos.

—Si usted lo dice…

—¿Cuál es tu nombre?

—Inés, señor. Inés de Fuentidueña, la hija de Alonso el herrero.

—Inés: te aseguro que algún día vosotras también tendréis una España justa.

—¿Puedo preguntarle una cosa, señor? —se atrevió ella con un tono humilde, apenas un hilillo escapado de su garganta.

—Por supuesto, mujer. Pregunta.

—¿Cómo puede usted estar tan seguro?

—Porque hay ruido de sables. Porque existe mucha gente que va a exigir cambios a su majestad Fernando, por las buenas o por las malas. Porque ha habido personas, muy importantes para mí, que han arriesgado su vida y su fe por hacer posible que la España de las libertades lo sea tanto para hombres como para mujeres. Porque de pocas cosas estoy tan seguro, mujer, como de que seréis vosotras las que lo haréis posible.

—Me gusta oírle, señor. Quiera Dios que tenga razón, aunque la mitad de lo que dice no lo comprendo. Y quiera Dios que le guarde a usted muchos años con esas ideas.

—¿Sabes una cosa? —terminó él con voz firme y emocionada, antes de desaparecer—. ¡Dios lo hará… como que me llamo Augusto Pedernales… o Ismael Vesga… o Miguel Aldehuela!

No se miraron más. Inés bajó la cuestilla camino de la casa del curtidor. Por varias veces tocaron las campanas. Inés de Fuentidueña se perdió en una calleja sombría. Atrás dejaba los jardines frescos y soleados y al hombre de los muchos nombres y las palabras hermosas aunque extrañas. Este se dirigió a un imponente corcel y montó no sin que le costara darse impulso con su aparatosa cojera. Antes de azuzar al animal, descubrió la tapa de la bandolera de su jumento y extrajo un enorme libro encuadernado en cuero. Lo acarició con la palma de la mano y posó su vista en las iniciales “JAD” impresas en el lomo.

—*Impreso en el taller de Párix* —leyó del latín en la última página.

Lo volvió a guardar y espoleó al caballo.

—Espero que Riego —pensó— tenga valentía para usarlo. ¡Menos mal que Sebastián lo arrojó fuera del incendio! Cuatro días tardé en dar con él en aquel puñetero barranco de Santa Casilda, cuatro días. Cuatro días que valdrán cuatro siglos de justicia.

Era el año mil ochocientos diecinueve.